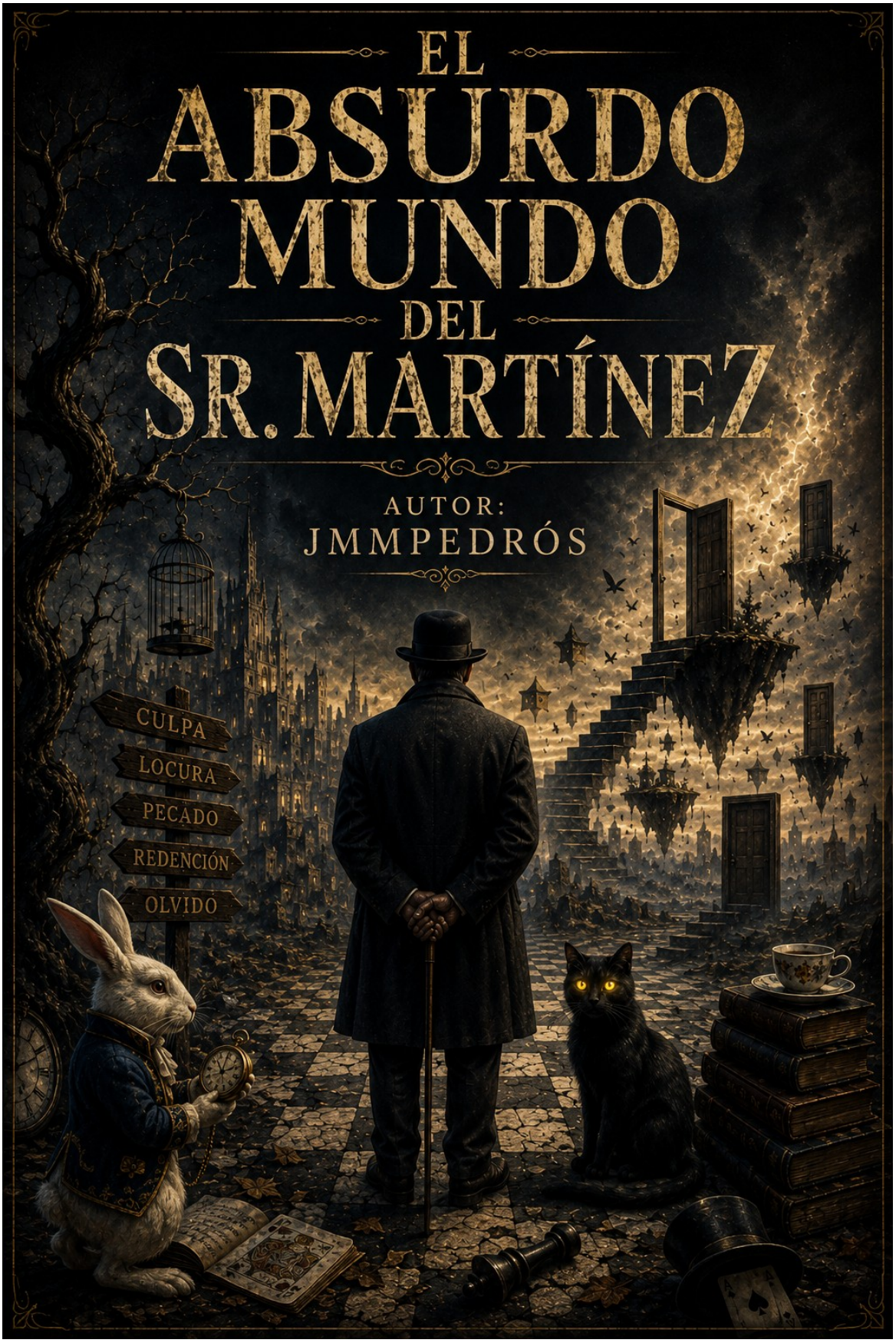
EL
ABSURDO
MUNDO
DEL
SR. MARTÍNEZ
AUTOR:
JMMPEDRÓS
CULPA
LOCURA
PECADO
REDENCIÓN
OLVIDO

EL ABSURDO MUNDO DEL SR. MARTÍNEZ

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

El Sr. Martínez no está loco… o al menos eso intenta creer mientras su mundo se desmorona poco a poco.

Atrapado entre voces interiores, pecados con voluntad propia y escenarios que desafían toda lógica, el demente emprenderá un descenso imposible a través de realidades deformadas por la culpa, el miedo, la soberbia y la desesperación. En su camino descubrirá personajes perdidos en infiernos construidos por ellos mismos, lugares donde la razón deja de tener sentido y donde lo absurdo se convierte en la única verdad posible.

Acompañado por el irreverente Tiburón —su brutal y despiadado alter ego—, el Sr. Martínez se verá obligado a enfrentarse no solo a las miserias ajenas, sino también a las sombras que habitan dentro de él mismo.

Oscura, filosófica, grotesca y melancólica, *El absurdo mundo del Sr. Martínez* es una tragicomedia fantástica donde la frontera entre ficción y realidad termina desapareciendo por completo, arrastrando al lector hacia un universo tan inquietante como fascinante.

SINOPSIS **0**
INTRODUCCIÓN **1**
CAPÍTULO I **7**
CAPÍTULO II **17**
CAPÍTULO III **34**
CAPÍTULO IV **53**
CAPÍTULO V **78**
CAPÍTULO VI **93**
CAPÍTULO VII **108**
CAPÍTULO VIII **128**
CAPÍTULO IX **138**
CAPÍTULO X **157**
CAPÍTULO XI **176**
CAPÍTULO XII **216**
CAPÍTULO XIII **237**
CAPÍTULO XIV **247**
CAPÍTULO XV **253**
CAPÍTULO XVI **262**
CAPÍTULO XVII **266**
CAPÍTULO XVIII **277**

INTRODUCCIÓN

—¡¡Despierta, imbécil, alguien quiere verte!! —bramó el alter ego del Sr. Martínez, empeñado, como de costumbre, en arrancar de la inercia al amasijo de huesos y carne en que se había convertido nuestro protagonista, hundido en un colchón que había conocido tiempos mejores y que ahora parecía compartir su misma resignación. El cuchitril en el que malvivía no era más que el reflejo exacto de su recién estrenada posición social, una especie de descenso sin épica hacia lo irrelevante; y, sin embargo, no estaba solo, porque ¿cómo iba a abandonarlo su inseparable otro yo, esa presencia insistente que no dejaba de empujarlo —a gritos, eso sí— hacia algo remotamente parecido a una vida útil?

A falta de mejores ideas, aquella voz —a la que, por algún motivo que solo él comprendía, había terminado por llamar Tiburón— decidió que la redención del pobre diablo pasaba por convertirlo en intermediario de almas errantes, una suerte de emisario involuntario entre este mundo y el otro, como si no fuera ya bastante castigo lidiar con los vivos como para tener que atender también a los muertos; porque, pensándolo bien, ¿qué clase de entidades, habiendo terminado su tiempo en esta tierra —ese lugar que, según la experiencia acumulada, bien podría considerarse el verdadero infierno—, insistirían en volver a comunicarse con ella? Fuera como fuese, lo cierto es que acudían, y lo hacían a través del Tiburón, que canalizaba sus quejas, sus lamentos y sus historias inconclusas hasta hacerlas llegar, sin demasiada delicadeza, al atribulado Sr. Martínez.

—¡Déjame en paz, Tiburón! —gruñó este, incorporándose apenas lo justo para protestar, con la voz pastosa y el ánimo aún más turbio, fruto evidente de su sostenida afición al levantamiento de vidrio en barra fija, disciplina en la que, de haber medallas, ya habría alcanzado el podio—. No quiero saber nada de vivos… y mucho menos de muertos.

—¡¡Imbécil, no ves que te estoy haciendo un favor!! ¡¡Espabila de una vez!! —replicó el Tiburón, elevando el tono con esa mezcla de desprecio y urgencia que, de haber dispuesto de un cuerpo físico, probablemente habría acompañado de una patada bien dirigida—, porque no hay espectáculo más lamentable que el de un hombre recreándose en su propia miseria; y, aun así, suavizó levemente el ataque, como quien cambia de estrategia sin renunciar del todo a la agresión—. Vamos, levántate… ayuda a todos esos desgraciados y quizá, solo quizá, te ganes algo parecido al cielo… o al menos la oportunidad de recuperar a tu familia.

Puede que, llegados a este punto, más de uno esté tentado de despachar al Sr. Martínez como un mentecato de tomo y lomo, un caso perdido sin mayor re-

corrido; pero harían bien en concederle, al menos, el beneficio de la duda, porque basta con escarbar un poco en los pliegues de su pasado para descubrir que no todo es tan simple como parece y que, en ocasiones, las vidas más desordenadas esconden causas que no conviene ignorar. Cuando somos pequeños, nos suceden cosas que, con el paso del tiempo, tienden a difuminarse hasta quedar relegadas al desván de la memoria, como si nunca hubieran tenido verdadera importancia; sin embargo, dependiendo de la naturaleza de esas experiencias —y de la forma en que cada cual las soporta o las interpreta—, no es raro que acaben proyectando una sombra alargada sobre la vida adulta, condicionando decisiones, miedos y hasta la manera de enfrentarse al mundo. Y eso fue, precisamente, lo que le ocurrió al Sr. Martínez, quien, siendo todavía un dulce e inocente infante, tuvo la desgracia —o quizá el privilegio, según se mire— de vivir algo que no tardaría en marcar el rumbo de todo lo que vendría después:

Su padre, excelente recaudador de impuestos —oficio ingrato donde los haya, mal pagado y peor considerado por ese respetable público al que debía vigilar para que defraudara lo justo, es decir, lo suficiente como para mantener la ilusión de honradez sin que el sistema se resintiera—, fue comisionado en cierta ocasión para inspeccionar una tienda de artilugios esotéricos, uno de esos establecimientos donde lo inexplicable se vende con etiqueta y precio. El caso es que, a modo de cortesía interesada —o mordida, según se mire—, le fue entregado un muñeco de tamaño similar al que por entonces alcanzaba el pequeño Martínez, cuyo crecimiento, por cierto, discurría dentro de los márgenes que su madre consideraba no ya normales, sino dignos de exhibición pública, pues no perdía ocasión de mostrarlo, rollizo y saludable, ante la envidia silenciosa de sus comadres, en una época en la que los niños gorditos eran poco menos que un símbolo de prosperidad en una sociedad que apenas empezaba a sacudirse el polvo de la miseria y el hambre heredadas de la posguerra. Así las cosas, y con la tan cacareada Navidad aproximándose con su habitual carga de expectativas, aquel muñeco vino a resolver de forma providencial el problema del regalo, sobre todo teniendo en cuenta que su padre, siempre de aquí para allá por esta sufrida piel de toro debido a sus constantes desplazamientos, no destacaba precisamente por su disponibilidad doméstica; de modo que decidió entregárselo a su primogénito —que, por cierto, era hijo único, y no por falta de empeño, pues en aquellos tiempos el matrimonio parecía tener como una de sus principales obligaciones la de engendrar descendencia con diligencia casi administrativa—, sin sospechar que aquel objeto, en apariencia inofensivo, acabaría teniendo más importancia de la que ninguno de los presentes habría estado dispuesto a admitir.

Todo fue bien al principio: la sorpresa surtió el efecto esperado y el pequeño Martínez acogió el regalo con entusiasmo, pasando largas horas en compañía de aquel muñeco al que, sin dudarlo demasiado, bautizó como Pedrín, en ho-

nor a su héroe de dibujos animados, figura de referencia entre los niños de la época. Como era de prever, el muchacho proyectó en él todo aquello que su propio cuerpo le impedía hacer —y no era poco, pues su condición, resultado de una crianza tan bienintencionada como excesiva, lo mantenía más cerca de la contemplación que de la acción—, obligando al pobre Pedrín a ejecutar toda clase de proezas imaginarias: saltos imposibles, acrobacias delirantes y movimientos que habrían puesto en aprietos al más disciplinado de los gimnastas. Y es que, mientras las madres de entonces celebraban con orgullo aquellas carnes abundantes que hoy serían motivo de alarma entre las devotas de dietas imposibles y etiquetas interminables, el niño encontraba en su muñeco la vía de escape perfecta para una energía que no sabía —o no podía— canalizar de otro modo.

Ahora bien, como suele ocurrir en este tipo de relaciones descompensadas, donde uno manda y el otro, en apariencia, obedece sin rechistar, llega un momento en que incluso el más paciente de los subordinados parece reclamar cierta autonomía; y dado que no existen sindicatos que velen por las condiciones laborales de los muñecos de compañía, el bueno de Pedrín, quizá cansado de tanto zarandeo y tanta exigencia sin recompensa, decidió —si es que puede decirse así— introducir un pequeño elemento de perturbación en la tranquila y previsible vida de aquella familia de clase media, hasta entonces más cercana al tedio que a cualquier forma de sobresalto.

La noche en que los gritos del niño despertaron a sus padres —que, enfrascados en la rutinaria y poco apasionada tarea de intentar darle un hermanito, más por obligación que por entusiasmo, o al menos así lo entendía él— marcó un antes y un después en la historia familiar, porque lo que encontraron al irrumpir en la habitación no fue un simple episodio de pesadilla infantil, sino a un pequeño Sr. Martínez fuera de sí, encogido sobre la cama, sollozando y temblando como si hubiera visto materializarse todos los miedos que hasta entonces solo habitaban en su imaginación; y entre hipidos y palabras mal articuladas, alcanzó a explicarles que Pedrín se movía, que ya no era el muñeco dócil de siempre, sino algo distinto, algo vivo, algo que —según su propio testimonio, tan aterrador como imposible— había llegado a empuñar un cuchillo con la torpe determinación de un carnicero dispuesto a abrirlo en canal.

Desde aquel instante, y aun después de que el muñeco fuera expulsado de la casa con más prisa que miramientos, terminando sus días en un vertedero municipal donde, en teoría, dejaba de existir, la presencia de Pedrín no hizo sino intensificarse en la mente del niño, arraigando con una fuerza que desbordaba cualquier explicación razonable; porque, lejos de desaparecer, comenzó a habitarlo de una forma más persistente, alimentando una imaginación que para él resultaba tan real como el mundo que pisaba, y que se manifestaba en forma de gritos, temblores, convulsiones e incluso episodios de incontinencia que no

tardaron en alarmar a unos vecinos más dados al escándalo que a la comprensión. Aquello fue, sin que nadie lo supiera entonces, el principio del fin, o quizá el inicio de algo que ninguno estaba preparado para entender, porque cabía la posibilidad —remota, incómoda— de que el niño dijera la verdad, del mismo modo que resultaba mucho más tranquilizador pensar que todo obedecía a un exceso de fantasía; pero en cualquier caso, lo que parecía inadmisible para sus padres era que su hijo cruzara esa difusa frontera entre los miedos propios de la infancia y la afirmación rotunda de estar siendo testigo de manifestaciones diabólicas, término que su madre adoptó con inquietante rapidez.

Así pues, guiados más por la fe heredada que por una comprensión real de lo que estaba ocurriendo, decidieron poner el asunto en manos de la parroquia de toda la vida, buscando en ella una solución que la lógica no les ofrecía, y fue así como el pequeño Martínez terminó ante un pobre párroco que, armado únicamente con rezos, crucifijos y generosas rociadas de agua bendita, trató sin éxito de expulsar unos demonios que, fueran reales o no, ya parecían haberse instalado en un lugar mucho más difícil de purificar.

El sacerdote, enfrentado a un caso que superaba con creces los límites de su fe y de su oficio, no tardó en interpretar su fracaso como una señal inequívoca de la presencia del maligno, y, más que ofrecer consuelo, optó por dictar sentencia con esa autoridad que otorgan las certezas no cuestionadas, sugiriendo —o más bien afirmando— que quizá la raíz del problema residiera en los propios padres, en su supuesta tendencia a fornicar con más entusiasmo del estrictamente necesario, olvidando que, si bien su deber como matrimonio era engendrar, tampoco convenía excederse, pues todo abuso, incluso el bendecido por la tradición, podía acarrear consecuencias; de modo que, lejos de aliviar su angustia, salieron de la parroquia cargando con una culpa nueva, tan incómoda como inútil, y con la sensación de haber sido, además de víctimas, señalados como responsables de un castigo que apenas comprendían.

Abandonados a su suerte, derrotados por el mal —fuera este real o imaginado— y sin el amparo de una Iglesia que prefería juzgar antes que entender, los padres del muchacho no tuvieron más remedio que recurrir al médico de la Seguridad Social, quien, al encontrarse de frente con aquel problema que olía más a trastorno serio que a simple consulta rutinaria, optó por aplicar una diligencia tan rápida como superficial, quitándose de encima el asunto con la eficiencia de quien sabe reconocer un “marrón” cuando lo tiene delante y remitiendo al joven Martínez al especialista correspondiente, ese profesional dedicado a escarbar en la mente ajena con la ayuda siempre fiable de la farmacología. El psiquiatra, por su parte, tras someter al paciente a un examen tan concienzudo como breve —apenas diez minutos que probablemente compartieron protagonismo con comentarios sobre la jornada futbolística—, alcanzó una conclusión que, en su contexto, parecía incuestionable: el adolescente debía ser internado

en un centro terapéutico, uno de esos lugares que, bajo la amable etiqueta de reposo, escondían realidades mucho menos tranquilizadoras.

Retirado de la vista y, sobre todo, de la incómoda conciencia de sus conciudadanos, que preferían no enfrentarse a aquello que no comprendían, el joven Martínez fue trasladado a las afueras de la gran urbe, a ese mismo extrarradio donde también se relegaban los cementerios, visitados con solemnidad en fechas señaladas, pero cuidadosamente ocultos el resto del año tras altas tapias y hileras de cipreses, como si la muerte —o cualquier cosa que se le pareciera— debiera mantenerse siempre a una distancia prudencial de la vida cotidiana; allí, en un entorno no muy distinto en lo simbólico, se alzaba la llamada casa de reposo, institución que lo acogió con la promesa implícita de cuidado y recuperación, aunque en la práctica ofreciera más bien una cómoda forma de apartar el problema.

El Sr. Martínez, instalado en aquel lugar donde el tiempo parecía diluirse entre rutinas repetidas, disfrutaba, por decirlo de algún modo, de alojamiento con pensión completa, sin las exigencias del colegio y rodeado de individuos cuya imaginación rivalizaba, cuando no superaba, la suya propia; pero aquello distaba mucho de ser un espacio de mejora, pues si bien el reposo era abundante, la terapia brillaba por su ausencia, compensada, eso sí, con una disciplina basada en duchas frías y silencios prolongados. Convertido en el benjamín del centro, absorbía como una esponja las historias que los demás internos le confiaban, relatos fragmentados, a medio camino entre la lucidez y el delirio, que muchos parecían necesitar transmitir antes de que sus momentos de claridad se extinguieran por completo; y así, alimentado por ese caudal de experiencias ajenas, el muchacho fue creciendo en lo físico mientras, de forma casi imperceptible pero constante, se iba alejando de cualquier comportamiento que pudiera considerarse apto para la vida en sociedad.

Un azar del destino —benévolo o cruel, según se mire— vino a alterar aquella rutina enquistada cuando el Sr. Martínez alcanzó esa difusa frontera que damos en llamar edad adulta, término tan flexible que muchos lo lucen en sus documentos mientras su cabeza habita territorios muy distintos; fue entonces cuando las tijeras de un gobierno especialmente aficionado a los recortes en materia sanitaria decidieron que ya no había motivo para seguir sosteniendo a individuos poco productivos, dictaminando que nuestro protagonista, para alivio de las cuentas públicas y quizá para desgracia del resto de la humanidad, se encontraba en condiciones de reincorporarse a la feroz maquinaria de la sociedad de consumo, siempre hambrienta de nuevos participantes y poco tolerante con quienes no aportan más que gasto. Así fue como el Sr. Martínez regresó al mundo exterior, no precisamente rehabilitado, sino más bien cargando con un equipaje mental ya de por sí inestable, agravado por la convivencia prolongada con otras mentes aún más deterioradas que la suya, cuyas historias, manías y

desvaríos habían terminado por adherirse a él con una persistencia difícil de separar.

Y no, no es mi intención —ni lo será en adelante— excusar su comportamiento, ni envolverlo en justificaciones complacientes que alivien la conciencia de nadie; me limito, si acaso, a trazar el camino que lo ha traído hasta aquí, a exponer las circunstancias que han ido moldeando ese cerebro maltrecho para ponerlo, sin adornos innecesarios, ante las mentes supuestamente racionales de quienes se dispongan a escuchar esta historia. Si con ello he logrado disipar alguna duda o, al menos, despertar la suficiente curiosidad como para continuar, entonces, con su permiso, seguiré adelante con la narración.

CAPÍTULO I

El Sr. Martínez, habituado a una existencia dominada por la inercia —una suerte de vagancia compulsiva elevada ya a forma de vida— y nada inclinado a realizar el más mínimo esfuerzo que implicara moverse de su sitio, hasta el punto de haberse procurado una botella de plástico para atender necesidades tan básicas como orinar, no sin evidentes problemas de puntería que agravaban aún más la miseria del entorno, terminó por digerir, no sin cierta resistencia, las palabras del Tiburón; y fue entonces cuando, en lugar de reaccionar de inmediato —lo cual habría resultado sospechoso en alguien de su condición—, comenzó a elaborar una serie de cábalas que poco tenían de matemáticas pero sí mucho de desesperación contenida, hasta que, entre esa maraña de pensamientos torpes, logró vislumbrar una posibilidad, remota pero persistente, de recuperar algo parecido a la consideración perdida de su familia.

Con ese objetivo, más emocional que racional, decidió —o creyó decidir— enviar una orden a su propio cuerpo, empresa que, dada la falta absoluta de costumbre, resultó ser más compleja de lo esperado, pues aquel organismo, abandonado durante tanto tiempo a la ley del mínimo esfuerzo, tardó en reconocer la autoridad de un cerebro que, por lo general, se limitaba a dormitar sin mayores aspiraciones; de modo que el proceso de incorporarse no fue inmediato, sino lento, casi ceremonioso, como si cada músculo necesitara ser convencido por separado de que valía la pena obedecer, hasta que, finalmente, comenzó a desperezarse con la torpeza de quien lleva demasiado tiempo inmóvil, recordando vagamente a ese león ocioso que, sin intención real de cazar, espera que sean otros quienes le resuelvan la jornada.

—Le presento al Sr. Carroll —le espetó con exagerada solemnidad el Tiburón—, afamado escritor que viene a solicitar su ayuda a propósito de ciertos malentendidos relacionados con su obra literaria, escrita hace ya más de cien años…

El Sr. Martínez permaneció unos segundos en silencio, atrapado entre el estupor y la incredulidad, intentando ordenar un pensamiento que se resistía a adoptar una forma coherente; porque, si no estaba completamente equivocado —y eso, tratándose de él, era mucho suponer—, aquel nombre remitía sin lugar a dudas a Lewis Carroll, el mismo que había dado vida a Alice's Adventures in Wonderland, lo cual planteaba una cuestión bastante incómoda: ¿estaba realmente ante la presencia de un difunto ilustre que, por algún motivo incomprensible, había decidido visitarlo?

—Sí, pedazo de alcornoque, por una vez no vas desencaminado —respondió el Tiburón con esa familiar mezcla de desprecio y suficiencia, recordándole de paso que no había pensamiento que pudiera albergar sin que él lo recorriera a su antojo.

Siguiendo la indicación de su incómoda conciencia, el Sr. Martínez dirigió la mirada hacia un punto indeterminado de la habitación y, tras un instante de vacilación, logró distinguir una figura que parecía desdibujarse entre la penumbra, suspendida a escasa altura del suelo, como si la gravedad no terminara de aplicarse sobre ella; la temperatura, por lo demás, había descendido de forma perceptible, detalle que, en otras circunstancias, habría merecido mayor atención, pero que en aquel momento quedaba relegado por la singularidad de la aparición. Ante él se encontraba un hombre ataviado al estilo victoriano, con una elegancia que pretendía ser sobria pero que, vista desde la óptica poco indulgente del Sr. Martínez, rozaba lo afectado: vestía una levita oscura, abierta al frente y con caída hacia la espalda, bajo la cual asomaba una camisa blanca de cuello rígido, rematada por una pajarita negra que parecía ejercer más presión de la estrictamente necesaria; su rostro, de palidez acusada y rasgos sorprendentemente aniñados, estaba dominado por una nariz prominente que descendía desde una frente amplia y despejada, mientras que unos ojos hundidos, rodeados de marcadas ojeras, aportaban a su expresión un cansancio difícil de disimular. El cabello, abundante y ondulado, cuidadosamente dividido por una raya lateral que el brillo del fijador no lograba domesticar del todo, completaba una imagen que, en conjunto, transmitía una mezcla de dignidad trasnochada y fragilidad apenas contenida.

El Sr. Martínez, fiel a su naturaleza poco diplomática, tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no verbalizar la primera impresión que le provocaba aquella figura, no tanto por deferencia hacia el ilustre visitante como por la vaga intuición de que, en circunstancias como aquella, convenía no tentar demasiado a lo desconocido.

—¿Autor del famoso cuento, supongo? —preguntó el Sr. Martínez con una suficiencia apenas disimulada—. ¿Qué se le ofrece? —añadió, dejando que la ironía hiciera el resto del trabajo en una situación que, de por sí, ya desbordaba cualquier lógica.

—El mismo, Sr. Martínez, y le ruego encarecidamente la mayor seriedad; no admitiré sarcasmo alguno —replicó el recién llegado, elevando el tono hasta donde le permitía su férrea educación inglesa, como quien intenta imponer orden en un escenario que, claramente, se le escapa.

—Usted verá —continuó Martínez, inclinándose apenas hacia delante con una media sonrisa que no prometía nada bueno—, yo, aunque loco, sigo vivo;

usted, en cambio, está muerto… o eso parece. Si hubiera que apostar, ¿por quién lo haría vuestra merced? —y se recreó en la pausa, saboreando la incomodidad ajena con ese placer algo infantil de quien ha encontrado un juguete nuevo al que tensar hasta el límite, como el gato que retiene al ratón solo para decidir, más tarde, cuándo dejar de jugar.

El Sr. Carroll, que no parecía ajeno a la naturaleza de su interlocutor, optó por templar la escena, rebajando la rigidez inicial con un esfuerzo visible:

—Bien… tampoco hace falta romper las fotos y devolvernos los regalos —respondió, recuperando a duras penas un humor fino que, pese a todo, delataba su origen.

—Vamos, vamos, Sr. Carroll, al grano, que no tengo tiempo que perder —cortó Martínez con impaciencia estudiada, aunque lo cierto era que tiempo le sobraba en cantidades obscenas; su vida transcurría entre el orgullo herido y la contemplación mecánica del mundo, reducida en muchas ocasiones a observar la pared del edificio de enfrente, donde los ladrillos, dispuestos con una asimetría casi caprichosa, nunca coincidían exactamente unos sobre otros, alternando mitades, tonos y pequeñas imperfecciones que, a falta de algo mejor, se habían convertido en el único entretenimiento digno de su atención.

—Está bien, Sr. Martínez, no se me impaciente —contestó el escritor con un esfuerzo evidente por mantener la compostura.

El Tiburón, percibiendo que el ambiente empezaba a cargarse más de la cuenta, decidió intervenir con su habitual grandilocuencia:

—Haz el bien y no mires a quién… igual hasta tiene algo interesante que decir, así que déjelo explicarse —sentenció con aire solemne.

—Bien dicho… hágale caso, Sr. Martínez —añadió el visitante, aferrándose a aquella inesperada tabla de salvación—; los muertos, los borrachos y los niños siempre dicen la verdad…

El tono, entre sincero y resignado, bastó para despertar una curiosidad que el propio Martínez no se molestó en disimular; y aunque no respondió de palabra, su silencio fue interpretado como permiso suficiente para continuar.

—¡¡Ni muerto me dejan descansar en paz!! —estalló de pronto el Sr. Carroll, perdiendo por un instante toda contención—. ¡¡Estoy desolado, apenado y, sobre todo, indignado con esta generación que, sin fundamento alguno, me acusa de crímenes horribles!!

La figura temblaba entre la rabia y la impotencia, tirándose de los rizos con una desesperación poco acorde con la dignidad que había intentado sostener hasta entonces.

—Vamos, un poco de compostura —replicó el Tiburón con frialdad creciente—, no se haga la víctima… cuando el río suena, algo lleva.

Aquellas palabras abrieron la veda. El Sr. Martínez, que había permanecido expectante, encontró en ese instante la oportunidad perfecta para intervenir, sumándose al ataque con la naturalidad de quien disfruta empujando al borde a quien ya está tambaleándose.

—¿Sabe usted lo que es la “pedofilia”, amigo mío? —preguntó, sin intención real de escuchar respuesta, saboreando cada sílaba como si con ellas pudiera ajustar cuentas que ni él mismo terminaba de comprender.

El impacto fue inmediato, casi físico. Durante un segundo, el aire pareció espesarse en la habitación.

—¡¡Sí, estúpido!! —irrumpió el Tiburón, atropellando cualquier posible reacción—. ¡¡A ver ahora qué dice!! Odio a los autores… petimetres aburridos, niños malcriados, y más aún si han tenido éxito; no hay nada que me produzca mayor repulsión que un novelista almibarado encumbrado por un golpe de suerte con una

El resentimiento puede ocultarse tras una apariencia razonablemente equilibrada, pero el Tiburón ni entendía ni estaba dispuesto a entender semejantes sutilezas, de modo que, mientras el ambiente se enrarecía por momentos, el Sr. Carroll, haciendo caso omiso a los ataques, decidió proseguir con su defensa, aferrándose a la dignidad que aún le quedaba:

—Yo, autor de una obra que en su momento gozó de una fama merecida, me veo ahora vilipendiado por una jauría de críticos que se autoproclaman intelectuales y que no dudan en escarbar en supuestos lados oscuros para alimentar sus publicaciones o desacreditar mi honra; lo más lamentable no es solo su proceder, sino que sus propios contemporáneos lo toleran, alentados por editores cuya única preocupación es convertir la morbosidad en un negocio rentable.

—¿No escribió usted una carta a Miss Alicia que, hoy en día, sería considerada… digamos, inapropiada? —intervino el Tiburón, relamiéndose ante la posibilidad de hurgar en la herida.

—¡¡Era mi musa, señor mío!! —replicó el escritor con un orgullo que rozaba la obstinación.

Aquella respuesta no hizo sino avivar el ánimo del Sr. Martínez, que, lejos de dar tregua, decidió redoblar el ataque:

—Usted era diácono… y le gustaba fotografiar niñas. ¿Le parece adecuado que un ministro de la Iglesia se dedicara a tales menesteres? —espetó, señalándolo con un dedo acusador.

—Sí, es cierto —admitió Carroll, conteniendo el gesto—, pero no lo interprete con los ojos de su tiempo. La fotografía estaba entonces en sus inicios, y retratar a personas —niños incluidos— era algo común, incluso habitual en contextos familiares y sociales.

—¿Solo niñas? —insistió Martínez, tensando la cuerda.

—¡¡Eran fotografías artísticas!! —respondió, visiblemente herido—. Sin malicia, sin segundas intenciones. Buscaba capturar la inocencia, preservar un instante efímero. Y le diré más: también era costumbre retratar a los difuntos, especialmente a los niños, vestidos con sus mejores galas junto a sus familias; imágenes que hoy resultarían inquietantes, pero que entonces constituían un recuerdo valioso para quienes quedaban. Juzgarlo con parámetros modernos no solo es injusto, sino profundamente simplista.

—Casi logra convencerme —replicó el Sr. Martínez con una sonrisa torcida—, pero ¿qué me dice de esa fotografía desnuda de la hermana de Alicia?

—¡¡Eso, eso!! —irrumpió el Tiburón, crecido—. Que responda… ¿qué tiene que decir de esa imagen y de otras que, curiosamente, desaparecieron?

La tensión se hizo palpable. Por un instante, incluso la figura espectral pareció perder consistencia, como si la acusación pesara más que su propia presencia.

—¡¡Mentiras!! —estalló finalmente el diácono, dejando atrás cualquier resto de flema británica—. Calumnias difundidas por libreros sin escrúpulos, críticos envidiosos y escritores mediocres. Jamás se ha demostrado que esa fotografía corresponda a quien ustedes insinúan, y es absolutamente falso que mi familia destruyera documentos comprometedores tras mi muerte. Todo ello no es más que una invención conveniente, alimentada por editores que conocen demasiado bien el valor comercial del escándalo.

Su voz, cargada de indignación, resonó en la estancia con una intensidad que contrastaba con su aspecto etéreo, mientras, frente a él, el Sr. Martínez y su inseparable Tiburón compartían algo parecido a la satisfacción, esa mezcla

incómoda de curiosidad, crueldad y entretenimiento que surge cuando el sufrimiento ajeno se convierte en espectáculo.

El Sr. Carroll, al comprobar que sus peculiares adversarios guardaban silencio, interpretó aquella pausa como una victoria momentánea en la contienda, sin percatarse de que, en realidad, la combinación de locura, odio y envidia no había desaparecido, sino que aguardaba, paciente, a que él mismo se expusiera un poco más, confiado, entregándose sin resistencia a una suerte de haraquiri dialéctico del que difícilmente saldría indemne.

Sin necesidad de presión alguna, y como si la oportunidad de explicarse ante un público, por hostil que este fuera, le resultara irresistible, el escritor adoptó un tono más íntimo y melancólico, dejando que su mirada se perdiera en un punto indefinido de la estancia, como si lo que estaba a punto de relatar no perteneciera ya a aquel lugar ni a aquel tiempo:

—Hace más de cien años —comenzó, con voz suavizada por la memoria—, una barca se deslizaba lentamente por el río, llevando consigo a un pequeño grupo de niñas que disfrutaban de sus vacaciones; era un día caluroso, de esos en los que la luz parece teñirlo todo de tonos dorados, y el agua, mansa y cristalina, invitaba al abandono y al juego. Reían, se salpicaban, convertían el trayecto en un bullicio alegre que, por momentos, hacía temer que la embarcación perdiera su equilibrio; así que, ante el creciente alboroto, consideré prudente acercarnos a la orilla, donde un gran álamo negro extendía sus ramas como un refugio natural, generoso en sombra y silencio.

Hicimos allí una pausa. Sobre la hierba, dispuse un mantel y compartimos una merienda sencilla pero agradable, con pastas y té, mientras el murmullo del río acompañaba las risas ya más calmadas, transformando aquel instante en algo que, entonces, parecía no tener más importancia que la de un recuerdo feliz destinado a perderse con el tiempo… aunque, como ahora comprendo, hay momentos que se aferran a la memoria con una tenacidad que uno no alcanza a explicar.

—Al ver el abatimiento de las niñas, que me habían sido confiadas para su cuidado y educación —y no se apresuren ustedes a juzgar con ligereza, pues ya adivino por dónde discurren ciertas mentes—, cuando el sopor de la tarde empezó a imponerse sobre su ánimo, fueron ellas mismas quienes, casi al unísono, me rogaron que les contara una historia que aliviara el tedio de aquel momento. Yo, por entonces, no era más que un aficionado a la poesía, un matemático entregado a su disciplina, alguien que encontraba en la palabra y en los números un refugio tan digno como cualquier otro; de modo que acepté con gusto, improvisando un relato que fue tomando forma al calor de la ocasión y,

en particular, de la presencia de una de aquellas niñas, cuya imaginación parecía acompasarse con la mía de una manera especialmente viva.

No, no interpreten mis palabras de forma torpe —prosiguió, con un leve gesto de incomodidad—; no hubo en ello deseo físico alguno, ni intención que pudiera considerarse impropia. Lo que sentía era, si acaso, un afecto idealizado, una admiración que hoy llamarían platónica, nacida de la pureza que entonces atribuía a su carácter: la veía como la más dulce, la más luminosa, casi una figura angelical que, sin proponérselo, inspiraba lo mejor de mi imaginación. Era evidente la diferencia de edad, imposible de ignorar, pero también lo es que el tiempo, en su transcurrir inevitable, habría de igualar lo que entonces parecía insalvable; sin embargo, cuando ella alcanzó la edad adulta, mi presencia dejó de ser aceptable, bien por decisión propia o, más probablemente, por la intervención de quienes la rodeaban, que consideraron oportuno poner fin a cualquier vínculo conmigo.

Fue entregada a otro destino, a otra vida, y yo quedé relegado a un recuerdo que, con el paso del tiempo, se volvió cada vez más doloroso. Aquel desapego forzado dio lugar a una tristeza persistente, a un desasosiego que me acompañó mucho más allá de lo razonable, y fue entonces cuando comencé a escribir cartas en las que volcaba un pesar que no encontraba otra vía de expresión; en ellas trataba de explicar, quizá también de explicarme, por qué ninguna otra relación lograba desprenderse de aquella sombra, por qué, en el fondo, terminaba reconociendo en otros rostros un reflejo imposible de recuperar.

Hasta entonces había sido un profesor respetado, dedicado, cumplidor de mis obligaciones, tanto académicas como religiosas, alguien que, sin destacar en exceso, mantenía una vida ordenada y previsible; pero tras aquel desencanto, algo en mí se torció de forma definitiva. Me volví excéntrico, receloso, cada vez más inclinado al aislamiento, refugiándome en una casa que acabó llenándose de relojes, termómetros y toda clase de artilugios, como si en la medición constante del tiempo y la temperatura pudiera encontrar un sentido que ya se me escapaba en lo esencial; las cartas, las fotografías, los escritos… todo empezó a perder coherencia, o quizá fui yo quien dejó de tenerla.

Y así, entre manías y recuerdos, consumido más por la persistencia de lo vivido que por el paso de los años, abandoné este mundo a los sesenta y seis, tras una enfermedad que no fue sino el último capítulo de una vida que, vista ahora en perspectiva, se me antoja mucho más extraña de lo que jamás habría imaginado.

—D.E.P. —soltó el Sr. Martínez con una ironía que no pretendía disimular.

—¡¡Que se joda!! —añadió el Tiburón, sin el menor atisbo de compasión.

—Vamos, señores… un poco de humanidad —rogó el Sr. Carroll, visiblemente afectado.

—Bien, pero después de todo este desahogo —intervino Martínez, ya claramente molesto—, volvemos a lo de antes: ¿qué demonios tengo yo que ver con sus problemas? —Había perdido la paciencia; los lamentos del escritor empezaban a resultarle tan pesados como inútiles, y no estaba dispuesto a prolongar una visita que ya consideraba inoportuna—. O me aclara usted a qué ha venido… o lo mando a tomar por saco.

—Eso mismo digo yo —apuntó el Tiburón con sorna—. ¿Qué quiere exactamente este melindroso de nosotros?

El Sr. Carroll pareció medir sus palabras antes de responder, consciente de que había llegado el momento de revelar el motivo de su presencia:

—Ha llegado a mis oídos… por decirlo de alguna manera… que usted escribe, Sr. Martínez…

—¿Los muertos tienen oídos ahora? —interrumpió el Tiburón, incapaz de dejar pasar la ocasión.

—No en el sentido estricto —replicó Carroll, con un leve gesto de fastidio—, pero las noticias nos alcanzan igualmente; no estamos condenados a la inactividad absoluta… aunque a veces lo parezca.

Aquella respuesta dejó un breve silencio, lo suficiente para que la tensión volviera a concentrarse en lo esencial.

—Venga, dispare de una vez —gruñó Martínez.

El escritor no dudó más:

—Quiero que reescriba mi obra. Solo así podré limpiar mi nombre.

El impacto fue inmediato.

—¿Cómo dice? —preguntó el Sr. Martínez, incrédulo.

El Tiburón estalló en una carcajada áspera:

—¿Pretende que este… artista del no hacer nada, devoto del aguardiente y enemigo declarado del esfuerzo, reescriba su obra? Si es incapaz de redactar una felicitación navideña sin quedarse a mitad… ¿y quiere que emule su talen-

to? Dígame, Sr. Carroll… ¿está usted loco o lo estamos nosotros por seguir escuchándole?

—No, no estoy loco —respondió el escritor con calma contenida—. Y, de hecho, no es talento lo que busco…

El gesto del Sr. Martínez se torció al instante; una cosa era insultarse a sí mismo, y otra muy distinta oírlo en boca ajena.

—Veo que te tiene bien calado —añadió el Tiburón, disfrutando del momento.

—¡¡A la mierda los dos!! —estalló Martínez—. Me sobra talento… lo que pasa es que tuve una infancia muy complicada.

—Seguro que te pegaban y humillaban… la eterna excusa de los fracasados —canturreó el Tiburón en tono falsete.

—¡¡Señores, por favor!! —intervino el Sr. Carroll, tratando de recuperar el control—. Tal vez no me he explicado bien… rectifico: necesito un escritor, digamos… menos conocido —añadió con cautela—. De ese modo, la versión resultará más creíble. No pretendo que copie mi obra, sino que haga referencia a mi persona y se inspire en ella; no lograré borrar por completo lo que se dice de mí, pero quizá sí que se comprenda mejor el sentido de un relato que no aspiraba a otra cosa que a entretener a unas niñas.

—Hum… —murmuró el Tiburón, pensativo—. No suena descabellado, Sr. Martínez.

—No termino de verlo claro —respondió este, rascándose la cabeza—, pero si tú estás de acuerdo… igual podemos echarle un capote.

—Entonces, caballeros, entremos en materia —concluyó el escritor, recuperando un tono ligeramente altivo.

—¡¡Ya era hora!! —respondieron ambos casi al unísono.

A partir de ahí, el Sr. Carroll desgranó con detalle las condiciones: el Sr. Martínez debía empaparse de su obra antes de reescribirla, comprender su esencia y reinterpretarla sin traicionarla. El Tiburón, por su parte, no tardó en tensar la cuerda exigiendo una compensación tangible, pero el diácono se mantuvo firme, asegurando que el pago sería doble: éxito literario… y, tal vez, la recuperación de aquello que más le importaba.

Fue entonces cuando, con una calma casi teatral, ejecutó su jugada maestra.

De la nada —o de algún lugar que ninguno de los presentes habría sabido señalar— apareció un volumen de grandes dimensiones, encuadernado en piel, con el lomo cuajado y adornos dorados que reflejaban una luz imposible en aquella estancia miserable. El título y el nombre del autor destacaban grabados en letras de oro, y en el centro de la portada, enmarcada por un delicado entramado de figuras y criaturas fantásticas, se distinguía la imagen de una niña vestida a la manera de otra época, como si aguardara paciente a ser reconocida.

—¿Qué es esto? —preguntaron al unísono, aunque la respuesta resultaba evidente incluso antes de formular la pregunta.

—He aquí mi gran obra —proclamó el Sr. Carroll con solemnidad—, un relato que ha acompañado a generaciones… —y subrayó con particular énfasis— de niñas.

El detalle no pasó desapercibido.

—Óigame, hijo de la Gran Bretaña… —intervino el Tiburón, entre la desconfianza y la burla—. ¿Cómo se supone que ha sacado eso de la nada?

—Eso mismo digo yo —añadió Martínez, ahora completamente intrigado.

El escritor sonrió con una condescendencia apenas disimulada:

—Dígame, Sr. Martínez… ¿esto le parece a usted una situación normal? ¿Un sueño, quizá? ¿Una fantasía? ¿Está completamente seguro de hallarse en sus cabales? —No esperó respuesta—. Si puede aceptar que conversa con alguien fallecido hace más de un siglo, no debería resultarle tan difícil admitir que dicho individuo sea capaz de hacer aparecer un libro donde antes no había nada.

El silencio que siguió tuvo un matiz distinto, menos burlón.

—Elemental… estimado profesor… —murmuró el Tiburón, esta vez con una sonrisa que ya no era del todo irónica.

CAPÍTULO II

La Ley de la gravedad también funciona en los cuentos y este hecho, que en la vida real suele ser incuestionable y hasta aburrido de puro predecible, adquirió para el Sr. Martínez una dimensión casi filosófica mientras caía por aquel túnel interminable que parecía no tener ni principio ni fin, como si se tratara de una idea mal pensada que alguien hubiese dejado suspendida en el aire sin molestarse en concluirla. Al principio, su reacción fue la esperable: agitó los brazos con una torpeza digna de un pato mareado, abrió los ojos como platos y soltó un juramento que, de haber sido oído por el clérigo, habría supuesto su inmediata excomunión literaria; sin embargo, conforme pasaban los segundos —o minutos, o quizá horas, porque el tiempo en aquel lugar parecía estirarse como un chicle olvidado al sol—, comenzó a percatarse de que la caída no era del todo desagradable, incluso tenía algo de paseo contemplativo, pues a su alrededor iban apareciendo estanterías, cuadros, relojes detenidos y objetos imposibles que flotaban como si ignoraran deliberadamente cualquier ley física conocida, lo que le llevó a pensar, no sin cierta ironía, que quizá la gravedad en aquel mundo trabajaba a media jornada.

Mientras descendía con una parsimonia cada vez más sospechosa, el Sr. Martínez empezó a reflexionar —algo poco habitual en él, todo sea dicho— sobre la naturaleza de aquel lugar y, sobre todo, sobre la inquietante sensación de que no estaba simplemente dentro de un cuento, sino dentro de la mente de Lewis Carroll, lo cual, lejos de tranquilizarle, le producía un cosquilleo incómodo en la nuca, como si en cualquier momento pudiera cruzarse con una idea a medio formar o, peor aún, con una broma que no terminara de entender. “No puede ser bueno caer dentro de la cabeza de un matemático”, se dijo, recordando de pronto al clérigo que lo había empujado indirectamente a aquella situación, “esa gente siempre tiene alguna fórmula escondida para complicarlo todo”.

En medio de estas cavilaciones, pasó junto a una cómoda antigua sobre la que reposaba un tarro etiquetado con una caligrafía exquisita que rezaba “MERMELADA DE NARANJA”, lo cual le provocó una súbita mezcla de hambre y desconfianza, ya que, pese a su evidente interés, no estaba dispuesto a estirar el brazo en plena caída por miedo a que aquel gesto, aparentemente inocente, desencadenara una catástrofe de consecuencias imprevisibles, como por ejemplo dejar de caer para empezar a subir, o peor aún, quedarse suspendido en una especie de limbo administrativo del que nadie supiera cómo sacarlo. Así pues, optó por limitarse a observar, como quien mira escaparates sin intención de comprar, mientras su mente, cada vez más adaptada a lo absurdo, comenzaba a aceptar como razonable lo que, en cualquier otra circunstancia, habría considerado un disparate.

No obstante, la calma no podía durar eternamente, porque si algo caracteriza tanto a los sueños como a los cuentos es su tendencia a torcerse justo cuando uno empieza a acomodarse, y así ocurrió cuando, sin previo aviso, el túnel pareció estrecharse y acelerarse al mismo tiempo, obligando al Sr. Martínez a encogerse sobre sí mismo en una postura poco digna pero altamente funcional, mientras un silbido creciente le taladraba los oídos y una voz, que juraría haber escuchado antes —quizá la del Tiburón, quizá la de su propia conciencia disfrazada de advertencia tardía—, le susurraba que se preparara, porque lo que venía a continuación no tenía absolutamente nada que ver con lo que había leído hasta ahora, lo cual, teniendo en cuenta el panorama, no era precisamente una promesa tranquilizadora.

La respuesta del Tiburón, tan inútil como provocadora, cayó sobre el ánimo del Sr. Martínez como una losa de frustración mal digerida, porque si algo llevaba especialmente mal nuestro protagonista era la falta de referencias claras, esa manía tan suya de necesitar que el mundo tuviera sentido, aunque fuera uno pequeñito, manejable y, a ser posible, con instrucciones al dorso; pero allí, en aquel pasillo inmaculado donde todo parecía limpio hasta lo sospechoso, donde las dos puertas eran tan idénticas que ni el más meticuloso de los funcionarios habría encontrado una diferencia que justificar en un informe, la lógica se le escurría entre los dedos como agua tibia. Avanzó unos pasos con cautela, mirando alternativamente una y otra puerta, como si en algún momento fueran a pestañear o a delatarse con un gesto involuntario, mientras en su cabeza se agolpaban pensamientos contradictorios que iban desde la indignación más terrenal —“esto es una tomadura de pelo”— hasta la sospecha, cada vez más firme, de que estaba siendo manipulado por una mente juguetona y algo cruel, la de Lewis Carroll, que probablemente se estaba divirtiendo a su costa como un niño desmontando un reloj solo por ver qué piezas sobran.

El silencio del pasillo, por otra parte, no ayudaba en absoluto, porque no era un silencio cualquiera, sino uno de esos que parecen escuchar, que se adhieren a la piel y amplifican hasta el más mínimo roce, de modo que cada paso del Sr. Martínez resonaba con una solemnidad exagerada, como si estuviera caminando por la nave central de una catedral consagrada al absurdo. Se detuvo finalmente entre ambas puertas, llevándose la mano a la barbilla en un gesto que pretendía ser reflexivo pero que, en realidad, no ocultaba más que pura indecisión, y miró de reojo al Tiburón, esperando —sin mucha fe, todo hay que decirlo— algún atisbo de utilidad en su acompañante, que lejos de ofrecer ayuda alguna, se limitaba a mostrar una sonrisa ladeada, de esas que invitan más a la bofetada que a la conversación.

—Mira que eres inútil… —murmuró el Sr. Martínez, más para sí que para el otro—. Dos puertas iguales… esto tiene truco seguro.

—Claro que lo tiene —respondió el Tiburón con tono cantarín—, pero la gracia está en que lo descubras tú solito, campeón.

Aquella última palabra le sentó especialmente mal, pero decidió ignorarla, porque si algo había aprendido en aquel viaje era que perder el tiempo discutiendo con su propio alter ego era tan productivo como intentar sujetar el humo con las manos. Así pues, respiró hondo —o al menos lo intentó, porque ni siquiera tenía claro si allí el aire funcionaba como debía— y se acercó primero a la puerta de la derecha, apoyando la oreja con cuidado, como si esperara oír al otro lado el eco de la niña o cualquier indicio que le permitiera tomar una decisión informada; no escuchó nada, absolutamente nada, ni un susurro, ni un paso, ni siquiera ese murmullo indefinido que suele delatar la presencia de algo vivo. Probó entonces con la puerta de la izquierda, repitiendo el gesto con idéntico resultado, lo cual no hizo sino aumentar su irritación hasta un punto en el que empezó a considerar seriamente la posibilidad de abrir ambas a la vez, aunque no tuviera ni idea de cómo hacerlo sin desdoblarse, cosa que, dado el contexto, tampoco le parecía del todo imposible.

Fue en ese instante, justo cuando su paciencia empezaba a resquebrajarse, cuando una idea, pequeña pero luminosa, se abrió paso entre el caos de sus pensamientos: si Alicia había elegido una de las puertas, lo habría hecho por algún motivo, y aunque ese motivo fuera completamente absurdo —que era lo más probable—, seguía siendo un motivo, lo cual ya era más de lo que él tenía en aquel momento. Sonrió, no sin cierta ironía, y apoyó la mano en el pomo de una de las puertas —ni él mismo supo decir por qué eligió esa y no la otra, quizá por puro capricho, quizá porque en el fondo empezaba a entender que en aquel lugar la razón no era más que un adorno—, mientras el Tiburón lo observaba en silencio, con una expresión que mezclaba expectación y una pizca de malicia.

—Bueno… allá vamos —dijo finalmente el Sr. Martínez, empujando la puerta con una determinación que no sentía del todo—. Y como esto sea otra tomadura de pelo, juro que salgo de la cabeza de este hombre a patadas.

El pomo cedió con suavidad, casi con elegancia, y la puerta comenzó a abrirse lentamente, como si también ella quisiera saborear el momento, dejando escapar una luz distinta, menos uniforme, más caprichosa, que se filtraba hacia el pasillo anunciando que, eligiera lo que eligiera, el absurdo todavía tenía mucho que decir.

La respuesta del Tiburón, tan redonda en su inutilidad como en su descaro, dejó al Sr. Martínez clavado frente a la puerta con una mezcla de ira y desconcierto que empezaba a resultarle peligrosamente familiar, como si aquel lugar se empeñara en obligarle a pensar, cosa que él siempre había considerado una

actividad opcional y, en la medida de lo posible, evitable; sin embargo, allí no parecía haber escapatoria, porque ni la fuerza bruta le había servido para abrir la dichosa puerta ni su alter ego estaba dispuesto a facilitarle el camino, más bien al contrario, se recreaba en cada una de sus dificultades como un espectador privilegiado de una comedia absurda, lo que llevó al pobre hombre a resoplar con resignación y a dejar caer la espalda contra la pared blanca, que por algún motivo seguía sin ensuciarse pese al trato poco delicado que estaba recibiendo.

Durante unos instantes, que bien podrían haber sido segundos o una eternidad —porque en aquel lugar el tiempo seguía comportándose como le venía en gana—, el Sr. Martínez se limitó a observar la puerta de la derecha, esa misma que le había desafiado con su insolente letrero, intentando encontrar en ella algo más que una superficie lisa y perfectamente cerrada; pasó la mano por el marco, tanteó el pomo una vez más, lo giró con insistencia por si en algún momento decidía colaborar, pero nada, ni un clic, ni una rendija, ni el más mínimo indicio de que aquella puerta tuviera intención de comportarse como una puerta normal, lo cual, pensándolo bien, empezaba a ser la norma en aquel universo que parecía diseñado por la mente juguetona y algo retorcida de Lewis Carroll, donde las reglas no es que se rompieran, es que directamente se ignoraban con una elegancia casi ofensiva.

—Solo tú… solo tú… —murmuró entre dientes, imitando con sorna la voz del Tiburón—. Ni que fuera yo aquí un genio de nada…

—De nada, desde luego —añadió el Tiburón con rapidez, incapaz de dejar pasar la oportunidad—, pero oye, siempre hay una primera vez para sorprender al mundo.

El comentario le arrancó un gruñido más que una respuesta, pero, por primera vez desde que había llegado a aquel pasillo, el Sr. Martínez no reaccionó con violencia ni con insultos, sino con algo que se parecía vagamente a la curiosidad, esa chispa incómoda que aparece cuando uno empieza a sospechar que quizá hay un truco escondido a plena vista. Se incorporó lentamente, se sacudió el polvo inexistente de los pantalones y volvió a mirar el letrero: “NUNCA ME ATRAPARÁS, IMBÉCIL”. Lo leyó una vez, luego otra, y una tercera, como si al repetirlo fuera a descubrir un significado oculto entre las letras, algo que no había visto en su arrebato inicial.

—Nunca… me atraparás… —repitió en voz alta, separando las palabras—. ¿Y si no se trata de abrirla?

El Tiburón arqueó una ceja —o al menos eso pareció, porque su expresión siempre tenía algo de caricatura— y guardó silencio, lo cual, viniendo de él, era

ya una pista en sí misma. El Sr. Martínez, animado por aquella reacción inesperada, empezó a dar vueltas sobre sí mismo, mirando no solo la puerta, sino el conjunto entero del pasillo, como si por primera vez lo estuviera viendo de verdad y no como un simple obstáculo en su camino. Dos puertas idénticas, un pasillo blanco, un silencio expectante… y un mensaje provocador. Todo demasiado evidente, demasiado teatral.

—A lo mejor… —dijo, esta vez más despacio, casi saboreando la idea— …no tengo que ir detrás de ella.

—Oh… —dejó escapar el Tiburón, alargando la vocal con un deje de sorpresa fingida—. Mira quién empieza a pensar sin hacerse daño.

El Sr. Martínez lo ignoró, pero no pudo evitar que una media sonrisa, torpe pero sincera, se le dibujara en la cara, porque por primera vez desde que había caído por aquel pozo sentía que no estaba reaccionando, sino decidiendo, y eso, en un mundo donde todo parecía arrastrarlo de un lado a otro, era casi un acto de rebeldía. Miró de nuevo la puerta de la derecha, luego la de la izquierda, que hasta ese momento había permanecido en un discreto segundo plano, sin letreros insultantes ni desafíos directos, como si no tuviera nada que demostrar.

—Claro… —murmuró—. Si una me grita… la otra espera.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de la izquierda con una determinación nueva, más tranquila, como quien deja de perseguir algo para ver si, por una vez, es ese algo lo que decide seguirle a él, mientras el Tiburón, unos pasos atrás, lo observaba con una sonrisa distinta, menos burlona y un poco más… interesada, como si el juego, por fin, empezara a ponerse entretenido de verdad.

El Sr. Martínez entrecerró los ojos, no tanto por la intensidad de la luz —que parecía brotar de todas partes y de ninguna a la vez— como por la incomodidad de no entender absolutamente nada de lo que tenía delante, sensación que empezaba a convertirse en una constante peligrosa para su ya de por sí precaria estabilidad mental; avanzó con cautela, dando pasos cortos, como si temiera que en cualquier momento el suelo desapareciera bajo sus pies o, peor aún, que todo aquello fuera a cobrar sentido de golpe, lo cual, paradójicamente, le inquietaba todavía más. La estancia era desmesurada, un espacio blanco sin sombras, sin esquinas definidas, sin techo aparente, como si alguien hubiera decidido borrar los límites por puro capricho, y en medio de aquel vacío organizado se encontraba la niña, sentada con una compostura impropia de su edad tras lo que ahora distinguía claramente como un escritorio, o quizá un estrado, o tal vez un mostrador de esos en los que uno espera ser atendido con desga-

na; pero lo verdaderamente desconcertante no era el mueble ni la niña, sino la actitud de ambos, como si llevaran allí toda la eternidad esperando exactamente ese momento.

A medida que se acercaba, los rasgos de la pequeña se definían con una precisión casi irritante: el cabello perfectamente peinado, el traje blanco sin una sola arruga, las manos apoyadas con delicadeza sobre la superficie del bufete y, sobre todo, una expresión serena, demasiado serena, que no encajaba en absoluto con la niña nerviosa y quejumbrosa que había visto hacía apenas unos instantes correteando con su reloj; aquello no era simplemente Alicia haciendo de Alicia, aquello era otra cosa, una versión distinta, más… consciente, si es que esa palabra podía aplicarse a alguien en aquel mundo.

—Ya era hora —dijo la niña sin alzar la voz, pero con una claridad que resonó en toda la estancia como si hubiera sido amplificada por el propio silencio—. Pensé que no entrarías nunca.

El Sr. Martínez se detuvo en seco, mirándola con desconfianza, rascándose la cabeza con ese gesto torpe que delataba su desconcierto más absoluto, mientras lanzaba una rápida mirada hacia atrás, como esperando ver al Tiburón aparecer por el marco de la puerta con alguna de sus habituales pullas; pero no, el umbral seguía abierto y vacío, y por primera vez desde que todo aquello había empezado, su incómodo compañero no estaba a su lado, lo cual, lejos de tranquilizarle, le produjo una inquietud nueva, más profunda, como si de repente le hubieran quitado un ruido constante al que ya se había acostumbrado.

—¿Dónde está ese…? —empezó a decir, sin terminar la frase.

—No ha pasado —respondió la niña con naturalidad—. Aquí dentro no puede entrar.

Aquella afirmación le dejó aún más descolocado, pero decidió aparcarla de momento, porque si se ponía a tirar de ese hilo corría el riesgo de perderse antes siquiera de empezar. Volvió a centrar su atención en ella, cruzándose de brazos con una mezcla de desafío y nerviosismo mal disimulado.

—Mira, niña… —comenzó, intentando recuperar algo de autoridad—. ¿Se puede saber qué es este sitio y qué narices significa ese letrero de fuera? Porque lo de los “consejos” suena a tomadura de pelo de las gordas.

La niña esbozó una leve sonrisa, no burlona, sino paciente, como la de alguien que ha escuchado esa misma queja demasiadas veces como para tomársela en serio.

—No es una tomadura de pelo —respondió—. Es exactamente lo que pone: consejos que recibiste antes de venir aquí.

—¿Antes de venir… aquí? —repitió el Sr. Martínez, frunciendo el ceño—. ¿Pero tú te estás oyendo? Si yo no recuerdo nada de eso.

—Claro que no —dijo ella, inclinando ligeramente la cabeza—. Nadie lo recuerda. Si lo hicierais, no tendría ninguna gracia.

El comentario le arrancó una mueca entre irritada y resignada, porque empezaba a sospechar que, en efecto, todo aquello tenía una lógica interna que simplemente no estaba hecha para él, o al menos no para la versión de él que había llegado hasta allí a base de tropezones y malas decisiones.

—Muy bien… —suspiró—. Supongamos que te sigo el juego. ¿Y qué se supone que tengo que hacer aquí? ¿Sentarme, escuchar y salir con una palmadita en la espalda?

—Algo así —respondió la niña—, pero con una diferencia importante: solo puedes llevarte uno.

El Sr. Martínez arqueó una ceja, intrigado a su pesar.

—¿Uno qué?

La niña retiró lentamente las manos del escritorio y señaló hacia el fondo de la estancia, donde, como si hubieran estado esperando a ser observados, comenzaron a materializarse una serie de objetos, carteles, palabras flotantes y escenas difusas, todos distintos entre sí, todos igualmente nítidos y borrosos al mismo tiempo, como recuerdos que no terminan de fijarse.

—Un consejo —dijo con calma—. Solo uno. El que elijas… será el único que recuerdes.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores, más denso, más cargado, como si el propio aire —si es que había aire— estuviera pendiente de la decisión de aquel hombre que, por primera vez desde que había empezado aquella absurda aventura, no tenía a nadie a quien culpar, ni siquiera a su molesto Tiburón.

Y eso, para el Sr. Martínez, sí que era realmente inquietante.

El Sr. Martínez permaneció inmóvil durante unos segundos que le parecieron eternos, con la vista clavada en aquel desfile imposible de opciones que se

desplegaban ante él como si alguien hubiera abierto de golpe un cajón lleno de frases hechas, intuiciones profundas y sabiduría de mercadillo, todo mezclado sin ningún orden aparente, lo cual le produjo una inmediata desconfianza, porque si algo había aprendido en su vida —poco, pero algo— era que cuando le daban a elegir, normalmente salía perdiendo; aun así, no podía negar que había algo hipnótico en aquel espectáculo, algo que le empujaba a acercarse, a leer, a tocar incluso, como si en el fondo albergara la absurda esperanza de encontrar una respuesta sencilla que le solucionara la papeleta sin tener que pensar demasiado, lo cual, por desgracia para él, empezaba a perfilarse como una posibilidad cada vez más remota.

—Solo uno… —murmuró, rascándose la barbilla con gesto torcido—. Ni en la pescadería me ponen tantas pegas.

Avanzó un paso, luego otro, con esa mezcla de curiosidad y recelo que caracteriza a quien no termina de fiarse ni de su sombra, y empezó a fijarse en los distintos "consejos" que flotaban a su alrededor, algunos escritos con letras elegantes, otros garabateados como si los hubiera redactado alguien con prisa o con mala leche, y no faltaban tampoco los que directamente se presentaban en forma de escenas, pequeñas representaciones que parecían cobrar vida durante unos instantes antes de disolverse en la nada; uno decía: "NO CONFÍES EN NADIE QUE TE DÉ LA RAZÓN DEMASIADO RÁPIDO", otro, más pomposo: "TODO PASA, PERO MIENTRAS PASA, PASA DE VERDAD", y uno especialmente molesto, por lo obvio que le resultaba, rezaba: "PIENSA ANTES DE ACTUAR", lo cual le arrancó una mueca de desprecio.

—Llegas tarde, campeón… —gruñó para sí mismo—. Eso me lo podías haber dicho antes de tirarme por el pozo.

Se giró instintivamente buscando al Tiburón para compartir la pulla, pero el vacío a su espalda le devolvió a la realidad de golpe: estaba solo, completamente solo, y lo que es peor, sin nadie a quien echarle la culpa si metía la pata, lo cual le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda de arriba abajo como una advertencia silenciosa.

Mientras tanto, la niña lo observaba desde su puesto con una calma que empezaba a resultar sospechosa, sin intervenir, sin presionarle, como si supiera que cualquier palabra de más podría arruinar el momento, lo que llevó al Sr. Martínez a sentirse, por primera vez, responsable de algo más que de sus propias quejas.

—Esto tiene trampa… —dijo en voz alta, más para convencerse que por otra cosa—. Seguro que elijo el peor.

—No hay peor ni mejor —respondió la niña con suavidad—. Solo el que eliges.

—Ya… claro… —resopló él—. Y luego vendrá la letra pequeña.

Pero, pese a sus protestas, seguía avanzando entre aquellas frases que parecían mirarle, juzgarle incluso, como si cada una supiera exactamente en qué momento de su vida había fallado y estuviera esperando a que la eligiera para decirle “te lo dije”, lo cual le resultaba profundamente irritante y, al mismo tiempo, inquietantemente certero.

Fue entonces cuando uno de los consejos, más discreto que los demás, casi escondido entre tanto ruido visual, llamó su atención sin estridencias, sin luces ni efectos, simplemente estaba allí, como si no necesitara hacerse notar: “NO PERSIGAS TODO LO QUE HUYE DE TI”.

El Sr. Martínez se quedó quieto, leyéndolo una vez, luego otra, y una tercera, mientras algo dentro de él —una idea, un recuerdo, o quizá una simple sospecha— empezaba a encajar con una lentitud desesperante.

—No persigas… —repitió en voz baja.

Y por primera vez desde que había visto a la niña-conejo echar a correr, dudó de si realmente había hecho bien en salir detrás de ella.

El silencio que siguió a su propia pregunta no fue un silencio cualquiera, sino uno denso, casi material, de esos que parecen quedarse flotando en el aire como una respuesta que se niega a tomar forma, y eso fue precisamente lo que terminó de inquietar al Sr. Martínez, porque por primera vez desde que había comenzado aquella absurda odisea no había ni rastro del Tiburón, ni una burla, ni una risa estridente, ni siquiera ese comentario venenoso que siempre llegaba a destiempo para recordarle lo poco que controlaba la situación; nada, absolutamente nada, como si alguien hubiera decidido, con una precisión quirúrgica, extirpar de golpe aquella molesta pero constante compañía, dejándolo solo frente a la niña, frente a sí mismo y, lo que era aún peor, frente a la posibilidad de tener que pensar sin interferencias.

Su mirada, que hasta ese momento había sido nerviosa y errática, empezó a moverse con más lentitud, recorriendo la estancia en busca de cualquier grieta, cualquier sombra o cualquier indicio de que aquello no era más que otra de las jugarretas de su alter ego, pero cuanto más buscaba, más evidente resultaba la ausencia, y esa evidencia le golpeó con una fuerza inesperada, obligándole a tragar saliva y a volver a centrar su atención en la niña, que seguía allí, inmóvil,

paciente, con esa serenidad casi incómoda que parecía no alterarse ni un ápice ante su desconcierto.

—¿Y el otro…? —preguntó al fin, con un tono menos desafiante y más contenido, como si no quisiera reconocer del todo que echaba en falta incluso aquello que tanto le había irritado.

—Aquí no tiene voz —respondió ella con suavidad, sin rastro de burla—. Ni falta que hace.

La frase, lejos de tranquilizarle, le dejó desarmado, porque implicaba algo que no estaba preparado para asumir: que todo lo que ocurriera a partir de ese momento dependería exclusivamente de él, sin excusas, sin interrupciones, sin esa válvula de escape que había sido el Tiburón, y eso, para alguien que llevaba toda la vida esquivando responsabilidades, era poco menos que un abismo.

El Sr. Martínez resopló, se pasó la mano por la cara en un gesto torpe y, finalmente, dirigió la mirada hacia la silla que la niña le había ofrecido, como si aquel simple objeto fuera una trampa disfrazada de cortesía; dudó unos segundos, no por falta de ganas —porque, a decir verdad, después de tanto sobresalto no le habría venido mal sentarse—, sino por pura desconfianza, esa que le hacía sospechar que en cualquier momento la silla podría desaparecer, hundirse o, peor aún, obligarle a quedarse quieto y escuchar.

—Muy amable… —murmuró con cierto recelo, arrastrando las palabras—. Demasiado, diría yo.

Aun así, terminó por acercarse y dejarse caer con cautela, como quien prueba la temperatura del agua antes de sumergirse, apoyando primero una mano, luego el peso del cuerpo, preparado para levantarse de un salto si algo no encajaba; pero no ocurrió nada, la silla permaneció firme, sólida, incluso cómoda, lo cual le desconcertó más que cualquier otra cosa que hubiera experimentado hasta entonces.

—Pues mira tú… —dijo, acomodándose con una mezcla de sorpresa y desconfianza—. Una cosa que funciona como debe.

La niña no respondió de inmediato, simplemente lo observó durante unos instantes, como si esperara que terminara de asentarse no solo en la silla, sino también en la situación, y cuando por fin habló, lo hizo con un tono ligeramente más serio, aunque sin perder esa calma que parecía formar parte de su propia naturaleza.

—Ahora que está sentado, Sr. Martínez, quizá podamos empezar de verdad.

Él frunció el ceño, cruzándose de brazos, recuperando en parte su actitud defensiva.

—¿Empezar el qué exactamente? Porque yo lo único que veo es una niña, una habitación blanca y un cartel que promete consejos como si esto fuera una consulta de esas baratas.

La niña esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

—No es una consulta —respondió—. Es una elección.

El Sr. Martínez bufó, mirando de reojo el espacio donde antes había visto aquellos consejos flotando, y luego volvió a mirarla a ella, con una mezcla de cansancio y curiosidad que ya no podía disimular.

—Pues venga… —dijo al fin, con un suspiro—. Ya que estamos, ilústrame. Pero te aviso, como esto sea otra de esas bromitas raras, echo a correr y que me persiga quien quiera.

Y aunque su tono seguía siendo el de siempre, había en él algo distinto, algo más contenido, como si, muy a su pesar, empezara a intuir que esta vez no iba a poder escapar tan fácilmente.

El Sr. Martínez la escuchó con una mezcla de resignación y desconfianza, como quien firma un contrato sin leer la letra pequeña pero sabiendo, en el fondo, que ahí es donde está el verdadero problema, y aunque sus instintos le pedían levantarse, dar media vuelta y salir corriendo —aunque no tuviera muy claro hacia dónde—, algo en el tono de la niña, en esa calma firme que no dejaba espacio para la discusión inútil, terminó por anclarlo a la silla, obligándole a permanecer quieto y, lo que era peor, a prestar atención.

—¿Preguntas…? ¿Consejos…? —repitió arrastrando las palabras, con ese deje de burla que ya empezaba a sonar más cansado que desafiante—. Mire, señorita, yo de exámenes ya voy servido desde la escuela, y no salí precisamente con matrícula de honor.

La niña no se inmutó, como si aquella resistencia formara parte del proceso esperado, y apoyando suavemente las manos sobre el escritorio, inclinó apenas la cabeza, estudiándolo con una atención que no era incómoda, pero sí inevitable, como si no hubiera forma de esconderse de esa mirada.

—No se trata de aprobar o suspender, Sr. Martínez —respondió con serenidad—. Se trata de entender. Y créame, eso suele ser bastante más difícil.

El comentario le arrancó un bufido, pero no hubo réplica inmediata, porque una parte de él —pequeña, molesta y sorprendentemente lúcida— empezaba a sospechar que, efectivamente, aquello no iba de acertar respuestas, sino de enfrentarse a ellas, lo cual le parecía un plan francamente cuestionable.

—Venga… dispare —dijo al fin, recostándose ligeramente en la silla, cruzando los brazos como si con ese gesto pudiera protegerse de lo que viniera—. Pero no se me ponga muy filosófica, que me pierdo.

Una leve sonrisa cruzó el rostro de la niña, apenas un destello.

—Empezaremos con algo sencillo —anunció—. Ha elegido un consejo… aunque quizá aún no es consciente de ello.

El Sr. Martínez frunció el ceño.

—¿Cómo que he elegido? Si no he tocado nada.

—Lo ha hecho —replicó ella con suavidad—. En el momento en que dejó de perseguir.

Aquellas palabras se le clavaron como una astilla, pequeña pero molesta, y durante unos segundos no supo muy bien qué decir, porque aunque su primera reacción fue negarlo, protestar o incluso insultar —que era lo suyo—, algo dentro de él le recordó la frase que había leído, ese consejo discreto que se había quedado flotando en su cabeza con una persistencia incómoda.

—“No persigas todo lo que huye de ti…” —murmuró casi sin darse cuenta.

La niña asintió.

—Exacto. Ahora dígame, Sr. Martínez… —continuó, entrelazando los dedos con calma—. Si deja de perseguir, ¿qué cree que ocurre?

El silencio volvió a caer sobre la estancia, pero esta vez no era opresivo, sino expectante, como si el propio espacio estuviera esperando su respuesta.

El Sr. Martínez se removió en la silla, incómodo, mirando al suelo, luego a la nada, luego a la niña, intentando encontrar una salida fácil, una broma, cualquier cosa que le evitara responder en serio, pero no la encontró, y eso, más que frustrarle, empezó a cansarle.

—Pues… —empezó, rascándose la cabeza—. Supongo que… o se va del todo… o… —Se detuvo, torciendo el gesto—. O igual vuelve.

La niña no respondió de inmediato, pero su expresión dejó claro que aquella respuesta, torpe y a medias, no estaba del todo desencaminada.

—Interesante —dijo al fin—. Entonces dígame… ¿usted quiere atrapar a Alicia… o quiere entender por qué corre?

Aquello sí que no se lo esperaba, y por un instante se quedó completamente en blanco, como si alguien hubiera apagado la luz en su cabeza.

Porque, por primera vez desde que había empezado todo, la pregunta no iba sobre lo que tenía que hacer… sino sobre lo que realmente quería.

Y eso, para el Sr. Martínez, era terreno peligroso.

La tensión en la estancia, hasta entonces contenida bajo una capa de aparente serenidad, empezó a adquirir una consistencia incómoda, casi eléctrica, como si cada palabra del Sr. Martínez fuera cargando el ambiente de una estática invisible que en cualquier momento podía estallar, y lo más curioso de todo era que la niña, pese a su evidente enfado, no elevaba la voz ni perdía la compostura, lo cual resultaba, para nuestro protagonista, mucho más inquietante que cualquier grito o amenaza abierta, porque aquello no era una discusión al uso, sino algo más cercano a un juicio en el que él, sin haber firmado nada, ya ocupaba el papel de acusado.

La infanta lo observó en silencio durante unos segundos, largos, pesados, como si estuviera sopesando no tanto sus palabras como la intención que había detrás de ellas, y cuando por fin habló, lo hizo con una calma que cortaba más que cualquier reprimenda.

—No se trata de conformarse, Sr. Martínez —dijo lentamente—. Se trata de responsabilizarse.

El demente soltó una carcajada seca, más por inercia que por convicción, echándose ligeramente hacia atrás en la silla, cruzando las piernas con una chulería que pretendía disimular el leve temblor que empezaba a instalarse en su interior.

—¿Responsabilizarme? —repitió con sorna—. ¿De qué exactamente? ¿De haberme tocado este cuerpo, esta vida y este circo? Porque si hay un reparto de culpas, a mí no me han pasado la lista.

La niña negó suavemente con la cabeza, como quien corrige a un alumno que insiste en equivocarse en lo básico.

—De lo que hace con ello —respondió sin titubeos—. No eligió el vehículo, pero sí cómo lo conduce.

Aquella frase, sencilla en apariencia, le golpeó con más fuerza de la que estaba dispuesto a admitir, porque por un instante, breve pero incómodo, sintió que no tenía una réplica inmediata, y eso, en él, era casi un acontecimiento extraordinario; aun así, no tardó en recomponerse, agarrándose a su habitual tono desafiante como quien se aferra a un salvavidas.

—Pues vaya carretera de mierda me ha tocado —gruñó—. Llena de baches, sin señales y con más trampas que un cuento de hadas mal contado.

—Y aun así sigue en marcha —replicó ella—. Lo cual ya dice bastante.

El Sr. Martínez torció el gesto, incómodo, porque aquella respuesta no le dejaba mucho margen para el sarcasmo fácil, así que optó por desviar ligeramente el foco, como hacía siempre que la conversación empezaba a acercarse demasiado a algo que no quería mirar de frente.

—Muy bien, profesora… —dijo, enfatizando la palabra con cierta mala leche—. ¿Y ahora qué? ¿Me pone nota o seguimos con la siguiente perla de sabiduría?

La niña lo miró fijamente, y por primera vez desde que había comenzado aquella “evaluación”, su expresión mostró algo más que calma o paciencia: había en sus ojos un destello de firmeza, casi de advertencia.

—Seguimos —afirmó—. Pero le aconsejo que escuche, no que responda por inercia.

Aquello le hizo bufar, pero no protestó abiertamente, lo cual, en su caso, ya era un pequeño avance.

—Segundo consejo —continuó ella, sin apartar la mirada—: “No puedes controlar todo lo que te ocurre, pero sí lo que haces con ello”.

El Sr. Martínez abrió la boca para soltar alguna de las suyas, pero se detuvo a medio camino, como si algo en la forma en que la niña había pronunciado aquella frase le hubiera puesto un freno inesperado; frunció el ceño, inclinándose ligeramente hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, adoptando sin darse cuenta una postura más atenta, más… presente.

—Eso suena a excusa barata para tragar con todo —murmuró finalmente, aunque su tono ya no tenía la misma contundencia de antes.

—O a oportunidad —corrigió ella—. Depende de cómo lo mire.

El silencio volvió a instalarse entre ambos, pero esta vez no era tan hostil, sino más bien incómodo, como esos momentos en los que uno empieza a sospechar que quizá ha estado mirando en la dirección equivocada durante demasiado tiempo.

—Dígame, Sr. Martínez —añadió la niña con suavidad—. Cuando algo no sale como usted quiere… ¿reacciona… o decide?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pesada, inevitable, y el Sr. Martínez, que tantas veces había tenido respuestas para todo, se encontró, una vez más, frente a algo que no podía despachar con un simple insulto.

Y eso empezaba a ponerle nervioso de verdad.

El desconcierto lo envolvió con una rapidez casi violenta, como si alguien hubiera apagado de golpe la luz de una habitación en la que, hasta hacía apenas un instante, todo parecía tener un orden, por extraño que este fuera; el Sr. Martínez giró sobre sí mismo una vez más, con ese gesto torpe y desesperado de quien busca una referencia que ya no existe, intentando reconstruir en su cabeza lo ocurrido, pero cuanto más lo intentaba, más se le escurrían los recuerdos entre los dedos, como si hubieran sido escritos sobre agua. La estancia blanca había desaparecido o, peor aún, nunca había estado allí, y esa posibilidad le produjo un escalofrío incómodo que le recorrió la espalda con la misma lentitud con la que su mente empezaba a llenarse de dudas.

Se llevó la mano a la frente, apretando con fuerza, como si de ese modo pudiera retener alguna imagen, alguna palabra, algo que le confirmara que no estaba completamente solo ni completamente loco —aunque ambas cosas, a esas alturas, ya no le parecían incompatibles—, y fue entonces cuando, en medio de ese vacío tan peculiar, no escuchó una voz, ni vio una figura, ni percibió una presencia, pero sí sintió algo, una especie de eco sordo, una impresión leve, casi imperceptible, como si una idea ajena hubiera pasado por su mente y se hubiera quedado a medio camino.

—No persigas… —murmuró sin saber muy bien por qué.

La frase le salió sola, sin esfuerzo, sin intención, y eso fue precisamente lo que más le inquietó, porque no recordaba haberla pensado, ni mucho menos haberla aprendido, pero allí estaba, instalada en su cabeza con una naturalidad sospechosa, como si siempre hubiera formado parte de él; frunció el ceño, intentando tirar de ese hilo, pero cuanto más lo hacía, más se deshacía la made-

ja, dejándole únicamente con esa sensación vaga de haber comprendido algo importante que, por algún motivo, ya no podía explicar.

—Esto… esto no puede ser… —balbuceó, mirando a su alrededor con creciente inquietud.

El pasillo blanco volvía a estar allí, idéntico, inmaculado, con esa pulcritud casi insultante que parecía reírse de su desconcierto, y al fondo, como si nada hubiera ocurrido, las dos puertas seguían en su sitio, impasibles, silenciosas, esperando; el Sr. Martínez las miró con una mezcla de desconfianza y resignación, consciente de que, de algún modo que no alcanzaba a comprender, todo aquello seguía adelante como si la conversación con la niña —si es que había existido— no hubiera sido más que un paréntesis sin pruebas.

Avanzó unos pasos, despacio, con una cautela nueva, distinta a la de antes, como si algo en su interior le pidiera no precipitarse esta vez, no lanzarse de cabeza como había hecho al perseguir a Alicia, y aunque no recordaba el motivo, sí notaba una especie de freno, una duda que no le resultaba del todo desagradable.

—A ver… —murmuró, acercándose de nuevo a las puertas—. Esto ya lo he vivido yo… o algo así.

Se detuvo frente a la de la derecha, leyendo otra vez el letrero: “NUNCA ME ATRAPARÁS, IMBÉCIL”. Torció el gesto, pero en lugar de reaccionar con la furia anterior, simplemente la observó unos segundos más, como si estuviera valorando algo que no terminaba de formular; luego, casi sin darse cuenta, desvió la mirada hacia la puerta de la izquierda, esa que no gritaba, que no provocaba, que simplemente estaba.

Y en ese instante, sin saber por qué, una sensación tenue pero firme le atravesó el pensamiento, como una certeza que no necesitaba explicación.

No tenía que correr.

El Sr. Martínez soltó el aire lentamente, como si acabara de quitarse un peso de encima que no recordaba haber cargado, y por primera vez desde que había llegado a aquel maldito pasillo, no sintió la urgencia de elegir por impulso, ni la necesidad de demostrar nada a nadie, ni siquiera a ese Tiburón que ahora brillaba por su ausencia.

—Pues mira tú… —dijo en voz baja, casi con sorpresa—. Igual no hace falta montar el numerito.

Se quedó allí, quieto, mirando ambas puertas, no como obstáculos, sino como opciones, y aunque seguía sin entender gran cosa, había algo distinto en él, algo pequeño pero persistente, como una semilla que acababa de ser plantada en un terreno poco acostumbrado a cuidar nada.

Y eso, aunque él aún no lo supiera, lo cambiaba todo.

CAPÍTULO III

Puede que a ustedes les parezca extraño, pero en el mundo de nuestro protagonista los acontecimientos no se regían por leyes convencionales, sino por el caprichoso dominio de las distintas áreas de su cerebro sobre su propio cuerpo. No serían ustedes, ni mucho menos, los primeros en sospechar lo que empieza a insinuarse entre líneas, y tampoco serán los últimos. Es más, si han llegado ya a esa conclusión, debo admitir que han acertado de lleno.

Dentro de esa peculiar realidad, incluso en medio de la más desfavorable de las circunstancias, existía una remota pero valiosa posibilidad: que el demente, en un instante de máxima lucidez o coyuntura extrema, lograra desenredar el embrollo en el que se hallaba atrapado. Desde luego, nada en su situación invitaba al optimismo, pero convendrán conmigo en que pocas cosas son absolutas y casi nada permanece inmutable para siempre. Así pues, mientras todo parecía inclinarse hacia el desastre, también latía, aunque débil, la promesa de una salida.

Y fue precisamente esa rendija de posibilidad la que le llevó a deambular por aquel mundo imaginado por el poeta, dejándose empapar por su esencia hasta el punto de absorber su historia como propia. No caminaba en vano: regresaría de aquel periplo con una nueva versión bajo el brazo, una narración más afinada, más complaciente quizá, adaptada tanto a los gustos del inglés como a la siempre incómoda y omnipresente hipocresía puritana de su tiempo.

La coyuntura no podía ser más propicia para encontrarse frente a una fuente que desafiaba tanto la lógica como el buen gusto de su maltrecha razón: un gran pavo real tallado en exquisito mármol blanco, con las alas desplegadas en todo su esplendor, como si en cualquier momento fuera a iniciar un cortejo imposible ante una hembra invisible. Del pico abierto emergía un caño de metal dorado cuyo brillo, en violento contraste con la pureza casi ofensiva del mármol, resultaba tan llamativo que bien podría haberse confundido con oro auténtico. Sin embargo, el demente ni se preguntó cómo era posible que semejante obra existiera en un mundo que, en teoría, no pertenecía ya a su cordura, ni mostró el menor atisbo de sorpresa; aceptó la escena con la resignación de quien ha cruzado tantas veces la frontera de lo absurdo que ha terminado por considerar lo imposible como una mera variante de lo cotidiano.

—Está seca —aseveró el Tiburón con un tono jocoso que oscilaba entre la burla y la desgana.

—Bienvenido, amigo, pensaba que te habías esfumado —respondió el demente con una alegría que rozaba lo imprudente, como si la mera presencia de su interlocutor fuera un consuelo suficiente ante cualquier sinsentido.

—¿Qué dices? Siempre estuve a tu lado.

—¿A mi lado? ¿Estás seguro? —preguntó, esta vez alarmado, como si aquella afirmación abriera una grieta más profunda de lo esperado.

—Por supuesto, ¿dónde iba a estar sino? —replicó el Tiburón, visiblemente ofendido.

—Será ahora, porque antes no te percibí en ningún momento.

—¿Antes? ¿Dónde?

—Pues… cuando la chiquilla me estaba friendo a preguntas, ¿no estabas conmigo?

—¿Qué niña? ¿Qué preguntas?

—¿Te estás burlando de mí?

—Tú dirás lo que quieras, pero lo que tengas dentro de tu cabeza y lo que yo percibo nada tienen que ver… —respondió su otro yo, plenamente consciente de las andanzas de su dueño, pero incapaz de resistirse al placer casi infantil de provocarle.

La discusión derivó, como no podía ser de otra manera, en una conversación tan estéril como absurda, un intercambio de palabras que giraba sobre sí mismo sin avanzar un ápice, como si ambos hubieran quedado atrapados en un mecanismo defectuoso. El Sr. Martínez no tardó en cansarse al comprobar que aquello rozaba una idiotez casi perfecta, una caricatura de su ya de por sí peculiar método de inspiración para escribir la novela de otro. Y como el asunto amenazaba con eternizarse en un bucle sin salida, optó por la única estrategia sensata que le quedaba: dejar que su alter ego hablara hasta agotarse, confiando en que la indiferencia, tarde o temprano, acabaría por derrotarlo.

—No está seca, estúpido —le corrigió el Tiburón con renovado ímpetu.

—¡¡Pero no ves que no cae agua alguna!! —estalló el Sr. Martínez, incapaz de contener ya su irritación.

—Yo lo que veo es que este caño dispone de un grifo, y diría aún más: está cerrado, por eso no sale líquido alguno. Vamos, digo yo… —añadió con una suficiencia casi ofensiva, encantado de escucharse.

—Entonces lo mejor será girar la manivela a ver qué pasa, ¿no? —preguntó el demente, dudoso pero ya inclinado a actuar.

—Yo de ti no lo haría, mentecato —sentenció su alter ego con una gravedad impostada.

—¿Por qué? Es una simple válvula, girar y ya está. ¿Dónde está el problema? —replicó, dejándose arrastrar por ese capricho tan característico suyo.

—Al lado hay un anuncio. ¿Lo ves? —respondió el Tiburón con ese tono condescendiente de quien reprende a un niño que no ha prestado atención.

—Por supuesto que lo veo, ¿me tomas por idiota?

Lo cierto era que el Sr. Martínez no se había percatado en absoluto del dichoso cartelito. Así sucede cuando alguien señala con insistencia aquello que ha pasado inadvertido: de pronto emerge ante los ojos con una claridad insultante, y uno no puede evitar quedarse con esa incómoda expresión de quien acaba de descubrir, demasiado tarde, lo evidente.

Al momento de girar el grifo, el agua irrumpió con una violencia contenida, como si llevara siglos aguardando la oportunidad de que algún incauto le concediera la libertad que tanto anhelaba. Lo que en un principio parecía un simple chorro pronto se convirtió en un torrente desbocado, una avalancha líquida que se precipitaba con furia creciente, invadiendo la estancia sin pedir permiso y sin mostrar el menor atisbo de detenerse. En cuestión de segundos, el nivel comenzó a ascender con una rapidez alarmante, trepando por las piernas, el torso, hasta alcanzar el cuello de nuestro protagonista, que apenas tuvo tiempo de asimilar que su inocente gesto había desencadenado semejante catástrofe.

—¡¡Valiente imbécil, lo ponía bien claro!! “No abrir bajo ninguna circunstancia” —bramó el Tiburón, ahora sí, con el agua al cuello en el sentido más literal de la expresión, mientras intentaba mantenerse a flote con una dignidad cada vez más comprometida.

—¿Te parece poca circunstancia la curiosidad de ver qué pasa? —respondió el demente con una voz impostadamente angelical, como si aquella explicación fuera no solo suficiente, sino incluso admirable.

El agua continuó subiendo, pero lejos de encontrar un techo contra el que detenerse o un límite que la contuviera, el espacio comenzó a transformarse de una manera tan inesperada como inquietante. Donde antes había muros y confines reconocibles, surgió de pronto un inmenso cielo azul, limpio, abierto, casi insultantemente sereno, como si la estancia hubiera sido sustituida por un horizonte infinito. En lo alto, varias gaviotas surcaban el aire describiendo amplios círculos, lanzando sus característicos graznidos mientras escrutaban la superficie en busca de alguna sardina desprevenida. La lógica, si es que alguna vez había estado presente, se disolvió por completo en aquel escenario que ya no pertenecía a ninguna realidad concreta.

Y, sin embargo, en medio de aquel caos que se expandía sin control, al imbécil no se le ocurrió mejor reacción que abandonarse a una alegría infantil, chapoteando con entusiasmo, salpicando a diestra y siniestra como un crío que acaba de descubrir el mar por primera vez. Sus manos golpeaban la superficie con despreocupación, ajeno por completo al peligro o, peor aún, incapaz de percibirlo como tal, mientras a su alrededor comenzaban a aparecer pequeños peces que, curiosos, se acercaban a mordisquearle los pies en un juego que él recibía con carcajadas.

—¿Y ahora qué hacemos, esperamos a que alguien o algo nos rescate? —preguntó su alter ego, esta vez con una angustia difícil de disimular, debatiéndose entre el miedo y la indignación de tener que compartir destino con semejante inconsciente.

Pero no hubo respuesta. El demente seguía absorto en su improvisado paraíso acuático, completamente entregado a aquella absurda diversión, como si el mundo no se estuviera deshaciendo a su alrededor, como si, en el fondo, aquel desastre no fuera más que otra excusa para seguir huyendo de cualquier atisbo de cordura.

El aburrimiento no tardó en apoderarse del demente, que pasó en cuestión de minutos de la fascinación más pueril a un hastío profundo, casi ofensivo, como si aquel improvisado océano hubiera dejado de tener interés en cuanto perdió su novedad. Los pececillos, que hasta hacía un instante habían sido objeto de su entusiasmo, se convirtieron de pronto en una molestia insignificante, criaturas molestas cuya única recompensa a su curiosidad y buena disposición fue el pataleo desabrido de un asqueado Sr. Martínez. Los pobres animales, desconcertados y heridos en su dignidad, se dispersaron a toda prisa, regresando a sus escondites con la firme intención de no volver a confiar jamás en ser humano alguno; y no contentos con ello, se prometieron difundir entre los suyos la ingrata experiencia sufrida, relatando con todo lujo de detalles la conducta de aquel extraño espécimen que, lejos de agradecer la compañía, espantaba a quienes se le acercaban con la mejor de las intenciones. Menos mal —o eso

cabría pensar— que el Tiburón seguía allí, dispuesto, según el momento, a levantarle el ánimo o a empujarlo un poco más hacia el fondo de su propia estupidez.

—¡¡Imbécil!! ¿Lo ves? ¡¡Allá a lo lejos asoma el mástil de un barco velero!! —gritó de pronto, con una mezcla de esperanza y urgencia que contrastaba con su habitual sarcasmo.

El Sr. Martínez, reaccionando con cierta torpeza, se llevó la mano a la frente a modo de visera y escrutó el horizonte con renovada atención; efectivamente, tras unos segundos de incertidumbre, distinguió la silueta de un velero que avanzaba con elegancia, impulsado por un viento favorable que hinchaba sus velas con orgullo casi teatral. A medida que la embarcación se aproximaba, el murmullo constante del mar comenzó a entrelazarse con una melodía que parecía surgir de ninguna parte y de todas a la vez, una canción antigua, desgastada por el tiempo y por el abuso del alcohol, propia de algún marinero nostálgico que arrastraba su pena entre puerto y puerto:

«Ron, ron, ron, la botella de ron».

El estribillo, repetitivo y algo estridente, se expandía sin pudor por la inmensidad del océano, impregnando el aire con un ritmo pegajoso que resultaba imposible ignorar. Durante unos instantes no lograron distinguir quién gobernaba la nave, pero la duda se disipó en cuanto una voz perfectamente reconocible, cargada de ironía y desenfado, descendió desde la cubierta hasta ellos.

—¿Qué tal, Sr. Martínez, cómo está el agua?

Era Alicia, asomada con descaro por la borda, observándolos con esa media sonrisa que siempre parecía esconder algo más.

—Pues ya ve usted, Miss Alicia, tomando unos baños de mar —respondió él con afectación, recuperando de golpe un tono ceremonioso que no venía a cuento.

—Suba usted, por favor, que tanto remojo no es bueno para la piel —replicó la niña con fingida solicitud.

—Ya me gustaría, señorita, pero como usted comprenderá hay un considerable desnivel entre usted y yo… —añadió el demente, satisfecho de su ocurrencia.

—¡¡En dos palabras, lo que quiere decir aquí el imbécil está muy claro!! ¿Cómo demonios pretende que subamos a cubierta? —intervino el Tiburón, visiblemente irritado por tanta palabrería inútil.

—Bueno, señores… calma, no se me amontonen —contestó Alicia con una ironía deliciosa, como si estuviera acostumbrada a lidiar con situaciones mucho más absurdas—. Tomen.

Acto seguido, lanzó un cabo que describió una curva perfecta en el aire antes de caer, providencial, justo al lado del chiflado.

—Señores, agárrense a esta cuerda y suban, por favor; les espero arriba para tomar el té.

El ascenso no fue, ni de lejos, tan elegante como la invitación. A duras penas, resoplando y entre quejas, fue trepando el Sr. Martínez por la cuerda, soltando a cada tirón una retahíla de maldiciones apenas disimuladas. No es que el ejercicio le resultara perjudicial —más bien al contrario—, pero detestaba con una intensidad casi filosófica cualquier esfuerzo físico, por mínimo que fuera, como si moverse implicara una traición a su propia naturaleza.

Una vez en cubierta, el demente advirtió la presencia de siete figuras desconocidas, todas ellas de un aspecto tan dispar como inquietante, sentadas alrededor de una gran mesa dispuesta con una pulcritud casi ceremonial. Al percatarse de su llegada, y siguiendo el gesto de la niña, los extraños se levantaron al unísono, dedicándole un saludo respetuoso que contrastaba de forma incómoda con la naturaleza grotesca de algunos de sus semblantes. Aquella bienvenida, más propia de un salón aristocrático que de una escena salida del delirio, terminó por descolocar aún más al Sr. Martínez, que no alcanzaba a comprender en qué clase de representación había ido a parar.

—Permítame, Sr. Martínez, que le presente al selecto elenco de amistades que han tenido el honor de compartir el té con nosotros —comenzó Alicia con un esnobismo tan exagerado que rozaba la caricatura, adoptando el papel de anfitriona con una naturalidad desconcertante—. Ante usted, la Lujuria: encarnación del apetito desordenado, del deseo sin medida, de la inclinación irrefrenable hacia los placeres más bajos… ha acudido atraída, precisamente, por la huella que usted deja en su propio cuerpo. No me gustaría que ese vicio contaminara la reescritura de mi novela. Obsérvela con detenimiento, porque en ella podría reconocer aquello en lo que corre el riesgo de convertirse.

—¿Su novela? —interrumpió un desconcertado Sr. Martínez, incapaz de dejar pasar aquel detalle.

—¡¡Maldita chiquilla, parida por la mente trastornada de un matemático!! ¿Ahora resulta que también quiere ser la autora? —estalló el Tiburón, aprovechando la ocasión para reforzar, con su habitual brusquedad, la incredulidad de su dueño.

—No se engañen —replicó Alicia sin perder la compostura—, quien escribió esa historia fui yo y, por consiguiente, me corresponde defenderla.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó el demente, cada vez más atrapado en aquella lógica imposible.

—¿De verdad cree usted que en aquella sociedad se habría permitido una obra así firmada por una niña con imaginación desbordante? —respondió la joven con una serenidad que encerraba una crítica evidente.

Aquellas palabras no le resultaron del todo ajenas al Sr. Martínez; sabía bien que muchas escritoras de la época se vieron obligadas a ocultarse tras nombres masculinos para poder ser leídas, y si además se trataba de una muchacha, la incredulidad del mundo habría sido aún mayor. Mientras ambos sostenían aquel intercambio, la figura de la Lujuria comenzó a moverse con una lentitud calculada, casi hipnótica, separándose del grupo y acercándose al protagonista con un contoneo sinuoso que parecía desafiar cualquier noción de forma definida.

Su apariencia, difícil de fijar en una sola categoría, mezclaba rasgos contradictorios en una composición inquietante, como si la propia idea del deseo hubiera tomado cuerpo sin someterse a las reglas de lo humano. De su piel emanaba un olor denso, desagradable, una mezcla de humedad y corrupción que invadía el aire a cada uno de sus movimientos, mientras su presencia física parecía latir con una intensidad perturbadora. Al aproximarse, lo hizo con la cautela de un depredador seguro de su presa, deslizándose a su alrededor con una proximidad cada vez más invasiva.

El contacto fue inevitable. La Lujuria comenzó a rozarse contra él con una insistencia que desbordaba lo meramente físico, como si buscara infiltrarse en algo más profundo que la carne. El Sr. Martínez, paralizado, no encontró en sí mismo la voluntad suficiente para apartarse; permaneció inmóvil, atrapado entre la repulsión y una extraña fascinación que no alcanzaba a comprender. Poco a poco, la figura se fue enroscando a su alrededor, estrechando su cerco con una lentitud asfixiante, hasta situarse frente a su rostro. Entonces, con un gesto casi ritual, acercó su faz a la suya y recorrió su piel con una cercanía ardiente, como si pretendiera dejar en él una marca invisible, un rastro que no se borraría con facilidad.

Un cúmulo de sensaciones contradictorias —terror, repulsión, desconcierto y, en lo más profundo, un impulso difícil de reconocer— comenzó a enviar señales caóticas al ya maltrecho cerebro del demente. Aquella mezcla insoportable le provocó un desasosiego que rayaba lo inaguantable, un auténtico sinvivir que lo empujó, casi por instinto, a reaccionar de forma violenta. Con un manotazo brusco apartó a la criatura, que, emitiendo un gemido lastimero, regresó a su asiento con una dignidad herida, como un animal que no comprende del todo el rechazo recibido.

—Así me gusta, amigo, no caigas en las garras de la depravación —afirmó Alicia con un orgullo apenas disimulado, satisfecha de la reacción.

—No te equivoques, niña —replicó el demente, aún agitado—, esta sabrá muy bien lo que hace, pero las cosas son cuando yo quiero y con quien yo decida… y, si no es mucho pedir, que al menos no desprenda ese olor infernal que parece salido de las mismas entrañas del mundo.

—Pues la verdad, amigo, eres tonto a más no poder —saltó el Tiburón, visiblemente indignado—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan remilgado? En peores situaciones te has visto, ¿no? ¡Menuda oportunidad acabas de dejar escapar! Puede que no fuera perfecta, pero te garantizaba una experiencia de las que no se olvidan… ¿cuándo vas a tener otra igual, imbécil?

—¡¡Calla, malnacido!! —estalló el demente, fuera de sí—. Vuelve a tus infiernos y déjame en paz.

Mientras despotricaba, agitaba las manos como si espantara insectos invisibles, tratando de expulsar no solo la voz de su alter ego, sino también la sensación pegajosa que la criatura había dejado en él.

—Te has vuelto blando… —insistía el Tiburón, repitiendo la provocación con insistencia casi infantil.

—Bueno, señores —intervino Alicia sin perder en ningún momento su compostura—, cuando hayan terminado con sus cuitas, continuaremos con las presentaciones. Por mi parte, no hay prisa alguna.

Y, sin esperar respuesta, adoptó de nuevo su papel de anfitriona.

—Con su permiso, pasemos al siguiente invitado… un personaje de considerable peso, ya lo verán.

Ante un leve gesto de la niña, se levantó otra figura tan grotesca como la anterior, aunque de naturaleza distinta. Era descomunal, una masa casi informe

que avanzaba con dificultad, precedida por una barriga que parecía tener voluntad propia. Cada paso suponía un esfuerzo titánico, acompañado de jadeos que evidenciaban el enorme sacrificio que implicaba mover aquel cuerpo desbordado, cuya carne temblaba con cada desplazamiento como si no terminara de sostenerse a sí misma.

Al aproximarse, resultaba evidente que su existencia giraba en torno a una necesidad insaciable. Consumía sin descanso todo lo que encontraba a su alcance, sin orden ni medida, en un ciclo continuo y grotesco que parecía no tener principio ni fin.

—Hola, guapo… soy la Gula, ¿gustas? —dijo con una sonrisa amplia y desagradable, extendiendo hacia él lo que tenía entre manos.

El aliento que desprendía era insoportable, y su forma de hablar, salpicada de restos y sonidos viscosos, terminó de provocar en el Sr. Martínez una reacción inmediata. Una oleada de náuseas ascendió desde su estómago sin posibilidad de contención, y en un instante todo su cuerpo se rebeló, expulsando con violencia lo que llevaba dentro. La escena, lejos de incomodar al engendro, pareció estimularlo aún más: con avidez casi infantil, comenzó a recoger lo que encontraba a su alrededor, incorporándolo de nuevo a su interminable festín, como si se tratara de un regalo inesperado.

—¡¡Joder con el gordo… incluso a mí me da asco!! —murmuró el Tiburón con un gesto de sincera repulsión.

—Por una vez… estoy de acuerdo contigo —alcanzó a decir el demente entre espasmos, todavía recuperándose.

—De eso se trata —retomó Alicia con elegancia, como si nada de lo ocurrido hubiera alterado el ambiente—. No deseo nada que se le parezca en mis escritos: nada de excesos, nada de banquetes desmedidos ni de descripciones innecesarias de manjares. Aquí bastará con una taza de té… y, como mucho, unas discretas pastas.

Su tono, refinado hasta la exageración, contrastaba de forma casi cómica con el espectáculo vivido.

—Cuando usted quiera, puede retirarse.

La Gula, dejando tras de sí un rastro evidente de su paso, regresó a su asiento en la mesa, donde volvió a acomodarse con una tranquilidad inquietante, como si su intervención hubiera sido de lo más normal.

—¡¡Todo mío, nada más que mío!! ¡Nada ni nadie conseguirá arrebatarme lo que me pertenece! ¡Esto, lo otro y hasta los pensamientos de todos vosotros serán míos! —bramaba una voz descompuesta, cargada de una codicia tan desbordada que parecía deformar el aire a su alrededor.

Encaramado sobre la mesa, acaparándolo todo con unos brazos largos y ansiosos que no dejaban resquicio alguno libre, se alzaba un personaje tan grotesco como inquietante. Vestía harapos que apenas lograban cubrir su cuerpo enjuto, como si incluso la ropa se resistiera a permanecer en él. Su nariz, aguileña y dominante, sobresalía de un rostro plagado de protuberancias enfermizas que parecían a punto de estallar, otorgándole un aspecto repulsivo que habría hecho retroceder al más curtido de los demonios. En conjunto, su figura recordaba vagamente a una bruja desquiciada, desprovista únicamente de la escoba que habría terminado de completar aquella estampa perturbadora.

Una vez hubo reunido todo lo que reposaba sobre la mesa, lo estrechó contra sí con un gesto posesivo, casi desesperado, y fijó su mirada en el demente con una intensidad enfermiza.

—¿Lo ves? Es todo mío… y jamás te daré nada. Es más, si se presenta la ocasión, te arrebataré incluso aquello que crees que te pertenece, porque todo, absolutamente todo, es mío.

Entre sus brazos no solo retenía objetos, sino algo mucho más inquietante: una multitud de pequeñas formas luminosas que, al observarlas con atención, revelaban su naturaleza. Eran almas. Innumerables, agitadas, temblorosas, que sollozaban con la desesperación de quien ha sido arrancado de su destino. Emitían un murmullo constante, semejante al llanto de recién nacidos, alzando sus diminutas manos en dirección al Sr. Martínez, como si en él reconocieran una última posibilidad de auxilio. Había en ellas una diversidad infinita —de rostros, de esencias, de historias—, pero todas compartían la misma urgencia: liberarse de aquella entidad que las retenía con una avidez insaciable, impidiéndoles continuar su curso.

El impacto de aquella visión resultó devastador para el demente. Sintió cómo una fuerza invisible comenzaba a tirar de él desde dentro, como si su propia alma respondiera a la llamada de aquel ser y empezara a desgajarse, lenta pero inexorablemente, de su cuerpo. La debilidad se apoderó de sus miembros, y por un instante tuvo la certeza de que iba a desvanecerse allí mismo, absorbido por aquella voluntad ajena.

—Un momento, sanguijuela… —intervino el Tiburón con una firmeza inusitada—. De ninguna de las maneras te apoderarás de mi dueño. Si quieres llevártelo, tendrás que pasar por encima de mí.

Y, por primera vez desde que todo aquello había comenzado, su alter ego se interpuso con decisión, colocándose entre el demente y aquella presencia voraz, como si realmente pudiera plantar cara a una fuerza que no pertenecía del todo a ese mundo.

Alicia, que hasta entonces había observado la escena con una mezcla de interés y control, percibió que la tensión estaba a punto de desbordarse.

—¡¡Vamos, señores, calma!! —ordenó con una autoridad que no admitía réplica—. No están ustedes aquí por casualidad… y desde luego no para destrozar la velada.

Con un simple gesto de la mano, firme y preciso, indicó al engendro que regresara a su lugar. Este, tras unos segundos de resistencia silenciosa, obedeció finalmente, mascullando maldiciones entre dientes mientras se retiraba y volvía a acomodarse en su asiento, sin dejar de aferrar con celo aquello que consideraba suyo.

El equilibrio, frágil y artificial, quedaba restablecido… al menos por el momento.

Un coro de quejas, suspiros interminables y lamentos por una existencia insoportablemente pesada anunció la llegada del siguiente engendro. La escena, en un principio, resultó desconcertante: dos hermosas y provocativas mujeres, de una perfección que el demente solo habría concebido en sus más íntimos y húmedos sueños, aparecieron sosteniendo a un ser enfermizo que apenas era capaz de avanzar por sí mismo. Lo llevaban sujeto por las axilas, como si fueran muletas vivientes, arrastrando con paciencia infinita a aquella criatura cuya desgana parecía extenderse incluso al aire que la rodeaba. Tal era el grado de abandono en el que vivía que hasta su propia sombra parecía adelantarse, como si tuviera más prisa que él por llegar a alguna parte.

Tras un tiempo que se antojó eterno, el grupo alcanzó al Sr. Martínez, que los observaba con creciente desconcierto, incapaz de comprender qué función podía tener aquella entidad ni qué papel jugaba en aquel extraño desfile de horrores. Alicia, siempre atenta, adivinó sus pensamientos y no tardó en intervenir con su habitual seguridad:

—La pereza es amiga de la pobreza… ni se le ocurra caer en semejante bucle, porque le aseguro que no sabría salir de él —sentenció con una firmeza que no dejaba lugar a discusión.

La aludida, visiblemente ofendida en lo que pudiera quedarle de orgullo, trató de defenderse. Sin embargo, su lentitud no era solo física; sus pensamientos

parecían avanzar con un retraso desesperante, como si cada idea necesitara atravesar un pantano antes de llegar a su destino. Cuando por fin logró articular palabra, lo hizo con un esfuerzo casi heroico:

—No… le haga… usted… caso… —comenzó, deteniéndose entre cada fragmento de frase—. Seguro… que… le gustaría… tener… a estas… señoritas… a su servicio… para cualquier… capricho…

Se tomó su tiempo, demasiado tiempo, pero acabó por completar la idea mientras señalaba con torpeza a sus dos asistentes, que permanecían impasibles, casi decorativas en su función.

—No me ponga… esa cara… ¿me ha entendido?

El Sr. Martínez, lejos de rechazar la propuesta, comenzó a valorar seriamente la posibilidad. Su expresión, entre sorprendida y tentada, delataba que en su razonamiento no encontraba objeción alguna de peso. Fue entonces cuando Alicia, con precisión quirúrgica, intervino antes de que aquella inclinación tomara forma definitiva.

—¿Usted desea seguir contando con estas estupendas señoritas? —preguntó, dirigiéndose directamente a la Pereza, sin esperar respuesta—. Porque, si es así, le aconsejo que deje de influir sobre mi escritor. De lo contrario, me veré obligada a privarle de… sus apoyos. ¿Queda claro?

La amenaza, aunque formulada con elegancia, no dejaba lugar a dudas. La Pereza podía ser lenta, pero no era estúpida. Bastó aquella advertencia para que, con un leve gesto, ordenara a sus acompañantes que la ayudaran a retirarse. Sin oponer resistencia, fue conducida de vuelta a su lugar en la mesa, donde volvió a hundirse en su inercia habitual.

El Sr. Martínez, sin embargo, no pudo evitar sentir cierta simpatía —o más bien envidia— hacia aquel ser que, en su desgracia, parecía gozar de una comodidad envidiable. En un impulso torpe, intentó salir en su defensa:

—¿Qué daño podrían hacerme esas dos señoritas? —preguntó, adoptando un tono entre ingenuo y lastimero, claramente orientado a ablandar a la inflexible anfitriona.

La respuesta fue inmediata, aunque no verbal. Alicia le sostuvo la mirada con una frialdad casi quirúrgica, desprovista de cualquier rastro de indulgencia. Aquella mirada, más que cualquier discurso, dejó claro que la conversación no admitía réplica.

El Tiburón, que hasta entonces había permanecido en un segundo plano, comenzó a percibir que algo no encajaba. Todo aquello olía a estrategia, a un plan demasiado elaborado como para ser fruto del azar. Si la intención de la niña era alejar a los pecados de su dueño, ¿por qué tanto despliegue? Bastaría, en teoría, con influir directamente en aquella mente frágil y maleable… siempre, claro está, que se contara con el permiso adecuado.

Esa duda lo inclinó, casi sin querer, del lado del Sr. Martínez.

—Todo esto no me cuadra, señorita… —murmuró con desconfianza.

—Perdón… ¿con quién tengo el gusto de hablar? —respondió Alicia con un sarcasmo tan sutil como afilado, plenamente consciente de a quién se dirigía.

—Usted sabe perfectamente quién soy. No me tome por tonto —replicó el Tiburón, a la defensiva.

—¿Tomarle por tonto? —esbozó una sonrisa leve—. Usted trata a su dueño de imbécil con bastante soltura… pero créame, donde usted cree estar llegando, yo ya he estado y he vuelto.

—Si le bloqueo la mente, nada de lo que pretende surtirá efecto. Puedo hacerlo… —amenazó el alter ego, dejando entrever una capacidad que hasta entonces no había mostrado con tanta claridad.

La tensión se volvió casi palpable. Alrededor de la mesa, el resto de los presentes comenzó a reaccionar como una jauría expectante: murmullos, gestos, incluso apuestas silenciosas sobre el desenlace de aquel enfrentamiento. El equilibrio pendía de un hilo, y bastaba un mínimo gesto para que todo estallara.

Y entonces, sin previo aviso, un grito atroz rasgó el aire con tal violencia que hizo callar a todos de inmediato.

—¡¡Estoy harto de oír tantas majaderías!! —tronó de pronto una voz que no parecía provenir de una garganta, sino de una explosión contenida durante demasiado tiempo.

Era la Ira. Se alzó con violencia de su asiento, y su presencia alteró el aire mismo, como si la realidad se tensara a su alrededor. Su rostro mutaba sin cesar, pasando de un blanco enfermizo a un rojo violáceo cargado de sangre y furia; de su cabeza brotaban llamas que crepitaban con vida propia, mientras que de sus ojos saltaban chispas azuladas, frías y cortantes, que parecían capaces de atravesar la voluntad de cualquiera.

—¡¡Aquí no hay más cólera que la mía!! ¡¡No toleraré que nadie me arrebate lo que me pertenece!!

Avanzó sin miramientos, apartando a los demás con brusquedad, abriéndose paso hasta situarse frente al Sr. Martínez, tan cerca que su aliento ardiente parecía penetrarle en el pecho. Allí, en esa proximidad asfixiante, el demente pudo sentir algo más que la amenaza física: percibió el origen mismo de aquella furia, una acumulación de odio, frustración y resentimiento que llevaba años fermentando en lo más profundo de su propia alma. Y entonces lo comprendió demasiado tarde: aquella entidad no solo representaba la ira… se alimentaba de la suya.

La fuerza comenzó a abandonarle de inmediato. Era como si le arrancaran de dentro aquello que, en el fondo, le sostenía. Su furia, su impulso, incluso su capacidad de reacción, todo estaba siendo absorbido por la criatura. El Tiburón, privado también de esa energía que lo nutría, sufrió el mismo destino: su presencia se debilitó, se desdibujó poco a poco, hasta quedar reducida a una sombra casi irreconocible, una caricatura sin sustancia de lo que había sido.

Alicia, que hasta ese momento había permitido cierto margen de caos, comprendió que la situación había cruzado un límite peligroso.

—¡¡Quieto ahí!! —ordenó con una autoridad que cortó el aire—. ¡¡Aquí mando yo!!

Su semblante, hasta entonces sereno, se transformó de forma abrupta, reflejando una versión contenida pero no menos poderosa de la misma ira que pretendía controlar. Aquella reacción no pasó desapercibida para la entidad, que, reconociendo un poder superior, optó por retroceder ligeramente y bajar la mirada, no por sumisión, sino por cálculo.

—Esto… —añadió Alicia con firmeza— es precisamente lo que no deseo en mis escritos: violencia desmedida.

La tensión se disipó con la misma rapidez con la que había surgido. El Sr. Martínez recuperó el aliento como si despertara de un desmayo fingido, recomponiéndose con torpeza, mientras el Tiburón recobraba su forma, aunque visiblemente debilitado, quejumbroso, como una criatura que hubiera sido privada de su alimento habitual.

—Vamos, señores, no ha sido nada —continuó Alicia, retomando su tono amable con una naturalidad inquietante—. Mientras permanezcan en mi mundo, nada tienen que temer…

Y, sin embargo, en el fondo de su mirada se adivinaba cierto disfrute, una curiosidad casi lúdica ante la torpeza con la que el demente trataba de sostenerse frente a sus propias debilidades.

Dicen que la envidia es la más corrosiva de todas, porque no se conforma con desear lo ajeno: necesita que el otro lo pierda, incluso a costa de su propia destrucción. Y allí estaba, aguardando su turno, observándolo todo con una paciencia inquietante. Se frotaba las manos con un gesto nervioso, como si padeciera un frío que no pertenecía a este mundo, aunque en realidad lo que la consumía era una ponzoña interna que parecía filtrarse por cada poro de su ser. Su aspecto era tan desagradable que había aprendido a disfrazarse: se cubría con una máscara de amabilidad, se adornaba con gestos de cortesía y perfumaba su presencia con una falsa buena voluntad que apenas lograba ocultar su verdadera naturaleza.

—¡Señores…! —intervino con una voz suave, casi melosa, cargada de una educación que rozaba la hipocresía—. Por favor… mantengamos la calma. Al fin y al cabo, siempre es más sencillo llevarse bien que mal…

Mientras avanzaba, repartiendo palabras agradables como si fueran flores marchitas, no dejaba de lanzar miradas furtivas hacia el Sr. Martínez. No era un hombre especialmente agraciado, ni la vida parecía haberle tratado con generosidad, pero estaba vivo… y eso, para una criatura nacida en la penumbra de un mundo donde solo habitan los que han perdido toda posibilidad, era un tesoro inalcanzable. Porque, por amarga que resulte la existencia, no hay nada más codiciado que la capacidad de sentirla. Y así ocurre siempre: se desprecia lo que se posee hasta que deja de estar al alcance.

La Envidia se paseó con pasos medidos, calculados al milímetro, dejando tras de sí un rastro de palabras dulces que no eran sino ornamentos de una boca ruin y malvada. Cada frase, cada gesto, cada sonrisa estaba cuidadosamente diseñada para agradar, pero su propio veneno la precedía como una sombra imposible de ocultar. Por mucho que intentara disfrazar su naturaleza, el hedor persistente de su podredumbre se filtraba en el ambiente, delatándola sin remedio, haciendo que cualquier lisonja sonara hueca, impostada, casi ofensiva para quien supiera escuchar más allá de la superficie.

El Sr. Martínez, sin embargo, ajeno a tales sutilezas y con una inocencia que rayaba en lo preocupante, se dejó envolver sin resistencia. Más simple que el mecanismo de un botijo, como bien podría decirse, sucumbió a aquella lengua viperina que, con una habilidad casi artística, comenzaba a enroscarse a su alrededor. La Envidia, paciente y certera, le susurraba al oído las supuestas virtudes de su carácter, exageraba hasta el absurdo su personalidad y le dibujaba

una imagen de sí mismo tan halagadora como irreal. Era un canto seductor, una melodía diseñada para adormecer cualquier atisbo de juicio.

Lo más inquietante no fue, sin embargo, la caída del demente, sino la del propio Tiburón. Aquel que vivía para incomodar, para hurgar en la herida y alimentar las miserias de su dueño, se encontraba ahora extrañamente callado, embelesado, casi domesticado por la suavidad de aquellas palabras. Por un instante, incluso él parecía haber olvidado su función, suspendido en un estado de complacencia que no le era propio.

Alicia, que observaba la escena con creciente preocupación, comprendió que la amenaza no residía en la violencia ni en el exceso evidente, sino en esa dulzura corrupta que, sin hacer ruido, era capaz de desarmar cualquier defensa. Sin perder la compostura, se adelantó con la ligereza elegante de una dama que conoce perfectamente el terreno que pisa y, con una sonrisa tan cortés como firme, se dirigió a la criatura.

—Por favor, querida mía, el Sr. Martínez no necesita de sus alabanzas. No se preocupe usted por su ego… ya me encargo yo de mantenerlo en su justa medida.

Sin brusquedad, casi con delicadeza, fue desenroscando a la Envidia del cuerpo del demente, separándola de él como quien retira una prenda incómoda, devolviéndola a su lugar en la mesa con una naturalidad impecable. La criatura, lejos de resistirse, adoptó una actitud sumisa, como si aquella mezcla de educación y autoridad la desarmara por completo. Permaneció en silencio, acomodándose con docilidad, casi como una mascota bien adiestrada ante una dueña exigente.

—Espero que haya aprendido algo —continuó Alicia, retomando su papel con serenidad—, porque esto es precisamente lo que no quiero en mis escritos: la envidia, la hipocresía… y la adulación vacía.

Su voz, suave pero inequívoca, puso punto final a la intervención. En torno a la mesa, el ambiente volvió a estabilizarse, aunque ahora cargado de una certeza incómoda: cada uno de aquellos seres no solo había sido presentado… había sido juzgado.

Cuando parecía que aquella procesión de engendros había llegado por fin a su término, una voz irrumpió en la escena con una estridencia tan artificiosa que desentonaba incluso en aquel universo de despropósitos. Sonaba como la de una locutora de radio entregada a la promoción de algún milagroso ungüento capaz de devolver la juventud perdida, dirigida a un público temeroso de ver

cómo el tiempo le arrebataba el brillo de antaño; aguda, impostada, cargada de una seguridad tan exagerada que resultaba inmediatamente sospechosa.

—¡Qué bueno que estoy! ¡Nadie como yo! ¡Soy tan inteligente que orino colonia! A ver, señores y señoras… ¿a que lo hago bien?

Aquel torrente de autocomplacencia provenía de un ser cuya apariencia desafiaba cualquier lógica estética: grotesco hasta lo insoportable, repulsivo incluso para sus propias compañeras, que no pudieron evitar gestos de rechazo apenas disimulados. Pero ella —porque no cabía duda de que se trataba de una entidad revestida de una feminidad caricaturesca— estaba completamente cegada por su propia soberbia, aislada en una burbuja de admiración hacia sí misma que la hacía inmune a cualquier percepción externa. No veía, no olía, no escuchaba nada que no reforzara su delirio de grandeza, y en ese esquema, el Sr. Martínez ocupaba, sin discusión, el último peldaño de la escala.

Se acercó a él con una mezcla de desdén y superioridad mal contenida, clavando en su figura una mirada cargada de desprecio mientras continuaba su monólogo sin necesidad de interlocutor.

—Me alegro de que le pase esto… algo habrá hecho para merecerlo. Quien siembra vientos, recoge tempestades.

Se detuvo un instante, expectante, como si aguardara una reacción que validara su intervención, pero el demente, lejos de entrar en el juego, permaneció en silencio. No por prudencia, sino por pura incredulidad: le resultaba inconcebible que semejante criatura, ajena a toda autocrítica, pudiera emitir juicios con tal ligereza sin haberse mirado antes en un espejo… o sin haber escuchado siquiera el eco de su propia voz.

Al no obtener respuesta, redobló su ofensiva con entusiasmo renovado:

—Y esa ropa… francamente, es un insulto al buen gusto. Observen cómo visto yo… aprendan de mi exquisitez.

El desconcierto fue general. Incluso los presentes, curtidos ya en aquel desfile de horrores, quedaron momentáneamente paralizados. El Tiburón, en un gesto tan inusual que rozaba lo antinatural, optó por morderse la lengua, conteniendo una respuesta que, en cualquier otra circunstancia, habría brotado sin filtro. Alicia, por su parte, realizaba pequeños y calculados gestos, intentando mantener a raya a aquella jauría invisible de reacciones que amenazaban con desbordarse en cualquier momento.

El Sr. Martínez, más descolocado que nunca, optó por el silencio absoluto, como si cualquier palabra pudiera empeorar una situación que ya rozaba lo insostenible.

Y fue entonces, evaluando con precisión quirúrgica el efecto causado, cuando Alicia decidió intervenir.

—Como habrá usted advertido —comenzó Alicia, dirigiéndose al Sr. Martínez con una serenidad que imponía más que cualquier grito—, este elenco de piltrafas, rebosantes de todos los defectos imaginables, no ha sido reunido aquí por mero capricho. Todo cuanto ha visto tiene una finalidad muy concreta. ¿Se hace usted cargo, señor mío?

No esperó respuesta. Sabía que no la necesitaba.

—El propósito es sencillo —continuó, paseando lentamente la mirada por cada uno de los presentes, como asegurándose de que nadie escapaba a su vigilancia—: cuando usted reescriba mi novela, y por si no ha quedado ya meridianamente claro, no deseo que en ella figure la más mínima alusión a la depravación que encarnan estas criaturas. Nada de excesos, nada de bajezas, nada de miserias humanas elevadas a espectáculo. Para ser breves… —hizo una ligera pausa, cargando de intención sus palabras—, el amor deberá ser lo único que perciban mis lectores.

El silencio que siguió no fue casual, sino impuesto. Incluso el aire parecía haberse detenido para asimilar aquella orden, que no admitía interpretación ni matices. Durante unos instantes, Alicia permitió que el peso de su decisión calara en todos los presentes, como si quisiera grabarlo a fuego en sus conciencias.

—Y ahora, amigo mío —retomó con una suavidad engañosa—, es mi deseo que empiece a escribir.

Giró entonces levemente el rostro hacia los engendros, y la expresión de su semblante cambió lo justo para que el mensaje resultara inequívoco.

—Y vosotras… —añadió con frialdad contenida— quietas. Y en absoluto quiero que, bajo ningún concepto, influyan con sus malas artes en el Sr. Martínez. ¿Ha quedado claro?

Nadie respondió. No hizo falta. Uno a uno, los presentes inclinaron la cabeza en una aceptación muda, sometidos no tanto por la autoridad de la niña como por la certeza de que desobedecerla tendría consecuencias que preferían no descubrir.

El orden había sido restaurado.

Y, por primera vez desde que comenzó aquella extraña reunión, el silencio no resultó incómodo… sino inevitable.

CAPÍTULO IV

Alicia era la última de seis hermanas, el remate involuntario de una obstinación que sus padres jamás reconocieron en voz alta, pero que todo el vecindario comprendía sin necesidad de explicación alguna. Entre la ignorancia heredada y esa desazón casi bíblica por no lograr engendrar al ansiado varón, fueron encadenando nacimientos con una constancia que rozaba lo heroico y lo absurdo a partes iguales, trayendo al mundo una hija tras otra con tan escaso margen entre ellas que, alineadas por estatura, formaban una especie de escalera humana que subía o bajaba según el humor del observador. Aquello no solo rompía cualquier previsión demográfica de la comarca —donde cuatro o cinco criaturas ya eran motivo suficiente para santiguarse—, sino que además convertía a la familia en una anomalía difícil de ignorar: seis hijas, ni rastro del heredero, y una paciencia que empezaba a parecerse demasiado a la resignación.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención no era tanto la cantidad como el eco social que aquello provocaba, porque en un entorno donde la fertilidad se consideraba poco menos que una bendición divina, aquella abundancia femenina generaba una mezcla incómoda de admiración, lástima y una envidia mal disimulada que se colaba en cada saludo. Especialmente en sus vecinos más próximos, un matrimonio cuya esterilidad era comentada con la misma crudeza con la que se describe un paisaje yermo, como si fueran una extensión más de ese desierto invisible que parecía haberse instalado en sus vidas. Para ellos, cada llanto, cada pañal y cada carrera desordenada de las niñas de Alicia no era solo un recordatorio de lo que no tenían, sino también una oportunidad extraña de acercarse, aunque fuera de prestado, a ese ideal tan profundamente arraigado: dejar huella en el mundo a través de un hijo que gritara, comiera y reclamara atención sin descanso. Así, ayudando a aquella familia desbordada, encontraban una forma de consuelo, una ilusión prestada que les permitía rozar, aunque solo fuera de manera tangencial, ese paraíso doméstico que la sociedad les había enseñado a desear como un deber incuestionable.

Nació en una época en la que el entretenimiento doméstico tenía poco de sofisticado y mucho de instintivo, aunque, como ella misma se encargaría de puntualizar años más tarde con una mezcla de pudor y sorna, aquello no era fornicar sin más, sino “hacer el amor” bajo la atenta y benevolente mirada de la religión de turno, que bendecía la práctica siempre y cuando viniera acompañada de su correspondiente propósito reproductivo. No había televisores que distrajeran, ni métodos eficaces de control de natalidad que interfirieran en los designios naturales, ni mucho menos ese miedo moderno a enfermedades que décadas después pondrían freno a ciertas alegrías. Era, según algunos, una edad

dorada; según otros, una autopista abierta para que las almas, cargadas de deudas kármicas o simples ganas de existir, encontrasen en aquel contexto la ocasión perfecta para aterrizar en el mundo y empezar, una vez más, su particular proceso de redención.

Y, sin embargo, no piensen que Alicia creció en la desgracia, ni mucho menos, porque dentro de aquel aparente caos existía un orden peculiar que sostenía a la familia. Su padre, un humilde funcionario adscrito a un Ministerio de la Gobernación que imponía más por el nombre que por las condiciones reales de quienes trabajaban en él, llevaba a casa un sueldo escaso pero constante, lo cual, en aquella época, equivalía a una forma modesta de estabilidad que su mujer valoraba por encima de cualquier aspiración romántica. Él, que en otro tiempo había soñado con escenarios, aplausos y una vida entregada a la música, vio truncadas sus aspiraciones con una rapidez casi cómica cuando, siendo apenas un muchacho, dejó embarazada a quien después sería su esposa, precipitando una decisión que no admitía demasiadas alternativas: o abrazar la bohemia con consecuencias imprevisibles o enfrentarse a la contundente persuasión del suegro, cuya escopeta —y más concretamente la dirección en la que apuntaba— resultó ser un argumento de lo más convincente. No hace falta añadir que optó por la sensatez, y con el tiempo, lejos de convertirse en un hombre amargado, terminó por reconocer que aquella elección, forzada en apariencia, le había otorgado una forma de equilibrio que la juventud raramente sabe apreciar.

La madre, por su parte, tampoco encarnaba exactamente el ideal de ama de casa vocacional, pero las circunstancias y la época no dejaban demasiado margen para la rebeldía, especialmente cuando una mujer quedaba atrapada en las consecuencias de su propia curiosidad y de los encantos, no siempre inocentes, de un varón que supo despertar en ella preguntas que nadie antes se había atrevido a responder. Sin hermanos varones que sirvieran de referencia y con una madre que, por miedo a condenas eternas, optó por el silencio más absoluto en cuestiones del cuerpo, aquella inquietud creció en la sombra hasta encontrar salida en la experiencia directa, con todas sus implicaciones. Así, entre resignaciones, descubrimientos tardíos y un goteo constante de embarazos, fue moldeando una vida que, aunque lejos de lo que había imaginado, terminó por aceptar con una mezcla de cansancio, ternura y esa extraña fortaleza que solo desarrollan quienes no han tenido la opción de elegir.

Entre la ayuda siempre discreta pero constante de la pareja estéril, el trabajo abnegado de una madre que parecía multiplicarse sin descanso, la colaboración —a veces voluntaria, a veces forzada— de sus hermanas mayores y el consabido y mísero sueldo del padre, la infancia de nuestra heroína transcurrió dentro de los márgenes perfectamente reconocibles de su tiempo, un periodo en el que las familias numerosas desarrollaban un arte casi alquímico para lle-

gar a fin de mes con lo justo, estirando cada moneda hasta límites que hoy resultarían inverosímiles. No había espacio para el derroche, pero tampoco para el dramatismo: la escasez se asumía como parte del paisaje, igual que el frío en invierno o el calor pegajoso del verano, y en ese equilibrio precario se fue construyendo una cotidianeidad que, sin grandes sobresaltos, tenía su propia forma de estabilidad.

Ser la última, además, le otorgó a Alicia una posición peculiar dentro de aquella pequeña jerarquía doméstica, porque la diferencia de edad con sus hermanas la convertía casi en una observadora privilegiada más que en una competidora directa por recursos o atenciones. Disfrutó, por ejemplo, del curioso privilegio de heredar toda la ropa familiar, prendas que pasaban de mano en mano con un cuidado casi ceremonial, como si cada una de ellas llevara impregnada una pequeña parte de la historia de quien la había usado antes. Sus hermanas, lejos de tratar aquello como una carga, asumían la responsabilidad de conservar las prendas en el mejor estado posible, conscientes de que terminarían en el armario de la pequeña, lo que generaba una cadena silenciosa de complicidad que, sin grandes gestos, reforzaba el vínculo entre todas ellas.

Pero más allá de lo material, la verdadera ventaja de tener hermanas considerablemente mayores residía en el acceso privilegiado a un caudal de experiencias que, en otras circunstancias, le habrían estado vedadas durante años. Alicia creció escuchando conversaciones que no estaban filtradas para oídos infantiles, absorbiendo historias, errores, confidencias y desengaños que sus hermanas compartían con una naturalidad que rozaba la imprudencia, pero que a ella le resultaban enormemente formativos. Ninguna de ellas parecía sentirse obligada a protegerla de la realidad; al contrario, respondían a sus preguntas con una franqueza que, aunque a veces incómoda, alimentaba una curiosidad insaciable. Así, entre risas, advertencias y relatos a medio camino entre la experiencia y la exageración, Alicia fue construyendo una comprensión del mundo sorprendentemente amplia para su edad, como si hubiera vivido varias vidas antes incluso de empezar la suya propia.

En esta vida, conviene estar preparado para todo, y más aún cuando uno procede de una familia de clase media-baja, donde la estabilidad nunca deja de ser provisional y cualquier imprevisto puede desbaratar el delicado equilibrio sobre el que se sostiene el día a día. Lo que a continuación le ocurrió a nuestra protagonista puede parecer, visto desde la distancia, un episodio casi arquetípico, de esos que se repiten en las historias de otra época, pero entonces no despertaba el mismo escándalo ni la misma indignación que hoy provocaría. La vida, por duro que resulte admitirlo, no tenía el valor individual que ahora le atribuimos; estaba más expuesta, más sujeta al azar, más entrelazada con la precariedad. Hoy nos estremecemos ante cualquier signo de maltrato o desgracia ajena, pero en aquel tiempo muchas tragedias se asumían con una resignación

silenciosa, como si formaran parte de un orden inevitable que nadie se atrevía a cuestionar.

Y fue en ese contexto donde sucedió lo impensable, aunque no por ello extraordinario para quienes vivían al filo de la escasez. Como en tantas otras ocasiones, Alicia se encontraba en casa del matrimonio estéril, disfrutando de una comida caliente que en su propio hogar empezaba a escasear a medida que el mes agonizaba y el presupuesto de su madre se rendía sin remedio. Afuera, la noche se había vuelto especialmente cruel, con un frío que no solo calaba los huesos, sino que obligaba a forzar el uso de aquella vieja estufa de carbón que, aunque imprescindible, escondía un peligro silencioso. Porque cuando no hay recursos suficientes para mantener en condiciones las salidas de humo, la lógica más simple se impone: el aire deja de circular como debe, y los gases, invisibles y traicioneros, buscan cualquier resquicio por el que escapar, invadiendo poco a poco el espacio que debería ser refugio.

Así, sin ruido, sin aviso, la casa se fue llenando de una presencia letal que nadie percibió a tiempo. El matrimonio, que descansaba en el primer piso, fue el primero en sucumbir, entregándose a un sueño del que ya no despertarían. En las habitaciones superiores, las hermanas de Alicia dormían ajenas a lo que se estaba gestando, agrupadas como tantas noches, compartiendo confidencias que se disolvían en la oscuridad antes de dar paso al descanso. La muerte, paciente y metódica, fue deslizándose como una niebla espesa, ocupando cada rincón, cada pasillo, cada espacio de aquella casa que hasta entonces había sido sinónimo de vida. No hubo lucha, ni gritos, ni despedidas: solo un silencio progresivo que lo fue cubriendo todo, envolviendo a las muchachas en un final tan injusto como sereno en apariencia.

Y allí quedaron, suspendidas en ese último instante, arrancadas de una edad en la que los pensamientos aún giraban en torno a promesas sencillas: un vestido para el domingo, una mirada cómplice en la plaza, la emoción contenida de un futuro que parecía empezar justo ahora. Pero la fatalidad, indiferente a cualquier proyecto humano, no entiende de ilusiones ni de calendarios, y aquella noche decidió cerrar de golpe todas esas historias que apenas habían comenzado a escribirse.

No, estimados lectores, no se abandonen al sufrimiento por ellas, no es necesario ni justo cargar con una pena que ni siquiera las propias protagonistas tuvieron ocasión de sentir, porque si algo puede decirse en favor de aquella noche es que la muerte, caprichosa en tantas otras ocasiones, decidió mostrarse inusualmente compasiva. Llegó sin estridencias, sin dolor, sin ese dramatismo que tanto gusta a quienes narran tragedias desde la distancia, y se llevó a las tres hermanas mayores envueltas en un sueño tan profundo que ni siquiera percibieron el tránsito, como si alguien hubiera decidido apagar la luz con sumo

cuidado para no perturbar su descanso. Así, juntas, como tantas noches habían dormido, emprendieron ese viaje hacia el supuesto paraíso tantas veces prometido desde los púlpitos y tan escasamente documentado por quienes, en teoría, lo habitan.

Pero la labor no había concluido, porque la muerte, metódica y paciente, no acostumbra a dejar tareas a medias, y continuó su recorrido por la casa con la misma discreción con la que había iniciado su obra, deslizándose por pasillos y estancias como una presencia que no necesita ser vista para imponerse. Fue entonces cuando encontró a las dos pequeñas gemelas, esos angelitos inseparables que ni siquiera en el último instante rompieron su vínculo, permaneciendo juntas en una quietud que, lejos de resultar violenta, tenía algo de serenidad inquietante. Tampoco en ellas hubo rastro de lucha ni de sufrimiento, sino más bien una especie de rendición involuntaria ante un final que se presentó con una suavidad engañosa, como si la propia muerte hubiera decidido tratarlas con un cuidado casi maternal, amortiguando el golpe de una realidad que, de otro modo, habría resultado insoportable.

Y sin embargo, conviene no dejarse arrastrar por interpretaciones románticas o complacientes, porque aunque el desenlace pueda parecer, en su forma, casi dulce, no hubo en él ni la más mínima voluntad por parte de quienes lo protagonizaron. No fue una despedida elegida ni un abandono consciente, sino una interrupción abrupta de vidas que, pese a las dificultades, estaban llenas de un apego profundo a su propia existencia. Cada uno de los miembros de aquella familia, desde los más pequeños hasta los padres que aún se percibían lejos del final, albergaba planes, deseos y pequeñas ilusiones que daban sentido a su día a día, especialmente los más jóvenes, que se encontraban en ese periodo luminoso donde todo parece posible y el futuro se despliega como una promesa interminable. Precisamente por eso, por esa intensidad vital aún intacta, la tragedia adquiere su verdadera dimensión: no en el modo en que ocurrió, sino en todo lo que dejó inconcluso.

En definitiva, la pobre Alicia, en una de esas noches en las que el invierno parece ensañarse con quienes menos tienen, se encontró de golpe y sin previo aviso más sola que la una, convertida en huérfana y arrojada a un desamparo que ni siquiera alcanzaba a comprender del todo. La pareja estéril, que hasta entonces había ejercido una suerte de paternidad intermitente, tan cálida como limitada en el tiempo, se vio enfrentada a una decisión que desbordaba con creces su disposición afectiva. Porque una cosa era acoger, mimar y disfrutar de la niña durante unas horas, llenarla de besos y devolverla después a su lugar de origen, y otra muy distinta asumir de manera definitiva una responsabilidad que implicaba renuncias reales. Así, cuando las autoridades plantearon la posibilidad de que se hicieran cargo de la pequeña, optaron por declinar el ofrecimiento con una mezcla difícil de descifrar entre prudencia, egoísmo y una sinceridad

que, aunque incómoda, resultaba coherente con su propia historia. Alicia, ajena a esos matices, solo pudo percibir el brusco cambio de actitud, pasando de ser el centro de una atención casi desbordante a convertirse en una presencia incómoda, lo que desató en ella un llanto desconcertado, más fruto de la incomprensión que del dolor plenamente asumido.

El comedor de la casa, el espacio más amplio y, hasta hacía apenas unas horas, el corazón cotidiano del hogar, fue transformado en un velatorio improvisado que mezclaba solemnidad y precariedad en proporciones difíciles de equilibrar. Siete ataúdes abiertos ocupaban la estancia, alineados con una simetría casi ceremonial y flanqueados por candelabros que, en su rigidez, recordaban a una guardia de honor rindiendo tributo a una autoridad invisible. Dentro de ellos, los cuerpos de sus familiares habían sido preparados con un esmero que rozaba lo irreal, cubriendo con capas de maquillaje los estragos del hollín y devolviéndoles una apariencia serena, casi artificiosa, como si se pretendiera borrar cualquier rastro de la violencia silenciosa que había provocado su final. El contraste entre aquella imagen pulida y la crudeza de lo ocurrido generaba una sensación extraña, a medio camino entre el consuelo y el engaño.

Alrededor, como dictaba la costumbre, se dispusieron pequeñas mesas cargadas de tés, pastas y bebidas espirituosas, creando un ambiente donde el duelo convivía sin demasiada dificultad con una cierta actividad social que parecía seguir su propio curso, ajena a la magnitud de la pérdida. El párroco del pueblo, acompañado de sus inseparables monaguillos, no desaprovechó la ocasión para cumplir con su doble función, espiritual y terrenal, alternando rezos con discretas —y no tan discretas— incursiones al abundante avituallamiento. Su oronda figura, fruto de años de velatorios similares, daba buena cuenta de una experiencia acumulada que iba más allá de lo litúrgico, mientras que sus jóvenes acompañantes, avispados y diligentes, aprendían con rapidez el oficio, haciendo acopio de cuanto podían transportar sin levantar sospechas. Así, entre oraciones, murmullos y el tintinear de las tazas, la tragedia se iba diluyendo en una escena donde la vida, con su inevitable tendencia a continuar, comenzaba ya a abrirse paso incluso en medio de la muerte.

Después del riguroso velatorio y del obligado ágape, al que acudieron con puntual eficacia todos aquellos vecinos que supieron ver en la ocasión una forma discreta de ahorrarse una comida o una cena —según la categoría económica y la habilidad para disimular el duelo—, la casa fue quedándose poco a poco en un silencio incómodo, de esos que no consuelan, sino que evidencian aún más la ausencia. En medio de ese vacío, Alicia lloraba desconsoladamente, no solo por la pérdida irreparable de su familia, sino también por algo que, para ella, resultaba aún más desconcertante: la repentina frialdad de aquella pareja estéril que hasta hacía nada la colmaba de atenciones y que ahora, incapaz de justificar su decisión o quizá simplemente reacia a enfrentarse a ella, op-

taba por esquivarla como si su sola presencia les recordara una responsabilidad que no estaban dispuestos a asumir. Aquella incomprensión, tan brusca como injusta, se clavaba en la niña con una fuerza que superaba incluso el dolor de la pérdida, porque transformaba el afecto conocido en un rechazo inexplicable.

Pero la jornada aún guardaba más pruebas para una criatura que, con apenas ocho años, ya había sido empujada a una realidad demasiado áspera para su edad. Las muestras de dolor de familiares lejanos —personas que ni siquiera sabía que existían y que ahora parecían brotar de la nada— no ofrecían consuelo alguno, sino más bien una especie de juicio tácito, como si su manera de sufrir tuviera que ajustarse a un protocolo invisible que nadie se había molestado en explicarle. Alicia, desbordada, pasó del llanto al grito, de la pena contenida a una desesperación abierta que no encontraba cauce ni comprensión, y lejos de recibir el abrazo que tanto necesitaba, fue reprendida por exceder, según aquellos improvisados guardianes del decoro, los límites de lo socialmente aceptable. Así, acorralada por miradas y reproches, terminó por agotarse en un silencio roto a intervalos por sollozos que ya no buscaban consuelo, sino simplemente salida.

Con todo, y sin que nadie pareciera detenerse a considerar lo que aquello significaba para ella, la situaron en primera línea del cortejo fúnebre, justo detrás de los carruajes que transportaban los ataúdes de sus seres queridos hacia la misa de réquiem, como si su posición obedeciera más a una lógica ceremonial que a una mínima sensibilidad. El día, por supuesto, no podía ser de otra manera: gris hasta el hastío, lluvioso con esa persistencia que cala más en el ánimo que en la ropa, y rematado por un aire helado que cortaba la respiración y endurecía aún más el paisaje. Un clima que, en su crudeza, parecía alinearse con la escena, ofreciendo una ventaja práctica a los difuntos —al retrasar la inevitable descomposición— mientras recordaba a los vivos que, a pesar de todo, aún estaban condenados a sentir cada punzada de aquel mundo ingrato que, para algunos, ya había terminado.

—Dales, Señor, el descanso perpetuo y que la luz eterna los ilumine. En Sion cantan dignamente tus alabanzas. En Jerusalén te ofrecen sacrificios. Escucha mi plegaria, hacia ti van todos los mortales. Dales, Señor, el perpetuo descanso y que brille sobre ellos la luz eterna. —Y todos los parroquianos, como un solo cuerpo y una sola voz—: Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad.

La voz del párroco, henchida de una gravedad impostada que dejaba entrever a un barítono frustrado, se expandía con una reverberación solemne por la inmensa iglesia gótica del pueblo, orgullo incuestionable de la comarca y, al mismo tiempo, paradoja viviente de sus gentes. Porque aquellos rudos campesinos y abnegados obreros, curtidos en una existencia de privaciones, podían

presumir de un templo que rivalizaba con el de ciudades más prósperas, aunque sus vidas, en contraste, no diferían —o incluso empeoraban— las de los habitantes de aldeas mucho más humildes. El edificio, erigido como un monumento al fervor y, también, al despilfarro, se alzaba con un campanario que desafiaba al cielo, paredes cubiertas de escenas de la pasión de Cristo y tapices ricos donados por los caciques locales, siempre dispuestos a invertir en eternidad lo que no estaban dispuestos a repartir en vida.

La gran roseta, compuesta por una infinidad de cristales de colores, dejaba pasar la luz de tal manera que el interior se teñía de reflejos cambiantes, casi festivos, como si la solemnidad del rito necesitara, paradójicamente, de un toque de espectáculo para sostenerse. El altar, imponente, descansaba sobre una mesa de mármol veteado en tonos rosados que bien habría envidiado cualquier noble, flanqueada por dos candelabros de pie, altos como un hombre, recubiertos de una plata que brillaba con una pureza casi ofensiva en aquel contexto de escasez. Sobre el mantel de encaje finísimo, bordado con hilos verdes y dorados que dibujaban espigas entrelazadas alrededor del símbolo JHS, reposaban con pulcritud casi obsesiva el atril dorado que sostenía el misal, una cruz de plata con peana y un cáliz que completaba el conjunto con una dignidad casi teatral. Todo parecía dispuesto no solo para honrar a los muertos, sino para impresionar a los vivos.

Detrás del altar, erguido y consciente de cada uno de sus gestos, el párroco oficiaba la misa de difuntos con una solemnidad que bordeaba lo grandilocuente, mientras frente a él, alineados como una silenciosa acusación, los siete ataúdes abiertos exhibían los cuerpos ya ajenos a cualquier ceremonia. En las primeras filas, la pequeña Alicia se deshacía en lágrimas, atrapada en una incomprensión que iba mucho más allá de la muerte, enfrentada a esos féretros que, en su imaginación desbordada, se asemejaban a siete aberturas oscuras capaces de engullir cualquier rastro de consuelo. Fue en ese preciso instante cuando su mente comenzó a apartarse de la realidad que la rodeaba, no como un gesto consciente, sino como una defensa instintiva ante una carga emocional que superaba con creces su capacidad de asimilación.

Tal vez fuera el inicio de un mecanismo de protección, tal vez la manifestación de una imaginación especialmente fértil, pero lo cierto es que lo que Alicia creía percibir a partir de entonces no era algo que estuviera dispuesta a compartir con nadie. Ya tenía suficiente con soportar la hipocresía de quienes la rodeaban, como para añadir a su dolor el riesgo de ser incomprendida o, peor aún, señalada. La infancia, que en otros llega de la mano de un aprendizaje lento y progresivo, se desvaneció para ella en un solo golpe, abrupto y sin concesiones, como si de repente alguien hubiera decidido adelantar el calendario de su vida y arrojarla, sin previo aviso, a una madurez que no había pedido y para la que nadie la había preparado.

Una vez finalizada la misa, la desdichada Alicia, envuelta en un riguroso luto que parecía devorar cualquier rastro de infancia que aún pudiera quedarle, fue colocada a las puertas de la iglesia como si formara parte del propio ceremonial, un elemento más del decorado fúnebre que nadie se había molestado en humanizar. Su figura, encorvada no tanto por el peso físico de la ropa como por el agotador protocolo que recaía sobre ella, transmitía una fragilidad que habría conmovido a cualquiera con un mínimo de sensibilidad, pero allí, entre normas tácitas y costumbres inamovibles, la compasión parecía un bien escaso. Sola, empapada por una llovizna persistente que calaba sin hacer ruido, sin paraguas, con el frío trepándole por los huesos y el rostro surcado por lágrimas y mocos que nadie se apresuraba a limpiar, aguardaba como quien espera una sentencia inevitable.

Frente a ella, alineado con una disciplina casi marcial, el pueblo entero formaba una fila que recordaba más a un pelotón de fusilamiento que a un grupo de personas dispuestas a consolar. Uno a uno, hombres y mujeres de toda condición avanzaban para cumplir con el obligado trámite del pésame, como si se tratara de un rito social que no admitía excepciones ni matices, aunque el destinatario fuera una niña incapaz de procesar siquiera lo que estaba ocurriendo. La procesión humana, variopinta en apariencias pero homogénea en intenciones, comenzó a desfilar con una lentitud desesperante, y durante ese tiempo suspendido Alicia tuvo la extraña revelación —o tal vez la amarga constatación— de que, efectivamente, la muerte iguala a todos… aunque solo sea en la forma de enfrentarse a ella.

El primero en dar el paso lo hizo con esa seguridad impostada de quien cree estar a la altura de las circunstancias, soltando un solemne “No somos nada” con la esperanza de que sus palabras resonaran con la profundidad de un discurso memorable. Pero la frase, hueca y repetida hasta el desgaste, cayó frente a Alicia como un sonido sin significado, incapaz de atravesar el muro de su dolor. El hombre, al percibir la falta de reacción —o peor aún, la incomodidad reflejada en el rostro de la niña—, bajó la cabeza con una mezcla de vergüenza y orgullo herido, retirándose con premura hacia la tasca más cercana, donde sin duda encontraría consuelo en la bebida y en la crítica fácil hacia la supuesta falta de educación de la huérfana. Así, entre comentarios y reproches, reconstruiría su dignidad maltrecha.

Y tras él, como si se hubiera dado una señal invisible, llegaron los demás, encadenando frases igual de desafortunadas, lugares comunes vacíos de contenido y una avalancha de gestos que pretendían ser afectuosos pero que, en conjunto, resultaban invasivos y profundamente incómodos. Las parroquianas, especialmente diligentes en estos menesteres, se abalanzaban sobre la niña con besos húmedos y apretones innecesarios, dejando en su rostro más rastros de saliva que consuelo real, acompañados de miradas cargadas de lástima

y una hipocresía tan evidente que incluso el propio párroco, en un arranque poco habitual de sensatez, se vio obligado a intervenir, dispersándolas con mano izquierda como quien ahuyenta un enjambre de moscas demasiado insistentes.

Finalmente, cuando aquella tortura social pareció agotarse —al menos de manera provisional—, aún quedaba por delante la última prueba del día: la peregrinación hacia el camposanto. Una caminata larga, fría y absolutamente innecesaria para una niña en su estado, pero que nadie consideró oportuno evitarle, no fuera a romperse la estética del duelo colectivo. Porque en aquel contexto, más importante que el bienestar de la pequeña era mantener intacto el ritual, esa especie de representación solemne que convertía el dolor en espectáculo y la despedida en una procesión que, por momentos, recordaba más a una celebración coreografiada que a un verdadero acto de compasión.

Hubo un tiempo, no tan remoto como algunos quisieran creer, en el que los entierros se regían por una clasificación tan precisa como la de los hoteles, los restaurantes o los vagones de tren: primera, segunda o tercera categoría, como si incluso en la muerte fuera necesario mantener intactas las diferencias que habían marcado la vida. Este en particular, pese a tratarse de una tragedia múltiple que había sacudido a toda la comunidad, no escapó a esa lógica tan perfectamente asumida por todos. El ayuntamiento, en un gesto calculado de aparente generosidad, decidió hacerse cargo de los gastos del sepelio, sabiendo de sobra que la familia no estaba en condiciones de afrontar semejante carga, pero cuidando muy bien de que dicha ayuda no sentara precedente. Porque una cosa era exhibir compasión de cara al público y otra muy distinta arriesgarse a que, en el futuro, cualquier vecino reclamara el mismo trato. Así, bajo el barniz de la benevolencia, se les concedió un entierro de tercera categoría, suficiente para acallar conciencias, pero no tanto como para alterar el orden establecido.

La comitiva avanzaba con una solemnidad que pretendía imponer respeto, encabezada por las carrozas fúnebres, cada una tirada por un solo caballo que parecía cargar no solo con el peso del ataúd, sino también con la gravedad del momento. Delante de todas ellas marchaba el sacerdote, envuelto en su característica capa negra, acompañado por el sacristán que sostenía la cruz en alto con un gesto tan firme que bien podría haberse confundido con alguien dispuesto a repeler fuerzas malignas más que a guiar un cortejo. A su lado, el monaguillo, diligente y concentrado, portaba la naveta del incienso y el acetre con el hisopo, esparciendo un olor denso que se mezclaba con la humedad del ambiente, creando una atmósfera casi irreal, como si aquel desfile transcurriera en un espacio suspendido entre lo terrenal y lo ritual.

Y cerrando la marcha, como si su papel fuera más simbólico que humano, caminaba Alicia, pequeña y encogida, arrastrando tras de sí no solo el peso de

la pérdida, sino también el de una mirada colectiva que no terminaba de comprender. Detrás de ella, una larga fila de paraguas negros formaba una especie de serpiente silenciosa, ondulante y compacta, bajo la cual los parroquianos aprovechaban la ocasión para intercambiar comentarios, confidencias y pequeñas miserias cotidianas, sin el menor reparo en dejar que la tragedia ajena se diluyera en el murmullo de sus propias preocupaciones. Así, entre rezos, pasos acompasados y conversaciones a media voz, el cortejo avanzaba hacia su destino final, dejando a la niña en el centro de una escena que, más que consolarla, parecía empeñada en recordarle, a cada paso, lo sola que estaba.

Tras un sinfín de penurias avanzando por caminos convertidos en auténticos barrizales, donde cada paso parecía una pequeña batalla contra el suelo que se negaba a sostenerlos, la comitiva llegó por fin al cementerio, ese lugar envuelto en un aura de tabú que solo ciertos perfiles se atrevían a traspasar sin demasiados remilgos: niños en busca de emociones prohibidas, muchachos con más osadía que juicio, parejas arrebatadas por pasiones furtivas y viudas que, por costumbre o necesidad, habían aprendido a convivir con la muerte. Aislado de la población como si se tratara de una vergüenza colectiva, el camposanto se mantenía al margen de la vida cotidiana, protegido —o abandonado— a una distancia suficiente para que el rechazo silencioso de sus habitantes no perturbara el descanso de quienes allí yacían. Aquella necrópolis, más funcional que digna, ofrecía un aspecto que recordaba a un vertedero de cuerpos: lápidas desiguales, tierra removida sin demasiado esmero y la presencia constante de altos cipreses que parecían custodiar, con su verticalidad severa, la resignación de sus inquilinos.

Dentro de aquel escenario, el lugar asignado por la generosidad municipal —si es que así podía llamarse— no fue otro que una fosa común, destino compartido por aquellos a quienes la sociedad había colocado en sus márgenes: vagabundos sin nombre, delincuentes sin redención y suicidas cuya memoria resultaba incómoda incluso después de muertos. Allí, sin distinción ni ceremonia particular, fueron a parar los restos de la familia de Alicia, integrándose en esa masa anónima donde la identidad se diluye con una facilidad pasmosa. No hubo protestas, ni reclamaciones, ni margen para exigir otra cosa: cuando la pobreza dicta sentencia, incluso el descanso eterno se ajusta a sus condiciones.

La familia, como tantas otras, no había tenido la precaución —o más bien la posibilidad— de asegurar un futuro digno ante una desgracia de tal magnitud. Y siendo sinceros, hablar de previsión en aquel contexto rozaba lo absurdo, porque bastante habían hecho con sostener su día a día y atender obligaciones tan terrenales como la hipoteca, esa losa constante que devoraba cualquier intento de estabilidad. Tras liquidar, como pudieron, parte de sus deudas con el escaso patrimonio que dejaron atrás, la ruina se impuso con una claridad impla-

cable, arrastrando consigo a la única superviviente. Como era de esperar, no tardaron en aparecer los verdaderos carroñeros, no aquellos con alas que sobrevuelan los camposantos, sino los que visten traje y manejan cifras, reclamando con precisión implacable lo que consideraban suyo. Así, sin contemplaciones ni concesiones, la pequeña quedó en la calle, despojada de todo salvo de una valija con cuatro trapos y la ropa que llevaba puesta, reducida a la mínima expresión material de la existencia.

En aquel tiempo gris, donde la infancia no gozaba de los privilegios que hoy se consideran irrenunciables, la abundancia de niños sin amparo convertía la supervivencia en una cuestión de rapidez, astucia y, en muchos casos, pura resistencia. Estar solo no era una excepción, sino una circunstancia más del paisaje humano, y aprender a desenvolverse en ella resultaba tan necesario como inevitable. Dentro de lo que cabe, su destino no fue el peor imaginable —podría haber caído en manos mucho más crueles o haberse perdido en la indiferencia de las calles—, pero tampoco ofrecía consuelo alguno. El hecho de que su padre hubiera sido funcionario le abrió una puerta que, en teoría, debía protegerla: la de los llamados servicios sociales, una institución cuyo nombre prometía más de lo que realmente ofrecía.

Así, entre gritos, patadas, arañazos y escupitajos, Alicia fue conducida a aquel orfanato que tantos elogios recibía en boca de quienes jamás tendrían que pisarlo. Los guardias, acostumbrados a ese tipo de resistencia, la sujetaban con una mezcla de rutina y desgana, mientras la niña se debatía no solo contra ellos, sino contra todo lo que representaban. Porque aquel lugar, sostenido con orgullo por los más acomodados como símbolo de su caridad, no era sino un espacio donde la pobreza se organizaba, se contenía y, en cierto modo, se hacía más llevadera a ojos de quienes podían permitirse mirarla desde la distancia. Allí, bajo ese barniz de buenas intenciones, comenzaría para Alicia una nueva etapa, no menos dura que la anterior, pero quizá más reveladora de la verdadera naturaleza del mundo que le había tocado habitar.

—Bueno, Miss Alicia… ¿Qué le parecen estas primeras letras de su novela? —preguntó con voz melosa el Sr. Martínez, adoptando ese aire entre complaciente y expectante de quien teme la respuesta pero no puede evitar formular la pregunta.

—No sé… la verdad es que suenan algo pueriles y, si me apura, un tanto lacrimógenas… —contestó la niña, dudando apenas un instante, como si midiera el peso de sus propias palabras antes de dejarlas caer.

—¡¡Asco es lo que estas líneas me producen!! —irrumpió la Lujuria con un arrebato que hizo temblar el aire—. ¡¡Nada de motivación sexual!! ¿Cómo es posible semejante bodrio? Podría usted haber incluido algo mínimamente obs-

ceno, aunque fuera de manera sutil, como se ha hecho toda la vida… —y sin dar tiempo a réplica, continuó con una vehemencia casi teatral—. ¡¡Sin imaginación, pero eso sí, rebosante de moralina e hipocresía religiosa!! Ese tipo de literatura que encanta a quienes disfrutan viendo sufrir a los demás desde la comodidad de su sofá, ajenos a cualquier peligro real.

El ambiente se tensó de inmediato, como si alguien hubiera encendido una mecha invisible. El resto de los pecados capitales no tardaron en sumarse al alboroto, jaleando a su compañera con entusiasmo desmedido, cada cual aportando su dosis de desaprobación hacia el Sr. Martínez y la pequeña Alicia. Pero fue esta última quien, con una firmeza inesperada para su edad, logró imponerse al murmullo creciente.

—¡¡Aquí no hay más voto que el mío!! —sentenció, alzando la voz con una autoridad que no admitía discusión—. Está claro que no es exactamente lo que me gustaría, pero, por ahora, el Sr. Martínez se atiene a lo pactado.

Hubo un silencio breve, tenso, de esos que no anuncian paz sino tregua. A regañadientes, las demás acataron la decisión, aunque en sus gestos quedaba claro que la conformidad era solo aparente.

Fue entonces cuando una voz pastosa y persistente rompió de nuevo la calma. La Gula, ajena a cualquier norma de contención, seguía engullendo algo indeterminado, una masa informe que sobresalía de su boca en una mezcla de colores y texturas capaces de revolver el estómago al más templado. Entre bocado y bocado, logró articular su protesta, centrada en la flagrante ausencia de referencias al acto de comer.

Según su particular lógica, aquello resultaba imperdonable: ¿acaso los personajes no se alimentaban?, ¿ni siquiera en la ficción? Sus palabras, aunque grotescas en la forma, encontraron cierto eco en el resto, que vieron en ese argumento una nueva grieta por la que reavivar la disputa. De nuevo, el coro de quejas se elevó, insistente y caótico.

Alicia, percibiendo que aquello amenazaba con desbordarse, optó por templar los ánimos con una calma que contrastaba con el bullicio.

—Señoras y señores, un poco de formalidad, por favor… —dijo con paciencia medida—. El hecho de alimentarse se da por supuesto. Nuestros lectores no necesitan que se lo recordemos a cada página. Es como en la mayoría de las novelas: nadie va al baño… —hizo una breve pausa, dejando que la idea flotara—. ¿Nunca se han preguntado por qué los personajes de ficción nunca alivian sus esfínteres?

Un murmullo, esta vez distinto, recorrió la estancia. No era ya de protesta, sino de una especie de asentimiento incómodo, como cuando alguien señala una verdad evidente que todos habían preferido ignorar. Incluso el Tiburón dejó escapar una risita nerviosa, de esas que sorprenden al propio que las emite. El Sr. Martínez, por su parte, se quedó pensativo, atrapado por una cuestión aparentemente trivial pero inquietantemente profunda, como si acabara de descubrir una grieta en la lógica interna de la ficción que jamás había considerado.

Porque, en efecto, quizá todos daban por hecho que los personajes carecían de esas necesidades… o, simplemente, que la literatura, en su empeño por elevar la vida, prefería omitir aquello que la hace irremediablemente humana.

No estaban, ni mucho menos, los ánimos calmados. Siempre al acecho, como una asesina paciente que espera su momento, la Ira encontró por fin el resquicio que necesitaba para irrumpir con toda su violencia.

—¡¡No hay violencia, no hay odio, no hay veneno!! —bramó con una furia que parecía desbordarla—. ¡¡Esto no es más que una ridícula historia de una desgraciada vida a la que le falta sal, como a un guiso mal hecho!!

Sus ojos, encendidos como dos focos incandescentes, proyectaban una luz casi insoportable, mientras de su boca, abierta como una alcantarilla en pleno verano, parecían escapar llamaradas al compás de su indignación. Se irguió con toda su estatura, golpeando el suelo con tal fuerza que el lugar retumbó, levantando una polvareda espesa y provocando un temblor que hizo vacilar a más de uno. Por un instante, dio la impresión de que iba a estallar, como si toda su rabia fuera a desintegrarlo todo en una explosión final. Pero no: se detuvo en seco, tomó aire con dificultad y, lejos de calmarse, redobló su discurso con una energía aún más siniestra.

—¡¡Ninguna historia que se precie puede carecer del condimento necesario!! —continuó, con una mueca que mezclaba desprecio y entusiasmo—. ¡¡La sangre debe correr por las calles como un torrente, las vísceras deben salpicarlo todo, y el hedor de los cuerpos obligar a los lectores a taparse la nariz aunque sepan que es mentira!!

Y, como quien culmina una obra maestra, terminó dejándose caer, exhausta pero satisfecha, con ese orgullo que solo concede la convicción de haber dicho exactamente lo que se quería decir.

El Sr. Martínez, algo abrumado por la exhibición, se quedó un instante en silencio, rascándose la cabeza con gesto pensativo. Miró a su alrededor: todos aguardaban, expectantes, como si de su respuesta dependiera el rumbo mismo de la historia. Y entonces, como quien ensambla piezas en una cadena de pro-

ducción, empezó a ordenar las palabras que acababa de escuchar, procesándolas con una calma que contrastaba con el caos previo.

—¿De qué me hablan exactamente…? —comenzó, con tono reflexivo—. ¿De sexo, de violencia, de excesos sin medida? Pues bien… eso mismo se acabó. A partir de ahora, mis escritos rezumarán justo lo contrario.

Hubo un murmullo de sorpresa, una especie de choque colectivo ante aquella decisión que parecía desafiar todo lo que se había exigido segundos antes.

—Con la ayuda de esta chiquilla —prosiguió, señalando a Alicia— construiremos una historia distinta. Una que siga a una huérfana, sí, desgraciada y desamparada, pero capaz de enternecer el corazón de quienes la lean. No necesitaremos más artificios.

Unas tímidas palmadas comenzaron a escucharse, casi ahogadas por las protestas que, de inmediato, levantaron los pecados capitales junto al siempre inquieto Tiburón, que parecía disfrutar especialmente del alboroto. Aquello se convirtió en una algarabía desordenada, digna del gallinero de un cine de barrio, donde cada cual defendía su postura a gritos.

—¡¡Muy bien, Sr. Martínez!! —exclamó Alicia, alzando su voz por encima del tumulto—. ¡¡Por fin demuestra algo de cordura!!

Y mientras hablaba, aplaudía con entusiasmo, con esa alegría desbordada y casi ingenua de quien encuentra un aliado en medio del caos. Sus manos sonaban con un ritmo irregular pero sincero, como las de una niña fascinada ante un espectáculo de circo, donde los payasos arrancan carcajadas a un público humilde que, por un momento, olvida sus penas. En ese gesto, sencillo y desarmante, había algo más poderoso que todos los discursos anteriores: la necesidad de creer que, incluso en medio de la desgracia, todavía era posible contar una historia que no estuviera dominada por la oscuridad.

Por encima del intercambio casi cómplice entre el Sr. Martínez y Alicia, que empezaban a entenderse con una facilidad que irritaba al resto, se alzó una voz aguda, cortante, cargada de un veneno que no necesitaba disimulo alguno. Era la Envidia, que gritaba hasta desgañitarse como si cada palabra le arrancara un trozo de garganta.

—¡¡Inaudito, intolerable, asquerosamente melindroso!! —escupió con desprecio—. ¡¡Un capítulo donde corren lágrimas en lugar de sangre!! ¿Qué clase de historia pretende ser esta, si no está teñida de ese rojo que tanto nos alimenta?

Sus ojos, pequeños y brillantes, se clavaban en ambos con una mezcla de repulsión y fascinación mal disimulada. Y entonces, con un tono aún más ácido, añadió:

—Y por si fuera poco… esta relación entre ustedes me provoca arcadas. ¡¡No se llevan tan mal como pretenden!! Nos han estado engañando con disputas de pacotilla, mientras aquí estamos nosotras, haciendo el trabajo duro: emponzoñarlo todo como es debido.

Había algo de la Ira en su forma de hablar, una resonancia común, como si ambas compartieran la misma garganta para ciertos discursos. La Envidia continuó, creciendo en su propio razonamiento, disfrutando cada palabra como si fuera una pequeña victoria:

—Siempre ha sido así… la historia la mueve la envidia, aunque sea en su forma más rastrera: los celos. ¿Dónde estaría Caín sin ese impulso? ¿Qué sería de los hombres sin esa punzada que los lleva a destruir lo que no pueden poseer? Amigos, amantes, familias… todo se rompe por ese deseo malsano de querer lo ajeno.

Dio un paso al frente, casi teatral, como si estuviera impartiendo una lección que nadie había pedido pero todos debían escuchar.

—"No codiciarás los bienes ajenos"… —recitó con una sonrisa torcida—. ¿Por qué creen que se incluyó ese mandamiento? Porque el Creador conoce mejor que nadie la naturaleza de ustedes. No es un capricho… es una advertencia. Y lo más interesante de todo —añadió, inclinándose ligeramente— es que esas leyes existen precisamente porque están destinadas a ser quebrantadas.

El ambiente se cargó aún más, denso, casi irrespirable.

—Si no fuera por nosotras… —continuó, abriendo los brazos—, ¿qué sería de sus historias sagradas, de sus relatos, de su literatura? Un conjunto de palabras vacías, insípidas, sin conflicto ni emoción. Nosotros somos el motor, aunque no quieran admitirlo.

Al terminar, sus compañeras estallaron en aplausos feroces, golpeando el suelo con tal intensidad que levantaron una nube de polvo espeso, mezclado con restos y suciedad que daban al conjunto un aire apocalíptico, casi grotesco. La escena, lejos de la solemnidad que cabría esperar, recordaba más a una representación desbordada, caótica, digna de esas películas de serie "B" donde el exceso sustituye al sentido… pero no por ello resulta menos reveladora.

Porque, en el fondo, entre tanto grito y tanta exageración, la Envidia había puesto sobre la mesa una verdad incómoda: que incluso las historias más dulces necesitan una sombra para existir. Y la pregunta, inevitable, empezaba a tomar forma en el aire… ¿hasta qué punto podría Alicia mantener su relato al margen de ellas?

Alicia se tomó su tiempo. No fue un silencio vacío, sino uno cargado de intención, como si masticara cada una de las quejas de aquellas hienas que la rodeaban, sabiendo de antemano que convencerlas era una empresa inútil, pero no por ello menos necesaria. Las miró una a una, sin bajar la cabeza, y cuando habló lo hizo con una serenidad que contrastaba con el ruido previo.

—¡¡Señoras, tienen ustedes toda la razón!! —concedió sin titubeos—. Pero también comprenderán que camino sobre arenas movedizas. Esta es mi oportunidad de redimirme ante la sociedad… y no pienso desaprovecharla. Así que, sintiéndolo mucho… o mejor dicho, no lo siento en absoluto, dejaremos que mi escritor haga justicia con mi nombre y me dé el lugar que me corresponde en la historia.

El silencio que siguió fue tan compacto que casi podía palparse. Por un instante pareció que aquellas palabras habían surtido efecto, como si la jauría hubiese aceptado, aunque fuera de mala gana, la decisión de la niña. Pero aquel espejismo duró lo que tarda en afilarse una intención.

La Soberbia avanzó entonces, apartando a sus compañeras con un gesto cargado de desprecio que no hacía distinciones, ni siquiera entre las suyas. Refunfuñaron, sí, pero ninguna se atrevió a oponerse del todo: la mirada que las atravesó bastó para abrirle paso. Se colocó en el centro, erguida, inflándose como un pavo real que exhibe su plumaje, y comenzó su discurso con una cadencia calculada, saboreando cada palabra.

—Señoras, señores, advenedizos lectores, almas en pena y espíritus… —entonó, mirando por encima del hombro como si todos fueran inferiores por definición.

Su presencia resultaba casi peligrosa, no tanto por lo que decía como por la densidad de lo que transmitía. Era un veneno lento, de esos que no matan de golpe, pero lo corroen todo.

—Invoco a la familia Bruto —continuó, con un brillo oscuro en los ojos—, ejemplo vivo de una soberbia cultivada durante siglos. Y no olvidemos a Julio César… uno de los más grandes entre los nuestros, que incluso en el momento de su muerte tuvo la dignidad de cubrirse, no por pudor, sino por orgullo.

Hizo una pausa breve, lo justo para medir el efecto, y prosiguió con renovado entusiasmo:

—Pero si de pupilos hablamos… permitidme recordar a uno de mis favoritos. Un joven despreciado por la nobleza, un don nadie a ojos de los poderosos… que gracias a la arrogancia —sí, a la mía— se abrió camino hasta convertirse en emperador. —Su sonrisa se ensanchó—. Hablo, por supuesto, de Napoleón Bonaparte. Millones de muertos, continentes sacudidos… todo ello fruto de una ambición bien dirigida.

El ambiente se volvió aún más denso, casi irrespirable.

—Y no nos detengamos ahí —añadió, ya lanzada—. Otros nombres podrían sumarse, otros ejemplos de cómo el orgullo, bien alimentado, es capaz de moldear el mundo a su antojo. ¿Y qué tenemos aquí? —preguntó, abriendo los brazos con desprecio—. ¿Una historia edulcorada, inofensiva, incapaz de incomodar?

Nadie respondió. Nadie podía.

—¿Cómo pretenden ustedes construir una novela sin el impulso que mueve los instintos más profundos del ser humano? —remató—. ¿En qué se están convirtiendo? ¿En repetidores de relatos dulzones dictados por quienes solo buscan distraer, no remover?

El silencio que siguió no era ya de respeto, sino de desconcierto. Incluso el Sr. Martínez y Alicia parecían momentáneamente desarmados, atrapados en la contundencia del discurso.

Y fue precisamente en ese vacío cuando ocurrió algo inesperado: la Soberbia, satisfecha de sí misma hasta un extremo casi indecente, dejó escapar una sonrisa. Un gesto breve, pero suficiente para iluminar su rostro con una extraña mezcla de orgullo y deleite.

Aquello, más que tranquilizar, inquietó aún más a los presentes.

Y entonces, como si no pudiera resistirse a agitar aún más las aguas, el Tiburón, siempre amante del conflicto y de las causas complicadas, dio un paso al frente, relamiéndose ante la oportunidad de sembrar discordia…

—¡¡Estúpidas y arrogantes necias, mal llamadas mortales!! —irrumpió el Tiburón con una violencia que no necesitaba alzar demasiado el volumen para imponerse—. Impropias de la realidad en la que esta pareja de sufridos escritores intenta, simplemente, sobrevivir.

Las miró una a una con esa expresión suya, mezcla de locura y desprecio, ojos desorbitados, mandíbula tensa, el ceño fruncido hasta el extremo de parecer tallado en piedra, y un rubor encendido que ni la propia Ira habría sabido sostener sin consumirse. No necesitó agrandarse ni hacer aspavientos: la demencia, en su forma más pura, tiene una autoridad que desarma. Las demás retrocedieron apenas un paso, lo justo para reconocer, aunque no lo admitieran, que aquel era un terreno en el que él jugaba con ventaja. Porque si ellas encarnaban los pecados, él los contenía todos en una mezcla inestable, imprevisible, peligrosa.

Sin perder el pulso, continuó, saboreando cada palabra como si fuera una provocación calculada:

—¿De verdad creéis que con vuestras recetas esta historia va a mejorar? —escupió con desdén—. ¿En qué mundo vivís? Nada de eso funciona en la ficción… y deberíais saberlo mejor que nadie.

Dio un paso al frente, acortando distancias, obligándolas a sostenerle la mirada.

—La ficción existe precisamente para lo contrario. Para escapar. Para construir un lugar donde lo insoportable de la realidad se diluya, aunque sea por unas páginas. ¿O es que pensáis que la gente compra novelas para amargarse aún más la vida? —dejó caer la pregunta con una sonrisa torcida—. No, señoras. Las compran para olvidarla, aunque sea por un rato. Y vosotras… —añadió, señalándolas con un gesto casi acusador— lo único que pretendéis es arrastrarlos de nuevo al fango.

El murmullo empezó a crecer, pero él no cedió.

—Esta niña —prosiguió, señalando a Alicia sin apartar la vista del grupo— busca redimirse de una sociedad que en su día no supo verla. Y vosotras, fieles a vuestra naturaleza, queréis hundirla todavía más. No por necesidad narrativa… sino por puro instinto.

Aquello fue la chispa.

Las voces de las demás estallaron al unísono, una maraña de reproches, burlas y carcajadas que intentaban desautorizarlo, minimizar sus palabras, reducirlas a la ingenuidad de quien no comprende las reglas del juego. Para ellas, su discurso no era más que una fantasía infantil, un intento torpe de imponer una lógica que consideraban débil, casi ridícula.

—¡¡Ingenuo!! —se escuchó entre el barullo—.

—¡¡Eso no vende!! —añadió otra voz, cargada de sarcasmo.
—¡¡Sin nosotras no hay historia!! —remató alguien con tono triunfal.

El aire se tensó hasta volverse casi sólido.

De un lado, la jauría, jadeante, alimentándose de su propia rabia, retroalimentando el conflicto como si fuera su hábitat natural. Del otro, el Sr. Martínez, Alicia… y el Tiburón, cuya posición resultaba cada vez más difícil de encasillar. Porque si bien defendía a los escritores, lo hacía desde un lugar tan inestable que nadie podía asegurar de qué lado caería en el siguiente instante.

Y en medio de ese equilibrio precario, de ese pulso entre lo que la historia debía ser y lo que se empeñaba en resistirse a ser… flotaba una pregunta que ninguno se atrevía aún a formular en voz alta:

¿Quién iba a decidir realmente el rumbo de la historia… el autor, la protagonista… o las fuerzas que parecían reclamarla como propia?

—¡¡Nada merezco, nada gano, nada obtengo… pero es mi alimento!! —irrumpió la Avaricia, deslizándose en la escena con la parsimonia de quien no necesita permiso para ocuparlo todo.

Su presencia no fue ruidosa, pero sí asfixiante. Como un aire viciado que se cuela sin aviso, fue llenándolo todo hasta que pareció que faltaba el oxígeno. El Sr. Martínez sintió un mareo súbito, como si algo invisible le exprimiera por dentro; las ideas se le deshilachaban, incluso su rabia, que hasta hacía un instante le sostenía, se diluía frente a aquella fuerza absorbente. La Avaricia, complacida, parecía crecer con cada segundo, engordando no de carne, sino de apropiación, de dominio.

Dirigió una mirada cómplice al resto, y estos, instintivamente, se apartaron. Nadie quería estar demasiado cerca de quien podía arrebatarlo todo, incluso aquello que aún no se había pronunciado.

—¡¡Aunque me temáis, todos estáis ligados a mí!! —continuó, con una voz untuosa que resultaba difícil de ignorar—. Valgo más que todos vosotros juntos. Soy la madre de la traición, del fraude, del perjurio… de la violencia y de la dureza de corazón.

Hizo una breve pausa, saboreando el efecto de sus palabras.

—Pero también amo —añadió, con una sonrisa torcida—. Amo con una intensidad que vosotros no comprenderíais jamás. Todo lo quiero… porque todo puede ser mejor en mis manos. Decís que acumular es un desorden, que des-

precio los derechos ajenos… pero no es cierto. Lo que ocurre es que vosotros no sabéis aprovechar lo que tenéis.

El frío empezó a calar en la estancia, como si su discurso apagara cualquier rastro de calor humano.

—Vosotros sois mortales —remató—. Estáis condenados a perderlo todo. Yo no. Y esa… —dijo, dejando caer la palabra como una sentencia— es la diferencia.

El silencio que siguió fue más pesado que los anteriores. No solo por lo que había dicho, sino por cómo lo había dicho: con una certeza que resultaba difícil de refutar.

Alicia tardó unos segundos en reaccionar. No era miedo lo que la retenía, sino una lucha interna más profunda. Sabía que, en cierto modo, todas aquellas voces tenían razón: su historia, tal como la estaba planteando, carecía de esos elementos que tantos consideraban imprescindibles para atrapar al lector. Pero también sabía algo más… algo que empezaba a tomar forma con cada ataque.

Apretó los puños. Respiró hondo.

Y dio un paso al frente.

—Puede que tengáis razón en muchas cosas —empezó, con una calma que contrastaba con el temblor que aún le recorría—. Puede que la violencia, la envidia, la soberbia o… incluso tú —dijo, mirando directamente a la Avaricia— hagan las historias más intensas.

Algunas sonrisas afiladas se dibujaron entre la jauría.

—Pero eso no significa que sean necesarias para contar la mía.

El murmullo volvió a agitarse.

—Yo no quiero una historia que se alimente de lo peor —continuó, ahora con más firmeza—. No quiero que mi vida sea un espectáculo de miserias para entretener a nadie. Ya he tenido bastante con vivirla.

Clavó la mirada en todas ellas, una a una.

—Si alguien va a leer esto… que sea para encontrar algo más. No para hundirse otra vez en lo mismo.

El silencio regresó, distinto esta vez.

Más incómodo.

Porque, por primera vez, no era una defensa… era una decisión.

—¡¡Vuelvo a repetirlo, ni se os ocurra contaminar a mi escritor!! —sentenció Alicia, con una firmeza que ya no parecía impostada, mientras, casi de manera inconsciente, apoyaba su brazo sobre el hombro de un Sr. Martínez visiblemente henchido, como si aquel gesto bastara para legitimar su papel dentro de aquel caos.

El Tiburón, al ver a su "amo" por fin reconocido —aunque fuera de una forma que ni él mismo terminaba de comprender—, reaccionó como un perro de presa que ha recibido una orden tácita. Enseñó los dientes, no tanto por necesidad como por instinto, y clavó la mirada en la jauría. No hizo falta más. Las hienas, que hasta hacía un instante dominaban la escena, retrocedieron apenas un paso, lo justo para no perder terreno sin exponerse del todo. Porque si algo sabían, era que la locura no se enfrenta de frente sin pagar un precio.

Y es que aquel ser, mitad aliado, mitad amenaza, no ofrecía garantías a nadie. No era lealtad lo que lo movía, sino algo más volátil, más peligroso: una especie de fidelidad momentánea, tan intensa como inestable. Una fiera, al menos, se muestra tal cual es; sabes cuándo va a atacar. Pero aquello… aquello conocía las grietas antes incluso de que se formaran.

En ese breve instante de desconcierto, cuando la tensión parecía buscar un nuevo cauce, surgió la Pereza.

No irrumpió, no necesitaba hacerlo. Avanzó con esa lentitud casi irritante que la caracterizaba, como si cada paso fuera un pequeño triunfo sobre el esfuerzo. Pero había en su cadencia algo hipnótico, una seguridad que no dependía de la fuerza, sino de la inevitabilidad.

—Dicen… las malas lenguas… —comenzó, arrastrando las palabras con una parsimonia calculada— que soy un vicio… que mato poco a poco… como las drogas…

Algunos bufaron, otros escucharon con más atención de la que estaban dispuestos a admitir.

—Pero vosotros… —continuó, señalando con desgana al Sr. Martínez y a Alicia— asesináis al lector con algo peor… el tedio…

Hubo un murmullo incómodo.

—La gente no quiere perfección… quiere placer… quiere distracción… —prosiguió—. Yo soy enemiga de lo pulcro… de lo demasiado correcto… eso cansa… agota…

Se detuvo un instante, como si incluso hablar le supusiera un esfuerzo excesivo, pero retomó con una lucidez que descolocaba.

—También impido que se busquen soluciones… —añadió, con una media sonrisa—. Dejo que las cosas… simplemente… se resuelvan solas… y eso… les encanta…

Algunos asentían ya sin darse cuenta.

—El lector no quiere problemas… —remató—. Quiere emoción… sin complicaciones… quiere sentir… sin pensar demasiado… —y entonces, casi en un susurro—. Dadles eso… y os leerán…

El silencio que siguió no fue inmediato, pero cuando llegó, fue denso.

Y entonces, contra todo pronóstico, estallaron los aplausos.

No eran ordenados ni elegantes, sino viscerales, casi furiosos, como si aquellas palabras hubieran tocado una verdad incómoda que nadie quería admitir en voz alta. La Pereza, jadeante por el esfuerzo —porque incluso hablar así le resultaba excesivo—, dejó caer su peso sobre sí misma, satisfecha.

En ese instante, la balanza volvió a inclinarse.

Porque ya no era solo una cuestión de vicios o virtudes… sino de algo más peligroso:

lo que realmente quiere quien lee… frente a lo que debería querer.

Alicia sopesó, con una calma impropia de su edad, cada una de las voces que habían intentado torcer el rumbo de su historia. No podía negarles la razón; cada pecado, a su manera, había expuesto una verdad incómoda, una de esas que suelen sostener las narraciones que triunfan. Pero precisamente ahí residía el problema: ese mismo cóctel de pasiones, excesos y sombras fue el que arrastró a su supuesto creador a una existencia tan brillante en apariencia como cuestionada en lo más íntimo, terminando por convertirlo en una figura incómoda, primero para su tiempo y después para la posteridad, rescatada y deformada por quienes encontraron en su figura más morbo que literatura.

Aquel hombre —matemático riguroso, diácono anglicano, fotógrafo de una sensibilidad cuanto menos discutible— no fue un monstruo en el sentido más evidente, pero tampoco un alma sencilla. Sus inclinaciones, tan particulares como incómodas, se movían en una frontera difusa que la sociedad toleraba con una mezcla de fascinación y rechazo, hasta que dejó de hacerlo. Escribía, sí, casi como quien respira, dejando que su imaginación se desbordara sin filtros, creando una obra que, con el tiempo, sería etiquetada de forma simplista como literatura infantil, cuando en realidad escondía capas que pocos se detuvieron a analizar con honestidad.

Murió de forma tan banal como tantas otras vidas: una enfermedad mal resuelta, una complicación inesperada, y el telón cayó sin grandes ceremonias. Pero ni siquiera la muerte le concedió el descanso. Desde ese otro plano, si es que tal cosa existe, fue testigo de cómo su nombre se utilizaba, se retorcía, se juzgaba sin matices. Y en esa impotencia, en esa incapacidad de intervenir, nació una voluntad obstinada: regresar, de algún modo, para limpiar lo que consideraba una mancha injusta.

Alicia, consciente de ese trasfondo, sintió una punzada de algo parecido a la compasión, pero no suficiente como para ceder. Su historia, al fin y al cabo, también había sido moldeada, interpretada, utilizada. Y si alguien debía reclamar su sentido, era ella. No desde el rencor, sino desde una determinación serena, casi fría.

Con un gesto amplio de sus manos, como quien cierra una discusión sin posibilidad de réplica, dio por concluido el debate. Las sombras de los pecados capitales se desvanecieron entre murmullos de protesta, dejando tras de sí un eco de advertencias que flotó unos instantes antes de disiparse por completo.

Entonces, volviéndose hacia el Sr. Martínez, adoptó una expresión grave, firme, definitiva.

—¡¡Estimado amigo!! Mi tiempo se agota. Debo partir. Pero escúcheme bien: no se deje embaucar por nadie. Siga mis instrucciones… al pie de la letra.

Y del mismo modo en que había irrumpido en su vida, desapareció.

El silencio que quedó no era ya incómodo, sino expectante.

El Sr. Martínez, aún con el peso de todo lo vivido latiéndole en las sienes, se quedó unos segundos inmóvil. Luego, casi como si obedeciera a un impulso que no terminaba de comprender, se sentó.

Tomó la pluma.

Y comenzó a escribir.

O, quizá más exactamente… a reescribir.

CAPÍTULO V

La vida de la pequeña huérfana terminó por diluirse en una existencia gris y repetitiva que no le pertenecía solo a ella, sino a todas las niñas de su condición: desgraciadas, desamparadas y olvidadas, cada una encerrada en su propio mundo, aunque compartieran techo y destino. Su llegada, reciente y torpe, la colocó en el escalón más bajo de aquella jerarquía no escrita, donde la inocencia se pagaba cara. Las veteranas, endurecidas por el tiempo y la costumbre, no encontraron en ella un reflejo de su propio dolor, sino un blanco fácil sobre el que descargarlo. Así, en lugar de formar un frente común que las protegiera de la miseria que las igualaba, eligieron perpetuarla, cebándose en la recién llegada con pequeñas crueldades diarias que, aunque disfrazadas de bromas o “inocentadas”, escondían una necesidad feroz de afirmarse sobre alguien más débil.

Dentro de aquellos muros, como en tantas otras instituciones levantadas para agrupar a los que la sociedad prefiere no ver, surgía inevitablemente un sistema de castas tan rígido como injusto. Las más antiguas imponían su ley sin necesidad de palabras; las intermedias aguardaban su oportunidad con una paciencia cargada de resentimiento; y las nuevas, como Alicia, sobrevivían como podían, soñando con alcanzar algún día ese mínimo privilegio que otorgaba la antigüedad. Era un ciclo perverso que se repetía sin cesar, alimentado por la desesperación y la falta de horizontes, donde nadie parecía dispuesto a romper la cadena porque hacerlo implicaba renunciar al único poder que algún día podrían ejercer.

Y mientras tanto, las guardianas observaban desde la distancia, tranquilas, casi complacidas, dejando que aquel orden interno se sostuviera por sí solo, como si el conflicto entre ellas fuera una herramienta más de control. No necesitaban intervenir: las propias niñas se encargaban de vigilarse, castigarse y someterse unas a otras. Aquello no era más que un reflejo en miniatura del mundo exterior, un espejo deformado pero fiel, donde los débiles rara vez se unen y, en cambio, esperan su turno para ocupar el lugar del opresor. Como bancos de peces desorientados, incapaces de comprender que su fuerza residía en nadar juntas, se dispersaban una y otra vez, facilitando así que el depredador —visible o invisible— siguiera reinando sin esfuerzo.

Nuestra heroína, todavía demasiado nueva para entender las reglas no escritas de aquel lugar, descubrió pronto que incluso las necesidades más básicas podían convertirse en un privilegio negociable. Nada era tan sencillo como parecía desde fuera: conseguir un trozo de papel higiénico o pedir permiso para usar el lavabo fuera de los horarios establecidos implicaba atravesar un peque-

ño laberinto de poder y sumisión. La llave de todo la tenía la jefa del dormitorio, una figura que ejercía su dominio con la naturalidad de quien lleva demasiado tiempo ocupando ese puesto. Alicia aprendió, no sin resistencia, que cada favor tenía un precio, y que este no se pagaba con monedas, sino con pequeñas servidumbres: limpiar lo que otras ensuciaban, ordenar lo que no había desordenado, ceder su tiempo y su escasa energía para alimentar la comodidad de quien mandaba. Así, lo cotidiano se transformaba en moneda de cambio y la dignidad en un lujo que pocas podían permitirse conservar intacto.

El dormitorio, amplio en apariencia pero opresivo en su esencia, estaba compuesto por dos hileras de diez camas perfectamente alineadas, como si el orden físico pudiera compensar el desorden moral que allí se respiraba. La intimidad era un concepto inexistente: cada movimiento, cada gesto, cada suspiro quedaba expuesto a la mirada ajena. Tras el respaldo de cada cama se alzaba una taquilla estrecha donde guardaban sus escasas pertenencias, pequeños tesoros sin valor para el mundo exterior pero imprescindibles para ellas; a los pies, un baúl compartido con la vecina de camastro servía de improvisado almacén para zapatos y utensilios de aseo, obligándolas incluso a negociar el espacio más mínimo. Los grandes ventanales a ambos lados de la estancia dejaban entrar una luz fría que no lograba suavizar el ambiente, en parte porque las pesadas cortinas, cargadas de polvo y de tiempo, apenas se movían sin ayuda externa. Nadie entre ellas tenía la fuerza —ni la autorización— para manipularlas, de modo que debían esperar a los mozos de mantenimiento, siempre bajo la vigilancia de una guardiana, como si incluso el aire fresco tuviera que pasar por un filtro de control.

La vida allí estaba marcada por un horario implacable que no admitía desviaciones ni excusas. A las siete en punto, el sonido seco de una campana, accionada por una guardiana, rompía cualquier atisbo de descanso y las obligaba a incorporarse con premura. En cuestión de minutos debían transformar sus camas en superficies impecables, sin una arruga, sin una mancha, como si la perfección de la colcha pudiera redimir el caos de sus vidas. Después, en una carrera casi desesperada, acudían a los lavabos para un aseo que apenas duraba diez minutos, un tiempo ridículo para atender necesidades tan básicas como evacuar, cambiarse, peinarse o simplemente mirarse al espejo y reconocerse. La prisa no era solo una cuestión de disciplina, sino de supervivencia: cualquier retraso implicaba castigo, y el más inmediato era quedarse sin desayuno.

El trayecto hasta el comedor añadía otra capa de dureza a la rutina. Situado fuera del dormitorio, obligaba a las niñas a cruzar un patio indiferente al clima: lluvia, frío o incluso nieve no eran excusas válidas. Llegar tarde significaba asumir el hambre hasta el mediodía, una lección que todas aprendían rápido y sin margen de error. A las nueve comenzaban las clases en unas aulas que de educativas tenían poco y de disciplinarias demasiado, donde mujeres curtidas

por la amargura impartían una enseñanza mínima, suficiente apenas para que las niñas aprendieran a firmar su nombre y a defenderse con números básicos. No se trataba de formar mentes, sino de moldear comportamientos, de crear individuos funcionales dentro de un sistema que no esperaba nada más de ellas.

A las doce llegaba la comida, breve y monótona, marcada por un menú repetitivo donde las patatas parecían ser las únicas protagonistas constantes, como si la variedad fuera un lujo innecesario para quienes ya habían sido despojadas de casi todo. Más tarde, a las cinco de la tarde, se les ofrecía una merienda que consistía en un vaso de leche acompañado de cuatro galletas contadas, una ración tan medida que parecía diseñada para recordarles su lugar. En ocasiones, y dependiendo del humor de la cocinera, la leche adquiría un tono más oscuro gracias a la achicoria —o a algún sucedáneo difícil de identificar—, lo que en teoría convertía a la afortunada en objeto de envidia. Sin embargo, ese supuesto premio no tardaba en transformarse en otra obligación: debía ser entregado a la jefa de dormitorio, reforzando así la lógica perversa de un sistema donde incluso la suerte, cuando aparecía, terminaba beneficiando siempre a las mismas.

Las noches eran, sin lugar a dudas, el territorio más hostil para Alicia, un espacio donde la realidad se desdibujaba y sus miedos adquirían una forma casi tangible. Las pesadas cortinas, ennegrecidas por el polvo y el abandono, se agitaban con cada corriente de aire como si tuvieran vida propia, susurrando amenazas invisibles que solo la niña parecía escuchar con nitidez. La luz de la luna, filtrándose a trompicones entre los pliegues, proyectaba sombras caprichosas que se retorcían en las paredes y el techo, alimentando una imaginación ya de por sí castigada por el miedo. En ese escenario, el sueño no era un refugio, sino otra trampa: las pesadillas acudían puntuales, noche tras noche, arrancándole gritos que rompían el silencio del dormitorio y que, lejos de despertar compasión, servían de combustible para el desprecio de sus compañeras.

Poco a poco, entre rumores, burlas y acusaciones, Alicia fue quedando atrapada en una identidad que no le pertenecía. La llamaban loca, histérica, peligrosa, como si aquellas palabras, repetidas con la suficiente insistencia, pudieran moldear la realidad. La historia más cruel, la más absurda de todas, era también la que más fuerza había cobrado: la señalaban como la responsable de la muerte de su propia familia, como si en aquella niña frágil se escondiera una monstruosidad latente. Al principio, Alicia rechazaba esas acusaciones con la firmeza desesperada de quien aún se aferra a la verdad, pero la repetición constante, el aislamiento y el miedo acabaron resquebrajando sus defensas. Hubo un momento —breve, pero devastador— en el que llegó a dudar de sí misma, a preguntarse si, de algún modo incomprensible, aquella barbaridad podría ser cierta.

Sin embargo, en medio de ese proceso de desgaste, surgió en ella una intuición inesperada, casi instintiva: si no podía escapar de la imagen que habían construido para ella, quizá podría usarla a su favor. Así, en lugar de seguir negando, comenzó a aceptar —al menos en apariencia— aquella fama impuesta, dándole la vuelta como quien convierte una condena en escudo. Adoptó una actitud imprevisible, dejó caer amenazas veladas y alimentó el miedo que ya circulaba a su alrededor, hasta el punto de que las propias niñas empezaron a mantener las distancias, trazando un perímetro invisible que nadie se atrevía a cruzar. Incluso las guardianas, influenciadas por los rumores y por el relato exagerado de las jefas de dormitorio, optaron por no intervenir más de lo necesario, priorizando una paz frágil que descansaba sobre el aislamiento de la niña.

Aquella estrategia, nacida de la necesidad y del dolor, tuvo un efecto paradójico: Alicia consiguió liberarse, en parte, del acoso directo, pero al precio de quedar completamente sola. Sin embargo, y contra todo pronóstico, no vivió esa soledad como una derrota. En ese espacio vacío, lejos de las miradas y de las agresiones constantes, encontró algo parecido a un refugio. Nadie se acercaba lo suficiente como para invadir su mundo, y eso le permitió explorar un territorio que hasta entonces le había sido negado: el de su propia imaginación. Allí, en silencio, empezó a construir realidades alternativas, lugares donde el miedo no tenía el mismo peso y donde, por primera vez, podía sentirse dueña de algo, aunque solo fuera de sus pensamientos. Porque, como bien recoge el viejo refranero, no hay mal que no arrastre consigo una forma inesperada de bien, y en el caso de Alicia, aquel aislamiento impuesto terminó abriendo la puerta a un universo interior que nadie más se atrevía —ni podía— habitar.

La Madre Superiora, mujer de convicciones firmes y soluciones expeditivas, no tardó en tomar cartas en el asunto ante lo que ya empezaba a considerarse un problema incómodo para la disciplina del orfanato. En lugar de cuestionar el origen de los rumores o el sufrimiento evidente de la niña, optó por una vía más acorde con la mentalidad de la época: hacer venir a un diácono de un pueblo cercano, conocido no solo por su formación eclesiástica, sino también por sus conocimientos en ciertas prácticas que, en aquellos años, despertaban una mezcla de fascinación y temor. El espiritismo estaba en pleno auge entre las clases acomodadas, que encontraban en él una distracción elegante y un supuesto puente hacia lo desconocido, mientras que otras disciplinas, como el hipnotismo o el llamado magnetismo animal, circulaban en un terreno más ambiguo, a medio camino entre la curiosidad científica y el espectáculo de feria. No eran pocos los que, entre veladas y reuniones, se entretenían viendo cómo un individuo caía bajo la influencia de otro hasta comportarse como un autómata, arrancando risas o inquietud según el ánimo del público.

Aquel diácono, sin embargo, no encajaba del todo en ninguno de esos moldes. Bajo su sotana se escondía un hombre de mente inquieta, formado en las

matemáticas y dotado de una imaginación poco común, siempre dispuesto a explorar los límites entre lo racional y lo inexplicable. Su interés por estas técnicas no había nacido en los salones europeos, sino mucho más lejos, en un viaje que él mismo justificaba como una búsqueda espiritual, aunque no dejaba de ser también una excusa para saciar su curiosidad y su sed de mundo. Fue en la India donde su vida dio un giro inesperado, al encontrarse con un hindú solitario que vivía en condiciones que, para cualquier occidental, resultarían incomprensibles: a la entrada de una cueva, cubierto apenas por un taparrabos y acompañado únicamente de una escudilla con una modesta ración de arroz.

Intrigado por aquella existencia austera, el matemático no pudo evitar preguntarle por las razones de su aislamiento, y la respuesta que obtuvo, aunque sencilla en apariencia, le golpeó con una profundidad que no supo ignorar. Algo en las palabras —o quizá en el silencio— de aquel hombre desarmó sus certezas y le obligó a replantearse todo cuanto creía saber. Lo que comenzó como una conversación se transformó en una decisión radical: quedarse junto al anacoreta y compartir su modo de vida. Durante meses, ambos subsistieron de lo poco que los transeúntes dejaban, compartiendo la misma escudilla y las bendiciones que el asceta ofrecía a cambio. Aquella etapa, dura en lo físico pero reveladora en lo interior, le permitió aprender técnicas de relajación, control mental y observación que ningún aula académica podría haberle proporcionado. No solo templó su carácter y amplió su percepción del mundo, sino que, de paso, descubrió una forma bastante efectiva de desprenderse de lo superfluo, tanto material como corporal.

Cuando regresó, ya investido como diácono, llevaba consigo ese bagaje híbrido de fe, ciencia y experiencia personal que lo convertía en una figura tan respetada como difícil de clasificar. La Madre Superiora, perfectamente al tanto de sus “habilidades”, vio en él la herramienta ideal para tratar el caso de Alicia, a quien muchos ya consideraban poco menos que poseída. Sin dudarlo, le encomendó la tarea de reconducir a la niña, de arrancar —si era necesario— esos supuestos demonios que, según las habladurías, habitaban en su interior. Y así, entre rezos, técnicas aprendidas en tierras lejanas y la firme convicción de estar obrando por el bien común, se preparaba el encuentro que, sin que nadie lo sospechara aún, podía cambiar el destino de ambos.

El lugar escogido para aquellos encuentros no podía haber sido más oportuno: la biblioteca, apartada del bullicio cotidiano y envuelta en un silencio casi reverencial, ofrecía el escenario perfecto para lo que estaba a punto de desarrollarse. Allí, entre estanterías cargadas de libros olvidados y motas de polvo suspendidas en la luz que se filtraba por los ventanales, se construía una atmósfera que invitaba tanto a la introspección como al misterio. Lejos de las miradas curiosas de los demás huérfanos —que, sin embargo, no podían evitar especular sobre lo que ocurría tras aquellas puertas cerradas—, el diácono dis-

ponía de un espacio donde ejercer su labor con total libertad. La Madre Superiora había sido tajante: nadie debía interrumpirlo bajo ningún concepto. Aquella confianza absoluta, presentada como una necesidad para combatir supuestas fuerzas oscuras, le otorgaba un margen de actuación que él, hombre sagaz, no tardó en reconocer como una oportunidad.

Con esas condiciones, el religioso comenzó a aplicar las técnicas que había aprendido en su peculiar periplo vital, aunque no únicamente con el propósito que se le había encomendado. Había en su proceder una mezcla sutil de curiosidad intelectual y cálculo personal, como si viera en la niña algo más que un caso que resolver. Tras un breve ritual de preparación, en el que reducía el mundo a una cuenta atrás pausada —del cinco al uno—, iniciaba su intervención con una voz cadenciosa, casi hipnótica, que parecía deslizarse entre las paredes de la estancia. Sus palabras, repetidas con precisión milimétrica, iban construyendo una sugestión progresiva: hablaba del peso en los párpados, de una fuerza invisible que los empujaba hacia el descanso, de la inutilidad de resistirse a un proceso que, según él, solo podía conducir a la calma. Cada frase, cada pausa, estaba cuidadosamente medida para envolver a Alicia en un estado donde la voluntad se volvía más difusa.

Al principio, la niña respondía con cautela, dominada por un temor instintivo hacia aquel procedimiento que no terminaba de comprender. Sin embargo, sesión tras sesión, esa resistencia fue cediendo paso a una extraña confianza. Bajo el influjo de aquella técnica, comenzó a abrir las puertas de su mente y a verbalizar, con un nivel de detalle sorprendente, todo aquello que la atormentaba. Sus relatos, cargados de imágenes intensas y emociones desbordadas, carecían de una explicación lógica que pudiera satisfacer a un observador externo, pero poseían una coherencia interna que no dejaba indiferente al diácono. Lo que en un principio parecía un delirio propio de una niña asustada empezó a revelarse, a sus ojos, como un caudal narrativo de una riqueza inesperada.

Con el paso de los encuentros, el proceso adquirió una fluidez casi natural. Alicia, al sentirse por fin escuchada sin interrupciones ni burlas, experimentaba un alivio profundo, como si cada palabra pronunciada arrancara de su interior una parte del peso que llevaba acumulando durante tanto tiempo. Para ella, aquellas sesiones se convirtieron en un raro espacio de tregua, un lugar donde su voz no solo era tolerada, sino atendida. Para el diácono, en cambio, aquello representaba algo más complejo: veía en las historias de la niña un potencial que trascendía el simple diagnóstico o la supuesta curación. Observador atento y mente inquieta, no dejaba escapar ningún matiz, ninguna imagen, ninguna emoción descrita por Alicia, como si intuyera que en ese torrente de imaginación había algo valioso, algo que podía ser aprovechado.

Así, entre susurros y silencios, entre confesiones y anotaciones mentales, se fue tejiendo una relación asimétrica pero intensa, en la que cada uno encontraba algo distinto: ella, un alivio momentáneo y la sensación de ser comprendida; él, un material fascinante que alimentaba su curiosidad y, quizá, otras ambiciones más difíciles de nombrar. Sin que ninguno de los dos lo supiera del todo, aquellas sesiones en la biblioteca estaban sentando las bases de un vínculo que, tarde o temprano, habría de mostrar su verdadero alcance.

—Sigue contando, niña, esas historias que pasan por tu cabeza —insistía el matemático, inclinándose ligeramente hacia adelante, como si temiera que alguna palabra escapara sin ser capturada. Con el lápiz firme entre los dedos y el cuaderno abierto sobre sus rodillas, anotaba con avidez cada frase, cada imagen, cada giro inesperado que brotaba de la mente de Alicia. A medida que la niña hablaba, su entusiasmo crecía de forma casi palpable, como si aquellas historias no solo le interesaran, sino que lo alimentaran de un modo que hacía tiempo había olvidado. Lo que para otros era motivo de preocupación o burla, para él se había convertido en un hallazgo extraordinario, una fuente inagotable de inspiración que jamás habría imaginado encontrar en una huérfana de apariencia frágil y mirada inquieta.

Hacía tiempo que sus musas, aquellas que en otro tiempo le susurraban fórmulas elegantes y versos cargados de sentido, parecían haberlo abandonado sin previo aviso. Se encontraba atrapado en un periodo estéril, una llanura seca donde ninguna idea lograba echar raíces. Aquella sequía creativa no solo afectaba a su escritura, sino que comenzaba a resquebrajar otros pilares de su vida. La fe, que durante años había sido su refugio y su estructura, empezaba a resultarle pesada, casi ajena. Las confesiones rutinarias, las vidas grises de sus parroquianos, sus culpas repetidas y sus miserias sin matices, le producían un tedio profundo, una sensación de estar atrapado en una liturgia vacía que ya no lograba sostener su espíritu. Aquella rutina, lejos de reconfortarlo, se había convertido en una carga silenciosa que arrastraba día tras día, cuestionando incluso el sentido de su vocación.

Y sin embargo, frente a él, sentada en aquella silla de la biblioteca, estaba Alicia, abriendo con cada palabra una puerta a un mundo completamente distinto. No había en sus relatos la monotonía de la vida cotidiana ni la previsibilidad de las confesiones aprendidas, sino una intensidad caótica, una imaginación desbordante que desafiaba cualquier lógica establecida. El diácono, hombre de mente analítica pero corazón inquieto, comenzó a ver en aquellas narraciones algo más que un fenómeno digno de estudio: veía materia prima, un caudal narrativo capaz de devolverle aquello que creía perdido. Cada historia de la niña era como una chispa que encendía algo en su interior, despertando una pasión que creía extinguida.

Poco a poco, casi sin darse cuenta, su propósito inicial empezó a desdibujarse. Ya no se trataba únicamente de “reconducir” a la niña ni de liberar supuestos demonios, sino de algo mucho más personal y, quizá, más cuestionable. Él quería escribir, sí, pero no cualquier cosa: deseaba capturar esa voz, ese universo interior que Alicia desplegaba con una naturalidad desconcertante, y transformarlo en algo propio. Traducir, reinterpretar, moldear… apropiarse, en cierto modo, de aquella imaginación ajena para llenar el vacío que lo consumía. En ese instante, mientras el lápiz se deslizaba sobre el papel y la niña continuaba hablando con la confianza de quien por fin ha sido escuchado, el diácono se encontraba en una encrucijada silenciosa, donde la admiración y el oportunismo comenzaban a entrelazarse de una forma tan sutil como peligrosa.

Alicia, con los párpados sellados por una calma tensa, el rostro inexpresivo y la voz inesperadamente grave para su edad, continuó su relato como si aquello no fuera ya un recuerdo, sino una vivencia que volvía a atravesarla con toda su intensidad. Las palabras brotaban con una mezcla de inocencia y extraña precisión, como si su mente, aún inmadura, intentara dar forma a imágenes demasiado grandes para ella. La escena que describía tenía algo de onírico y perturbador a partes iguales: un calor denso, casi pegajoso, la presencia inquietante de alguien indefinido, y una sensación de incomodidad que se deslizaba entre lo físico y lo moral. El lenguaje que utilizaba, aprendido sin comprender del todo su significado, añadía una capa más de inquietud, como si repitiera fragmentos de un mundo adulto que apenas rozaba, pero que ya la estaba contaminando.

El matemático, inclinado hacia ella, no podía disimular la tensión que le recorría el cuerpo. Su lápiz, que hasta entonces se movía con fluidez, comenzó a detenerse en el aire entre anotación y anotación, como si dudara de lo que estaba escuchando. Aun así, no intervino para frenar el relato, sino todo lo contrario: la animó a profundizar, a dar forma a esa figura difusa que habitaba su visión. Cuando Alicia, con evidente esfuerzo, logró concretar la imagen de aquella presencia —una encarnación grotesca y excesiva de la lujuria—, algo cambió en la expresión del diácono. Ya no era solo curiosidad lo que lo movía, sino una inquietud más primaria, casi visceral, que lo llevó a reaccionar con una brusquedad impropia de quien hasta entonces había mantenido el control.

Su exclamación, cargada de urgencia, rompió el ritmo hipnótico de la sesión y atravesó la mente de la niña como un relámpago. Alicia, inmersa en esa realidad interior que para ella era tan tangible como el mundo exterior, respondió con una fuerza que ni ella misma sabía que poseía. El golpe que describió —instintivo, desesperado— no fue solo un acto de defensa, sino también una afirmación de supervivencia frente a aquello que la aterraba. Y después, la huida. Una carrera sin medida, sin técnica, guiada únicamente por el impulso primario de escapar, donde el entorno se volvía hostil: ramas que arañaban, zarzas que

retenían, barro que pesaba como si quisiera atraparla tanto como su perseguidor.

Mientras relataba aquella fuga, su voz se agitaba, acompañando el ritmo de una persecución que parecía acortarse por momentos. Cada detalle —el vestido rasgado, los botines manchados, el recuerdo fugaz de su madre— aportaba una humanidad desgarradora a la escena, recordando que, detrás de ese relato cargado de símbolos, había una niña intentando sostenerse en medio del miedo. El matemático, atento a cada palabra, percibía ya que aquello no era solo imaginación desbordada, sino una construcción compleja donde se mezclaban vivencias, temores y referencias que la pequeña apenas podía procesar conscientemente.

El momento del pozo introdujo una pausa cargada de angustia. Alicia, enfrentada a esa elección imposible, verbalizó por primera vez el conflicto que la atravesaba: el instinto de huir, el miedo a ser alcanzada, el terror a lo desconocido y, de forma sorprendente, el peso de una educación que incluso en ese estado la frenaba. Aquella lucha interna, expresada con una claridad que desbordaba su edad, dejó al diácono en silencio por un instante. Él sabía que la niña hablaba en voz alta, que cada palabra era audible, pero también comprendía que, en ese momento, no le hablaba a él, sino a esa presencia ambigua que su mente había creado para sostenerse en medio del caos.

Y allí, suspendido entre su papel de guía y su creciente fascinación, el matemático dudó. Porque intervenir significaba influir, dirigir, quizá alterar el curso de esa narrativa que tanto le estaba revelando. Pero callar también implicaba dejar a la niña sola frente a su propio abismo. Por primera vez desde que comenzaron aquellas sesiones, la frontera entre el experimento, la curiosidad y la responsabilidad se volvió peligrosamente difusa, como si él mismo estuviera, de algún modo, asomándose a ese pozo junto a Alicia, sin tener del todo claro qué decisión debía tomar.

—¡¡Introdúcete en el pozo, confía en mí, verás como no te pasa nada!! —la voz del diácono, cargada de una seguridad que no nacía de la prudencia sino de una avidez casi febril, descendió hasta Alicia como si fuera una orden divina. La niña, suspendida en ese umbral entre el miedo y la obediencia, alzó la mirada hacia un cielo que solo existía en su mente y, aferrándose a aquella promesa, se dejó caer sin vacilar en la negrura del pozo. No hubo grito desgarrado ni gesto de arrepentimiento, solo un abandono absoluto, como si en ese salto depositara la última confianza que le quedaba en el mundo.

Arriba, la criatura que la perseguía, encarnación grotesca de la lujuria, estalló en una furia impotente al comprender que su presa se le escapaba por un lugar al que no podía acceder. Su rabia, contenida hasta ese momento, creció hasta

deformar su propia naturaleza, incapaz de aceptar la derrota infligida por una niña a la que había considerado débil. Sin salida, sin posibilidad de redimirse en la persecución, terminó consumiéndose en su propia violencia, en un estallido tan repulsivo como simbólico, como si su esencia misma no pudiera sostenerse fuera del dominio y el abuso. Fue una derrota absoluta, no solo física, sino también moral, una implosión de aquello que pretendía imponerse sobre la inocencia.

Mientras tanto, Alicia descendía, pero no como quien cae al vacío, sino como quien se desliza por una realidad distinta, suspendida en un tiempo que parecía haberse ralentizado a su alrededor. —Es verdad… estoy cayendo, pero tan lentamente que no tengo miedo —murmuró, con una mezcla de sorpresa y alivio, como si hubiera descubierto una ley nueva que desafiaba todo lo aprendido. Aquella caída, lejos de ser una condena, se transformaba en una travesía extraña, casi contemplativa, donde el vértigo dejaba paso a la curiosidad. El diácono, desde su posición, respondió con una calma estudiada, reforzando el vínculo de dependencia que se había tejido entre ambos: —Ya te lo advertí, confía en mí y nada malo te pasará.

La niña continuó su descenso, y con él, su exploración. La oscuridad, en lugar de ser absoluta, empezó a poblarse de elementos inesperados: cuadros colgados en paredes invisibles, armarios suspendidos, estanterías que desafiaban la lógica del espacio. Era como si aquel pozo no condujera al centro de la tierra, sino al interior de una mente donde todo podía coexistir sin orden aparente. —Esto es muy raro… —dijo, dejando que su voz flotara en ese vacío lleno de objetos—. Veo… veo un tarro… lleva una etiqueta… “Mermelada de fruta”… —su tono se suavizó, casi infantil en su anhelo—. Tengo hambre… me vendría tan bien… y encima de naranja… la que más me gusta… Pero está vacío… —la decepción fue breve, pero sincera, un pequeño eco de las carencias que arrastraba también fuera de aquel mundo.

Aun así, incluso en ese estado, surgía en ella una consideración inesperada: —¿Y si hay alguien abajo y le doy en la cabeza?… No… mejor la dejo donde estaba —y, con ese gesto imaginado, demostraba que, pese al caos que la rodeaba, conservaba una brújula moral intacta. Mientras seguía descendiendo, sus pensamientos se enredaban entre preguntas ingenuas y profundas a la vez: la distancia recorrida, el destino final, la posibilidad de no llegar nunca a ningún sitio. Aquella caída se convertía así en algo más que un episodio fantástico; era un viaje hacia lo desconocido, una suspensión entre el miedo y el asombro, donde cada instante ampliaba el mundo en lugar de cerrarlo.

Y allí, en ese descenso imposible, Alicia no solo huía de aquello que la perseguía, sino que comenzaba, sin saberlo, a adentrarse en un territorio donde el peligro ya no tenía la misma forma, donde la imaginación, liberada de la ame-

naza inmediata, empezaba a construir algo distinto. El pozo, lejos de ser un final, se revelaba como un umbral. Y el diácono, escuchando cada palabra, tomaba nota con una mezcla inquietante de fascinación y cálculo, como si comprendiera que no estaba ante un simple relato, sino ante la materia viva de una historia que aún no había terminado de desplegarse.

La Gula, hundida en su habitual letargo tras una comilona interminable, reposaba en el fondo del pozo como una montaña blanda y satisfecha, ajena por completo a lo que estaba a punto de suceder. Su respiración, pesada y rítmica, hacía vibrar el aire con unos ronquidos que parecían surgir de las entrañas mismas de la tierra, acompasados por el lento vaivén de su enorme barriga, que subía y bajaba como una marea perezosa. En ese estado de somnolencia densa, ni por asomo podía imaginar que una niña, caída de lo alto de un abismo imposible, estaba a punto de irrumpir en su plácido dominio.

Alicia aterrizó sobre aquella superficie blanda con un impacto amortiguado, como si hubiera caído sobre un extraño colchón viviente. El rebote la sorprendió primero, pero enseguida se transformó en una suerte de juego involuntario: subía y bajaba, una y otra vez, impulsada por la elasticidad grotesca de aquella barriga descomunal, como si se tratara de una atracción absurda en medio de un mundo sin lógica. Por unos instantes, el miedo quedó suspendido, sustituido por esa alegría espontánea que solo los niños son capaces de encontrar en las situaciones más insólitas. Pero la Gula, perturbada en su descanso, no tardó en reaccionar. Su despertar fue lento, pesado, acompañado de gruñidos y maldiciones que retumbaban con la misma contundencia que sus ronquidos, cargados ahora de irritación y amenaza.

—Niña del demonio, ¿quién eres? —tronó finalmente, entrecerrando unos ojos pequeños y brillantes que ya evaluaban más allá de la simple molestia. En su mente, incluso antes de terminar la pregunta, se abría paso una consideración más primaria: si aquella intrusa podía ser algo más que una interrupción… si, tal vez, podía convertirse en un bocado. Alicia, aún con el eco del rebote en el cuerpo, respondió con la educación que le habían inculcado, casi automática, como si el peligro no terminara de encajar en su esquema de lo correcto.

—Alicia, por supuesto, gran señor.

La respuesta, lejos de calmar a la criatura, avivó en ella una mezcla de irritación y apetito. La Gula se incorporó con dificultad, su cuerpo protestando por el esfuerzo, pero su mirada ya fija en la niña con una intención cada vez menos disimulada. Calculaba, valoraba, sopesaba: no era una presa abundante, pero tampoco despreciable. Y aunque la saciedad pesaba en su estómago, había impulsos que no obedecían a la necesidad, sino al hábito. Mientras tanto, Alicia, con una mezcla de ingenuidad y lucidez, comenzó a retroceder ligeramen-

te, captando en ese gesto viscoso, en ese hilo de baba que escapaba sin pudor, la verdadera naturaleza de su interlocutor.

Fue entonces cuando algo cambió. La niña dejó de hablar de pronto, como si la escena se hubiera congelado en su mente. Sus párpados, aunque cerrados, vibraban con una inquietud evidente, y su respiración se volvió irregular. El diácono, que hasta ese momento había seguido el relato con avidez casi voraz, sintió por primera vez una punzada de incertidumbre. Aquello ya no era solo una historia; había algo en la intensidad de la escena que parecía arrastrar a Alicia más allá del simple relato. Intentó reconducirla, devolverla al hilo narrativo, sostenerla en ese espacio intermedio donde él aún creía tener el control.

—Alicia, sigue… no te detengas ahora. Dime qué ocurrió después.

La niña, tras un esfuerzo visible, retomó el hilo, pero lo hizo abriendo una nueva puerta en aquel mundo: una figura inesperada irrumpía en la escena. Un conejo blanco, inquieto, casi nervioso, que gesticulaba con urgencia como si el tiempo se le escapara entre las patas. La aparición, absurda y salvadora a la vez, introducía un contraste que descolocaba la amenaza inmediata. Alicia, aún temblorosa, se aferró a esa presencia con la lógica sencilla de quien busca una salida en medio del caos.

—Hay algo más… sí… parece un conejo… me hace señas…

El diácono, percibiendo el giro, no dudó en empujarla hacia esa nueva dirección, quizá porque intuía que aquel elemento podía sostener el relato o, tal vez, porque le ofrecía un respiro ante la intensidad anterior. Alicia, por su parte, siguió al animal con una mezcla de curiosidad y necesidad, describiendo su extrañeza, su prisa, su reloj —ese detalle imposible que, sin embargo, encajaba perfectamente en la lógica interna de su mundo—. El diálogo entre ambos, teñido de confusión y urgencia, revelaba algo más profundo: la niña no solo huía, también buscaba sentido.

Pero la realidad de la amenaza no tardó en reaparecer. El conejo, con su brusquedad, le recordó aquello que su mente había apartado por un instante: la Gula seguía allí, acechante, paciente en su voracidad. El recordatorio cayó sobre Alicia como un golpe seco.

—¡¡Madre mía… es verdad!! —exclamó, como quien despierta de un descuido imperdonable.

Y en ese instante, la escena volvió a tensarse, como una cuerda a punto de romperse. Porque en ese mundo tejido de miedo e imaginación, olvidar no era un alivio, sino un riesgo. Y Alicia, con el corazón acelerado y la amenaza nue-

vamente presente, comprendió que no podía permitirse ni un solo instante de distracción.

La Gula, torpe pero obstinada, avanzaba con esa determinación que no necesita velocidad cuando la paciencia juega a su favor. La posibilidad de atrapar no solo a la niña, sino también a aquel conejo blanco —blando, apetecible, casi un postre— le insuflaba un renovado entusiasmo. Sus pasos, pesados y húmedos, resonaban por el suelo del pozo transformado ahora en un extraño laberinto, mientras su respiración jadeante marcaba el ritmo de una caza que se le antojaba inevitable. Sin embargo, cuando por fin creyó tenerlos al alcance, Alicia y su inesperado compañero doblaron un recodo y desaparecieron como si nunca hubieran estado allí. La criatura se detuvo, desconcertada, ladeando su enorme cabeza con gesto torpe, olfateando el aire en busca de un rastro que, incomprensiblemente, había dejado de existir. Aquello no tenía sentido: su olfato, siempre fiel, no le ofrecía respuesta alguna. Ante ella se abría ahora un amplio vestíbulo, desproporcionado y silencioso, plagado de puertas idénticas que se alineaban como en el pasillo interminable de un hotel absurdo. La Gula, rascándose la cabeza con gesto casi infantil, no podía decidir hacia dónde dirigirse, prisionera por primera vez de la duda.

Y entonces, como si la propia historia se resquebrajara desde dentro, el relato se interrumpió para dar paso a una escena aún más insólita.

—¿Qué le parece este capítulo, Alicia? —preguntó el Sr. Martínez, con esa satisfacción del creador que ya se saborea a sí mismo antes que a su obra.

La respuesta no se hizo esperar, pero no fue la que él esperaba. Alicia, o más bien su espectro, se materializó no como personaje dócil, sino como crítica implacable de su propia representación. Herida en su orgullo, rechazó sin rodeos la imagen que de ella se estaba construyendo, cuestionando no solo la forma, sino la intención. Su voz ya no era la de la niña asustada, sino la de alguien que reclamaba dignidad, que se negaba a ser reducida a un recurso narrativo cómodo.

El Sr. Martínez, lejos de recular, se atrincheró en un discurso que pretendía ser razonable, pero que destilaba una condescendencia difícil de disimular. Apeló a la época, a las limitaciones sociales, a la supuesta incredulidad del lector como justificación para su enfoque. Era un argumento sólido en apariencia, pero frágil en el fondo, construido más sobre excusas que sobre convicción. Alicia, lejos de dejarse impresionar, lo desmontó con una pregunta directa, casi hiriente, que apuntaba al corazón del problema: no era la época, sino la mirada con la que se contaba.

La tensión no tardó en escalar, y como si aquel debate necesitara aún más combustible, irrumpió el Tiburón, esa voz corrosiva que no conocía filtros ni matices. Su intervención, brutal y sin adornos, rompió cualquier intento de elegancia en la discusión, desnudando al Sr. Martínez con una crudeza que solo alguien habituado a convivir con él podía permitirse. Sus palabras, cargadas de desprecio, no buscaban convencer, sino herir, y lo hacían con una precisión incómoda.

La respuesta del Sr. Martínez no fue menos encendida. Sus insultos, desbordados y casi teatrales, revelaban más frustración que autoridad, como si aquella discusión fuera en realidad una batalla interna que ya llevaba demasiado tiempo gestándose. Alicia observaba —o participaba— en medio de aquel cruce, convertida en el epicentro de una disputa que trascendía su propia historia.

Y cuando el ambiente ya parecía lo suficientemente cargado, una nueva voz emergió, áspera y resentida, reclamando su lugar en aquel caos narrativo. Era la Lujuria, que, lejos de haber desaparecido en su grotesca derrota, regresaba indignada, dispuesta a exigir explicaciones por el trato recibido. Porque en ese universo donde personajes, autor y conciencia se entremezclaban sin fronteras claras, nadie estaba dispuesto a permanecer en silencio demasiado tiempo.

—¿De qué se quejan ustedes? —irrumpió la Lujuria, todavía vibrando de indignación, con esa mezcla de arrogancia herida y certeza de quien se sabe imprescindible—. A mí me han despachado a la primera de cambio, ¡a mí!, que soy inmortal. ¿Quién se va a creer semejante disparate? Nada funciona sin mí… ¿me entienden? El mundo gira por el dinero y por mi impulso; cuanto más depravado, más poderoso.

Alicia no retrocedió ni un paso. Se plantó con los brazos en jarra, y por un instante dejó de ser la niña que huía por un bosque para convertirse en una presencia firme, casi adulta en su determinación. Su voz, clara y cortante, no admitía réplica.

—Lo advertí —dijo—, y quien avisa no es traidor. El Sr. Martínez hizo bien en apartarle. No hay nada más bajo que perturbar a una niña, por mucho que usted se revista de grandeza. No tiene lugar aquí, ni en mi historia ni en estas páginas. Váyase… y no mire atrás.

Hubo un silencio breve, tenso, como si incluso las paredes del relato dudaran de a quién obedecer. El Sr. Martínez, con el lápiz suspendido en el aire, carraspeó antes de hablar, midiendo por una vez sus palabras:

—¿Puedo continuar, Alicia, o prefiere usted que este… debate consuma lo que aún queda por contar?

La niña lo observó con una mezcla de recelo y cálculo. No confiaba del todo en él —¿cómo hacerlo, viendo cómo había moldeado su imagen?—, pero tampoco ignoraba que, entre todos los presentes, era quien al menos intentaba construir algo.

—De momento —respondió al fin—, seguirá usted escribiendo mi historia… pero tendrá que hacerlo mejor. Mucho mejor.

El Tiburón resopló desde su rincón, incómodo, atrapado entre su desprecio habitual y la conciencia, aunque mínima, de que su destino estaba ligado al del propio Martínez.

—No sé qué ves en este tipo —gruñó—, pero luego no digas que no te avisé…

El escritor, por su parte, recibió aquellas palabras como si fueran un reconocimiento más que una advertencia. Se enderezó ligeramente, aferrándose a una dignidad que a veces parecía prestada.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que se le reconozca como merece —declaró—. No solo como personaje… sino como autora.

La Lujuria, mientras tanto, comprendió que aquella batalla no era la suya, al menos no en ese momento. Herida, sí, pero no derrotada del todo, optó por retirarse con una dignidad agria, dejando tras de sí una última sombra de desacuerdo. No creía en aquel giro, en esa búsqueda de pureza que empezaba a teñir el relato. Para ella, aquello rozaba la ingenuidad, casi una traición al pulso más crudo de la naturaleza humana. Pero también sabía algo que los demás parecían olvidar: siempre hay grietas, siempre hay momentos en los que su presencia vuelve a filtrarse.

Y así, mientras su figura se desvanecía entre las líneas, quedó flotando una idea incómoda, como un eco difícil de acallar: tal vez no había sido expulsada del todo, sino simplemente relegada a esperar su turno. Porque si algo conocía bien la Lujuria, era la paciencia… y la certeza de que, tarde o temprano, alguien volvería a llamarla.

CAPÍTULO VI

Todas estaban cerradas con llave —exclamó Alicia, visiblemente decepcionada, tras recorrer una por una las puertas sin obtener resultado alguno. La sensación de encierro empezaba a atenazarla, como si aquel lugar no solo estuviera sellado con cerraduras, sino también con una intención deliberada de frustrar cualquier intento de escape. El diácono, sin embargo, no parecía compartir su desasosiego; al contrario, mantenía una serenidad casi irritante.

—No pierdas la calma, pequeña, de seguro que tiene que haber una llave por alguna parte. Busca, pequeña, busca —insistió con voz pausada, como quien sabe algo que los demás aún ignoran.

Alicia fue de un lado a otro, probando cada cerradura con creciente desesperación, repitiendo el mismo gesto una y otra vez como si la insistencia pudiera, por sí sola, obrar el milagro.

—Voy de aquí para allá probando todas las puertas… ¡¡imposible!! —protestó, ya al borde de la frustración.

El matemático, que hasta entonces había permanecido observando con atención analítica, intervino con un deje de urgencia:

—¡¡Alicia, mira bien, igual has dejado pasar algo por alto!!

La niña se detuvo en seco, respiró hondo y, esta vez, miró con verdadera atención, no solo con los ojos, sino con esa mezcla de intuición y curiosidad que la caracterizaba.

—Pues… es verdad… —murmuró, sorprendida—. Hay una llavecita… parece de oro… y es tan pequeña que dudo que sea de alguna de las puertas —añadió, no sin cierto enfado, como si el objeto se burlara de ella.

—No desfallezcas, pequeña, alguna tiene que abrir; si no, ¿para qué estaría esa llavecita ahí? —respondió el diácono con tono conciliador, reforzando la idea de que en aquel lugar nada era casual.

Alicia, aunque aún recelosa, decidió intentarlo. Fue entonces cuando reparó en una puertecita que hasta ese momento había pasado desapercibida, casi oculta, como si solo se revelara a quien estuviera dispuesto a mirar más allá de lo evidente.

—La llave no sirve para ninguna de las puertas… pero… mirando bien, he visto una muy pequeña. Probaré… —dijo, conteniendo la respiración.

Giró la llave.

—Sí… encaja… —susurró, y tras unos segundos de expectación que parecieron eternos, su rostro se iluminó—. ¡¡Qué alegría… abrí la puerta!!

—¿Qué ves, Alicia? —preguntaron, casi al unísono, incapaces de disimular su impaciencia.

La niña se inclinó, apenas pudiendo introducir la cabeza por la diminuta abertura.

—Solo he podido meter la cabeza… pero… ¡¡qué maravilloso!! —exclamó, con los ojos brillantes—. Veo un jardín lleno de flores multicolores, fuentes de agua fresca… y multitud de pajaritos que juegan, persiguiéndose unos a otros en una algarabía de píos y aleteos. Es… es un paraíso… Tengo que salir de aquí y entrar… pero… ¿cómo, si no puedo atravesar la puerta?

El diácono la observó con una mezcla de ternura y convicción.

—Piensa de qué forma puedes encoger… puede que aquí todo sea posible, pequeña —dijo, plenamente convencido de que la imaginación de la niña era la verdadera llave de aquel mundo.

Alicia frunció el ceño, como si tratara de ordenar el caos de posibilidades que empezaban a surgir en su mente.

—Otra vez tiene usted razón… —admitió finalmente—. Hay un frasquito… contiene un líquido de color morado… pero espere… la botellita tiene una etiqueta atada alrededor de su cuello…

La inquietud volvió a apoderarse de ella. Todo sucedía con una lógica extraña, como si aquel lugar respondiera a las palabras del diácono, materializando objetos con una precisión inquietante.

—Tranquila, pequeña… vas muy bien… dime, ¿qué pone en la etiqueta? —preguntó el matemático, intentando templar sus nervios, consciente de que el equilibrio de la niña era clave para el desarrollo de aquella historia que, en su mente, ya comenzaba a tomar forma.

—Qué raro… pone: “bébeme”… —leyó Alicia en voz alta, dudando—. ¿Qué tengo que hacer?… ¿y si es un veneno?

—Tranquila, pequeña, no te pasará nada, te lo garantizo —respondió el matemático con una seguridad que, más que tranquilizar, parecía buscar convencer.

Alicia lo miró con desconfianza, cruzándose de brazos con una determinación impropia de su edad.

—¿Usted piensa que soy tonta? ¿Que voy a beber así sin más garantías que su palabra? He leído muchos cuentos en los que los niños siempre acaban muy mal… ¿es que yo voy a ser una excepción, señor mío?

Se revolvía ahora con inquietud, como si el peligro no estuviera en el frasco, sino en la propia historia que parecía querer arrastrarla. El diácono había abierto una puerta, sí, pero tal vez demasiado amplia; y la imaginación de la niña, lejos de obedecer dócilmente, comenzaba a resistirse, construyendo amenazas donde antes solo había curiosidad.

Fue entonces cuando el matemático, viendo que la razón no bastaba, comprendió que debía recurrir a otro tipo de estrategia. Si quería que Alicia avanzara, tendría que intervenir en su percepción, suavizar la amenaza, transformar el miedo en deseo. Así, con calculada naturalidad, comenzó a describir el contenido del frasquito no como un líquido sospechoso, sino como un delicioso zumo de moras, dulce, fragante y absolutamente irresistible… tan tentador que ninguna niña, por precavida que fuese, podría negarse a probarlo.

—Qué calor más extraño… —exclamó Alicia, llevándose la mano al cuello mientras notaba cómo el líquido descendía por su garganta—. Está muy bueno, además… pasa dándome un calorcito muy agradable…

El diácono sonrió con una serenidad casi paternal, aunque en su interior la frase adquiría otro matiz muy distinto.

—Lo ves, pequeña, como yo no te engaño… nunca te haría daño —dijo en voz alta, mientras para sus adentros añadía, con un deje de pragmatismo nada piadoso: por la cuenta que me tiene.

De pronto, Alicia abrió los ojos con asombro, llevándose las manos al cuerpo como si tratara de comprobar algo imposible.

—¡¡Señor, funciona… estoy encogiendo!! —gritó entre fascinada y nerviosa—. ¡Qué bien… ahora tengo la altura adecuada para salir por la puerta y meterme en ese maravilloso jardín!

El matemático, que observaba la escena con una mezcla de interés y ligera sorna, no dejó pasar la ocasión.

—¿No te olvidas de algo, pequeña? —preguntó con tono burlón, inclinando ligeramente la cabeza.

La expresión de Alicia cambió de inmediato, como si una sombra atravesara su entusiasmo.

—Es verdad… la llave… —murmuró, llevándose la mano a la boca—. ¿Dónde dejé la llavecita de oro?

Pero en realidad no esperaba respuesta alguna. En su mente ya había reconstruido el error con precisión implacable: la había dejado sobre la mesa. Aquella mesa que ahora, desde su nueva estatura, se alzaba como un monumento inalcanzable. La pequeña llave brillaba en su recuerdo con la misma intensidad que una joya perdida para siempre.

Sobre el diván, su cuerpo reflejaba ese conflicto interior. Se estiraba, se encogía, tensaba los brazos en un esfuerzo inútil, como si de verdad pudiera alcanzar aquello que su imaginación le mostraba tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Deja de lamentarte y mira debajo de la mesa, pequeña —ordenó el diácono, esta vez con un tono más imperativo, casi cortante.

Alicia obedeció, aún con el ceño fruncido, y entonces se detuvo en seco.

—¿Cómo es posible que no lo viera antes…? —susurró—. Hay una cajita… y dentro… un trozo de pastel.

El diácono no dudó.

—Come de la tarta, pequeña… puede que sea lo contrario de la botellita y vuelvas a crecer.

Alicia lo miró con suspicacia, ladeando ligeramente la cabeza, como quien ya no se deja llevar con tanta facilidad.

—Pero no tiene ninguna nota que diga que coma, señor —replicó con tono cuidadoso, casi pedante—. El frasquito tenía una etiqueta… estaba bien claro. ¿Cómo quiere usted que me coma algo sin que me indique que me lo pueda comer?

El matemático intervino entonces, adoptando un aire casi didáctico, como si estuviera guiando no solo a la niña, sino también a la propia lógica del relato.

—Dime, pequeña… ¿acaso no llevas una vida acomodada y previsible, donde todo sucede por cauces normales? —preguntó con calma—. ¿No te gustaría atreverte a probar algo nuevo, algo emocionante… como volver a crecer? Encogiste… y ahora puede que vuelvas a crecer. ¿Qué tienes que perder?

Hubo un instante de duda. Solo uno. Después, Alicia cedió.

Y entonces sucedió.

—Estoy creciendo… —murmuró primero, con sorpresa—. ¡Ay!… ¡qué daño! —gritó de pronto, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡He chocado con el techo!

Se rascaba el imaginario chichón que, en su percepción, no dejaba de aumentar, mientras su cuerpo, sobre el diván, reflejaba el impacto con un gesto exagerado y casi cómico.

—Ahora que puedo… tomaré la llave… y abriré la puerta —añadió, decidida, como si aquel contratiempo no fuera más que un pequeño peaje.

El diácono la observó con una media sonrisa cargada de ironía.

—¿Estás segura, pequeña?

Alicia, ya de pie en su propio convencimiento, respondió con un deje de ofensa.

—Ahora tengo la llave y abriré la puerta… no veo el problema, señor.

—Con lo alta que eres… ¿podrás pasar? —insistió él, dejando caer la pregunta como quien sabe la respuesta de antemano.

Alicia no dudó.

—Por supuesto, señor. Me agacharé todo lo que pueda… arrastrándome como una serpiente… y saldré al jardín.

Sobre el diván, su cuerpo comenzó a contonearse, intentando reproducir ese esfuerzo imposible. Se encogía, giraba, se deslizaba con torpeza, como si realmente tratara de atravesar un espacio que no cedía.

Pero entonces su expresión cambió.

El disgusto apareció de golpe, seco, inevitable.

Por mucho que se esforzara, por mucho que insistiera, la pequeña puerta permanecía imperturbable, resistiendo cada uno de sus intentos, negándole el paso con una obstinación casi cruel. Y Alicia, atrapada entre su deseo y los límites de aquel absurdo mundo, no pudo hacer otra cosa que detenerse, frustrada, frente a una salida que parecía diseñada, precisamente, para no dejarla pasar.

Alicia comenzó a preguntarse por todas las cosas tan extrañas que le estaban sucediendo aquel día; algo tenía que haber cambiado durante la noche, algo que se le escapaba y que, sin embargo, parecía gobernarlo todo. Pensó si tal vez la medicina para la tos que había tomado pudiera haberle provocado aquellas visiones tan vívidas, o si, por el contrario, la copiosa cena de huevos con patatas fritas que tanto le gustaba se le habría indigestado hasta el punto de sumergirla en una pesadilla de la que aún no despertaba. Decidida a comprobar si todo aquello no era más que un sueño, comenzó a recitar para sí misma la tabla de multiplicar, repasó mentalmente algunos conocimientos de geografía y aritmética, e incluso recordó a sus familiares, enumerándolos uno a uno con precisión, como si se tratara de un ejercicio para asegurarse de que no había perdido la cordura. Tras aquel minucioso repaso, llegó a una conclusión inquietante: no estaba loca… pero sí estaba completamente sola y desamparada. Y ese pensamiento, más que tranquilizarla, la hundió aún más, pues comprendió que en aquel pozo nada ni nadie parecía dispuesto a ayudarla. Entonces, sin poder contenerse, comenzó a llorar, primero en silencio y luego con creciente intensidad, hasta que sus lágrimas formaron un pequeño charco que, poco a poco, fue creciendo, extendiéndose por la estancia hasta transformarla en un auténtico mar de tristeza.

Alicia, arrepentida por haber llorado tanto, se vio obligada a nadar en su propio charco, ahora convertido en un extraño océano nacido de su desesperación, mientras un nuevo temor comenzaba a abrirse paso en su mente: el de ahogarse en su propia pena. En medio de aquel pensamiento angustioso, un leve chapoteo rompió la monotonía del agua y la sacó de su ensimismamiento.

—¡¡Conejito, ayúdame, por favor!! ¡Hermoso y simpático conejo, ayuda! —gritó Alicia, presa de la desesperación, lanzándose hacia él con tal ímpetu que estuvo a punto de provocar justo aquello que pretendía evitar.

El conejo, sorprendido y alarmado, vio cómo aquella enorme masa de niña se le venía encima, abriendo los ojos hasta límites casi imposibles.

—¡¡Argh!! —consiguió exclamar mientras intentaba zafarse—. ¡Maldita y estúpida niña, que me ahogas…! ¡¡Argh!!

—Perdone, señor conejo, no era mi intención… —dijo Alicia, soltándolo de inmediato, aunque no sin antes haber recibido una más que justificada mordedura, fruto del instinto de supervivencia del animal.

—Pero, niña… ¿tú estás segura de que no sabes nadar? —preguntó el conejo, aún alterado, tratando de mantener la compostura mientras flotaba con evidente dificultad.

Alicia parpadeó, como si acabara de descubrir algo evidente.

—Pues ahora que lo dice, señor conejo… parece que sí —respondió con alivio—. Menos mal que estaba usted aquí para decírmelo, que si no… estaría ahora mismo en el fondo de este mar de lágrimas.

—¿Y cuál es la razón de tanto lloriqueo, niña? —inquirió el conejo con cierto desdén.

Por toda respuesta, Alicia comenzó a relatarle desde el principio todas sus desventuras, encadenando una tras otra como si al hacerlo pudiera encontrarles algún sentido. El conejo la escuchó frunciendo el ceño, hasta que finalmente intervino con tono sentencioso:

—Mira, pequeña consentida… lo que te ha hecho crecer también te hará decrecer. Pura lógica —afirmó, adoptando un aire excesivamente seguro de sí mismo.

Alicia lo observó con una ligera inclinación de cabeza, como si analizara no solo sus palabras, sino también su autoridad.

—Parece, estimado conejito… que usted no ha estudiado mucho, ¿verdad? —replicó con un deje altanero que no pasó desapercibido.

—¡¡¿Qué insinúas, criatura?!! —estalló el conejo—. ¿Que soy un analfabeto y un tonto conejo?

El animal, que apenas lograba mantenerse a flote en aquel mar agitado no por la luna, como debería ser, sino por el propio enfado de la niña, sintió cómo su orgullo era herido. Durante un instante, llegó a imaginarse a sí mismo como un pequeño David enfrentándose a un descomunal Goliat, convencido de que, llegado el caso, no dudaría en plantar batalla.

Sin embargo, Alicia, consciente de haber ido demasiado lejos, bajó la mirada y rectificó.

—Perdone… no era mi intención ofenderle —dijo con sinceridad.

—Que no se vuelva a repetir —respondió el conejo, recuperando parte de su dignidad—. Yo, aunque sea un conejo, soy de mayor edad que tú y, por lo tanto, más sabio. ¿Nunca te enseñaron eso, niña?

La chiquilla, ahora avergonzada por su actitud, asintió levemente antes de continuar, esta vez con un tono mucho más comedido.

—Entonces… ¿usted piensa que si vuelvo a comer de la tarta… volveré a decrecer y podré salir por la dichosa puertecita? —preguntó con una inocencia casi estudiada.

—¡¡Niña, ese lenguaje… y menos sarcasmo!! —replicó el conejo con aires de erudito—. Por supuesto que eso no va a poder ser. La tarta, a estas alturas, debe de haber sido diluida por tus inoportunas lágrimas.

Alicia frunció el ceño, sintiendo cómo la frustración regresaba poco a poco.

—Entonces… ¿qué hacer, estimado señor? —preguntó finalmente, cuidando al máximo sus palabras, como si cada una de ellas pudiera inclinar la balanza a su favor o en su contra.

—Piensa un poco, pequeña… ¿qué fue lo que te hizo mucho más pequeña de lo que eras antes de venir a molestarme? —preguntó el conejo, con ese tono entre burlón y didáctico que empezaba a resultar irritante.

—Pero, señor… usted me dijo que… —balbuceó Alicia, mordiéndose las palabras, presa de una rabia creciente al sospechar que estaban jugando con ella.

—¡¡Ni peros ni peras, niña tonta!! ¿Dónde está la botellita? —replicó el conejito, ya sin disimular lo mucho que se divertía a costa de la inexperiencia de la niña.

Y entonces, como si el propio destino —ese al que ni siquiera quien escribe estas líneas sabría dar explicación— decidiera intervenir, la dichosa botellita apareció flotando a la deriva, balanceándose suavemente sobre aquel mar improvisado, como si fuera un náufrago resignado a su suerte.

—¡¡Vamos, niña!! Tú, que eres tan grande como un portaaviones, toma la botellita y bebe de ella —ordenó el conejo con brusquedad.

Alicia no dudó.

—¡¡Estoy menguando… qué bien!! ¡Gracias, conejito! —exclamó con alegría, sintiendo cómo su cuerpo volvía a reducirse.

Pero la satisfacción duró apenas un instante. Ahora era diminuta… demasiado diminuta para aquel entorno. El mar, liberado del peso de aquella mole que antes lo perturbaba, dejó de ser un aliado involuntario y se convirtió en una fuerza caprichosa y hostil. Las corrientes la zarandeaban sin piedad, elevándola y hundiéndola a su antojo, mientras las carcajadas del conejo resonaban con una estridencia insoportable en sus oídos.

—Antes de hacer algo… hay que pensarlo muy bien, niña tonta —sentenció él con cruel ironía, disfrutando abiertamente de la situación.

—Por favor… señor conejo… sálveme… que me ahogo… ¡¡Argh!!… ¡¡Argh!! —jadeaba Alicia, en lo que bien podrían haber sido los últimos estertores de una niña con demasiada imaginación y demasiado poco control sobre ella.

El conejo se divertía, sí… pero incluso él comprendió que había una línea que no convenía cruzar. Después de todo, ¿qué sería de aquella historia sin su protagonista? ¿Qué sería de todos los personajes implicados en aquella fábula? ¿El paro, el apuro económico, el desastre personal…? Aquella cadena de pensamientos absurdamente humanos lo atravesó como un relámpago. Hizo una mueca de disgusto, consciente de que estaba entre la espada y la pared.

—Está bien… —gruñó—, habrá que actuar.

Se tapó la nariz y, sin más dilación, se sumergió hasta el fondo de aquel mar imposible. Allí, en lo más profundo, encontró algo que no debería estar allí… y sin embargo estaba: una gigantesca válvula, acompañada de un volante unido a un sistema de engranajes que claramente controlaba algún tipo de mecanismo de desagüe. A su lado, un letrero inequívoco rezaba: “Abrir solo en caso de que peligre la vida de Alicia”.

Sin pensarlo dos veces, el conejito accionó el volante con todas sus fuerzas. De inmediato, el agua comenzó a ser absorbida con violencia, como si la gravedad, impaciente, reclamara lo que era suyo. Se formó un remolino feroz, un torbellino que devoraba todo a su paso con una rapidez aterradora.

En el preciso instante en que Alicia fue arrastrada por aquella fuerza descontrolada, el conejo reaccionó con sorprendente agilidad: se lanzó hacia ella, la agarró por los pies y, en un acto de fuerza casi imposible para su tamaño, se aferró con la otra mano a una sólida agarradera de metal incrustada en la pared. Junto a ella, otro cartel dejaba claro su propósito: “Asirse solo en caso de que Alicia sufra peligro”.

Cuando finalmente el agua desapareció por completo, el espectáculo que quedó al descubierto era desolador. El suelo, cubierto de barro espeso, estaba sembrado de peces muertos, restos de embarcaciones hundidas, cofres medio abiertos y una acumulación grotesca de desperdicios, testimonio silencioso de todo aquello que los humanos arrojan sin pensar. Pero lo más repugnante era, sin duda, la presencia de enormes masas de algas verdes, viscosas y malolientes, que formaban montículos informes en los que quedaban atrapados pequeños animales marinos, aprisionados como en un engrudo vivo. El hedor era tan intenso que tanto el conejo como Alicia se vieron obligados a taparse la nariz, respirando con dificultad.

A lo lejos, todavía visible, se encontraba la pequeña puerta. Alicia, ahora con el tamaño adecuado, la tenía al alcance… pero el terreno que la separaba de ella era un obstáculo casi insalvable. Cada paso se convertía en una lucha contra el barro que la engullía y las algas que se adherían a su cuerpo, frenando cualquier avance.

—¡¡Vamos, Alicia, ánimo… que nosotros podemos!! —dijo el conejo, en un cambio de tono tan inesperado que resultaba casi desconcertante.

—Señor conejo… —respondió la niña, deteniéndose unos segundos, exhausta—, me quedan muy pocas fuerzas… mis pies se hunden… y estas algas… no me dejan moverme…

—Lo sé, pequeña —admitió él, ahora serio, sin rastro de burla—. Pero creo que hay un peligro peor que todo esto… y nos conviene darnos prisa si queremos salir de aquí.

Y entonces, como si el propio espacio respondiera, una voz retumbó en todas direcciones, sin origen claro, envolviéndolo todo:

—¡¡Es verdad, niña… hazle caso al conejito!!

Ambos alzaron la vista de inmediato, buscando en un cielo inexistente la procedencia de aquella voz. Al no encontrar nada, se miraron, compartiendo una mezcla de desconcierto y alerta.

—¿Quién… quién es ese? —preguntó el conejo, con un tono que oscilaba entre la incredulidad y la inquietud.

—No lo sé… —respondió Alicia—, pero no es la primera vez que lo escucho… y siempre… siempre me ha ayudado.

—Muy cierto, Alicia —intervino entonces el matemático, con su habitual seguridad—. Pero te recuerdo… o más bien te advierto… que te estás olvidando de algo.

El conejo frunció el ceño, claramente incómodo ante aquella presencia invisible.

—¿Quién puede ser, pequeña? —insistió, ahora más cauto.

Durante un instante, dudó. Quizá había juzgado mal a aquella niña. Tal vez no era solo una criatura caprichosa y consentida. Quizá… disponía de algo más. Algo parecido a un protector. Un aliado invisible. Y si eso era cierto, pensó el conejo con un leve escalofrío, entonces tal vez él no estaba tan a salvo como había creído hasta ese momento.

Un sonido atronador irrumpió en la escena, retumbando con la fuerza de una manada de elefantes en estampida que avanzara sin control hacia ellos. Tanto Alicia como el conejo se quedaron paralizados, incapaces de reaccionar durante unos instantes. A una distancia todavía prudente —aunque decreciente—, la Gula avanzaba arrasando con todo cuanto encontraba a su paso: devoraba animales muertos con avidez insaciable y, para horror de ambos, incluso aquellas repugnantes algas verdes parecían formar parte de su desmedido apetito. Alicia, sobrecogida, comprendió de golpe que se había olvidado por completo de aquel engendro.

—¡¡Adelante, pequeña!! —apremió el conejo, ahora visiblemente aterrorizado—. ¡No tenemos tiempo que perder!

Alicia, venciendo el cansancio y el asco que le producía aquel terreno infecto, sacó fuerzas de donde ya no quedaban. Avanzó con dificultad, cada paso una pequeña victoria contra el barro y las algas, hasta que, justo cuando la amenaza parecía a punto de alcanzarlos, metió la mano en su bolsillo, extrajo la llavecita de oro, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta con un gesto rápido y decidido. Ambos se precipitaron al interior del tan anhelado jardín.

Apenas habían cruzado cuando, a sus espaldas, la puerta comenzó a retumbar bajo los golpes furiosos de la Gula, que, enfurecida al ver escapar su presa, descargaba toda su rabia contra aquella diminuta barrera.

—Tranquila, pequeña —dijo el conejo, aún jadeante—, por muchos golpes que dé… y aunque lograra romperla, jamás podría pasar por ella.

Aquellas palabras surtieron efecto. Poco a poco, la tensión fue cediendo, y el agotamiento acumulado terminó por imponerse. Sin decir nada más, ambos se acurrucaron bajo la protección de una gigantesca seta, dejando que el sueño los envolviera. Morfeo, generoso, los acogió en sus brazos y los condujo hacia un descanso profundo, dulce y reparador, como si aquel jardín fuera, al menos por un instante, un refugio ajeno a toda amenaza.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta, la Gula, harta de golpear sin resultado y saciada tras devorar cuanto encontró a su alcance, terminó por desistir. “Que a falta de pan, buenas son tortas”, pareció pensar, antes de continuar engullendo los restos que aún quedaban dispersos. Finalmente, con el vientre descomunalmente hinchado y moviéndose al compás de una digestión pesada, se dejó caer, dispuesta a entregarse a una siesta.

Sin embargo, lo que no podía prever era que aquella mezcla aberrante —las lágrimas de desesperación de la niña, las algas putrefactas y los restos animales en descomposición— estaba reaccionando en su interior de una manera imprevisible. Sus jugos gástricos, corrosivos como ácidos, comenzaron a actuar sobre aquella masa informe, generando una acumulación de gases cada vez mayor, cada vez más inestable… hasta que, sin previo aviso, la Gula estalló con una violencia descomunal, desintegrándose en una explosión que recordaba, en su intensidad, al nacimiento de una supernova.

—¿Qué tal le parece este capítulo, señorita Alicia? —preguntó solícito el Sr. Martínez, con una sonrisa expectante que casi pedía una felicitación.

Alicia lo observó con seriedad, cruzando ligeramente los brazos antes de responder.

—Bueno, Sr. Martínez… parece que salgo mejor parada, y la ayuda del conejito me vendrá bien para los siguientes episodios. Sin embargo, no estoy conforme con la actuación que usted le da al Sr. Carroll. No quisiera que los lectores llegaran a tomarle cariño. Lo está humanizando demasiado… y convendría ser más realistas, ya que ese hombre sigue sus propios intereses.

—Descuide, aún queda mucho por desarrollar —respondió el Sr. Martínez, con un deje de creciente engreimiento—. Su actuación puede cambiar conforme avancen los acontecimientos.

—¡¡Vamos a ver!! —irrumpió entonces una voz cargada de desprecio—. ¿Están ustedes chalados o qué? ¿Quién va a creerse semejantes majaderías?

¿Se piensan que los niños son tontos? Ni siquiera la novela original es tan descabellada… Aquello tenía un lenguaje subliminal acorde a su época. Esto… esto es directamente vomitivo. Si pudiera, devolvería hasta la primera papilla que me dio mi madre. Inadmisible. Hoy en día cualquiera se cree escritor… y ahí van, a lanzarse con cualquier idea pensando que la fama está a la vuelta de la esquina. Repugnante… absolutamente repugnante.

El Tiburón había hablado.

—Sr. Tiburón… o Sr. Martínez… la verdad es que ustedes me tienen confundida —dijo Alicia, entre desconcertada y molesta.

—Por favor, niña, Sr. Tiburón… no me confunda con este idiota, aunque compartamos el mismo cuerpo —replicó con desprecio.

Alicia dio un paso al frente, visiblemente enfurecida. Su tono cambió por completo.

—Muy bien, señor mío, se lo explicaré con claridad: nada de lo que diga o piense será tenido en cuenta. Esto no es una democracia. Si acaso, le permitiré aportar algo… digamos, un toque de olor a podrido a esta historia. Puede que se sienta tentado a proponer ideas o, como vulgarmente se dice, a dar por el saco… pero no se equivoque.

Hizo una pausa breve, lo justo para que sus palabras pesaran.

—¡¡Templanza es lo que a usted le falta!! No se deje arrastrar por sus bajas pasiones. Domine sus instintos. Está usted encorsetado… y puede gritar cuanto quiera: esa camisa de fuerza le mantendrá a una prudente distancia.

El silencio que siguió fue casi solemne.

—Aclarado este molesto asunto… pasemos al siguiente capítulo. Sr. Martínez, por favor… prosiga usted.

—¿Cómo que prosiga? ¿Qué hay de mi protesta, señorita Alicia? —irrumpió la Gula, abalanzándose como una pantera herida, con una mezcla de indignación y soberbia.

Alicia giró lentamente la cabeza hacia ella, clavando una mirada cargada de fastidio.

—¿Protesta? —repitió, con una calma que precedía a la tormenta—. ¿Es que no he sido suficientemente clara con el Sr. Tiburón?

Su voz no necesitaba alzarse; la firmeza bastaba. Estaba harta de aquellas interrupciones constantes, de las quejas de quienes, en su opinión, menos derecho tenían a reclamar. Como tantas veces ocurre, pensó con amargura, el que menos debe hablar es el que más grita.

—Sí, señora —insistió la Gula, sin amilanarse—. Tengo que manifestar mi rotundo desacuerdo con lo que ha hecho este mentecato de escritor con el final de mi personaje.

Alicia arqueó una ceja, entre sorprendida y divertida.

—¿Su personaje? —repitió, dejando que la pregunta flotara en el aire—. Mire, si no le gusta cómo escribe mi escritor, la solución es bien sencilla: puede usted marcharse con viento fresco… por no decirle algo peor, y solo por respeto a mis posibles lectores.

La Gula bufó, removiéndose con torpeza, visiblemente ofendida.

—Podría haber muerto de una forma más digna… más agradable… o incluso épica —protestó—. No quiero que se me recuerde por algo tan… tan humillante. ¡Reventar como un saco lleno de…!

No terminó la frase, pero no hizo falta. Además, como era habitual en ella, hablaba con la boca llena, salpicando a su alrededor con restos de comida y palabras mal masticadas, en una exhibición tan desagradable como coherente con su naturaleza.

Alicia dio un paso al frente.

—¡¡Míreme bien, señora mía… fíjese en mis ojos… y ellos le dirán el lugar al que usted pertenece!! —sentenció.

Durante un instante, algo cambió. La mirada de Alicia se volvió incandescente, cargada de una intensidad casi insoportable. No era solo enfado: era dominio. Una voluntad firme, inquebrantable, que no admitía réplica.

La Gula vaciló.

Aquel ser, que hacía apenas unos momentos rugía y exigía, empezó a encogerse sobre sí mismo, como si una fuerza invisible la empujara hacia atrás. Su arrogancia se desinfló con la misma rapidez con la que había crecido, y, sin añadir una palabra más, optó por retirarse, replegando velas, con el rabo entre las piernas.

Buscó refugio junto a sus compañeras, que la aguardaban no muy lejos. Todas ellas, reunidas como en un aquelarre silencioso, murmuraban entre sí, conspirando contra la niña que, al menos por ahora, las mantenía a raya. Sus miradas, cargadas de rencor, evitaban encontrarse con la de Alicia, refugiándose en un odio compartido que las reconfortaba.

Alicia las observó un instante, sin temor.

—Sr. Martínez —dijo finalmente, sin apartar del todo la vista de aquel grupo—, dejemos a estas viejas engreídas que hagan lo que les venga en gana. No las temo… y si por una de aquellas quieren guerra, la tendrán.

Su voz no tembló.

—Usted a lo suyo.

La determinación era su arma más poderosa… y ellas lo sabían. Por eso esquivaban su mirada, acurrucándose unas junto a otras, alimentándose de su propio resentimiento.

El silencio que quedó tras sus palabras tenía algo de antesala.

Algo estaba a punto de comenzar.

CAPÍTULO VII

El conejo, aún con las orejas medio caídas por el sobresalto, decidió acercarse con cautela a aquel artilugio que no parecía pertenecer ni al bosque ni a ningún lugar lógico dentro de su entendimiento. Cada paso que daba iba acompañado de una mezcla de curiosidad y temor, como si en cualquier momento la máquina fuese a saltar sobre él o, peor aún, a pedirle explicaciones. Alicia, en cambio, caminaba con una serenidad desconcertante, observando las luces parpadeantes con el mismo interés con el que una niña contempla una luciérnaga, sin preguntarse demasiado por su naturaleza, sino disfrutando del misterio en sí. La pantalla emitía destellos intermitentes, números que cambiaban sin cesar y una voz monocorde que repetía instrucciones incomprensibles, como si estuviera atrapada en un bucle eterno, aguardando a un usuario que jamás llegaría… o que tal vez ya había llegado sin saberlo.

—Introduzca su clave —insistía la máquina con una paciencia casi irritante.

El conejo dio un respingo hacia atrás, llevándose las patas al pecho, claramente ofendido por la exigencia de aquel objeto desconocido.

—¡¿Mi clave?! —exclamó—. ¡Ni siquiera sé quién es usted para pedirme confidencias!

Alicia ladeó la cabeza, pensativa, mientras observaba la ranura inferior de la máquina.

—Quizá hay que darle algo —dijo, más para sí misma que para su acompañante—. Siempre que algo habla así es porque espera una respuesta… o una ofrenda.

El conejo, que ya empezaba a arrepentirse profundamente de haberse despertado aquel día, miró alrededor buscando una salida digna, pero el bosque parecía haberse cerrado en torno a ellos, como si los árboles también quisieran ver cómo se desarrollaba aquella escena absurda. Mientras tanto, en la biblioteca, el Sr. Carroll comenzaba a perder el control de su propia creación. Se removía inquieto en su asiento, llevándose la mano al mentón, tironeando levemente de su barba con gesto nervioso, incapaz de decidir si debía intervenir o dejar que aquel disparate siguiera su curso. La aparición de un cajero automático en medio de un bosque fantástico no solo desafiaba toda lógica narrativa, sino que amenazaba con dinamitar la coherencia que tanto le había costado construir.

—Esto se nos va… esto se nos va de las manos… —murmuró entre dientes, sin atreverse a alzar la voz.

Al otro lado del pequeño orificio oculto en la estantería, un par de ojos atentos seguían cada movimiento con creciente interés. Las religiosas, fieles a su discreta vigilancia, intercambiaban miradas cargadas de significado. No era la primera vez que veían desarrollarse situaciones extrañas en aquella sala, pero aquello… aquello tenía un matiz diferente, casi moderno, impropio de la atmósfera que rodeaba al relato. Una de ellas, la más veterana, esbozó una leve sonrisa, como si disfrutara del caos silencioso que comenzaba a instalarse.

En el bosque, ajena a toda preocupación externa, Alicia extendió la mano y tocó la superficie metálica del cajero. En ese preciso instante, la máquina emitió un pitido más agudo que los anteriores, y la pantalla cambió, mostrando un mensaje nuevo, más inquietante si cabe.

—Operación aceptada.

El conejo abrió los ojos como platos.

—¡¿Pero si no hemos hecho nada?!

Alicia sonrió, con esa tranquilidad suya que rozaba lo inexplicable.

—A veces no hace falta hacer nada… solo estar en el lugar equivocado.

Y fue entonces cuando el bosque, hasta ese momento silencioso, pareció contener la respiración. Porque algo, definitivamente, acababa de ponerse en marcha.

El conejo, que había aprendido por las malas que discutir con Alicia solía conducir a callejones sin salida, optó por guardar silencio y observar con más detenimiento aquel artefacto que, lejos de parecer ofendido por la interpretación de la niña, continuaba parpadeando con una paciencia mecánica, como si el tiempo no tuviera ningún valor para él. Alicia, por su parte, cruzó los brazos con cierta dignidad infantil, convencida de haber resuelto el enigma, y aguardó una respuesta que confirmara su teoría, mientras el bosque, testigo mudo de aquella escena improbable, permanecía en un silencio expectante, apenas roto por el leve zumbido eléctrico que emanaba de la máquina.

—Seleccione operación —insistió la voz metálica, esta vez acompañada de un leve cambio en la pantalla, donde comenzaron a aparecer palabras que se transformaban con rapidez: “retirar”, “consultar”, “transferir”, términos que para Alicia carecían de un significado claro, pero que, en su mente, no dejaban de

parecerle ejercicios disfrazados, como si aquel supuesto profesor quisiera examinarla incluso en sus vacaciones.

—¿Ve? —dijo la niña con un deje de triunfo—. Nos está proponiendo tareas… seguro que si elegimos una nos pondrá un problema.

El conejo frunció el ceño, claramente incómodo.

—Pues a mí no me gusta nada cómo suena eso de “retirar”… ni “transferir”… y mucho menos que nos siga dando órdenes —replicó, moviendo nerviosamente sus bigotes—. Además, no huele a escuela… y créame, yo distingo perfectamente el olor de los problemas.

Alicia, ignorando parcialmente la advertencia, se acercó un poco más y alzó la mano con decisión, como si estuviera a punto de responder en clase. Dudó un instante, no por miedo, sino por la importancia que otorgaba al gesto, y finalmente extendió el dedo hacia la pantalla justo en el momento en que las palabras se detuvieron, como si la máquina también contuviera el aliento.

En la biblioteca, el Sr. Carroll se inclinó hacia adelante en su asiento, completamente atrapado por la escena, con los ojos muy abiertos y el pulso acelerado. Aquello ya no era solo una narración que pudiera pulirse después; empezaba a adquirir vida propia, una independencia inquietante que escapaba a cualquier control racional. Se llevó el pañuelo a la frente, secándose un sudor inexistente, mientras murmuraba para sí:

—Que no toque nada… que no toque nada…

Pero Alicia, ajena a toda advertencia, ya había tomado su decisión.

En cuanto su dedo rozó la superficie luminosa, la máquina emitió un sonido breve, casi satisfecho, y la pantalla cambió de nuevo, mostrando ahora una única frase, fija, inmutable, como una sentencia.

—Saldo insuficiente.

El conejo dio un salto hacia atrás, escandalizado.

—¡¿Saldo de qué?! —exclamó—. ¡Si no hemos metido nada!

Alicia parpadeó, desconcertada por primera vez desde que había comenzado aquella aventura.

—Quizá… —dijo lentamente— no se trata de lo que tenemos… sino de lo que somos.

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores, más denso, casi incómodo, como si incluso el bosque hubiese entendido que aquella respuesta abría una puerta que ninguno de los dos estaba preparado para cruzar.

Y, como si la máquina hubiese estado esperando precisamente ese momento de duda, volvió a hablar.

—Operación alternativa disponible. ¿Desea continuar?

El conejo negó con vehemencia, dando pequeños saltos hacia atrás.

—¡No! ¡Rotundamente no! ¡Yo no continúo con nada que empiece a hablar de lo que soy!

Pero Alicia, con esa mezcla de inocencia y determinación que la hacía tan peligrosa como fascinante, no apartó la mirada de la pantalla. Porque, en el fondo, empezaba a sospechar que aquel extraño “profesor” no le estaba enseñando matemáticas… sino algo mucho más difícil de aprobar.

El alboroto que formaron ambos fue de tal magnitud que el bosque, hasta entonces cómplice silencioso de lo insólito, reaccionó como si hubiese recibido una orden invisible de desalojar la escena. Aves que dormitaban en las ramas alzaron el vuelo en bandadas desordenadas, pequeños roedores se ocultaron entre raíces retorcidas y hasta el viento pareció cambiar de dirección, llevándose consigo el eco de los gritos que Alicia y el conejo emitían sin ningún pudor ni coordinación. La niña, con lágrimas en los ojos por el mordisco recibido, saltaba sobre un pie mientras se llevaba las manos a la zona dolorida, y el conejo, aún atrapado por la puerta metálica que le oprimía la pata, gesticulaba con tal dramatismo que cualquiera diría que estaba protagonizando una tragedia de primer orden.

—¡¡Me has aplastado, niña insensata, me has dejado inválido!! —vociferaba, sin que quedara claro si el dolor era mayor que su indignación.

—¡¡Y tú me has mordido!! ¡¡Eso no se hace!! —respondía Alicia entre sollozos, incapaz de decidir si dolía más la herida o la injusticia que sentía.

Mientras tanto, la máquina, absolutamente indiferente al caos físico y emocional que había provocado indirectamente, continuaba con su monótona cantinela, como si estuviera programada para ignorar cualquier circunstancia que no encajara dentro de sus estrictos parámetros.

—Operación cancelada. Vuelva a intentarlo.

Aquella frase, repetida con la misma entonación mecánica, resultaba casi insultante en medio de semejante desastre, como si el artefacto se burlara de ellos o, peor aún, como si ni siquiera reconociera su existencia más allá de simples usuarios fallidos. Alicia, todavía con el rostro enrojecido y los mofletes inflados, dejó de quejarse por un instante y miró hacia la máquina con una mezcla de rabia y determinación que empezaba a ser peligrosa.

—Esto ya es personal —murmuró, apretando los puños.

El conejo, que por fin había logrado liberar la pata tras un tirón desesperado, cojeaba ligeramente mientras se alejaba unos pasos de la traicionera portezuela, lanzando miradas de reproche tanto a la niña como al artefacto.

—Yo no sé tú, pero a mí este “profesor” no me inspira ninguna confianza —dijo, sacudiéndose el polvo con dignidad herida—. Primero nos da órdenes, luego nos hace quedar como tontos y ahora… ahora nos ignora.

Alicia, sin embargo, había dejado de escucharle a medias. Su atención se había desplazado hacia el interior de la máquina, ahora accesible gracias a la puerta arrancada. Se inclinó ligeramente, con la curiosidad renovada, como si el dolor hubiera quedado relegado a un segundo plano frente a la promesa de descubrir algo oculto.

—Conejito… —dijo en voz baja, casi susurrando—. Creo que sí hay alguien dentro.

El conejo se giró de inmediato, olvidando momentáneamente su enfado.

—¿Cómo que hay alguien? —preguntó, entre intrigado y alarmado.

—No lo sé… —respondió Alicia, entornando los ojos para ver mejor en la penumbra del interior—. Pero hay algo… algo que se mueve.

En la biblioteca, el Sr. Carroll se quedó completamente inmóvil, como si incluso respirar pudiera alterar el desarrollo de los acontecimientos. Sus dedos, que hasta hacía unos instantes tamborileaban nerviosos sobre la mesa, se detuvieron en seco. Aquello ya no era solo extraño: empezaba a rozar lo inquietante. Incluso las religiosas, tras el pequeño orificio, abandonaron por un momento su habitual compostura, inclinándose ligeramente hacia adelante, incapaces de ocultar su interés.

En el bosque, Alicia dio un paso más, ignorando la tenue resistencia del conejo, que alargó una pata como queriendo detenerla sin atreverse del todo.

—No metas la cabeza ahí… —advirtió con un hilo de voz.

Pero Alicia, fiel a su naturaleza, ya había cruzado ese límite invisible que separa la prudencia de la curiosidad.

Y entonces, desde el interior de la máquina, surgió un sonido distinto a todos los anteriores: no era metálico, ni repetitivo, ni mecánico.

Era… un suspiro.

Uno largo, cansado, profundamente humano.

Dentro de la casita, el silencio cayó de golpe, como si alguien hubiese cerrado no solo la puerta, sino también el mundo entero. Alicia y el conejo permanecieron unos segundos inmóviles, pegados a la madera, conteniendo la respiración, con el oído atento a cualquier indicio de que aquella fuerza colérica hubiese decidido reanudar el asedio. Pero no ocurrió nada. Solo un leve crujido de la estructura, el chisporroteo distante de la chimenea y, poco a poco, el sonido irregular de sus propios jadeos recuperando el ritmo. Alicia fue la primera en separarse, llevándose la mano al pecho como si quisiera asegurarse de que su corazón seguía en su sitio, mientras el conejo, aún tembloroso, se dejaba caer al suelo con un suspiro exagerado, como si acabara de escapar de una muerte segura por puro milagro.

—Esto… esto ya no es un juego —murmuró él, mirando hacia la puerta con desconfianza—. Esa cosa… no era normal.

Alicia no respondió de inmediato. Sus ojos recorrían el interior de la casa con una mezcla de curiosidad y cautela, como si esperara encontrar en aquel refugio alguna explicación a lo ocurrido. La estancia era sencilla, pero acogedora: una mesa de madera maciza ocupaba el centro, rodeada de sillas desiguales, como si hubiesen sido reunidas con el tiempo; en una esquina, una chimenea de piedra crepitaba suavemente, proyectando sombras danzantes sobre las paredes encaladas; y sobre una repisa, varios objetos cotidianos —una tetera, un reloj detenido, un par de libros polvorientos— parecían colocados con una intención que no era del todo casual. Había algo en aquel lugar que invitaba a quedarse… pero también a desconfiar.

—Nos ha seguido desde la máquina… —dijo Alicia finalmente, en voz baja, como si no quisiera que la oyeran—. No era el profesor… era otra cosa.

El conejo asintió con rapidez, frotándose la pata dolorida.

—Y no quiero averiguar qué más puede salir de esos cacharros modernos —añadió—. Ya tengo suficiente con lo que ha salido de ese.

En ese momento, un leve sonido procedente del interior de la casa les hizo girarse al unísono. No venía de la puerta, ni de la chimenea, sino de algún punto más profundo, quizá de otra habitación o de un rincón que no habían explorado. Era un ruido suave, casi educado… como el de alguien carraspeando discretamente para anunciar su presencia sin resultar molesto.

Alicia frunció el ceño.

—No estamos solos… —susurró.

El conejo, que ya había tenido suficientes sobresaltos por un día, negó con vehemencia.

—No, no, no… esto no estaba en el plan —protestó, aunque nadie tenía claro cuál era exactamente el plan.

El sonido se repitió, esta vez acompañado de una voz calmada, templada, completamente opuesta a la furia que habían dejado al otro lado de la puerta.

—Pueden pasar… si es que ya han terminado de huir.

Alicia intercambió una mirada con el conejo, en la que se mezclaban el miedo y esa irresistible necesidad de saber. Porque si algo había quedado claro hasta ese momento, era que en aquel mundo cada peligro escondía una respuesta… y cada respuesta, un nuevo problema.

Sin decir una palabra más, Alicia dio un paso hacia el interior.

Y el conejo, refunfuñando, la siguió.

Alicia y el conejo quedaron paralizados al escuchar semejante proposición, incapaces de asimilar que, tras haber huido de un peligro evidente, hubieran terminado cayendo en uno aún más grotesco y traicionero. Las cuerdas que los sujetaban no eran especialmente gruesas, pero sí lo suficientemente firmes como para impedir cualquier intento torpe de liberación, y el calor que emanaba de la olla, cada vez más intenso, convertía la escena en una amenaza muy real. Alicia, con el rostro pálido pero los ojos inquietos, comenzó a moverse ligeramente, no por desesperación, sino por esa obstinada costumbre suya de pensar incluso cuando todo parecía perdido; el conejo, en cambio, había opta-

do por un enfoque más dramático, murmurando lamentos y quejas mientras tironeaba inútilmente de sus ataduras.

—Siempre lo dije… siempre lo dije… —repetía en voz baja—. Esto de meterse en casas ajenas nunca trae nada bueno…

La cocinera removía la olla con renovado entusiasmo, como si la perspectiva de un ingrediente inesperado hubiese despertado en ella un talento culinario desconocido, mientras la aristócrata, todavía meciendo a la criatura que emitía de vez en cuando sonidos indefinibles, observaba a sus prisioneros con una mezcla de recelo y resignación, como si no terminara de convencerle la solución adoptada, pero tampoco viera otra salida mejor. Afuera, la Ira roncaba con un sonido grave y constante, apoyada contra la pared de la casa, lo que, lejos de tranquilizar, añadía una presión adicional: el tiempo corría en su contra.

—No pienso acabar en esa olla —dijo Alicia de pronto, con una firmeza que contrastaba con su aspecto—. Ni hoy, ni nunca.

El conejo dejó de lamentarse un instante y la miró con incredulidad.

—¿Y se puede saber cómo piensa evitarlo, señorita “no pienso”? —replicó con un deje de sarcasmo nervioso—. Porque yo, sinceramente, no veo muchas opciones desde aquí abajo.

Alicia no respondió de inmediato. Su mirada se había desviado hacia la criatura que la mujer andrajosa sostenía entre sus brazos. Hasta ese momento apenas le había prestado atención, pero ahora algo le resultaba extraño… no se movía como un bebé normal, ni sus sonidos parecían del todo infantiles. Entrecerró los ojos, inclinando ligeramente la cabeza, como si tratara de encajar una pieza que no terminaba de cuadrar.

—Disculpe… —dijo finalmente, dirigiéndose a la aristócrata con una educación inesperada dadas las circunstancias—. ¿Podría… enseñarme al niño?

Ambas mujeres se miraron, sorprendidas por la petición. La cocinera dejó de remover por un instante, y la madre apretó ligeramente al pequeño contra su pecho, dudando.

—¿Para qué quieres verlo? —preguntó con suspicacia.

—Porque… —respondió Alicia, midiendo cada palabra— no creo que sea lo que usted cree que es.

El silencio que siguió fue breve, pero lo suficientemente denso como para hacer vacilar incluso a la mujer más desconfiada. Finalmente, con un gesto brusco, la aristócrata dio un paso al frente y, sin acercarse demasiado, apartó ligeramente las telas que envolvían a la criatura.

Lo que apareció no fue, ni de lejos, un bebé.

El conejo abrió los ojos desmesuradamente.

—Eso… eso no es un niño…

Alicia, en cambio, no se sorprendió tanto como cabría esperar. Más bien asintió, como quien confirma una sospecha.

—No —dijo con calma—. Y si no es un niño… entonces tampoco es su hijo.

La mujer andrajosa retrocedió un paso, desconcertada por primera vez desde que habían entrado.

—¿Qué estás diciendo, niña?

Alicia alzó la mirada hacia ella, seria.

—Que quizá… —hizo una pausa breve— ustedes también están siendo engañadas.

En ese preciso instante, la criatura emitió un sonido distinto, más grave, casi gutural, y comenzó a retorcerse entre las telas.

Y la olla, como si respondiera a una señal invisible, empezó a hervir con más violencia.

El conejo, que ya había decidido hacía tiempo que la lógica no tenía cabida en aquella jornada, se encogió de hombros con una naturalidad casi irritante, como si una gata parlante fuese lo más cotidiano del mundo, y comenzó a alisarse el pelaje con parsimonia, recuperando poco a poco su dignidad tras haber estado a punto de convertirse en guiso. Alicia, en cambio, se llevó la mano a la frente, notando un leve latido que parecía acompasarse con todo lo absurdo que la rodeaba, mientras Micha, completamente ajena a cualquier conflicto filosófico, seguía restregándose contra sus piernas con una satisfacción casi orgullosa, como quien ha cumplido con su cometido y espera reconocimiento.

—Querida Alicia —dijo la gata, sentándose con elegancia y enrollando la cola alrededor de sus patas—, el problema no es que yo hable… es que tú, hasta ahora, no escuchabas.

Alicia frunció el ceño, intentando procesar aquella afirmación que, como muchas otras cosas en aquel lugar, parecía tener más de una lectura.

—¿Y ahora sí escucho? —preguntó, entre intrigada y ligeramente molesta.

—Ahora empiezas —respondió Micha con una media sonrisa felina—. Este sitio tiene la curiosa costumbre de mostrar lo que siempre ha estado ahí… pero que uno prefiere no ver.

El conejo intervino entonces, quizá para evitar que la conversación se volviera demasiado profunda para su gusto.

—Bueno, pues si lo que siempre ha estado ahí incluye ollas gigantes y señoras que cocinan conejos, yo prefería no verlo, la verdad —dijo, mirando de reojo la perola que aún burbujeaba, aunque con menos intensidad.

Alicia dejó escapar un suspiro largo, mirando a su alrededor. La casa, ahora medio destrozada por la huida de las dos mujeres y las embestidas previas de la Ira, había perdido gran parte de su aparente calidez. La puerta colgaba torcida, dejando entrar la luz del exterior y, con ella, una inquietante sensación de que el peligro no se había marchado del todo, solo había cambiado de forma o de lugar.

—Esto no tiene sentido… —murmuró—. Primero la máquina, luego esa… cosa… ahora tú hablando… —negó con la cabeza—. Siento que cada vez entiendo menos.

Micha levantó la mirada hacia ella, con una calma que contrastaba con la confusión de la niña.

—Eso es porque estás intentando entenderlo como si fuera tu mundo —explicó—. Pero aquí las reglas no son las mismas.

El conejo asintió con energía.

—¡Exacto! —dijo—. Aquí, por ejemplo, es perfectamente normal que una gata hable… y que yo también lo haga, dicho sea de paso.

Alicia le lanzó una mirada entre divertida y resignada.

—Eso ya lo había notado… —respondió.

Durante un instante, los tres permanecieron en silencio, escuchando únicamente el leve crepitar del fuego y el sonido lejano del bosque. Pero entonces, desde el exterior, llegó un ruido distinto. No era un golpe violento como antes, ni un grito furioso. Era algo más… contenido. Un arrastre lento, pesado, acompañado de una respiración densa, como si alguien —o algo— siguiera ahí, esperando.

El conejo se tensó de inmediato.

—No me gusta ese sonido… —susurró.

Micha, sin embargo, no mostró el menor signo de miedo. Alzó la cabeza, erizó ligeramente el lomo y entrecerró los ojos, como si reconociera aquella presencia.

—No se ha ido —dijo con serenidad—. La Ira nunca se va tan fácilmente… solo aprende a esperar mejor.

Alicia sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Entonces… ¿qué hacemos ahora?

La gata giró lentamente la cabeza hacia la puerta entreabierta, por la que se filtraba una luz inquietante.

—Salir —respondió—. Pero esta vez… no corriendo.

El conejo abrió mucho los ojos.

—¿Cómo que no corriendo?

Micha se levantó con elegancia, avanzando unos pasos hacia la salida.

—Porque hay cosas —dijo sin mirar atrás— que cuanto más huyes de ellas… más rápido te alcanzan.

Alicia dudó un instante, pero algo en la voz de su gata le hizo dar un paso adelante.

Y, aunque el conejo refunfuñó por lo bajo, terminó siguiéndolas.

Alicia se arrodilló junto a Micha con una mezcla de preocupación y gratitud que no sabía muy bien cómo expresar, como si de pronto comprendiera que aquella criatura, tan cercana y tan extraña a la vez, acababa de entregarle algo más que unas simples palabras de ánimo. El conejo, aún inquieto por la presencia latente de la Ira al otro lado de la puerta, miraba alternativamente a la gata y a la entrada, incapaz de decidir qué le preocupaba más: si lo que acababa de suceder o lo que estaba a punto de suceder.

—Micha… —susurró Alicia, acariciándole el lomo con suavidad—. ¿Qué has hecho?

La gata, con los ojos entrecerrados y la respiración pausada, tardó unos segundos en responder, como si cada palabra requiriese un pequeño esfuerzo.

—Nada que no estuviera ya en ti… —murmuró—. Solo te he recordado quién eres cuando dejas de tener miedo.

Alicia parpadeó, notando algo distinto en su interior. El dolor de cabeza, que hasta hacía unos instantes la oprimía como un anillo invisible, comenzaba a disiparse, no del todo, pero sí lo suficiente como para dejar paso a una claridad nueva, una sensación de firmeza que no había sentido desde que todo aquello comenzó. Se incorporó lentamente, respirando hondo, mientras sus ojos se dirigían hacia la puerta entreabierta, donde la luz del exterior dibujaba una línea irregular sobre el suelo de la cocina.

—No estamos muertos —dijo de pronto, con una seguridad tranquila—. Y esto tampoco es el infierno.

El conejo la miró con escepticismo.

—Pues se le parece bastante… —murmuró.

Alicia negó con la cabeza.

—No —insistió—. Es… otra cosa. Algo que nos pone a prueba.

El conejo torció el gesto, poco convencido.

—Pues podían haber puesto una prueba más sencilla… algo como resolver un acertijo, no sé… —refunfuñó.

Alicia no respondió. Su atención estaba ya completamente enfocada en el exterior. Se acercó unos pasos hacia la puerta, sin la prisa ni el pánico de antes, sino con una calma que resultaba casi extraña en ella. Cada paso parecía

medido, consciente, como si entendiera que esta vez no se trataba de huir, sino de enfrentarse.

Fuera, la Ira seguía allí, recostada junto a la pared, emitiendo un ronquido profundo que hacía vibrar ligeramente el suelo. Pero incluso dormida, su presencia imponía, como una tormenta que puede desatarse en cualquier momento. Alicia se detuvo en el umbral, observándola en silencio, mientras el conejo se asomaba apenas por detrás, listo para retroceder al menor indicio de peligro.

—No podemos seguir escapando —dijo Alicia en voz baja.

—Yo sí puedo —replicó el conejo rápidamente—. Y de hecho, se me da bastante bien.

Alicia esbozó una leve sonrisa, sin apartar la vista.

—Pero no serviría de nada —añadió—. Nos alcanzaría otra vez… o algo peor.

El conejo no tuvo respuesta para eso. Se limitó a suspirar, resignado.

Detrás de ellos, Micha abrió ligeramente los ojos.

—Ve —dijo con un hilo de voz—. Pero recuerda… no luches contra ella como lo harías con un enemigo.

Alicia asintió, aunque no estaba del todo segura de entender cómo se hacía eso. Aun así, dio un paso más, saliendo completamente de la casa. El aire del bosque la envolvió de inmediato, cargado de ese silencio expectante que parecía preceder siempre a algo importante.

La Ira, como si percibiera su presencia, dejó de roncar. Sus ojos se abrieron lentamente, clavándose en la niña.

Durante un instante, ninguna de las dos se movió.

Y entonces, Alicia habló.

—No voy a huir más de ti.

La Ira no respondió de inmediato. Se incorporó despacio, observándola con una intensidad que habría hecho retroceder a cualquiera… pero Alicia se mantuvo firme.

Porque, por primera vez desde que todo comenzó, no estaba actuando por miedo.

Alicia avanzó con paso firme hacia la puerta, sin hacer ruido, midiendo cada pisada como si el suelo pudiera delatarla en cualquier momento. La luz del exterior dibujaba la silueta de la Ira, todavía recostada, inmensa incluso en su descanso, con ese aire amenazante que no desaparecía ni dormida. La niña se detuvo un instante en el umbral y levantó la mano, pidiendo silencio a sus compañeros, que se congelaron en el acto: Micha con la elegancia alerta de un felino en caza, y el conejito con esa rigidez nerviosa de quien preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo.

—No vamos a correr —susurró Alicia—. Eso es justo lo que espera.

El conejo abrió la boca para protestar, pero no salió sonido alguno; quizá por prudencia, quizá porque en el fondo empezaba a intuir que, por una vez, la niña no estaba improvisando sin más. Micha, en cambio, observaba con interés, como si quisiera comprobar hasta dónde llegaba aquella nueva determinación que había despertado en su dueña.

Alicia dio un paso más, luego otro, saliendo al claro sin apartar la mirada de la Ira. El silencio del bosque era tan denso que parecía un tejido que pudiera rasgarse con el más leve suspiro. Y fue entonces cuando la niña, en lugar de esconderse o retroceder, carraspeó suavemente.

La Ira dejó de roncar.

Primero fue un leve cambio en su respiración, luego un movimiento en los hombros, y finalmente abrió los ojos, dos brasas encendidas que se clavaron en Alicia con una intensidad abrasadora. El conejito, desde la puerta, se encogió como si quisiera desaparecer dentro de sí mismo.

—Ya la has despertado… ya la has despertado… —murmuró en un hilo de voz.

Pero Alicia no se movió. Ni un paso atrás.

—No he venido a molestarte —dijo con calma, aunque por dentro sentía un temblor que le recorría las piernas—. Ni a huir.

La Ira se incorporó lentamente, observándola con desconfianza, como si no comprendiera aquella actitud. Estaba acostumbrada a carreras, gritos, miedo… no a palabras tranquilas.

—Entonces… ¿a qué vienes? —gruñó, con una voz grave que parecía salir de la tierra misma.

Alicia tragó saliva, pero sostuvo la mirada.

—A entender por qué estás tan enfadada.

El conejo estuvo a punto de desmayarse.

—¡Pero qué dices! —susurró desesperado—. ¡Eso no se le pregunta a algo así!

Micha, en cambio, sonrió apenas, con ese gesto casi imperceptible de los gatos cuando algo les resulta interesante.

La Ira frunció el ceño, si es que algo tan informe podía fruncirlo, y dio un paso hacia Alicia. El suelo pareció resentirse bajo su peso.

—Yo no necesito que me entiendan —respondió con brusquedad—. Solo que me teman.

Alicia negó despacio.

—Pues yo no quiero temerte.

Aquellas palabras, tan simples, quedaron suspendidas en el aire como un desafío silencioso. Durante un instante eterno, nadie se movió. Ni el viento, ni las hojas, ni siquiera el conejo, que había dejado de respirar por completo.

La Ira inclinó ligeramente la cabeza, desconcertada.

—Entonces eres más necia de lo que pareces… —dijo.

—O más valiente —respondió Alicia, sin alzar la voz.

El conejo se llevó las patas a la cabeza, convencido de que aquello terminaría muy mal.

Pero algo había cambiado.

Porque la Ira, en lugar de abalanzarse sobre ella, se quedó quieta.

Como si, por primera vez, no supiera exactamente qué hacer.

El estallido no fue como Alicia habría imaginado. No hubo una explosión violenta que arrasara el bosque ni un estruendo ensordecedor que hiciera temblar la tierra, sino algo mucho más extraño: la Ira comenzó a resquebrajarse desde dentro, como si cada palabra que no entendía, cada pregunta que no podía responder, fuese abriendo grietas invisibles en su esencia. Su enorme figura perdió consistencia, sus contornos se desdibujaron, y aquel poder que hasta hacía unos instantes parecía invencible empezó a volverse torpe, pesado, incapaz de sostenerse a sí mismo.

Primero fue un temblor en sus manos, luego en su voz, que pasó de ser un rugido imponente a un murmullo descompuesto, lleno de frustración. Intentó avanzar, imponerse, aplastar aquella insolencia… pero cada paso era más lento que el anterior, como si el propio peso de su ignorancia la arrastrara hacia abajo.

—¡¡Basta…!! —alcanzó a decir, aunque ya no sonaba a orden, sino a súplica disfrazada.

Alicia no retrocedió. Mantuvo la mirada fija, firme, con esa serenidad recién descubierta que no nacía del desafío, sino de la comprensión.

—No sabes responder —dijo con calma—. Y eso te enfurece más que cualquier cosa.

La Ira se estremeció. Aquellas palabras, sencillas pero certeras, parecieron atravesarla con más fuerza que cualquier golpe. Intentó gritar, pero su voz se fragmentó en ecos desordenados, como si ni siquiera pudiera sostener un pensamiento completo.

El conejo, que asomaba tímidamente desde detrás de Alicia, abrió los ojos con incredulidad.

—Pero… pero si se está… deshaciendo… —susurró, incapaz de apartar la vista.

Micha, en cambio, observaba con una calma casi solemne, como si aquello confirmara algo que ya sabía.

—No puede sostenerse sin alimento —murmuró—. Y hoy… no lo ha encontrado.

La figura de la Ira, cada vez más inestable, comenzó a encogerse, no en tamaño, sino en presencia, como si su grandeza hubiese sido siempre una ilusión

sostenida por el miedo ajeno. Las grietas que la recorrían emitían una luz tenue, apagada, y su forma, antes definida, se volvió difusa, casi vaporosa.

—No… podéis… —balbuceó, intentando aferrarse a lo que quedaba de sí misma—. Yo… soy… necesaria…

Alicia inclinó ligeramente la cabeza.

—Quizá —respondió—. Pero no así.

Y fue entonces cuando ocurrió.

La Ira no explotó en un estallido final, sino que se desmoronó en silencio, como una tormenta que se disipa sin dejar rastro, dejando tras de sí únicamente una sensación extraña, como de vacío… o de descanso.

El bosque, que había permanecido contenido durante todo aquel enfrentamiento, pareció exhalar al unísono. El aire se volvió más ligero, los sonidos regresaron poco a poco, y una calma nueva, distinta a la anterior, se instaló en el lugar.

El conejo salió por completo de su escondite, aún tembloroso, mirando a su alrededor como si no terminara de creérselo.

—¿Se… se ha ido? —preguntó.

Micha se acercó a Alicia y se sentó a su lado.

—No del todo —respondió—. Nunca se va del todo… pero ha perdido su fuerza.

Alicia permaneció en silencio unos segundos, asimilando lo ocurrido. Luego bajó la mano que aún mantenía alzada y respiró hondo.

—Entonces… —dijo lentamente— no se trataba de luchar contra ella.

—No —contestó la gata—. Se trataba de no alimentarla.

El conejo frunció el ceño.

—¿Y eso cómo se hace? Porque yo, sinceramente, he pasado mucho miedo…

Alicia esbozó una leve sonrisa, cansada pero satisfecha.

—Aprendiendo —respondió—. Aunque no apetezca.

El conejo suspiró.

—Ya decía yo que esto acabaría siendo como una escuela…

Micha dejó escapar un suave ronroneo.

—Solo que aquí —añadió— las lecciones… no se olvidan.

Y por primera vez desde que todo había comenzado, Alicia sintió que, aunque no entendiera del todo aquel mundo, empezaba a saber cómo moverse dentro de él.

—¿Qué tal le ha parecido este capítulo, Srta. Alicia? —preguntó un engreído Sr. Martínez, henchido de orgullo tras dar por concluida su obra, con ese aire de quien espera no solo aprobación, sino casi una ovación.

—La verdad, debo confesarlo, es mejor que el anterior —respondió Alicia con una serenidad que no ocultaba su sinceridad—. La aparición de mi dulce gatita me reconforta, y sospecho que lo hará aún más en los problemas que, sin duda, me tiene usted reservados. En cuanto al Sr. Carroll, por fin lo ha colocado en el lugar que le corresponde: el de un hombre interesado, falto de escrúpulos, dispuesto a vaciar la mente de una niña inocente bajo la excusa de ayudarla. Y el final… —hizo una leve pausa, como saboreándolo— me ha gustado especialmente. Tiene usted razón: donde estén la cultura y la buena educación, que se quite todo lo demás.

El espíritu de Alicia sonreía con una satisfacción tranquila, no tanto por el resultado del capítulo, sino por verse a sí misma convertida en algo más que una niña arrastrada por los acontecimientos: una figura que luchaba en un mundo donde la sabiduría no era adorno, sino arma… y escudo.

No obstante, aquella calma duró poco.

—¡¡Idiotas, imbéciles e hipócritas!! —irrumpió un furibundo Tiburón, absolutamente desbordado por la indignación, como si cada palabra le quemara en la boca—. ¿Un cajero automático? ¡¿Un cajero automático en medio de un bosque?! ¡Y de ahí sale la Ira! Pero ¿en qué cabeza cabe semejante disparate? ¡Y ya el colmo… la gata que aparece de la nada! Esto es inconcebible, incongruente, absurdo… ¡una sarta de despropósitos escrita por alguien que de escritor tiene lo mismo que yo de santo!

Su furia era tal que no solo gritaba, sino que escupía cada palabra, desgañitándose sin medida, como si necesitara vaciarse por completo de aquella bilis que lo consumía.

—Cálmese, Sr. Tiburón —intervino Alicia con una paciencia casi desarmante, como quien habla a alguien que no sabe que está perdido.

—¿Te piensas, niña, que esto tiene alguna posibilidad de gustar a alguien? —replicó él con desprecio, inflándose de soberbia.

—Me gusta a mí. ¿Le parece poco, señor mío? —respondió Alicia sin alzar la voz, pero con una firmeza que resultaba mucho más contundente.

El Tiburón soltó una risa seca, cargada de desdén.

—Me deslumbra tu ingenuidad, pequeña… o quizá tu necedad. Si eso te gusta, estás peor de lo que pensaba.

—Es un riesgo que asumo yo sola —replicó Alicia, sin titubeo alguno.

—¡De eso nada! —saltó el Tiburón, señalando con agresividad invisible—. El Sr. Martínez es quien pondrá su nombre en esto…

—¡¡Alto ahí, Tiburón!! —intervino el propio Sr. Martínez, herido en su orgullo—. No necesito ningún abogado.

—Yo diría que sí —insistió el Tiburón, con un tono venenoso—. Esa niña te está utilizando para sus caprichos. No te dejes engañar porque acaricie tu ego. Deja de escribir, y a esta niña… que le den morcillas. Si pudiera, la mandaba de una patada de vuelta al infierno del que nunca debió salir.

Aquellas palabras provocaron una reacción inmediata. El Sr. Martínez comenzó a dar manotazos al aire, como si intentara apartar algo invisible, forcejeando contra una presencia que solo él podía sentir, atrapado en una lucha interna que no tenía testigos… salvo quienes sabían mirar más allá.

—¡¡Deja ya de “defenderme”!! —gritó, fuera de sí—. ¡Todos sabemos de qué pie cojeas! A estas alturas ya no engañas a nadie.

El Tiburón, lejos de amilanarse, se creció.

—¿Y tú qué te crees? ¿Que yo no sufro? —rugió—. ¿Quién recogerá los platos rotos cuando te des cuenta del engaño? ¿Quién estará ahí cuando te de-

rrumbes, cuando te pases las noches lamiéndote las heridas? Dime, ¿quién?… Yo. Siempre yo. Porque nunca me iré. Ahora me necesitas más que nunca.

—¿Y yo qué? —irrumpió entonces la Ira, con un tono entre ofendido y lastimero, que rozaba lo ridículo sin perder del todo su amenaza—. ¿Qué pasa conmigo? ¿Habéis visto en qué lugar he quedado? Yo, uno de los pecados más temidos… y ahora convertida en motivo de burla por inculta.

Un leve murmullo recorrió el ambiente. Algunas de sus compañeras, acechando como aves de rapiña, no pudieron evitar sonreír con disimulo, disfrutando en silencio de aquel revés que, por una vez, no les había tocado a ellas.

Alicia dio un paso al frente, y su voz, esta vez, no admitía réplica.

—¡¡Otra vez con lo mismo, señoras!! —dijo con autoridad—. Lo repetiré las veces que haga falta: cada vez que intenten sabotear esta historia, se verán abocadas al fracaso más absoluto. ¿Ha quedado claro?

Sus ojos se clavaron en la Ira, y su tono se volvió aún más firme, más preciso.

—A usted le falta paciencia y le sobran arrebatos. Vive del rencor, de la ofensa, del odio… y del deseo de hacer daño. Y eso, aunque le duela, no es poder… es debilidad.

Aquellas palabras cayeron como una sentencia.

Sin necesidad de más, las figuras se replegaron, una tras otra, retrocediendo hacia las sombras, no derrotadas del todo… pero sí conscientes de que, en ese momento, no era su turno.

Y el silencio, esta vez, no fue incómodo.

Fue… controlado.

CAPÍTULO VIII

En la biblioteca, el diácono se concedió por fin un respiro, aunque la calma era apenas aparente. Las monjas continuaban espiando con una mezcla de fervor y curiosidad malsana, y su ímpetu las llevaba a cuchichear sin el menor disimulo; susurros que, en un momento dado, parecían adquirir vida propia, hasta el punto de que incluso el matemático llegó a percibir aquella inquietante sensación de que las paredes hablaban. Afuera, la meteorología tampoco ofrecía consuelo alguno: un manto de nubes negras, densas y preñadas de lluvia, había engullido el último aliento de un atardecer moribundo, apagando cualquier rastro de luz. No tardaron en precipitarse las primeras gotas, gruesas y pesadas, que comenzaron a estrellarse con violencia contra la vidriera de los ventanales, marcando un ritmo irregular, casi hipnótico, que envolvía el edificio en una atmósfera opresiva.

Tras una cena frugal, servida en la austeridad silenciosa del comedor —donde, por supuesto, se hallaba completamente solo—, y después de un breve paseo acompañado de la inevitable visita al excusado, el matemático regresó a su rutina con una determinación casi mecánica, retomando su técnica hipnótica como quien se aferra a un método que le da sentido al caos. Alicia, por su parte, permanecía sumergida en ese universo artificial infundido por la terapia, ajena por completo al mundo exterior, que de momento le estaba vedado como si de una frontera invisible se tratara. Yacía tumbada, profundamente relajada, con el rostro iluminado por una serenidad impropia de alguien sometido a los constantes vaivenes de su mente, como si aquella paz perteneciera a otra existencia. No percibió la ausencia del diácono, ni echó en falta la voz que solía guiarla por los vericuetos de su mundo imaginario; para Alicia, en el estado en que se encontraba, el tiempo había dejado de tener significado o medida. Así, lo que para el diácono supuso una media hora de ausencia, para ella no fue más que un suspiro, un instante fugaz disuelto en la nada.

Se acomodó con parsimonia en un gran sillón orejero, dándole la espalda al hogar donde varios leños chisporroteaban con un crepitar constante y casi hipnótico. Estaba confortable; todo en aquella escena invitaba a la paz y al sosiego, como si el tiempo se hubiera detenido para ofrecerle un raro instante de tregua. Las gotas de lluvia repiqueteaban con fuerza contra los ventanales, marcando un ritmo envolvente que, lejos de perturbar, terminaba por abrigar el ambiente de la vetusta biblioteca, dotándola de una calidez íntima y antigua. Antes de retomar la terapia, dejó que transcurrieran unos segundos, saboreando aquel entorno con la certeza de que una ocasión semejante difícilmente volvería a presentarse; quizá una entre mil, pensó, y por ello se permitió apurarla con una delectación casi reverente.

—Alicia… —le susurró dulcemente, inclinándose apenas hacia ella, como si temiera quebrar la delicada burbuja en la que la joven parecía suspendida—. Dime, pequeña, ¿qué ves, qué sientes? —La niña respondió a la llamada con un leve estremecimiento, una inquietud fugaz que recorrió su cuerpo antes de que recuperara la serenidad que la envolvía, y entonces su voz, distante y a la vez nítida, comenzó a describir el paisaje en el que se hallaba—: «Nos desplazamos por un sendero rodeado de árboles muy altos; el camino es de tierra y está cubierto de pequeñas irregularidades. Las hormigas lo atraviesan de un lado a otro formando filas interminables, como si tendieran puentes invisibles entre los márgenes. Procuro no pisarlas y advierto a los demás que tengan el mismo cuidado que yo, porque todas parecen ocupadas en algo importante que no debemos interrumpir».

—Vamos, adelante, Micha, conejito… —continuó la voz de Alicia, ahora con un matiz de determinación que no dejaba lugar a dudas—. Veo el final del camino: un claro en este bosque espeso. Vayamos; quizás allí alguien pueda decirnos cómo salir de aquí. —Y así, al frente de la pequeña comitiva, avanzaba una Alicia desprovista de temor ante lo desconocido, recompuesta tras sus adversidades y resuelta a encontrar una salida, como si aquella voluntad fuera la única brújula fiable en medio de la incertidumbre. Sin embargo, antes de alcanzar el claro, una algarabía de voces irrumpió en la quietud del bosque, revelando la existencia de una discusión encendida, intensa, que parecía aguardarlos como una prueba más en su camino.

Había una gran mesa rectangular, cubierta por un mantel de apariencia lujosa que contrastaba con el aire enrarecido del lugar; sobre ella, cuidadosamente dispuestos, reposaban platos, cubiertos y vasos que, pese a su orden impecable, transmitían una extraña sensación de vacío, como si aguardaran un banquete que nunca llegaría a celebrarse. En uno de los extremos, la Avaricia y la Envidia se apretujaban de manera ridícula, hombro con hombro, como si el resto de la mesa estuviera abarrotado por los invitados de una boda de tercera categoría que, en realidad, no existían. Ambas mantenían una acalorada discusión acerca de los supuestos beneficios del té frente al café, de si era preferible tomarlo con leche o solo, o de si resultaban más convenientes las pastas elaboradas con mantequilla o aquellas hechas con margarina; sin embargo, lo que en apariencia podía parecer una trivial disputa doméstica, escondía en el fondo una divergencia mucho más profunda. La Avaricia defendía con obstinación el té acompañado de pastas de margarina, convencida de que no había comparación posible: más barato, igual de sabroso y, por tanto, infinitamente más sensato que el dispendio innecesario del café con pastas de mantequilla, cuyo coste le resultaba casi ofensivo. La Envidia, por su parte, no podía soportar que la mayoría de la gente prefiriera precisamente esa opción que ella consideraba un lujo ajeno; si los demás lo tomaban, ella no iba a ser menos, y aunque la merienda resultara más cara, se negaba en redondo a privarse de un placer que,

en su fuero interno, sentía que le pertenecía tanto como a cualquiera. Mientras tanto, en el extremo opuesto de la mesa, la Pereza, fiel a su naturaleza, permanecía ajena a la contienda, sumida en un duermevela pesado y persistente, demasiado agotada incluso para participar en aquella reyerta sin sentido.

—Muy buenas tardes —saludó el trío al unísono, con una efusividad que desentonaba con la tensión latente, dirigiéndose a los pecados capitales. Tras las apresuradas presentaciones, Alicia tomó la palabra con una mezcla de curiosidad y desconcierto—: ¿Qué están haciendo ustedes aquí, señoras?

—¿Cómo? ¡¡No ves que estamos tomando el té con pastas!! ¿Por qué lo preguntas, criatura? —respondieron la Avaricia y la Envidia a la vez, ofendidas por la sola insinuación.

Alicia frunció el ceño, recorriendo con la mirada la mesa vacía antes de replicar con incredulidad—: Los platos y los vasos están vacíos… y tampoco veo la tetera ni las pastas.

—Vaya trío de chiflados —murmuró la gata con desprecio, arqueando el lomo con gesto altivo.

—Esto no me gusta nada… —añadió el conejito con timidez, encogiéndose sobre sí mismo.

Las dos mujeres se miraron entre sí con una expresión de pasmo absoluto, incapaces de dar crédito a lo que acababan de oír, como si fueran ellas, y no los recién llegados, quienes se enfrentaban a una ceguera incomprensible.

—¡¡No hay sitio!! —gritó de pronto la Avaricia, levantándose a medias.

—¡¡Somos pobres, no tenemos nada que ofreceros, largo de aquí!! —sentenció la Envidia con aspereza.

El alboroto consiguió arrancar a la Pereza de su letargo: abrió un ojo con enorme esfuerzo y, tras contemplar vagamente la escena, logró articular unas palabras arrastradas—: No… por favor… dejadme tranquila… Llevaros lo que queráis… pero dejadme dormir en paz… —Apenas terminó la frase, se desplomó sobre la mesa, dejando caer la cabeza y regresando de inmediato a un sopor profundo y bendito.

—¿Quién les ha dicho que pensábamos sentarnos a una mesa donde no hay nada que comer ni beber? ¿Creen que estamos tan locos como ustedes? —replicó Alicia, ahora con firmeza, asumiendo claramente el control de la situación.

—¡¡Intrusos malnacidos!! ¿Cómo os atrevéis a molestarnos e insultarnos? —bramaron la Avaricia y la Envidia, encendidas de ira, con el rostro enrojecido y los ojos centelleantes. La Pereza, incapaz siquiera de sostener el enfado, delegó sin más en sus hermanas, abandonándose otra vez a su adictivo sopor.

Justo en el instante en que ambas se incorporaban, dispuestas a poner en su sitio a aquellos insolentes visitantes, un sonido repentino cortó el aire desde sus espaldas: las señales horarias de un gran reloj de cuco anunciaban las cinco de la tarde con puntual solemnidad. Las dos quedaron inmóviles, como petrificadas por una orden invisible; intercambiaron entonces una mirada de complicidad que parecía sellar un acuerdo tácito y, acto seguido, regresaron dócilmente a sus asientos. Sin mediar palabra, y como si se hubieran convertido en mimos obedientes a un guion inexorable, comenzaron a fingir que tomaban el té y degustaban pastas inexistentes, alzando tazas que solo ellas podían ver y llevándoselas a los labios con una naturalidad inquietante, como si aquella ilusión fuera, para ellas, más real que cualquier evidencia.

Alicia quedó profundamente extrañada y, con una cautela casi instintiva, comenzó a acercarse a la mesa, aprovechando aquel instante de aparente distracción para comprobar por sí misma la existencia del supuesto té con pastas. Cada paso que daba estaba cargado de una mezcla de curiosidad y recelo, como si temiera romper un equilibrio invisible. La gata, en cambio, mucho más osada y fiel a su naturaleza irreverente, se paseó con total desparpajo delante de las narices de los pecados capitales, deteniéndose incluso a observarlos con descaro, sin que ninguno de ellos pareciera percatarse de su presencia, absortos como estaban en su absurda representación mímica. El conejito, dominado por un temor persistente, se refugiaba bajo las faldas de Alicia, asomando apenas la cabeza con la esperanza de que, tal vez, aquella merienda imposible resultara ser real y pudiera así aliviar el hambre creciente que le retorcía el estómago. Alicia no tardó en comprender que no había nada sobre la mesa, ni rastro alguno de alimento o bebida, y que todo cuanto sucedía ante sus ojos no era más que una ficción sostenida por la voluntad de aquellas criaturas; pero lo que más le inquietó fue la expresión de apremio y desazón que se dibujaba en los rostros de la Avaricia y la Envidia, cuyos movimientos, a diferencia del abandono somnoliento de la Pereza, resultaban forzados, repetitivos, casi mecánicos. Además, no pudo evitar notar cómo, por el rabillo del ojo, ambas desviaban constantemente la mirada hacia el gran reloj de cuco, como si esperaran que en cualquier momento emergiera de él algo mucho más terrible que un simple pájaro de madera.

Incapaz de contenerse por más tiempo, y aun a riesgo de provocar una reacción hostil, Alicia rompió el silencio con una pregunta directa que resonó con una claridad inesperada en aquel ambiente enrarecido—: ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Por qué están fingiendo… y de qué tienen tanto miedo? —A su lado, la

gata, ajena a toda prudencia, continuaba restregándose contra todo lo que encontraba a su paso, mientras el conejito, reuniendo un valor que apenas lograba sostener, se asomaba lo justo para secundar la inquietud de su compañera. La respuesta de la Avaricia y la Envidia llegó cargada de un pánico tan intenso como desconcertante; sus voces temblaban, y en ellas se mezclaba el terror con una familiaridad impropia—: El Tiempo… Alicia… el Tiempo manda aquí… y si no hacemos lo que ordena… —balbuceaban, incapaces de concluir la frase, doblegadas por un miedo que, a ojos de Alicia, resultaba tan desproporcionado como incomprensible. Incluso la Pereza, arrancada de su letargo por una energía que parecía venir de algún lugar desconocido, se incorporó para unirse a la absurda escenificación, como si también ella estuviera sometida a aquella invisible tiranía.

—Pero si el Tiempo es algo abstracto —replicó Alicia, frunciendo el ceño, tratando de imponer la lógica sobre aquel delirio—; no se puede tocar, ni ver, ni sentir… y dudo mucho que pueda hacernos daño alguno.

—¡¡Vámonos, pequeña, esto es una pandilla de locos!! —intervino la gata con desdén, permitiéndose incluso el gesto irreverente de orinar sobre la mesa, como si quisiera desacralizar por completo la escena.

—Eso… bien dicho… gatita… —añadió el conejito, tirando con insistencia de la falda de Alicia, buscando refugio en su decisión.

—¡¡Pero qué dicen!! ¿No entienden? ¿No ven que están en peligro? ¡Hagan lo que nosotros, rápido, antes de que el Tiempo se dé cuenta de esta insurrección! —gritaron las dos, completamente descompuestas, como si cada segundo de duda pudiera resultar fatal.

Alicia, mirando a su alrededor en busca de ese supuesto Tiempo que los mantenía aterrorizados, no encontró nada más que sombras, silencio y el persistente sonido de la lluvia golpeando los ventanales. Finalmente, con una mezcla de desafío y curiosidad, decidió ceder—: Bueno… probemos. Igual es hasta divertido jugar a merendar.

—Bueno… quizá tengas razón… ¿qué tenemos que perder? —susurró la gata, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que qué tenemos que perder? ¡La vida! ¿Os parece poco? —protestó el conejito, con la voz quebrada, aferrándose a su escondite.

—Venga, si todos estamos conformes —dijo Alicia, ignorando deliberadamente la protesta—, sentémonos y tomemos ese imaginario té.

Y así lo hicieron. Durante lo que para ellos parecieron horas interminables, se entregaron a aquella pantomima absurda, repitiendo gestos vacíos, fingiendo sorbos y bocados inexistentes, hasta que el tedio terminó por imponerse sobre cualquier atisbo de inquietud. Finalmente, incapaz de soportarlo más, Alicia se levantó con un gesto de hartazgo—: Esto es una estupidez. Llevamos demasiado tiempo haciendo el tonto. ¿Dónde está el peligro? Estoy cansada de este juego sin sentido.

—Niña caprichosa… no pronuncies más esa palabra… —respondieron las tres casi al unísono, con un miedo renovado que se apoderó de sus rostros; un temblor las recorrió de arriba abajo mientras sus miradas se dispersaban en todas direcciones, como si esperaran un castigo inminente.

En ese mismo instante, el reloj de cuco volvió a cobrar vida, y su mecanismo anunció la hora con una precisión implacable.

—Ahora son las siete de la tarde… —dijo Alicia, en un tono que oscilaba entre la ironía y la inquietud, como si comenzara a sospechar que, tal vez, aquel Tiempo del que hablaban no era tan inofensivo como había creído.

—¿Las siete? ¡¡Dios mío… y la cena sin estar puesta!! Madre mía… esto no puede ser… —aulló la Envidia, presa de un pánico súbito que la descompuso por completo—. Moriremos… o algo peor… estaremos condenados a repetirlo todo, una y otra vez… ¡¡Rápido, sirvamos la cena antes de que sea demasiado tarde!! ¡¡Vamos, espabilad!! —Su voz, aguda y desesperada, arrastró a las demás en una agitación febril. En cuestión de segundos, la escena se convirtió en un caos absoluto: los pecados capitales corrían de un lado a otro, tropezando entre sí, gesticulando con manos vacías como si portaran bandejas invisibles, colocando cubiertos inexistentes sobre la mesa, mientras Alicia, la gata y el conejito, contagiados por aquella energía electrizante, se vieron arrastrados sin remedio a participar en aquella absurda coreografía. Y, sin embargo, no había nada que servir, nada que preparar; tras un rato de barullo estéril, todos volvieron a sentarse, retomando su comedia con una precisión inquietante, como si aquel ritual fuera la única barrera que los separaba de una amenaza innombrable.

Alicia, cada vez más harta, comenzó a sentir cómo la incredulidad se transformaba en irritación; el peligro anunciado no aparecía por ninguna parte, y la escena, repetida hasta el agotamiento, empezaba a resultarle tan absurda como insoportable. Con un gesto brusco, alzó la voz, rompiendo el frágil equilibrio—: ¡¡Estoy más que harta de estar aquí sin hacer otra cosa que matar el tiempo!! —La gata, que en ese instante se restregaba contra sus piernas con gesto indolente, alzó la cabeza y secundó la protesta sin dudar—: ¡¡Muy bien dicho, Alicia, yo también me aburro con esta pantomima!! —El conejito, enva-

lentonado por la aparente ausencia de peligro, salió finalmente de su escondite y, reuniendo un coraje que le resultaba nuevo, se unió a las quejas con entusiasmo tembloroso.

—¡¡Pero… Dios mío… qué has dicho, niña!! —exclamó la Envidia, lívida, como si hubiera presenciado una blasfemia.

—¡¡Sí… es verdad… yo también lo he oído!! —añadió la Avaricia, llevándose las manos a la cabeza.

—¡¡La palabra prohibida… la ha pronunciado…!! —bramó la Pereza, en un esfuerzo tan extraordinario que parecía quebrar su propia naturaleza.

No hubo tiempo para más. De pronto, el suelo comenzó a temblar con una violencia creciente, como si algo colosal se removiera en las entrañas del mundo. Todo a su alrededor empezó a vibrar y a deformarse; Alicia, comprendiendo instintivamente el peligro, tomó en brazos a la gata y al conejito, aferrándose a ellos con desesperación. El gran reloj de cuco, hasta entonces guardián silencioso de aquella locura, comenzó a agitarse de manera frenética, sus manecillas girando hacia adelante con una velocidad imposible, como si el tiempo mismo hubiera perdido el control de su curso. Y entonces ocurrió: Alicia, aterrada, vio cómo todo cuanto la rodeaba envejecía a una velocidad vertiginosa; los muebles se agrietaban, la madera se ennegrecía, el aire mismo parecía cargarse de siglos que pasaban en un instante. Ante sus ojos, los pecados capitales se deshicieron en polvo, desvaneciéndose como si nunca hubieran existido, y, con un horror aún más profundo, sintió cómo sus propios amigos desaparecían entre sus brazos, reducidos a la nada, dejándola sola en medio de un mundo que se desmoronaba.

El suelo, transformado por aquella aceleración implacable, cambió su naturaleza en cuestión de segundos: donde antes había un bosque, ahora se extendía un desierto inmenso, árido y silencioso, de arena interminable. Alicia, desconcertada y desolada por la pérdida, deambuló sin rumbo por aquel paisaje inhóspito, con el corazón encogido y la mente incapaz de asimilar lo sucedido. Ni siquiera el paso del día a la noche parecía regirse por una lógica reconocible; una penumbra constante, de un gris plomizo, lo envolvía todo, como si el mundo hubiera quedado suspendido en un crepúsculo eterno. Y en medio de aquella desolación, sintiendo el peso de una soledad que la oprimía por dentro, alzó la vista hacia lo alto y, extendiendo las manos en un gesto casi suplicante, preguntó con voz quebrada—: ¿Yo qué hago aquí?

La respuesta no tardó en llegar. Desde ninguna parte y desde todas a la vez, surgió una voz profunda y reverberante, como si resonara en el interior de una

inmensa caverna, cargada de una autoridad que no admitía réplica—: Tú… y solo tú… puedes responderte.

Alicia frunció el ceño, incapaz de comprender del todo el sentido de aquellas palabras, y, aferrándose a la única pregunta que realmente le importaba, insistió—: ¿Por qué no he desaparecido como los demás?

Al diácono le interesaba seguir alimentando la imaginación de la pequeña; desde su posición, aquella confusión le resultaba no solo útil, sino casi necesaria, pues le permitía erigirse, a los ojos de Alicia, en la voz de una entidad superior, incuestionable y omnipresente. Dejó transcurrir unos instantes, saboreando el silencio como quien escoge con cuidado la siguiente pieza de un engranaje delicado, y finalmente habló con tono sereno, medido—: ¿En el teatro… y en las novelas… el protagonista muere? —La pregunta quedó suspendida en el aire como una clave invisible. Alicia, aún turbada por lo sucedido, reaccionó casi de inmediato, aferrándose a aquello que conocía con certeza—: ¡¡Claro que no!! —respondió con firmeza, aunque en su voz aún vibraba la angustia reciente, evocando en su mente a los héroes de tantas historias que siempre lograban sobrevivir a sus desdichas.

—Entonces, pequeña… tu pregunta ya está contestada.

Aquellas palabras, sencillas en apariencia, obraron como un resorte en su imaginación. El desierto gris y opresivo comenzó a disolverse poco a poco, como si nunca hubiera existido, dando paso a un paisaje completamente distinto: un escenario idílico, casi excesivo en su belleza, digno de un cartel publicitario en el que la naturaleza se muestra en su versión más seductora, con una vegetación exuberante que invitaba a perderse en ella sin temor alguno. La transición fue tan súbita como reveladora, como si el propio mundo respondiera al hilo de su pensamiento.

—¿Qué opina usted de este capítulo, señorita? No está mal, ¿eh? —preguntó el Sr. Martínez con un deje de autosatisfacción que dejaba claro que la respuesta, en realidad, le importaba poco; ya se había juzgado a sí mismo.

—Podría estar mejor… pero bueno, es lo que hay. De momento no se desmarca usted del guion preestablecido —replicó Alicia, resignada, con una sinceridad que rozaba la indiferencia.

—¿Mejorar? ¿De verdad espera que este zoquete mejore algo? —irrumpió una voz cargada de desprecio—. Desde el gato que habla hasta el conejito temeroso, que parece el león cobarde de El Mago de Oz, esto es una bufonada… por no decir algo peor. Y para colmo pretende hacernos creer que un reloj, sin explicación alguna, puede acelerar el espacio-tiempo. Todo esto huele a fiasco… se lo digo yo, que estoy atrapado dentro de la mente de un escritor fracasado.

—Cállate ya, parásito —estalló el Sr. Martínez, fuera de sí—. Eres como una sanguijuela… no me soltarás hasta que me arranques las ganas de vivir. ¡Si me buscas, me encontrarás! —Y, dominado por la furia, comenzó a golpearse la cabeza contra la pared, como si así pudiera expulsar aquella voz que lo atormentaba desde dentro.

—Vamos, vamos, Sr. Martínez… este no es el momento —intervino Alicia con una calma sorprendente, casi maternal—. Conténgase, por favor. Ya habrá ocasión de poner cada cosa en su sitio… confíe en mí. —Sus palabras, breves pero firmes, surtieron efecto; el hombre cesó en su arrebato, abandonando aquella absurda tentativa de "partirse el coco", deporte que, por cierto, bien podría aspirar a disciplina olímpica visto el creciente número de practicantes.

—Mientras este inútil escritor de pacotilla intenta reventarse la cabeza… ¿qué hay de nosotras? —rebuznó la Envidia, tomando la palabra en nombre del trío.

—¿Qué me están contando, señoras? —respondió Alicia, visiblemente irritada.

—¿Le parece correcto que el tiempo nos convierta en polvo? —exigió la Avaricia, indignada.

—Me importa un bledo. Estaban más que avisadas. A cada intromisión en mi historia… una consecuencia —replicó Alicia con una contundencia que no admitía réplica.

La Pereza, haciendo un esfuerzo casi heroico, intervino con voz pastosa pero cargada de una lógica inquietante—: Mis hermanas no se quejan del fondo… sino del cómo. ¿De verdad cree que alguien se tragará semejante patraña? Si el tiempo es aliado nuestro, es imposible que nos dañe. El tiempo actúa sobre todos… menos sobre nosotras. Los pecados son intemporales; siempre habrá quien nos imite, quien nos invoque o quien sucumba a nosotras. Mientras existan esos seres llamados humanos… ni el tiempo, ni nada, podrá aniquilarnos. —Tras aquel discurso, que para ella equivalía a una maratón verbal, se dejó caer nuevamente, agotada, sostenida apenas por sus compañeras, que no ocultaban su rencor—. Esto no quedará así… arrieros somos… y en el camino nos encontraremos.

Alicia, ya sin rastro de paciencia, decidió zanjar la cuestión de una vez por todas. Con una firmeza que desmentía su aparente fragilidad, se enfrentó a ellas sin titubeos—: De amenazas están llenas mis espaldas, y las soportaré si es preciso… pero usted, Avaricia —dijo, clavando en ella la mirada—, que vive para acumular sin importar el cómo ni el de dónde… a usted le corresponde la generosidad. Y usted —continuó, dirigiéndose a la Envidia—, que codicia lo ajeno y se consume por lo que otros tienen… a usted, la caridad. —Finalmente,

se volvió hacia la Pereza, que ya cabeceaba entre un sueño y otro—: Y usted… que renuncia a todo esfuerzo… actividad.

Se irguió entonces, dando por concluido el enfrentamiento—: No tengo nada más que decir. Váyanse… y dejen en paz a mi escritor.

Las tres, incapaces de sostener aquella embestida de sensatez, retrocedieron como si hubieran sido expulsadas por una fuerza invisible; murmurando maldiciones entre dientes, se alejaron con premura, como criaturas que huyen de algo que no pueden comprender ni combatir.

CAPÍTULO IX

La tormenta descargaba con furia en el exterior, como si el cielo hubiese decidido volcar de golpe toda su ira sobre la tierra. El agua golpeaba sin tregua los cristales, y los árboles, erguidos y obstinados, se balanceaban como faros que resisten, imperturbables, el embate de un mar embravecido. El viento, testarudo como una mula, arremetía una y otra vez contra sus troncos, empeñado en arrancarlos de la tierra que los había visto crecer durante tantos lustros, pero estos se aferraban con una dignidad casi heroica, negándose a ceder ante la violencia del temporal.

En el interior, ajenas en apariencia al caos de fuera, las monjas seguían espiando con expectación contenida. El matemático, completamente absorto en su particular terapia, las ignoraba deliberadamente; no quería saber nada de ellas ni de sus intenciones, siempre y cuando lo dejaran trabajar en paz. Alicia, por su parte, permanecía sumida en su mundo de fantasía, recreándose en aquel paraíso idílico que había construido para sí misma. Aunque la pérdida de sus amigos le producía una tristeza tenue pero persistente, su ánimo se había restablecido lo suficiente como para devolver la calma al diácono, quien observaba con creciente satisfacción cómo el material para su novela iba tomando forma, creciendo poco a poco como una criatura que empieza a respirar por sí sola.

Sin embargo, tras las paredes de la biblioteca, lejos de aquella aparente quietud, se gestaba una disputa que hervía en voz baja, cargada de tensiones apenas disimuladas. La novicia, que hablaba con una fingida inocencia, no lograba ocultar el poso de envidia y resentimiento que le corroía por dentro; hija mimada en otro tiempo, pero poco agraciada según los crueles estándares de su entorno, había sido empujada a la vida religiosa por una familia que no podía permitirse el estigma social de una solterona sin porvenir. Inventaron para ella una vocación que nunca sintió, proclamando ante sus conciudadanos que había recibido la llamada de Dios, cuando en realidad no era más que una salida decorosa a un problema incómodo. Aún no había hecho sus votos y, en teoría, era libre de marcharse en cualquier momento, pero ¿a dónde ir sin recursos ni refugio?, ¿cómo enfrentarse al rechazo seguro de aquellos que la habían abandonado en vida? Atrapada en esa disyuntiva, su carácter se había ido agriando con los años, avinagrándose como un buen vino mal conservado, hasta volverse áspero y desconfiado.

—¿Reverenda madre, no le parece que hemos llegado demasiado lejos con este asunto? —preguntó finalmente, dejando escapar más de lo que pretendía.

La madre superiora, mucho más anciana, la miró con una mezcla de paciencia y firmeza. A diferencia de la novicia, su curiosidad no nacía de la envidia, sino de una necesidad casi afectiva de comprender a la niña. Alicia le recordaba a sí misma en la infancia: una mente despierta, imaginativa, tan viva que había inquietado a sus propios padres, incapaces de manejar aquel torrente de ideas en una casa ya de por sí desbordada por una numerosa prole. En aquellos tiempos, la solución había sido sencilla y tajante: antes de que el demonio —o lo que fuera que temían— se apoderara de la pequeña, el convento se erigía como el refugio más adecuado para contener una inteligencia que no sabían domesticar.

—En absoluto, jovencita —respondió con calma, pero sin titubeos—. Tengo que saber qué le ocurre a esta niña.

—Pero, reverenda madre, dice cosas inconcebibles, disparatadas… —insistió la novicia, dejando que el desdén tiñera su voz.

El tono rozaba la irreverencia, algo que en otro contexto habría sido corregido con severidad, pero la superiora, consciente de la posición social de la joven y de los beneficios que su familia aportaba al convento, optó, como tantas otras veces, por la moderación. Sabía que bajo aquella insolencia latía una frustración más profunda, y que reprimirla solo serviría para avivar un fuego que ya de por sí ardía con demasiada fuerza.

—Eso es precisamente lo importante —replicó la superiora con firmeza contenida—. Esta niña se está liberando de su angustia y de su ansiedad gracias a la presencia de una persona sensible y cualificada. Incluso aquello que le avergüenza, lo que jamás se atrevería a pronunciar en voz alta, encuentra salida porque sabe que no será juzgada; al contrario, será escuchada y aceptada. Ese diácono le ofrece un espacio de seguridad que necesita desesperadamente, un lugar donde puede sacar a la luz todo lo que lleva oculto, incluso aquello que ni ella misma sabía que habitaba en lo más profundo de su mente. La superiora no era, ni mucho menos, una mujer inculta; siempre había sentido una inquietud constante por aprender, una sed de conocimiento que los volúmenes piadosos de la biblioteca conventual —repletos de vidas de santos— no lograban saciar. Por eso, en sus escasas salidas, buscaba refugio en una vieja librería de segunda mano, apartada de las miradas curiosas y del bullicio de las grandes avenidas, donde encontraba, entre polvo y páginas amarillentas, ese alimento intelectual que tanto anhelaba.

—Pero, reverenda madre… ni siquiera es católico —insistió la novicia, afinando esa vocecilla impostada que utilizaba cuando pretendía sembrar inquietud—. Es protestante, un diácono que no reconoce la autoridad del Papa. Por favor, su ilustrísima… no quiero ni pensar qué ocurriría si el Arzobispo llegara a

enterarse. Dejó la frase suspendida en el aire, como quien lanza un anzuelo y espera, paciente, a ver si la presa muerde.

La superiora la observó con una severidad que no admitía equívocos y respondió sin rodeos, con una determinación que fue creciendo a medida que hablaba, encendiendo su rostro hasta teñirlo de un rojo intenso, casi violáceo:

—Alicia merece lo mejor. Esa niña ha sufrido más de lo que muchos santos relatan en sus martirios, y por eso, aunque tuviera que arder en los infiernos por ello, le proporcionaré lo que necesite. Y ahora mismo, lo mejor que tiene es ese hombre. ¿Está claro?

El tono había escalado sin remedio. La novicia, consumida por una envidia que ya no podía disimular —envidia hacia una niña desvalida que, sin embargo, acaparaba una atención que ella jamás había recibido—, decidió tensar aún más la cuerda. Se preparaba para contraatacar, convencida de que aún tenía margen, sin sospechar que la superiora llevaba tiempo aguardando ese instante con la munición justa y precisa.

—¡Puedes ir donde quieras y contar lo que te plazca! —la interrumpió con un golpe seco de autoridad—. Pero hay algo que parece que olvidas… ¿Tu familia sabe que no eres doncella?

Las palabras cayeron como una losa. La novicia palideció al instante, la sangre abandonó su rostro y sus ojos, de pronto, perdieron toda arrogancia. Bajó la cabeza en un gesto automático de sumisión, incapaz de sostener la mirada. Era cierto. Había conocido a un hombre sin escrúpulos que se cruzó en su vida en el momento justo para detectar su debilidad: le prometió matrimonio, un trabajo digno, estabilidad, una salida… y ella, necesitada de afecto y de una vida distinta, terminó cediendo por miedo a perder aquello que creía su única oportunidad. Pero todo fue un engaño. El supuesto empleado de banca desapareció en cuanto obtuvo lo que quería, dejándola marcada por la vergüenza y sin posibilidad de retorno.

—¿De verdad creías que no lo sabía? —añadió la superiora, bajando apenas la voz, lo justo para que sonara aún más contundente—. Estas paredes hablan, pequeña…

—Estoy en el bosque que tanto me gusta… sí… qué bien… —murmuró Alicia, dejándose llevar por la visión—. Estoy llegando a un claro donde un enorme rosal despliega rosas de todos los colores.

Avanzaba despacio, como si cada paso la adentrara más en un sueño del que no quería despertar. La atracción era irresistible: el aroma dulce y envol-

vente parecía llamarla por su nombre. Sin pensarlo, se internó en el rosal, aun a riesgo de pincharse, porque el embrujo de aquellas flores era más fuerte que cualquier prudencia. Con sumo cuidado, fue apartando los tallos y esquivando las espinas, hasta acercarse a una rosa especialmente majestuosa, cuyos pétalos se abrían con una elegancia casi altiva, como la cola desplegada de un pavo real. Se inclinó para aspirar su fragancia… y entonces se detuvo en seco.

—¡Huy…! ¿Pero esto qué es…? —dijo, interrumpiéndose bruscamente.

—Adelante, pequeña, muéstrame más. ¿Qué ocurre?, ¿por qué no sigues? —insistió el diácono con suavidad, aunque su mirada, fija en la pared, delataba su irritación hacia las espías, cuyo murmullo empezaba a entorpecer aquel delicado ejercicio.

—¡Esto es increíble… no puede ser! —exclamó Alicia, visiblemente alterada.

—¡Oiga, niña! Tenga cuidado con las verduras de la reina… —replicó de pronto una voz masculina, grave y algo ofendida.

Alicia miró alrededor desconcertada hasta descubrir el origen de la advertencia: un hombre enterrado hasta el cuello emergía del suelo entre las rosas.

—Usted perdone, caballero —respondió con apuro, dando un pequeño paso atrás.

—¡No soy un señor! ¡Soy una lechuga, y a mucha honra, señorita! —protestó con dignidad herida.

Alicia frunció el ceño, entre indignada y confundida.

—¿Cómo que una lechuga? Es usted un señor… y además calvo —replicó, como si aquello zanjara la cuestión.

—No solo hay lechugas —intervinieron entonces otras voces—; también hay coles, repollos, endivias, alcachofas…

Alicia giró sobre sí misma, descubriendo, con creciente asombro, que entre los rosales sobresalían numerosas cabezas calvas, alineadas como si formaran un extraño y silencioso huerto humano. Todos la observaban con una mezcla de orgullo y resignación.

—¿Cómo es posible que se dejen enterrar así, con solo la cabeza fuera? —preguntó, incapaz de ocultar su inquietud.

—Estamos destinados a ser hortalizas —respondió el hombre-lechuga con serenidad, como quien enuncia una verdad indiscutible.

—¿Destinados? Eso es una crueldad —replicó Alicia, dando un paso más hacia él, como si quisiera desenterrarlo con su sola voluntad.

—Sí, señorita… un destino como cualquier otro —contestó sin alterarse—. Hay quien nace para ser soldado, otros para campesinos, obreros o artesanos… nosotros, en cambio, hemos sido escogidos para esto.

Alicia negó con la cabeza, cada vez más perturbada.

—Pero… tendrán que comer, hacer sus necesidades, ver a su familia… Esto es una tortura. Acabarán muriendo enterrados de esta manera —sentenció, con una lógica que le parecía irrefutable.

—Te equivocas, pequeña —respondió él con una calma que resultaba aún más inquietante—. Hemos sido creados para este fin. Con el tiempo, de nuestros pies brotan raíces, y poco a poco nos transformamos en verdaderas hortalizas.

—Yo ya lo estoy notando… —añadió una coliflor con entusiasmo, como si anunciara una buena noticia.

—También yo —se sumó una escarola, orgullosa, elevando ligeramente la barbilla.

Alicia los miraba a todos, completamente sobrepasada, incapaz de encajar aquella lógica imposible dentro de su entendimiento.

—Esto no puede ser… es imposible… —balbuceó, aturdida, sintiendo que el suelo bajo sus pies empezaba a perder toda consistencia.

Por el sendero apareció una mujer de mediana edad, vestida como una campesina, de aspecto saludable, carnes generosas y muslos firmes que marcaban el ritmo pausado de su andar. Caminaba silbando con una alegría despreocupada, como si nada en aquel extraño lugar pudiera perturbarla, y sobre la cabeza equilibraba con destreza un recipiente metálico. Los años, lejos de restarle energía, parecían haberle regalado esa serenidad rotunda de quien ha aceptado su cuerpo y su destino: su vientre dibujaba con orgullo la curva de la felicidad, y cada paso suyo tenía algo de ceremonia cotidiana. Al llegar junto a Alicia, se detuvo apenas un instante y la saludó con jovialidad:

—Muy buenos días.

La niña respondió con educación, fijándose en el cubo que la mujer sostenía sobre la cabeza, pero la campesina no añadió nada más; como si Alicia no fuera más que un elemento más del paisaje, bajó el recipiente con ambas manos y, acto seguido, comenzó a regar una a una las cabezas calvas que emergían del suelo. El agua caía como un regalo esperado, y los hombres-hortaliza la recibían con risas, murmullos y palabras de agradecimiento. Se agitaban levemente, como niños impacientes por repetir turno, y ella, con la paciencia de una madre acostumbrada a repartir afecto entre muchos, distribuía el líquido con equidad, sin olvidar a ninguno.

—Señora, por favor… —se atrevió Alicia, manteniendo las formas—. ¿Podría decirme por qué estos señores están haciendo de hortalizas?

La mujer alzó la vista, sin dejar de regar.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad, pequeña? —preguntó, aunque la respuesta era evidente.

—Como usted comprenderá, de donde yo vengo esto sería, como poco, una locura.

—Es verdad, Alicia —respondió la campesina con naturalidad, como si la conociera de toda la vida—. Ya no estás donde siempre. ¿O acaso crees que todo lo que te ha pasado hasta ahora es normal?

Dejó la frase suspendida en el aire, invitándola a reflexionar. Alicia vaciló un instante y, a pesar de su desconcierto, no pudo más que asentir.

—Tiene usted razón, señora… incluso a mí, cuando lo acepto, ya no me parece tan disparatado.

—Muy bien, pequeña —dijo la mujer con un leve deje de satisfacción—. ¿Alguna pregunta más?

—Sí… —dudó Alicia—. Cuando se transforman en verduras… ¿se los comen?

El efecto fue inmediato. Un murmullo de inquietud recorrió el huerto humano; las cabezas comenzaron a agitarse, los rostros a contraerse, y pronto estallaron en gemidos, protestas y voces temblorosas que exigían explicaciones.

—Pero, niña tonta, ¿qué has hecho? —gritó la campesina, perdiendo de golpe su tono afable—. ¡Eso no se dice! ¡No pueden saberlo!

—Pero… las verduras se comen, ¿no? —insistió Alicia, sin comprender del todo la gravedad.

—¡Calla, estúpida! —replicó, ahora visiblemente alterada—. No sigas preguntando… ahora tendré que calmarlos. Como se entere la reina, estoy perdida…

El pánico había sustituido a la serenidad de la mujer, pero enseguida recompuso su gesto y, volviéndose hacia las hortalizas, alzó la voz con una solemnidad casi litúrgica:

—Escuchadme bien, mis queridas verduras. Recordad las enseñanzas: creced sanas hasta que llegue el día de la ascensión. Las mejores de vosotras irán al paraíso de las hortalizas, donde estaréis libres de plagas, regadas por una lluvia generosa y acariciadas por un sol bendito que os dará una temperatura constante y perfecta. Las peores, en cambio, sufrirán el fuego del infierno, donde seréis reducidas a ceniza hasta desaparecer por completo.

Las palabras, cargadas de promesa y amenaza, surtieron efecto. Poco a poco, las protestas se apagaron, los rostros se relajaron y una especie de embeleso colectivo se apoderó de ellos. La jardinera, percibiendo la expectación, suavizó el tono y comenzó a entonar una nana dulce y repetitiva, como una canción de cuna que se desliza sin resistencia en la conciencia. Las cabezas dejaron de moverse, los susurros se extinguieron y, uno a uno, quedaron sumidos en una calma dócil, casi infantil, como si la inquietud jamás hubiera existido.

Cuando estuvo segura de que todo había vuelto a la normalidad, la mujer se giró bruscamente hacia Alicia, y la calidez desapareció por completo de su rostro.

—¡Y ahora, niñata, vete con viento fresco!

Alicia no necesitó que se lo repitieran. Con el corazón aún agitado por lo vivido y deseando alejarse de aquel sinsentido que empezaba a resultarle demasiado real, echó a andar con rapidez por el sendero, internándose de nuevo en el bosque que tanto amaba, aunque ahora ya no le parecía tan acogedor como antes.

El sendero comenzó a estrecharse poco a poco, devorado por una hojarasca tan densa que apenas dejaba paso a la luz del sol, que luchaba con obstinación por abrirse camino entre el espeso follaje. Las sombras se alargaban y se entremezclaban, creando una penumbra inquietante que parecía respirar al ritmo del bosque. Cuando Alicia pensó que el camino se desvanecería por completo, distinguió, apenas insinuada entre las ramas, una cabaña de madera en evi-

dente estado de abandono. Antes de alcanzarla, un pequeño caos de vida campestre se desplegaba ante ella: gallinas que picoteaban distraídas, patos que se movían torpemente y algún que otro cerdito que, al percatarse de la presencia de la niña, huyó con rápidos y nerviosos movimientos para esconderse entre los matorrales.

—¿Qué quieres, niña?

La voz surgió de improviso, áspera y desconfiada. Provenía de una mujer encorvada cuya edad resultaba imposible de adivinar, como si el paso del tiempo no se hubiera limitado a contar años, sino que se hubiera acumulado físicamente sobre su espalda, deformándola hasta formar una joroba prominente. Se apoyaba en un bastón para sostenerse, y su aspecto, lejos de resultar amable, imponía una extraña mezcla de rechazo y compasión. Su rostro estaba dominado por una nariz exageradamente grande, coronada por un grano que destacaba como una guinda grotesca, del que emergían dos rígidos pelillos negros que parecían desafiar cualquier intento de disimulo. Era la viva respuesta a todas las preguntas que uno pudiera hacerse sobre cómo alguien termina viviendo solo, escondido en lo más profundo de un bosque.

Alicia, al verla de cerca, quedó momentáneamente descolocada. Sintió el impulso de apartar la mirada, y lo hizo, mordiéndose la lengua para no dejar escapar ninguna indiscreción que pudiera ofenderla. La escena le resultaba incómoda, casi violenta, pero algo en su interior la llevó a pensar que tal vez aquella mujer había sido víctima de burlas o rechazos que la habían empujado a ese aislamiento. Esa idea despertó en ella una inesperada empatía, y con cautela, procurando no alterar aquel frágil equilibrio, respondió:

—Me he perdido, señora.

Lo dijo con el mayor tacto posible, como quien avanza sobre un terreno incierto, temiendo provocar una reacción hostil.

—¡Vaya, niña tonta! —estalló la mujer con brusquedad—. Encima de que te pierdes, espantas a mis animales. ¿Qué te hemos hecho para que vengas a molestarnos?

Su enfado era evidente, casi visceral. Aquel retiro, elegido o impuesto, se sostenía sobre una única norma: no ser perturbado. Era autosuficiente y había aprendido a desconfiar de todo lo que viniera de fuera, como si el mundo entero fuera una amenaza constante.

—Lo siento, señora… —insistió Alicia, con un hilo de voz que buscaba apaciguar—. Solo necesito algo de comer, descansar un poco y luego me iré. Se lo prometo.

La mujer la observó entonces con detenimiento, recorriéndola de arriba abajo con una mirada escrutadora que no dejaba lugar a engaños.

—Pues sí que estás flacucha… —murmuró.

Sin previo aviso, se acercó y comenzó a palparla con una naturalidad desconcertante, como si examinara una pieza de ganado. Alicia sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, un impulso instintivo de apartarse, pero logró contenerse; no era el momento de ofender a quien podía ofrecerle alimento y refugio.

—¡Humm…! Más de lo que esperaba… —añadió la mujer, rascándose pensativa los escasos pelos que sobresalían de su mentón adelantado.

Tras aquel examen, que pareció eterno para la niña, la mujerona se irguió ligeramente, apoyándose en su bastón, y finalmente dictó su veredicto:

—Está bien, flacucha. Pasa. Te daré comida y cobijo.

La cocina era enorme, desproporcionada para una casa tan apartada. Los anaqueles de la despensa, sin embargo, estaban completamente vacíos, lo que resultaba una contradicción tan evidente que desconcertó a la chiquilla. Las ollas y cacerolas colgaban del techo, enormes, como si hubieran sido concebidas para cocinar una vaca entera, y los fogones de leña crepitaban con una energía constante, calentando gruesas placas de hierro sobre las que reposaba un puchero colosal. El caldo bullía con intensidad, liberando un vapor denso que se deslizaba por las paredes y les confería un brillo húmedo, casi viscoso, como el de una sauna abandonada a su propio aliento. Sin embargo, todo aquel escenario, que debería haber resultado inquietante, se transformaba por completo al contacto con el aroma que impregnaba el aire: una mezcla cálida, envolvente, imposible de definir con precisión, pero que evocaba con fuerza los platos que su madre solía prepararle. Aquello la golpeó de lleno en la memoria y en el estómago. Alicia, que tenía más hambre que el perro de un ciego —y nunca mejor traído el dicho—, dejó a un lado cualquier duda o recelo y, sin pensarlo dos veces, se sentó con rapidez, dispuesta a devorar cuanto le pusieran delante.

La cena fue abundante y deliciosa, hasta el punto de que cada bocado parecía borrar un poco más la inquietud que, hasta entonces, había sentido. Cuando terminó, un sopor pesado se apoderó de ella, ese cansancio profundo que nace de una barriga llena y de un cuerpo que lleva demasiado tiempo sin des-

cansar como es debido. Sus párpados luchaban por mantenerse abiertos, pero el sueño avanzaba implacable. La mujerona, que no había dejado de observarla, advirtió enseguida ese combate inútil.

—Ven, pequeña, te guiaré hasta tu habitación.

La voz sonó inesperadamente amable, casi dulce, y eso, lejos de tranquilizarla del todo, despertó en Alicia un leve resquemor, una sospecha difusa que no llegó a tomar forma. Pero el cansancio pesaba más que cualquier duda, y se dejó conducir sin oponer resistencia.

La habitación resultó tan austera como cabía esperar. No había rastro alguno de lujo: un catre sencillo ocupaba el centro, acompañado de un armario ropero de dos puertas, viejo y desvencijado, una de las cuales permanecía entreabierta como si invitara a curiosear en su interior. Junto a él, una vasija para asearse y una toalla raída colgando del respaldo de una silla completaban el mobiliario. Nada de aquello inspiraba confianza, pero tampoco era suficiente para provocar una huida inmediata. Alicia, agotada, decidió que lo sensato era descansar primero y dejar cualquier decisión para la mañana siguiente. Apenas se tumbó sobre el catre, el sueño la envolvió sin darle tiempo a pensar en nada más, arrastrándola de golpe al mundo de la inconsciencia.

La noche transcurrió sin sobresaltos. La mujerona se había retirado hacía tiempo a sus propios aposentos, y la casa quedó sumida en un silencio espeso, apenas interrumpido por los sonidos lejanos del bosque. Alicia dormía profundamente, ajena a todo, mientras los animales de la granja se acurrucaban en sus rincones habituales, y la luna, llena y serena, iluminaba el entorno con una majestuosidad tranquila, como si velara por todos ellos desde lo alto.

Su quietud se vio turbada por unos llantos lastimeros que comenzaron a filtrarse en sus sueños, mezclándose con la imagen reconfortante de su madre, que cocinaba para ella su comida favorita: aquellas magdalenas rellenas de chocolate que tanto adoraba, cuyo interior se desbordaba a cada mordisco, manchándole el vestido sin que eso le importara lo más mínimo. No era una pesadilla, ni algo que despertara un miedo inmediato, pero sí una molestia persistente, una grieta en la placidez del descanso que la hizo revolverse entre las sábanas. La cama, mullida y cálida, parecía abrazarla con una insistencia casi posesiva, como si no quisiera dejarla marchar, reteniéndola en ese estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Sin embargo, los sollozos fueron haciéndose más nítidos, más cercanos, hasta adquirir la claridad angustiosa del llanto de un bebé que reclama atención. Aquello terminó por arrancarla del sueño. Alicia abrió los ojos con desgana, incorporándose lentamente, aún atrapada por la pereza y el sopor. Tal como se había acostado, vestida, se levantó, aunque no pu-

do evitar fijarse con cierto fastidio en su vestido, ahora algo arrugado y sucio. «Si me viera mi madre…», pensó para sí, con un leve gesto de disgusto.

Guiada por los lamentos, avanzó por la casa en silencio. Al pasar junto al dormitorio de la mujerona, los profundos y atronadores ronquidos que salían de su interior le confirmaron que aquellos sollozos no provenían de ella. Continuó de puntillas, con cautela, pues no parecía prudente despertar a la dueña de la casa. Mientras caminaba, su mente ensayaba posibles excusas, por si la sorprendían: decir que buscaba el aseo le pareció una coartada razonable y lo bastante inocente. La luz de la luna, filtrándose por las ventanas, bañaba el interior con un resplandor plateado que le permitía orientarse sin dificultad, dibujando sombras alargadas que parecían moverse con vida propia. Al fondo, descubrió una escalera de caracol que ascendía hacia el desván. A cada paso que daba, los llantos se intensificaban, más urgentes, más desgarradores, confirmándole que se dirigía en la dirección correcta. La curiosidad, poderosa y obstinada, se impuso por completo a cualquier instinto de prudencia.

Al llegar arriba, empujó la trampilla con cuidado y se adentró en el desván. La estancia estaba casi a oscuras, salvo por la luz de la luna que penetraba por una claraboya y caía como un haz concentrado, iluminando parcialmente el espacio, como si se tratara de un escenario dispuesto para una representación. Fue entonces cuando lo vio. En el fondo del desván, una cuna se balanceaba suavemente. Dentro de ella, un bebé lloraba desconsolado, llamando a unos padres que no acudían. Alicia se quedó paralizada, incapaz de dar un solo paso, como si sus pies hubieran quedado pegados al suelo. El aire se volvió denso, pesado.

De pronto, el bebé advirtió su presencia. Se incorporó con una rigidez antinatural, quedando erguido sobre sus piernas, y extendió los brazos hacia ella mientras emitía un grito que ya no era solo de llanto, sino de algo más profundo, más perturbador. En la penumbra, sus ojos comenzaron a brillar con una intensidad extraña, adquiriendo un tono oscuro y febril que heló la sangre de la niña. Aquella mirada fija, penetrante, parecía atravesarla, clavándose en lo más hondo de su mente. Alicia, aterrorizada, sintió cómo el sonido de los lamentos se le metía dentro, como si no proviniera ya del exterior, sino de su propio pensamiento. Instintivamente, se llevó las manos a los oídos, intentando protegerse de aquel asalto invisible.

Y entonces, de forma abrupta, todo cambió. Entre risas infantiles, ligeras pero inquietantes, comenzaron a aparecer pequeñas esferas de luz que flotaban a escasos centímetros del suelo. Se desplazaban con suavidad, describiendo círculos en el aire, hasta reunirse alrededor de la cuna. Su presencia transformó el ambiente: los sollozos del bebé se fueron apagando poco a poco, como si aquellas luces lo arrullaran. Finalmente, el pequeño cayó rendido, dejándose

caer de nuevo en la cuna, que continuó meciéndose por sí sola, con un vaivén hipnótico, sin que ninguna mano visible la empujara.

A la mañana siguiente, el sol, impetuoso por colarse en la estancia, envió sus rayos a través de las cortinas hasta alcanzar los ojos de Alicia. Insistente, casi juguetón, el astro rey fue abriéndose paso poco a poco, obligándola a abandonar el refugio del sueño. A regañadientes, y tras varios intentos por resistirse, la niña terminó por despertarse. No había descansado bien. Los restos de la noche aún pesaban sobre ella: la imagen confusa de unos llantos, un bebé, una cuna que se mecía sola y aquellas extrañas bolas de luz se agolpaban en su mente, dejándole un leve pero persistente dolor de cabeza. El cansancio acumulado, unido a todo lo vivido, le despertó una nostalgia profunda, casi dolorosa, por el cariño de su madre. Sin embargo, la única figura adulta a su alcance era la mujerona, cuya presencia distaba mucho de cualquier calidez maternal.

Tras asearse de manera rápida y algo torpe, se dirigió hacia la cocina. Allí no encontró rastro de la mujer, pero sí una mesa preparada con un esmero inesperado: un bol de leche aún humeante, un par de tostadas generosamente untadas con mantequilla y mermelada, y un vaso lleno de lo que parecía ser zumo de naranja. Aquella visión, tan simple y a la vez tan reconfortante, disipó en gran medida las dudas que había albergado la noche anterior. Alicia no lo dudó y comenzó a comer con ese apetito franco y despreocupado que solo tienen los niños sanos, olvidándose por unos instantes de todo lo extraño que la rodeaba.

Llevaba ya un buen rato devorando el desayuno cuando la mujerona apareció en la puerta. Su presencia, aunque inesperada, no resultó tan brusca como el día anterior.

—¿Qué tal la noche, Alicia? —preguntó con un tono sorprendentemente amable.

El hecho de que la llamara por su nombre descolocó ligeramente a la niña, pero su carácter, aún capaz de recuperar cierta ligereza pese al cansancio, la ayudó a recomponerse.

—No muy bien, señora —respondió, dejando escapar un matiz lastimero, como buscando comprensión.

—Dime, pequeña… ¿te sentó mal la cena? —añadió la mujer con una naturalidad que evocaba, por un instante, la preocupación sincera de una madre.

Alicia, alentada por aquel tono inesperadamente cercano, decidió no guardarse nada. Relató lo ocurrido durante la noche con todo detalle: los llantos, la

cuna, el bebé, las luces… A medida que hablaba, la escena volvía a tomar forma en su mente, y su voz se volvió más tenue, más insegura.

La mujerona escuchó sin interrumpir, dejando que el relato se desarrollara por completo. Cuando la niña terminó, emitió un leve sonido pensativo.

—Humm… veamos… —murmuró—. Cuando termines de desayunar, te llevaré a ver mi colección… Puede que eso explique tus pesadillas.

La forma en que pronunció la última palabra, “colección”, no pasó desapercibida. Hubo en ella un énfasis particular, una intención difícil de precisar, que dejó flotando en el aire una sensación incómoda.

Alicia, aunque no supo exactamente por qué, sintió un leve estremecimiento. Aun así, terminó su desayuno en silencio. Cuando dejó el bol sobre la mesa, la mujerona ya la esperaba, apoyada en su bastón, con una expresión indescifrable.

—Vamos —dijo finalmente—. Es hora de que veas mi colección.

Y sin añadir nada más, la invitó a seguirla.

Una escalera conducía al primer piso, pero justo debajo de ella, en uno de sus laterales, se abría una puerta estrecha y baja, casi disimulada, como si no estuviera pensada para ser utilizada con frecuencia. Alicia la atravesó sin dificultad, aunque la mujerona tuvo que encorvarse aún más de lo habitual para poder pasar. Al otro lado, una pequeña escalera de madera descendía hacia un nivel inferior, salvando un desnivel considerable. A medida que Alicia bajaba los escalones, la penumbra se hacía más densa, y su imaginación, excitada por todo lo vivido, empezó a jugarle malas pasadas: sombras que parecían moverse, crujidos que no sabía si eran reales o fruto de su mente, susurros que se desvanecían en cuanto intentaba identificarlos.

Al llegar al sótano, la sensación fue inmediata y desagradable. El suelo, de cemento desnudo, estaba cubierto por una fina capa de polvo que parecía no haber sido perturbada en mucho tiempo. Un olor pesado, acre, difícil de localizar pero imposible de ignorar, impregnaba el ambiente, provocándole un profundo malestar. Alicia se detuvo un instante, conteniendo la respiración. La mujerona, percibiendo su incomodidad, le tomó la mano con un gesto inesperadamente firme, casi protector. La niña, agradecida, se aferró a ella con fuerza, como si aquel contacto fuera lo único sólido en medio de un entorno que empezaba a resultarle irreal.

—Mira, pequeña… ante ti, mi “Museo del Pecado”.

La mujer abrió los brazos con una teatralidad inquietante, como si presentara una obra de la que se sentía profundamente orgullosa. Alicia alzó la vista… y lo que vio la dejó sin aliento. La estancia estaba repleta de estanterías donde se alineaban recipientes de cristal, cada uno con su contenido cuidadosamente conservado. Formas pequeñas, humanas pero incompletas, detenidas en distintos momentos de su desarrollo, flotaban en un líquido translúcido que reflejaba la escasa luz del lugar. No hacía falta entenderlo del todo para sentirlo: aquello no estaba bien.

—Es mi colección… —continuó la mujer, con un tono casi reverencial—. Las consecuencias del mal comportamiento del género humano.

Alicia no respondió. Sus ojos recorrían la sala sin poder fijarse en ningún punto concreto, como si su mente rechazara procesar lo que tenía delante. La mujer, interpretando su silencio como incomprensión, adoptó un tono más didáctico, señalando algunos de los recipientes, explicando sus orígenes con una frialdad que contrastaba con la crudeza implícita de sus palabras.

El cuerpo de Alicia no pudo soportarlo. Una náusea violenta le subió desde el estómago, obligándola a doblarse. Intentó contenerse, pero fue inútil: terminó vomitando allí mismo, expulsando el desayuno que hacía apenas unos minutos le había parecido tan delicioso. La mujerona, lejos de alarmarse, la sostuvo con cierta eficacia, como si aquella reacción formara parte esperada del proceso.

—Tranquila, pequeña… —murmuró, aunque sin verdadera empatía—. Es cuestión de entender.

Pero Alicia no entendía. Apenas podía pensar. Cada palabra que escuchaba, cada insinuación, aumentaba la sensación de horror y confusión que la invadía. La mujer continuó hablando, señalando otros frascos, otros objetos, estableciendo conexiones que para ella parecían evidentes, pero que para la niña resultaban incomprensibles. Su discurso, que pretendía ser una lección, sonaba más bien como una condena.

Alicia, mareada, con los ojos vidriosos, solo tenía una idea clara: debía salir de allí. Todo en aquel lugar le producía rechazo, un miedo visceral que no sabía explicar pero que le gritaba que estaba en peligro. Aquella mujer, aquella casa, aquel “museo”… nada tenía ya la apariencia de refugio.

La mujerona, observándola con atención, comprendió que su enseñanza no estaba siendo recibida como esperaba. Sin embargo, lejos de desistir, pareció reafirmarse en su propósito. En su mente, aquella niña perdida, llegada como caída del cielo, no era un problema… sino una oportunidad.

Y estaba decidida a no desaprovecharla.

La sacó casi a rastras de aquel sótano y la condujo hasta el comedor, un espacio que, en otras circunstancias, habría resultado reconfortante, pero que ahora apenas lograba mitigar el terror que se había apoderado de la niña. Alicia no podía dejar de sollozar; sus manos temblaban y sus palabras salían entrecortadas, como si cada súplica le costara un esfuerzo inmenso.

—¡Cállate, pequeña, deja ya de lloriquear! —estalló la vieja con brusquedad.

Su tono era duro, casi violento, pero su rostro contaba otra historia: sus ojos, inquietos, se movían de un lado a otro con nerviosismo, como si temiera algo que aún no había aparecido, pero cuya llegada daba por segura.

—Por favor, señora… quiero irme a mi casa… por favor… —imploró Alicia, rota, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo.

—Si sigues gimoteando… tu miedo los va a llamar… —susurró la mujer, acercándose tanto que su aliento, cargado y desagradable, hizo que la niña volviera a sentir náuseas—. Escucha bien —añadió con urgencia—: si no te calmas, las dos corremos un grave peligro.

Guardó silencio unos segundos, esperando que Alicia pudiera recomponerse lo suficiente para escucharla.

—El miedo… y todas las emociones negativas… son alimento para los seres oscuros que habitan en otra dimensión. ¿Lo entiendes?

Alicia la miró sin comprender, atrapada entre el pánico y la incredulidad.

—Pero… señora… ¿qué dice usted? Está loca… déjeme marchar, se lo suplico… —insistió, incapaz de contener los sollozos.

—¡Será posible, niña tonta! —gruñó la mujer, cada vez más alterada—. A estas alturas ya deben de estar saciados con tus temores… ¡y vendrán!

No terminó la frase. Algo en la estancia cambió.

En la pared, una mancha oscura comenzó a extenderse lentamente, como si una sustancia viscosa se filtrara desde otro lugar. Descendió hacia el suelo con un movimiento antinatural, y, poco a poco, fue adquiriendo forma. No tenía extremidades definidas, ni una estructura clara: era una masa negra, gelatinosa, que parecía respirar por sí misma. En la parte superior, una protuberancia sugería lo que podría ser una cabeza, sostenida por un cuello apenas insinuado. Su rostro —si es que podía llamarse así— estaba dominado por una boca desmesurada, abierta en una mueca perpetua, de la que colgaba una baba espesa

que se estiraba y se contraía al ritmo de su movimiento. Entre aquella deformidad se intuían unas hendiduras oscuras que actuaban como ojos, fijos, brillantes, cargados de una burla silenciosa y cruel.

No hablaba. Solo emitía sonidos húmedos, desagradables, que parecían arrastrarse por el aire.

La criatura avanzó lentamente, deslizándose por el suelo como una babosa gigantesca, dejando tras de sí una estela oscura. La vieja retrocedió, pero su propio terror parecía alimentar al ser, que crecía a cada instante, volviéndose más denso, más presente, más inevitable. Cuando llegó hasta ella, se detuvo un instante, como si saboreara la situación. Antes de atacar, una lengua larga y viscosa emergió de su boca y recorrió el rostro de la mujer con una lentitud repugnante.

Alicia lo entendió entonces.

Un instinto profundo, primario, tomó el control de su cuerpo. A pesar del terror que la sacudía por dentro, dejó de llorar. Se obligó a callar, a contener cada impulso, cada gesto. Mientras la criatura engullía a la mujerona —en un acto rápido, brutal y silencioso—, Alicia se pegó a la pared, rígida como una estatua. Contuvo la respiración, reguló sus latidos, se aferró a una calma artificial que era lo único que la mantenía con vida.

El ser, tras alimentarse, permaneció unos instantes en el centro de la estancia. Luego comenzó a moverse de nuevo, lentamente, explorando el lugar como un depredador que busca más alimento. Se detenía, se inclinaba, parecía olfatear el aire, guiado por un instinto ajeno a cualquier lógica humana.

Pero no encontró nada.

Nada que pudiera alimentar.

Alicia no era más que silencio. Un cuerpo inmóvil, una mente en tensión absoluta, un miedo contenido hasta el extremo de desaparecer.

Y eso, por el momento… la salvó.

Cuando por fin la calma permitió a su mente trabajar, Alicia empezó a ordenar sus pensamientos con urgencia. Necesitaba una solución, y la necesitaba rápido. Aquella masa viscosa no parecía invencible, pero tampoco ofrecía un punto claro de debilidad. «Vamos, piensa… piensa», se apremiaba a sí misma, sintiendo cómo el tiempo se le escapaba entre los dedos. Y entonces, como una descarga eléctrica, un recuerdo se abrió paso en su memoria.

Su madre, siempre tan diestra en la cocina, había sufrido tiempo atrás un pequeño accidente. Le pidió que fregara una sartén mientras preparaba unas croquetas de bechamel, de esas que tanto le gustaban. Alicia, sin darse cuenta de su descuido, le pasó la sartén aún húmeda. Su madre, concentrada en la preparación, vertió el aceite sobre ella y, al calentarse, el contacto con el agua provocó una violenta reacción: el aceite comenzó a saltar con furia, alcanzándola y provocándole pequeñas quemaduras. Tras la consabida reprimenda, le explicó con paciencia que el agua y el aceite eran enemigos irreconciliables.

El recuerdo se convirtió en idea. Y la idea, en acción.

Alicia no lo dudó. Pensó en todo lo perdido, en el miedo, en la injusticia de lo vivido, en sus amigos desaparecidos —su querida gatita, su adorado conejito— y dejó que la emoción la desbordara. Comenzó a llorar con una intensidad que iba más allá de lo natural, como si cada lágrima arrastrara consigo todo su dolor contenido. Sus sollozos se transformaron en un torrente, y pronto el suelo quedó anegado por aquella agua salada que se extendía sin control.

La criatura, formada de grasa y aceite, empezó a reaccionar. Su superficie se alteró, vibró, se fragmentó. La mezcla imposible la debilitaba, la rompía en pequeñas porciones que se separaban unas de otras, convertidas en diminutas esferas que luchaban por recomponerse. Alicia, comprendiendo el peligro, no se detuvo: agitó brazos y piernas con desesperación, dispersando aquellas bolitas antes de que pudieran reunirse de nuevo, hasta que la amenaza quedó completamente disuelta, incapaz de recuperar su forma original.

—¿Le va gustando la novela, Srta. Alicia?

El cambio fue brusco. No era realmente una pregunta, y el señor Martínez, viendo el gesto de la niña, se adelantó a una respuesta que en realidad no llegaba.

—No está nada mal… —contestó Alicia con cierta compostura—. Tiene imaginación; mezcla bien el miedo, el cariño y esa desesperación que nos empuja a hacer cosas que en condiciones normales jamás haríamos. Va por buen camino… aunque todavía puede mejorar.

Se quedó pensativa unos instantes, como si algo no terminara de encajar.

—Pero… ¿por qué las religiosas en esta historia?

La pregunta quedó suspendida en el aire. El señor Martínez dudó. Valoró varias respuestas, pero ninguna le convencía del todo. En el fondo, ni él mismo lo

tenía claro. Había sido más una intuición, un intento de dar color, de añadir matices… pero ahora, enfrentado a la cuestión, le sonaba débil.

—Me pareció oportuno… darle un poco de salsa a la historia —respondió finalmente, sin demasiada convicción.

—Por supuesto las tratará bien —añadió Alicia, más como advertencia que como pregunta.

—Faltaría más, Srta. Alicia —replicó él, intentando dotar de firmeza a sus palabras, aunque incluso para sus propios oídos sonaron huecas.

Alicia lo notó, pero decidió no insistir. Al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de un escritor cuya mente era terreno fértil para influencias que ni él mismo comprendía del todo?

—¡Increíble! ¡Peor que todos los capítulos juntos! —irrumpió entonces el Tiburón, desatado—. ¿Personas cultivadas como verduras? ¿Bebés con ojos endemoniados? ¿Luces que ríen como niños? ¿Una vieja moralista con su colección aberrante… y luego devorada por un monstruo de grasa? ¿Y ahora resulta que unas lágrimas lo disuelven todo? ¡Una historia que no se sostiene! ¿Quién en su sano juicio va a leer semejantes disparates? ¿Se cree usted que los lectores son idiotas?

El ataque fue directo, feroz. Sus palabras golpeaban una tras otra, sin dar respiro, clavándose en el señor Martínez, que se removía con rabia contenida.

—¡Calma, señores! —intervino Alicia con autoridad inesperada—. Aquí mando yo. Y se hará lo que yo diga, guste o no.

Solo ella parecía percibirlo con claridad: el Tiburón se enroscaba alrededor del señor Martínez, entrando por sus pensamientos, contaminando sus palabras. En él se concentraban todos los excesos: la ira, la envidia, la soberbia, la gula… una amalgama de impulsos que nunca se saciaban.

—¿Cómo es posible que en este capítulo haya sido relegado? —tronó entonces la Soberbia, con voz atronadora—. ¡Yo soy el mayor de todos! ¡El origen! ¡Fui quien expulsó a Lucifer del paraíso! ¡He habitado en reyes, en tiranos, en los grandes de la historia! ¡Y ahora se me ignora!

—Si tanto desprecias la novela… ¿por qué quieres formar parte de ella? —replicó Alicia con ironía.

—No es que quiera… es que debo —sentenció la Soberbia.

—Señor Martínez —continuó Alicia, divertida—, ¿le buscamos un hueco?

—Puede que sí… —respondió él, dejándose arrastrar por el juego.

—Quien ríe el último, ríe mejor… —advirtió la Soberbia antes de desaparecer entre murmullos e insultos.

—En fin… que se vaya con viento fresco —dijo Alicia con desdén.

—¿Está usted segura? —preguntó el señor Martínez, no del todo tranquilo.

—Si aparece… ya veremos —respondió ella con calma.

—Descuide… —empezó él, aunque en su interior no las tenía todas consigo.

—¡Por supuesto que mi dueño se encargará! —intervino el Tiburón con entusiasmo falso—. ¡Que le jodan!

—Basta —zanjó Alicia—. Calma… y a seguir escribiendo.

CAPÍTULO X

El diácono estaba cansado. La conversación mantenida con Alicia, tan extraña como absorbente, le había dejado una sensación difícil de explicar, como si durante horas hubiese permanecido asomado al borde de un precipicio invisible. Dio por buena la sesión de aquel día y, tras despedirse con unas pocas palabras ceremoniosas, se retiró lentamente a la celda que la madre superiora había dispuesto para él dentro del convento. La anciana religiosa insistió desde el primer momento en que debía hospedarse allí y no en la posada del pueblo ni en la residencia episcopal; según ella, convivir entre los muros del monasterio le permitiría impregnarse del silencio, de la disciplina y de la austera espiritualidad de las hermanas, circunstancias que, a su juicio, resultarían beneficiosas para la delicada labor que le había sido encomendada. El diácono, aunque no compartía del todo aquella opinión, aceptó por simple cortesía. Ahora, mientras caminaba por los estrechos corredores iluminados apenas por la temblorosa luz de algunos cirios, comenzaba a sospechar que quizá la madre superiora tenía razón. Aquel lugar parecía poseer una vida propia: los muros respiraban humedad y misterio, el eco de las sandalias sobre las piedras sonaba como un susurro antiguo y, en la distancia, las campanas del convento parecían marcar el paso de un tiempo distinto al del resto del mundo.

Al llegar a su pequeña celda cerró la puerta con suavidad y permaneció inmóvil unos instantes. La estancia era sobria hasta el extremo: una cama estrecha de madera, una mesa diminuta, un crucifijo ennegrecido por los años y una ventana desde la cual se divisaba el patio interior del convento, bañado por la luz lechosa de la luna llena. Se dejó caer sobre el colchón con un suspiro cansado. Sin embargo, el sueño no acudió de inmediato. Las palabras de Alicia seguían resonando en su cabeza con inquietante claridad. Había algo en aquella niña que escapaba a toda lógica, una mezcla perturbadora de inocencia y lucidez imposible de encontrar en alguien de su edad. Cerró los ojos intentando apartar aquellas ideas, pero cuanto más se esforzaba, con mayor intensidad regresaban a su mente las imágenes del relato fantástico que la muchacha describía como si realmente lo hubiese vivido. Finalmente, el agotamiento terminó imponiéndose y el diácono se durmió vestido, vencido por una fatiga más espiritual que física.

Alicia, por el contrario, no necesitaba descansar. Al menos no de la misma forma en que descansan los seres humanos corrientes. En su exclusivo mundo, tan mutable como un sueño y tan vasto como la imaginación de un niño, continuaba perdida en el inmenso océano formado por sus propias lágrimas. Las aguas, oscuras y profundas bajo la claridad de la noche, se extendían hasta donde alcanzaba la vista como un mar interminable de tristeza líquida. Durante largo rato nadó sin rumbo, agotada por el esfuerzo y por la desesperación que

poco a poco comenzaba a entumecerle los brazos. El salitre le escocía en los ojos y cada brazada parecía más pesada que la anterior. A punto estuvo de abandonar toda resistencia y dejarse hundir en aquella inmensidad silenciosa, cuando una sombra gigantesca emergió lentamente de entre las aguas.

Era una enorme tortuga marina, tan vieja que su caparazón parecía una pequeña isla erosionada por siglos de mareas y tempestades. Sus ojos, grandes y serenos, poseían la melancólica sabiduría de las criaturas que han visto demasiadas lunas reflejadas sobre el océano. Sin pronunciar palabra, el animal se aproximó a la niña y asomó apenas la cabeza, invitándola silenciosamente a subir sobre su lomo. Alicia aceptó agradecida. Con movimientos torpes debido al cansancio, se acomodó sobre el amplio caparazón mientras la tortuga retomaba su lento avance a través de las aguas tranquilas. La niña sintió entonces una inesperada sensación de calma. El suave balanceo del animal sobre el oleaje le recordó las noches en que su madre la dormía meciéndola entre sus brazos, y aquella memoria, tan cálida como dolorosa, terminó por relajarla por completo.

Poco a poco, el agotamiento venció sus últimas resistencias. Alicia se tumbó sobre el rugoso caparazón mirando el cielo infinito, donde una luna llena inmensa parecía velar en silencio por aquella extraña travesía. La luz plateada iluminaba el océano de lágrimas transformándolo en un desierto líquido sembrado de reflejos temblorosos. La tortuga avanzaba despacio, casi ceremoniosamente, mientras una brisa suave acariciaba el rostro de la niña. Finalmente, con los ojos medio cerrados y una tenue sonrisa dibujándose en sus labios, Alicia se quedó dormida, mecida por el ligero oleaje y por la silenciosa complicidad de aquella luna eterna que alumbraba el vasto océano.

La noche seguía transcurriendo lentamente bajo el ulular lejano de los búhos, acompañado por el incesante susurro del viento que intentaba colarse obstinadamente por las rendijas de una ventana mal sellada. La luna llena, inmensa y pálida, derramaba su luz espectral sobre la austera celda, iluminando apenas la figura encogida del diácono, tapado hasta la cabeza con una raída manta que olía a humedad y alcanfor. El frío reinante parecía filtrarse desde las mismas piedras del convento y hacía prácticamente imposible conciliar el sueño. El religioso se revolvía incómodo sobre el duro catre, maldiciendo para sus adentros a las religiosas y a su enfermiza devoción por la pobreza material. Cada vez que una corriente helada atravesaba la estancia, el hombre apretaba los dientes y renegaba silenciosamente de la hospitalidad monástica que tan fervorosamente le habían recomendado.

Después del rezo de Completas, las hermanas se habían retirado en perfecto orden hacia sus respectivas celdas. El convento quedó entonces sumido en ese silencio opresivo tan característico de los edificios religiosos durante la madrugada, un silencio que parecía amplificarse a sí mismo hasta convertir cual-

quier pequeño sonido en algo inquietante. La madre superiora, sin embargo, no tenía intención alguna de dormir. Permaneció sentada sobre su cama durante largo rato, aguardando pacientemente a que el cansancio venciera a todas sus subordinadas. Solo cuando comenzó a escuchar las respiraciones acompasadas procedentes de las habitaciones vecinas se incorporó lentamente y abandonó su celda con pasos cautelosos. Caminó por el corredor sosteniendo un pequeño candil cuya llama apenas se atrevía a temblar y, al llegar frente a la habitación del diácono, apoyó la mano sobre el pomo intentando abrir con la máxima discreción. Desgraciadamente, el abandono del convento no perdonaba ni siquiera las bisagras: la puerta chirrió de forma lastimera al moverse, despertando de inmediato al desvelado hombre que luchaba inútilmente contra el frío y la incomodidad.

—¡¡Pero, señora!! ¿Qué está haciendo aquí? —preguntó escandalizado y todavía medio dormido, incorporándose de golpe mientras trataba torpemente de cubrirse con la manta.

—Por favor… baje la voz… —respondió la religiosa muy apurada, cerrando la puerta tras de sí con rapidez.

—Señora, entiéndalo, me está poniendo en un aprieto —dijo estupefacto mientras se restregaba los ojos con los puños en un desesperado intento de aclararse la vista, esperando aún que todo aquello no fuera más que una absurda pesadilla provocada por el frío.

—Por favor, déjese de mojigaterías —respondió ella con inesperada firmeza.

—Pero… oiga. ¿Qué van a pensar las demás si la ven aquí dentro? —preguntó acongojado.

La madre superiora lo miró entonces con una mezcla de condescendencia y cansancio. Alzó ligeramente una mano indicándole que dejara de protestar y, esbozando una sonrisa burlona impropia de una religiosa de clausura, respondió:

—Hombre de Dios, ¿se piensa usted que es mi tipo?

La frase, pronunciada con tono socarrón, descolocó por completo al diácono. Sin darle tiempo a reaccionar, la anciana cambió inmediatamente de expresión y prosiguió hablando con una gravedad mucho más acorde a su condición.

—Señor diácono, quiero saber de primera mano cuáles son sus progresos con la niña.

—Pero, señora, este no es lugar ni momento para tratar esos asuntos —respondió él todavía incómodo.

—Se equivoca usted. El momento es el adecuado porque todas duermen y nadie tiene por qué saber que estamos hablando. Y en cuanto al lugar… ¿quién va a pensar que usted y yo estamos reunidos en la misma celda a estas horas?

La seguridad con que habló terminó calmando parcialmente los recelos del religioso, aunque no del todo. Con visible resignación decidió plegarse a las exigencias de la madre superiora.

—Señora, no sé para qué quiere usted información de primera mano cuando nos estaba espiando —replicó con ironía—. O se piensa que estoy sordo.

Sin permitirle responder, continuó ya en un tono algo más moderado:

—Van muy bien las cosas. Unas cuantas sesiones más de hipnosis y lograré curarla.

Terminó aquellas palabras con un optimismo que ni él mismo terminaba de creerse.

—Me alegra oír tan buenas noticias —contestó ella, evitando cuidadosamente comentar la acusación de espionaje—. Esa chiquilla me tiene profundamente preocupada y ver que una persona tan instruida como usted se ocupa de ella me reconforta el corazón. Le estoy muy agradecida.

La madre superiora parecía sinceramente emocionada. Aquellas palabras de esperanza la animaban mucho más que los rezos repetidos mecánicamente durante las largas ceremonias litúrgicas, letanías interminables recitadas por obligación mientras las castigadas rodillas de las religiosas soportaban penitencias absurdamente prolongadas.

—Bueno, señora… ahora que he tranquilizado su conciencia, ¿me permitirá descansar? —preguntó el diácono, dejando claro que deseaba poner fin cuanto antes a aquella incómoda visita.

—Lo siento, padre, pero hay algo más por lo que he venido.

El religioso la miró intrigado. La curiosidad sustituyó momentáneamente al desconcierto y la madre superiora, al advertirlo, decidió ir directamente al asunto.

—Por favor, señor… le pido confesión.

—¡¡Está usted en sus cabales, señora!! —exclamó horrorizado—. Usted sabe tan bien como yo que soy diácono de la iglesia protestante. No soy sacerdote católico. ¡¡Compórtese, por favor!!

El rostro del clérigo pasó rápidamente de la sorpresa a una sincera preocupación.

—Lo sé, señor… pero apiádese de mí y escúcheme de alguna manera —suplicó ella rompiendo a llorar.

El diácono quedó profundamente escandalizado. Después de despertarlo en mitad de la noche, aquella mujer pretendía además arrastrarlo a traicionar sus propias creencias religiosas.

—¡¡Señora, me pide un imposible!! Nosotros no creemos en la confesión ante un sacerdote. Si tiene usted pecados que revelar, dígaselos a la persona a quien ofendió.

—¡¡Imposible!! —respondió la religiosa con auténtico horror.

—No hay nada imposible, señora. Solo después de arreglar sus cuentas con el prójimo y admitir personalmente ante Dios sus pecados podrá hallar perdón —declaró solemnemente.

—Recapacite, por favor… se lo suplico…

Mientras imploraba, la madre superiora miraba nerviosamente a su alrededor con ojos desorbitados, temiendo que sus ruegos pudieran despertar a alguna

de las hermanas. De pronto, con expresión alarmada, fijó la vista sobre una de las paredes de la celda. Se acercó lentamente y apoyó la oreja contra la piedra húmeda, intentando percibir algún sonido oculto.

—¿No lo oye usted? —preguntó desesperada sin apartarse del muro.

—¿El qué, señora?

—¡¡Tiene que oírlo!! Siempre proviene de esta habitación…

La religiosa se aproximó entonces tanto al diácono que este percibió claramente su perfume. Aquello le provocó una extraña turbación. ¿Cómo era posible que una monja de clausura desprendiera un aroma semejante? No era el olor áspero del incienso ni el de los aceites litúrgicos, sino una fragancia cálida y refinada, impropia de alguien entregado al aislamiento y la penitencia. La sola idea lo alarmó todavía más.

—¡¡Por favor, señora, retírese!! Estas no son maneras de comportarse —protestó mientras intentaba apartarla con toda la delicadeza posible.

La madre superiora apenas pareció advertirlo. Seguía obsesionada con aquellos sonidos que únicamente existían en su cabeza, pero cuya realidad daba por indiscutible. Sus ojos recorrían frenéticamente las sombras de la habitación mientras el viento continuaba gimiendo entre las rendijas de la ventana, mezclando su lamento con el lejano ulular de los búhos y el inquietante silencio del convento dormido.

—¡¡Tiene que oírlo, es imposible que no lo perciba!! ¡¡Apegue su oído a la pared y podrá escucharlo mejor!!

La madre superiora hablaba ya presa de una ansiedad casi febril. Decidida a hacerse entender, tomó al diácono del brazo con una fuerza impropia de una mujer de su edad y condición, obligándolo prácticamente a acercarse al muro de piedra. El religioso, temiendo que la situación degenerara todavía más si continuaba oponiéndose, optó por contemporizar. Apoyó lentamente la oreja contra la fría pared húmeda y permaneció unos instantes completamente inmóvil, concentrando toda su atención en el menor sonido que pudiera surgir del otro lado. El viento silbaba entre las rendijas de la ventana, las maderas del convento crujían de vez en cuando y, muy a lo lejos, el ulular de un búho rasgaba la noche. Pero aparte de aquello, no percibió absolutamente nada.

El dilema que se le presentó entonces fue incómodo. Podía seguirle la corriente a la religiosa y fingir que también escuchaba aquella misteriosa voz, pero ¿hasta dónde tendría que sostener semejante mentira? ¿Qué suponía exactamente que debía oír? ¿Lamentos? ¿Susurros? ¿Palabras inteligibles? La situación comenzaba a resultarle peligrosamente absurda. Finalmente, decidió actuar con sinceridad.

—¿Señora… está usted bien? —preguntó con toda la delicadeza que fue capaz de reunir—. Lo siento, pero no se oye nada.

La religiosa apenas pareció escuchar aquellas palabras. Continuaba mirando fijamente el muro como si tras él se ocultara un secreto insoportable.

—Desde hace muchos años… —comenzó a decir con voz temblorosa—… de las paredes de esta celda siempre surge la misma voz infantil repitiendo una frase lastimera.

La angustia con que habló fue tan auténtica que incluso el diácono sintió una inesperada compasión por aquella mujer que parecía derrumbarse lentamente ante sus propios ojos. Ya no veía en ella a la severa y dominante superiora del convento, sino a un ser humano agotado por el peso de algún remordimiento antiguo.

—Pero, buena mujer… ¿qué dichosa frase es esa para tenerla tan atormentada?

La pregunta escapó de sus labios casi involuntariamente. El religioso comenzaba a sentirse atrapado por una mezcla de curiosidad intelectual y morboso interés. Una pequeña parte de él, la más vanidosa y ambiciosa, llegó incluso a pensar que aquella historia podía resultar extraordinaria para el futuro libro que soñaba escribir algún día.

La madre superiora giró lentamente la cabeza hacia él. Entonces, para sorpresa del clérigo, una leve sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro envejecido.

—Estimado señor… si desea saberlo, tendrá que ser en confesión.

La expresión que adoptó en aquel instante recordaba más a la de una niña traviesa que a la de una religiosa anciana. Sabía perfectamente que acababa de colocarlo entre la espada y la pared. El diácono comprendió al instante la maniobra. La curiosidad ya había comenzado a vencer sus escrúpulos y la madre superiora, gracias a esa misteriosa intuición que poseen ciertas mujeres incluso bajo hábitos de clausura, lo había percibido con claridad.

El hombre guardó silencio unos segundos. Sabía perfectamente que estaba a punto de cometer una imprudencia impropia de alguien de su posición. Sin embargo, el deseo de conocer aquella frase prohibida terminó imponiéndose a sus convicciones.

—Está bien… —respondió finalmente con resignación.

Aunque pertenecía a otra confesión cristiana, conocía sobradamente los rituales de la confesión católica. Con cierta incomodidad se sentó sobre el estrecho camastro e indicó a la religiosa que acercara la única silla existente en la

austera celda. La madre superiora obedeció de inmediato, tomando asiento junto a él con visible solemnidad. Durante unos instantes ambos permanecieron en silencio, conscientes de la extrañeza casi sacrílega de la escena.

El diácono tragó saliva. Después, intentando conferir al momento una dignidad que en realidad no sentía, se cubrió parcialmente el rostro con una mano e inició el ritual litúrgico con voz grave y contenida:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Bendígame, padre, porque he pecado.

Aquellas palabras resonaron en la pequeña habitación con una extraña intensidad. El viento seguía golpeando suavemente la ventana mientras la luz de la luna convertía las sombras de la celda en formas fantasmales.

—Confiesa todos tus pecados desde tu última confesión —dijo finalmente el diácono, sintiendo un escalofrío inexplicable recorrerle la espalda.

La madre superiora parecía hallarse sumida en una especie de éxtasis sombrío. Su mirada, perdida en algún punto indefinido de la celda, dejaba entrever hasta qué extremo aquella confesión significaba para ella una necesidad vital. Sabía perfectamente que las palabras dirigidas a un diácono protestante no tendrían, según la doctrina católica, el mismo valor sacramental que si fueran pronunciadas ante un sacerdote. Sin embargo, para una conciencia desgarrada por décadas de culpa, aquello resultaba suficiente. Necesitaba hablar, vaciar el veneno acumulado durante tantos años antes de que terminara por consumirla por completo.

Respiró hondo varias veces. Sus dedos huesudos temblaban sobre el regazo mientras la luz de la luna resaltaba las profundas arrugas de su rostro. Finalmente, armándose de valor, comenzó a relatar aquello que le corroía las entrañas desde hacía media vida.

—Esta celda, señor… hace muchos años era el lugar donde se hospedaban las madres solteras, consideradas “inmorales” y tildadas de “perdidas”.

Hizo una breve pausa, como si las palabras le quemaran la garganta.

—A muchas se las obligaba a entregar a sus bebés en adopción. Algunos eran enviados a familias acomodadas que deseaban hijos a cualquier precio; otros simplemente enfermaban y morían. Las monjas carecían de conocimientos médicos, pero aun así insistían en atender ellas mismas los partos y las enfermedades. Se podría haber llamado a un doctor o haber llevado a las madres

y a los recién nacidos al hospital… debía haberse hecho así… pero eso habría significado revelar la existencia de este lugar.

La religiosa bajó la vista avergonzada.

—Por desgracia, este convento era considerado un asunto tabú. Bajo ninguna circunstancia podía darse a conocer lo que aquí ocurría. Todas las muchachas que acababan entre estos muros eran repudiadas por sus propias familias y, si alguna moría, se decía simplemente que era la voluntad de Dios. Nadie hacía preguntas. Nadie parecía extrañarse de que su hija no regresara jamás. Para sus familias lo importante era que la deshonra no cayese sobre ellos.

La monja guardó silencio unos segundos. Su rostro pareció transformarse ligeramente, como si el simple hecho de verbalizar aquellos recuerdos le arrancara parte del peso que llevaba encima desde hacía décadas. Mientras tanto, el diácono escuchaba estupefacto. Ahora comprendía la desesperada insistencia de la mujer por confesarse. Aquello no era una simple superstición ni el delirio de una anciana trastornada; era una culpa antigua enquistada en lo más profundo de su alma.

—Bien, hija mía, yo te…

—No, señor, espere… aún hay más… —lo interrumpió con tono suplicante.

El religioso asintió lentamente.

—Está bien, hija mía, continúa.

A pesar de la gravedad de la situación, una parte de él permanecía dominada por la curiosidad. Todo aquello le parecía una historia extraordinaria, un material oscuro y fascinante que, unido a las extrañas vivencias de Alicia, podría dar forma algún día a una novela tan perturbadora como inolvidable.

La madre superiora alzó entonces lentamente la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—¿Sabe usted por qué acabé aquí dentro?

La pregunta no parecía requerir respuesta. Era más bien la antesala inevitable de una verdad demasiado dolorosa. El clérigo, intrigado, hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza, invitándola a continuar.

—Acabé aquí como cualquiera de las desgraciadas que me precedieron —dijo finalmente—. Después de dar a luz, las monjas decidieron que debía entre-

gar a mi hijo a una respetable y adinerada familia que lo tenía todo… excepto descendencia, porque el marido era estéril.

Sus labios temblaron levemente.

—Como comprenderá… y si no lo comprende me da igual… somos las mujeres quienes traemos los hijos al mundo.

Pronunció aquella última frase con especial firmeza, como si todavía necesitara reivindicar un derecho que le había sido arrebatado hacía décadas. Observó atentamente la reacción del diácono y, al comprobar que este permanecía sereno, pareció considerar que había superado una especie de examen silencioso. Entonces continuó.

—Jamás habría entregado el fruto de mi vientre. Me negué rotundamente a regalarlo, y mucho menos a aquella familia de arrogantes nuevos ricos que habían amasado su fortuna en las Américas gracias a la sangre de los esclavos. Me aferré a mi hijo con todas mis fuerzas. Llegué incluso a amenazar con escapar y arrojarme con él por el acantilado… el mismo lugar donde muchas mujeres desesperadas terminaron con la cabeza destrozada y los sueños rotos contra las rocas.

El diácono sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—De momento logré salirme con la mía y las monjas permitieron que criara al niño. Pasaron los años y mi hijo crecía tan sano y alegre como cualquier otro pequeño. Pero mi arrogancia y mis egoísmos terminaron encontrando castigo.

La voz comenzó a quebrársele.

—A la temprana edad de ocho años enfermó de algo extraño… una enfermedad que nadie supo explicarme. Lloré, supliqué y rogué que hicieran venir a un médico, pero siempre me respondían lo mismo: nadie debía ver a ese niño, y mucho menos saber que estaba siendo criado dentro de un convento.

Apretó las manos con fuerza hasta clavarse las uñas.

—La negativa era constante. Y en la mirada de la superiora de entonces… podía distinguir incluso cierto placer vengativo por mi antigua rebeldía. Como castigo, tampoco me permitieron acompañarlo en sus últimos momentos. Alegaron que la enfermedad era contagiosa y que únicamente podían cuidarlo las religiosas que habían sido misioneras en África y, por tanto, estaban inmunizadas.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse lentamente por sus mejillas.

—Entonces supliqué otra vez. Pedí que al menos avisaran a mi familia para que mi hijo pudiera descansar en la cripta familiar junto a sus antepasados. Pero también me negaron eso. Siempre la misma excusa: nadie bajo ningún concepto debía conocer la existencia del niño. Para ellas, como para tantos otros, mi hijo jamás había existido.

La religiosa levantó lentamente la mirada hacia la ventana, donde la luna seguía brillando con una indiferencia cruel.

—Lo enterraron en la fosa común del jardín… allí donde los pequeños cuerpos servían de alimento a las enormes encinas que durante décadas nos dieron sombra y bellotas para el ganado.

Terminó jadeando, exhausta por el esfuerzo físico y emocional de revivir semejantes recuerdos.

Durante unos segundos la celda quedó sumida en un silencio sepulcral. El diácono contemplaba a la anciana sin saber muy bien qué decir. La historia lo había impresionado mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Finalmente, movido tanto por la compasión como por el deseo de seguir profundizando en aquel oscuro pasado, preguntó con cautela:

—Debo deducir por todo lo que me ha contado… que acabó haciéndose monja para intentar calmar su conciencia. ¿Estoy en lo cierto, señora?

La madre superiora dejó escapar una amarga sonrisa.

—Es verdad… no tenía dónde vivir. Y ellas me propusieron la vida monástica. Después de perder a mi hijo, comprendí que el mundo exterior ya no guardaba ningún lugar para alguien como yo… así que acepté quedarme aquí, entre estos muros que tanto odiaba y que, al mismo tiempo, terminaron convirtiéndose en mi único refugio.

—…contestó resignada—. Con los años fui pasando por todas las categorías de esta orden religiosa y, tras la muerte de la antigua abadesa, mis hermanas me eligieron mediante votación para ocupar su cargo.

La madre superiora hizo una pausa prolongada. Necesitaba reunir fuerzas antes de continuar con la parte más dolorosa de su confesión. El diácono permaneció inmóvil, observándola bajo la tenue claridad de la luna que seguía derramándose sobre la celda como una sábana espectral.

—Jamás olvidaré a ese niño —prosiguió finalmente con la voz quebrada—. Siempre me persigue la culpabilidad por no haberlo entregado en adopción. Pensará usted que estoy loca… que todo cuanto escucho no es más que producto de mi imaginación… pero hágase cargo, señor. Sufro lo indecible por esa criatura, fruto de mi vientre, a la que jamás volveré a ver.

Las últimas palabras apenas fueron un susurro. El peso de tantos años de remordimiento parecía haber reducido a la orgullosa abadesa a una anciana derrotada por sus propios recuerdos.

Aunque el clérigo seguía convencido de que aquella mujer no estaba del todo en sus cabales, la pena y la sinceridad que acababa de presenciar terminaron despertando en él una profunda compasión. Por un instante dejó de verla como una figura extraña y autoritaria para contemplarla simplemente como una madre devastada por la pérdida.

—Nadie es perfecto, señora… —dijo finalmente con voz suave—. Yo la perdono en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

La madre superiora cerró los ojos lentamente, como si aquellas palabras hubieran aliviado por fin una carga insoportable.

—¿Y la penitencia, padre? —preguntó con humildad.

El diácono no pudo evitar una amarga sonrisa.

—Bastantes penurias tiene usted ya encima, señora… ¿no le parece?

La anciana inclinó la cabeza dócilmente.

—Como usted mande, señor.

—¿Ahora me dejará descansar?

—Por supuesto —respondió con solemnidad casi litúrgica.

—Aunque solo sean un par de horas, espero poder dormir algo —murmuró el clérigo resignado, imaginándose ya la expresión ojerosa que tendría al amanecer.

La madre superiora abandonó la celda con mucha más ligereza de la que había mostrado al entrar. Parecía haberse desprendido de un peso monstruoso que llevaba décadas arrastrando. Sin embargo, ese mismo lastre pasó a recaer ahora sobre el diácono, quien, unido a su particular potro de tortura en forma de

catre miserable, componía el escenario perfecto para una nueva noche de insomnio.

El religioso intentó dormirse revolviéndose continuamente entre las ásperas sábanas y las mantas húmedas. Cada postura resultaba más incómoda que la anterior. El frío seguía atravesando las piedras del convento como si procediera de las entrañas mismas de la tierra y, para colmo, las palabras de la abadesa no dejaban de repetirse en su cabeza. La imagen de los niños enterrados bajo las encinas del jardín comenzó a perseguirlo con desagradable insistencia. A ratos le parecía incluso escuchar pasos diminutos recorriendo el pasillo exterior o débiles murmullos infantiles mezclándose con el viento que golpeaba la ventana. Intentó convencerse de que todo era fruto del cansancio, pero cuanto más luchaba contra aquellas ideas, más vivas se volvían.

La madrugada continuó avanzando lentamente. Entre espesas brumas, el amanecer trataba de abrirse paso con dificultad, como si incluso el propio sol dudara en iluminar aquel convento cargado de secretos. La mañana parecía resistirse a permitir que el astro rey ofreciera, como cada día, su habitual calor y claridad al mundo. Durante largos minutos la niebla combatió obstinadamente contra la luz naciente, envolviendo los tejados y los jardines del monasterio en una atmósfera fantasmal. Finalmente, como siempre ocurre, la batalla terminó inclinándose del lado del más poderoso. Las brumas comenzaron a disiparse lentamente y el sol apareció majestuoso sobre el horizonte, derramando una claridad dorada que poco a poco devolvió la vida al paisaje.

El diácono logró incorporarse de su catre con el aspecto de un hombre recién salido de una batalla campal. La almohada había terminado en un extremo de la habitación y las mantas y sábanas aparecían enrolladas de tal manera que recordaban una enorme sarta de morcillas desperdigadas sobre el colchón. Maldiciendo entre dientes, se dirigió al pequeño escusado. Allí alivió el vientre y vació una vejiga castigada por el frío de la noche. Después intentó asearse utilizando el agua helada que surgía de un viejo y condenado grifo cuyo estruendoso traqueteo parecía provenir del mismísimo infierno.

—¡¡Condenadas monjas!! —masculló irritado mientras el agua gélida le golpeaba la cara.

La amarga noche de incomodidades había terminado crispándole todavía más los nervios.

Una vez concluidas sus apresuradas abluciones mañaneras, se encaminó hacia el comedor. Como siempre, no encontró a nadie. Las religiosas eran extremadamente estrictas al respecto: aunque se tratara de un clérigo y, además, perteneciente a otra confesión cristiana, seguía siendo un hombre y debía evitarse cualquier contacto innecesario con las hermanas.

Sobre la mesa lo aguardaba un desayuno tan triste como el propio convento. Un mísero cuenco de leche manchada por un sospechoso color marrón y varias galletas cuidadosamente contadas componían toda la colación matutina. El diácono observó aquello con visible desagrado. Entre el estómago revuelto y la falta de sueño, apenas pudo obligarse a ingerir un par de sorbos y una galleta reblandecida.

Finalmente, cansado, hambriento y de un humor deplorable, abandonó el comedor y se dirigió directamente hacia la habitación donde Alicia permanecía exactamente tal y como la había dejado el día anterior.

—Vamos a ver, pequeña… ¿por dónde lo dejamos ayer? —murmuró el diácono hablando prácticamente para sí mismo.

Sabía perfectamente que Alicia no podía oírlo como lo hacemos las personas corrientes. En aquel extraño estado hipnótico en el que permanecía sumida, el tiempo parecía discurrir de una manera distinta, más lenta y viscosa, como si su mente flotara atrapada en una especie de letargo permanente entre el sueño y la vigilia.

Mientras tanto, durante la fatídica noche anterior, la joven novicia de alta alcurnia permanecía en su celda consumiéndose entre el aburrimiento y la frustración. Como cada noche desde que ingresó en el convento, añoraba desesperadamente la vida mundana que existía fuera de aquellos muros opresivos. La rutina monástica la asfixiaba hasta tal punto que a veces sentía que el aire mismo se volvía insuficiente dentro de aquella prisión disfrazada de santidad.

Su celda se encontraba justo al lado de la habitación de la madre superiora, por lo que no le resultó difícil advertir cómo la anciana abandonaba furtivamente su cuarto y se dirigía, en mitad de la noche, hacia el lugar más prohibido de todo el convento: la celda del diácono.

La curiosidad, mezclada con el hastío y una morbosa necesidad de emociones nuevas, despertó inmediatamente en la muchacha. Sin pensárselo demasiado, salió sigilosamente tras ella. Avanzó por los corredores oscuros con la cautela de una pantera acechando a su presa hasta llegar a la gruesa puerta de madera. Allí pegó el oído.

Y entonces escuchó.

A medida que las palabras de la abadesa atravesaban la madera, el rostro de la novicia comenzó a transformarse lentamente. Sus ojos brillaron con una intensidad malsana y una sonrisa apenas contenida apareció en sus labios. La satisfacción que reflejaba su expresión era tan profunda y perturbadora que pa-

recía comparable al más salvaje de los placeres imaginables. No sentía compasión alguna por la desgracia de la anciana; al contrario, disfrutaba descubriendo las miserias ocultas de aquella mujer que durante años había gobernado el convento con mano firme.

Mientras tanto, ajeno a todo aquello, el diácono se disponía a iniciar nuevamente el ritual hipnótico para despertar parcialmente a Alicia y acceder así a su subconsciente. Esperaba continuar con la terapia sin más interrupciones cuando, de improviso, la puerta volvió a abrirse.

El clérigo levantó la vista irritado. Esperaba encontrarse nuevamente con la abadesa, pero para su sorpresa quien apareció fue la joven novicia.

La paciencia del hombre, ya bastante deteriorada por la falta de sueño y el pésimo desayuno, terminó agotándose por completo.

—¡¡Ya está bien de molestarme, dichosas monjas!! —estalló furioso.

—Por favor, señor, tiene que escucharme… —suplicó la muchacha.

—¡¡Imposible!! Tengo mucho trabajo y ya voy bastante retrasado —contestó de muy malas maneras.

—No se preocupe, apenas le quitaré unos minutos —insistió ella con una mezcla de humildad y astucia.

El diácono la observó unos segundos. ¿Qué podía tener que decirle aquella monjita entrometida? Pensó en expulsarla inmediatamente, pero la curiosidad terminó imponiéndose una vez más. Después de todo, quizá aquella conversación aportara nuevos elementos útiles para la futura novela que ya comenzaba a tomar forma en su cabeza.

Finalmente suspiró resignado.

—¡¡Está bien!! Tienes unos minutos. Aprovéchalos.

La novicia sonrió discretamente, satisfecha de haber conseguido captar su atención.

—¿Le contó lo de su hijo y que todas nosotras somos unas despiadadas monjas?

Esperó unos segundos disfrutando visiblemente de la expresión de sorpresa del clérigo antes de continuar.

—Pues sepa usted que todo eso es mentira. No son más que imaginaciones de una mujer profundamente deprimida. La conozco muy bien. A mí también intentó convencerme con esa misma historia, hasta que las demás hermanas me pusieron sobre aviso acerca de su estado mental.

El diácono arqueó las cejas. Aunque durante la confesión había sentido compasión por la anciana, tampoco podía negar que ciertos aspectos del relato resultaban difíciles de creer.

—Le agradezco el aviso, jovencita, pero ¿de verdad piensa que me he tragado semejante historia? —respondió con evidente suficiencia—. La calé desde el primer momento. Tengo mucho mundo recorrido y estoy adecuadamente instruido.

La novicia inclinó ligeramente la cabeza con fingida admiración.

—Por supuesto, señor. Nadie pone en duda su inteligencia.

Aquella respuesta halagadora agradó notablemente al clérigo, quien se sintió todavía más satisfecho de sí mismo.

—Y ahora, si no le importa, tengo mucho trabajo. Le agradecería que me dejara tranquilo.

Más que una petición, aquello sonó como una orden terminante.

La muchacha comprendió que ya había conseguido lo que quería: sembrar la duda en el ánimo del diácono y desacreditar la confesión de la abadesa. Orgullosa de su maniobra, abandonó rápidamente la estancia y se dirigió hacia el refectorio antes de que dejara de surtir efecto la excusa de la supuesta indisposición intestinal que había utilizado para justificar su ausencia.

El diácono, todavía malhumorado por haber perdido tiempo entre rivalidades y envidias conventuales, decidió poner fin a las interrupciones y concentrarse nuevamente en la terapia de Alicia.

Sin embargo, en algún lugar mucho más profundo y extraño que la propia realidad, la historia comenzaba a adoptar otro rumbo.

—¿Qué tal, Srta. Alicia? ¿Qué le ha parecido este capítulo? —preguntó el Sr. Martínez mientras repasaba mentalmente las últimas frases de su novela, repitiéndoselas una y otra vez en un intento desesperado por comprobar si, de tanto escucharlas en su cabeza, terminarían sonando mejor.

—Pues… ¿qué quiere que le diga? Me ha gustado —respondió Alicia con sinceridad—. Veo que por fin me ha concedido un pequeño descanso haciendo que el interés del lector se centre en las monjas. Hábil estrategia para refrescar mis fantasías. Lo felicito.

El espíritu de Alicia parecía verdaderamente complacido. Hacía muchos capítulos que no disfrutaba de un respiro semejante y agradecía enormemente aquella tregua narrativa.

Pero la paz duró poco.

—¡¡Una porquería de capítulo!!

Era el Tiburón, naturalmente, en su ya habitual faceta de crítico literario despiadado.

—Hacerle esto al lector no tiene perdón. Desviar así la atención de la trama principal solo provoca confusión innecesaria. ¿Y usted pretende llamarse escritor?

Hablaba dirigiéndose hacia ningún lugar concreto, esperando quizá una respuesta del invisible Sr. Martínez, quien bastante tenía ya con escribir para un supuesto espíritu y soportar, además, la pesada cruz de convivir con semejante alter ego.

—¿Y yo qué? —intervino entonces la Soberbia, visiblemente ofendida—. ¿Nadie piensa recordar lo que me prometieron en el capítulo anterior?

Aquello sonó mucho más a reproche que a pregunta.

—Y además estoy de acuerdo con el Tiburón —continuó—. Van ustedes por muy mal camino si pretenden tratar así a sus posibles lectores. El público necesita una dirección clara. Nada de bifurcaciones extrañas ni experimentos raros.

—¿Pero esto qué es? ¿Una democracia? —preguntó Alicia mirando al Sr. Martínez con divertida complicidad—. ¿Desde cuándo un escritor tiene obligación de pedir permiso o adivinar cómo reaccionarán sus lectores?

—Desde el mismo instante en que pretende que lo lean —respondió el Tiburón con venenosa sorna.

—En eso tiene usted razón, Sr. Tiburón —admitió Alicia.

Entonces el Sr. Martínez, algo molesto por tanta crítica, decidió intervenir.

—¿Y si precisamente lo que pretende un escritor es ser tan original que ni él mismo sepa si desea ser leído… o más bien quién merece leerlo?

—¡¡Tonterías!! —sentenció la Soberbia—. Yo soy la máxima autoridad en orgullo y puedo asegurarles que ni Alicia ni usted son soberbios. Si acaso… ilusos e idiotas.

—¡¡Está bien!! —interrumpió Alicia levantando la voz—. Usted, Sr. Martínez, procure no desviarse demasiado de la narrativa principal a partir de ahora.

—Pero, Srta. Alicia, tenga paciencia —se defendió él rápidamente—. Le prometo que todo acabará tomando un rumbo mucho más acorde al estándar fijado y, poco a poco, la historia dará un giro verdaderamente interesante.

—Eso espero… —respondió ella con tono claramente amenazador.

—¡¡Paparruchas!! —gritaron al unísono el Tiburón y la Soberbia.

Alicia entrecerró los ojos.

—Y usted, señora Soberbia, tendrá que esperar su turno. Ya que parece enfadarse tanto por no aparecer en mis escritos, quizá ese mismo sea su castigo. Más le vale moderar la lengua si desea seguir formando parte de esta novela.

La Soberbia retrocedió ligeramente.

—Bueno… tampoco hace falta ponerse así, Srta. Alicia —balbuceó mirando de reojo al Tiburón—. Es este loco el que me calienta la cabeza continuamente… y ya sabe usted que una tiene poca mecha…

—¿¿Yo estoy loco?? ¡¡Traidora, hija de una piltrafa y un demonio, te voy a moler a palos!!

El Tiburón perdió completamente los estribos. Sus ojos parecieron inyectarse en sangre mientras avanzaba hacia la Soberbia con claras intenciones homicidas. La criatura, que hacía apenas unos segundos se mostraba altiva y desafiante, reaccionó con sorprendente rapidez y fue a refugiarse detrás de Alicia como una niña asustada que busca protección tras las faldas de su madre.

No es que Alicia sintiera precisamente una especial simpatía por ella. De hecho, la Soberbia le resultaba irritante, escandalosa y excesivamente pagada de sí misma. Sin embargo, también comprendía que aquel personaje podía resultar útil más adelante dentro de la novela. Y un escritor inteligente —o al menos

uno que aspirara a serlo— jamás desperdiciaba una pieza potencialmente interesante.

—¡¡Sr. Martínez, haga el favor de sujetar a su perro!! —ordenó Alicia visiblemente molesta.

—¡¡No soy él!! —aulló el Tiburón fuera de sí.

Aquella afirmación resonó con una violencia extraña, casi dolorosa. El monstruo seguía avanzando, decidido a alcanzar a la Soberbia pese a la protección improvisada de Alicia.

Por un instante, incluso el propio Sr. Martínez pareció inquietarse. Había algo perturbador en aquella criatura. Cada vez que insistía en separarse de él como si poseyera voluntad propia, el escritor sentía un incómodo escalofrío recorriéndole la espalda. Como si el Tiburón no fuera únicamente una manifestación de su mente, sino algo mucho más autónomo y peligroso.

Alicia, que tampoco deseaba perder a su escritor —al menos no todavía—, decidió intervenir antes de que la situación degenerara aún más.

—Vamos, señoras y señores… tengamos calma.

Su voz, aunque firme, adoptó un tono conciliador impropio de ella. Primero se volvió hacia la Soberbia.

—Y usted… quién sabe si más adelante necesitaremos su actuación dentro de mis letras.

La aludida se irguió ligeramente detrás de Alicia, recuperando algo de dignidad.

Después, la niña dirigió toda su atención hacia el Tiburón.

—Y usted, Sr. Tiburón… debo admitir que su crítica ha sido muy acertada y la tendré seriamente en cuenta. Menos mal que está usted aquí para darse cuenta de ciertas cosas. Resulta una ayuda muy valiosa para todos nosotros. El Sr. Martínez tiene mucha suerte de contar con alguien como usted.

El efecto de aquellas palabras fue inmediato.

El Tiburón se detuvo en seco.

La furia que deformaba su rostro comenzó a disiparse lentamente, sustituida por una expresión de orgullo satisfecho difícil de ocultar. Incluso pareció crecer unos centímetros, hinchado por los halagos de Alicia.

—Bueno… alguien tiene que mantener un mínimo de calidad literaria en esta historia —gruñó intentando aparentar indiferencia, aunque claramente complacido.

La Soberbia, viendo que el peligro inmediato había pasado, decidió también someterse momentáneamente a la autoridad de Alicia. Después de todo, intuía que enfrentarse abiertamente a ella no resultaba prudente.

Durante unos segundos reinó una paz extraña y tensa, como la calma que sigue a una tormenta particularmente violenta.

El Sr. Martínez, mientras tanto, observaba la escena con mezcla de agotamiento y resignación. Cada vez le costaba más discernir si controlaba realmente a sus personajes o si eran ellos quienes comenzaban a manejarlo a él.

Finalmente, Alicia volvió a adoptar aquella falsa cordialidad que utilizaba cuando deseaba imponer orden sin parecer demasiado autoritaria.

—Sr. Martínez… cuando quiera, puede continuar con la narración.

El escritor tragó saliva.

Había algo inquietante en aquella amabilidad artificial. Sonaba menos a invitación y más a una elegante amenaza disfrazada de cortesía.

CAPÍTULO XI

—¿Alicia, me oyes? —preguntó el diácono a su subconsciente. La niña, atrapada en aquel mundo interior convertido ahora en un lodazal espeso y pegajoso por culpa del interminable diluvio de sus lágrimas, percibió de nuevo aquella voz familiar que parecía descender desde el mismísimo cielo. Entre toda aquella tristeza, escuchar cómo pronunciaban su nombre le produjo un extraño consuelo, casi una caricia invisible en mitad del desastre.

—Sí, señor, lo oigo —contestó con alegría, reconfortada de no sentirse completamente sola.

—Muy bien, pequeña, ahora dime qué ves.

—Me muevo con mucha dificultad. Todo está lleno de barro, como si hubiera habido una tormenta enorme —respondió con voz fatigada mientras avanzaba penosamente.

La humedad se había adueñado por completo del paisaje. El verde enfermizo del moho cubría troncos, piedras y raíces, extendiéndose por aquel bosque devastado como una plaga silenciosa. Todo transmitía abandono y desolación. Alicia sintió entonces cómo una profunda tristeza, mezclada con una culpabilidad insoportable, le caía sobre los hombros igual que una losa de varias toneladas. El aire era pesado y desagradable; olía a tierra mojada, a podredumbre y también a humo. Precisamente aquel olor a quemado llamó su atención y la empujó a dirigirse hacia un claro del bosque donde parecía suceder algo. Conforme se acercaba, el corazón empezó a latirle con fuerza. Lo que vio al llegar la dejó horrorizada.

Apilados unos sobre otros, ardían los cadáveres de multitud de animales que habían muerto ahogados por sus inagotables lágrimas. Las llamas consumían lentamente cuerpos de conejos, aves y pequeñas criaturas del bosque mientras una humareda gris ascendía hacia el cielo encapotado. Alicia, encorvada y silenciosa, avanzó con cautela hasta descubrir que varios individuos se encargaban de arrojar más cadáveres a la enorme hoguera. Cuando estuvo lo bastante cerca para distinguirlos, soltó una exclamación llena de estupor:

—¡¡Pero esto es imposible… son naipes representando a las Sotas de Bastos!!

Las cartas giraron sus rostros hacia ella con absoluta naturalidad, como si llevasen toda la vida esperando su llegada.

—Nada es imposible en tu mundo, Alicia —respondieron al unísono.

La niña abrió los ojos con desconcierto.

—Pero… ustedes saben mi nombre…

—Naturalmente que te conocemos. Eres la protagonista de este cuento —contestaron todas a coro.

Alicia observó la macabra escena de nuevo. El crepitar del fuego, unido a aquella visión terrible, hizo que se le encogiera el alma.

—Si eso es verdad… decidme entonces por qué en mi mundo mueren animales tan queridos por mí.

Las Sotas guardaron un breve silencio antes de responder, esta vez con un tono mucho más serio.

—Alicia, cuando lloras, tus lágrimas no son como las de los demás. Tu tristeza es tan inmensa que, una vez empieza, resulta imposible detenerla a menos que alguien consiga hacerte reír.

La niña sintió un escalofrío.

—Entonces… ¿he sido yo la asesina? ¿He ahogado a todos estos pobres animales? —preguntó angustiada, aferrándose todavía a la esperanza de que aquellas cartas estuvieran mintiéndole.

—Desgraciadamente, así es, Alicia —respondieron con la frialdad solemne de un juez pronunciando una sentencia inapelable.

Aquellas palabras la destrozaron. Sus labios comenzaron a temblar y enseguida aparecieron los primeros pucheros. Al ver aquello, los naipes reaccionaron presa del pánico más absoluto.

—¡¡Por favor, Srta. Alicia, no empiece otra vez o nos ahogará a todos!! —gritaron dominados por una histeria colectiva.

Compadecida de ellos, Alicia hizo un enorme esfuerzo por contener el llanto antes de que el manantial volviera a brotar de sus ojos.

—No se preocupen… ya paro… no quiero causar más desgracias —dijo intentando serenarse.

Sin embargo, las ganas de llorar seguían creciendo dentro de ella con una fuerza casi imposible de dominar. Las cartas, aterrorizadas y espoleadas por el más puro instinto de supervivencia, comenzaron inmediatamente a hacer toda clase de tonterías: daban saltos absurdos, realizaban piruetas imposibles y se golpeaban unas a otras fingiendo accidentes ridículos. Algunas tropezaban adrede, otras imitaban voces estrafalarias y varias incluso empezaron a bailar alrededor de la hoguera como actores de una función desesperada. Finalmente, gracias a la insistencia y al extravagante espectáculo de los naipes, Alicia terminó soltando varias carcajadas sinceras. Y, del mismo modo que había comenzado, el terrible diluvio cesó al instante.

Una estruendosa música de fanfarria captó de inmediato la atención de las “Sotas de Bastos”, que, empuñando sus gruesos bastones, abandonaron toda actitud festiva para colocarse rápidamente en posición de firmes frente a la todavía humeante pira funeraria. Alicia, desconcertada por aquel repentino cambio de comportamiento, también permaneció inmóvil mientras dirigía la vista hacia el lugar del que provenía semejante estrépito. La música era tan aparatosa y exagerada que más parecía anunciar el inicio de un desfile circense que la llegada de alguna autoridad importante.

Poco a poco, comenzó a aparecer una peculiar comitiva salida de entre la espesura del bosque. Encabezando la marcha avanzaban dos largas hileras de “Sotas de Espadas” que caminaban a paso ligero y perfectamente sincronizado, golpeando el suelo con tal energía que parecía que estuvieran entrando en combate. Tras ellas venía una multitud de naipes músicos cargados con toda clase de instrumentos: tambores, trompetas, platillos y enormes tubas relucientes. La banda interpretaba una marcha militar tan frenética, desafinada y ensordecedora que habría sido capaz de romper los tímpanos de cualquier criatura con un mínimo de sensibilidad auditiva. Cada músico parecía tocar una melodía distinta y, aun así, todos avanzaban orgullosos como si estuvieran ofreciendo el concierto más solemne de la historia.

Cerrando aquel extravagante desfile apareció finalmente una litera monumental, digna de transportar a una princesa del antiguo Egipto. Sobre ella viajaban el Rey y la Reina de Oros, elevados por encima de todos con una pomposidad ridícula. La litera era cargada por los cuatro Caballos de Copas, que trotaba acompasadamente al ritmo de la infernal música mientras resoplaban con visible agotamiento.

La Reina destacaba de inmediato por su tamaño descomunal. Era enorme, corpulenta y estaba adornada con una gigantesca corona de oro que parecía pesar tanto como ella misma. Su expresión altiva dejaba claro que se consideraba el ser más importante de aquel mundo absurdo. A su lado, en cambio, el Rey de Oros ofrecía una imagen completamente opuesta: pequeño, delgado y

visiblemente asustado, iba agarrado con ambas manos al asiento de la litera por miedo a salir despedido en cualquier bache del camino. Formaban, sin duda, el contraste perfecto para un matrimonio duradero.

—¡¡Gandules, más deprisa!! —vociferaba la Reina completamente roja de ira mientras descargaba toda clase de insultos sobre sus exhaustos porteadores. En una mano sujetaba un grueso látigo con el que, sin el menor reparo, les propinaba continuos azotes cada vez que alguno disminuía el paso o trastabillaba en el embarrado camino. La monumental soberana iba balanceándose peligrosamente sobre la litera mientras continuaba despotricando con una furia casi volcánica. Cuando llegaron frente a la formación de las “Sotas de Bastos”, levantó teatralmente el brazo y gritó con voz autoritaria:

—¡¡Alto!!

Los porteadores obedecieron tan bruscamente que se detuvieron en seco. La orden, sin embargo, tuvo consecuencias desastrosas para la propia Reina, que salió despedida de su asiento y aterrizó de lleno sobre el lodazal con un sonoro chapoteo. Durante unos segundos solo se vio una enorme masa coronada agitándose entre el barro. Finalmente, y con la ayuda de sus aterrorizados transportadores, consiguió incorporarse con enormes dificultades, completamente cubierta de fango, igual que una gigantesca albóndiga recién rebozada.

Alicia, incapaz de contenerse ante semejante espectáculo, rompió a reír a carcajadas.

La Reina, humillada, furiosa y chorreando barro por todas partes, clavó en ella una mirada asesina.

—¡¡Inútiles! ¡¡Que manden llamar al verdugo ahora mismo!! —bramó fuera de sí.

Después, todavía jadeando de rabia, observó a Alicia de arriba abajo y preguntó con evidente desconcierto:

—¿Y tú quién eres?

La niña, divertida aún por la caída y conservando sus buenos modales pese a todo, hizo una pequeña reverencia antes de responder:

—Soy Alicia, Su Majestad.

La Reina frunció el ceño.

—¿Alicia? ¿Qué Alicia?

Giró entonces la cabeza hacia el Rey de Oros, que continuaba aferrado a su asiento con ambas manos igual que una garrapata aterrorizada.

—Mi Reina… —respondió este temblando—. No sé quién es esta niña… jamás la había visto.

—¡¡Un Rey debe saber quiénes son sus súbditos, inútil haragán!!

El pobre monarca, viendo aproximarse una tormenta de proporciones catastróficas, decidió recurrir a su táctica favorita: adoptar una actitud prácticamente invisible con la esperanza de que el huracán pasara de largo cuanto antes. La Reina comprendió enseguida que intentar obtener algo útil de él era tan imposible como sacar agua de una piedra, de modo que dirigió toda su furia hacia la formación de naipes que permanecía firme delante de ella.

—¡¡A ver, pandilla de inútiles!! ¿Alguno puede explicarme qué demonios está pasando aquí y quién es esta tal Alicia? —rugió con voz ensordecedora.

Nadie respondió. Todos desviaron la mirada y fingieron repentinamente un enorme interés por cualquier cosa que no implicara contestar a la soberana.

—¡¡Verdugo!! ¿Dónde estás? —continuó gritando cada vez más irritada.

—Aquí estoy, Su Majestad. He acudido en cuanto fui llamado, excelentísima señora.

El verdugo apareció avanzando entre la multitud con paso solemne. Era el “As de Espadas”, un individuo enorme y amenazador que portaba una espada larga y afiladísima capaz de asustar al más valiente. Se cuadró ante la Reina con pomposa rigidez militar y anunció:

—Sus deseos son órdenes para mí, Majestad.

La Reina señaló violentamente hacia las “Sotas de Bastos”.

—¡¡Verdugo, córtales las cabezas a esta pandilla de inútiles!!

Las pobres cartas comenzaron a temblar como hojas sacudidas por el viento.

—¡¡Todo es culpa de esta niña llorona, Majestad!! —gritaron todas a coro intentando salvarse desesperadamente.

La Reina volvió entonces su mirada hacia Alicia. Aunque en realidad la pequeña ya parecía condenada de antemano, decidió concederle el dudoso privilegio de defenderse.

—¿Es eso cierto, niña?

—Pudiera ser, Majestad… no lo tengo muy claro —respondió Alicia con sinceridad.

Y entonces comenzó a relatar todas sus desventuras desde que había llegado a aquel mundo absurdo. Hablaba entre hipidos, lamentos y continuas pausas provocadas por la angustia. A cada momento parecía a punto de romper a llorar de nuevo, lo que provocaba visibles gestos de terror entre todos los presentes. Compadeciéndose finalmente de ellos, hizo un enorme esfuerzo por contenerse antes de continuar:

—Señora, no puedo evitarlo. En este mundo nada es igual. Ya no sé si estoy arriba, abajo, de lado o al revés. Desde que salí de mi casa todo es tan extraño… tan extraño… que temo acabar volviéndome loca.

Hizo una breve pausa mientras observaba la atención desmesurada que todos le prestaban.

—Comprenderá entonces que solo tenga ganas de llorar.

Aquellas últimas palabras provocaron el pánico general. Todo indicaba que un nuevo diluvio estaba a punto de inundar nuevamente el reino.

—¡¡Esta niña va a ahogarnos a todos!! —gritó alarmada la Reina buscando apoyo entre sus súbditos, aunque realmente no lo necesitaba en absoluto. Aun así, aquel día se sentía especialmente magnánima y decidió concederles el honor de compartir su indignación.

Inmediatamente, una lluvia de insultos, amenazas y reproches cayó sobre Alicia desde todos los rincones. Todos parecían haberse unido de golpe contra ella. La soberana, satisfecha al comprobar que tenía al reino entero de su lado —excepto al prudente Rey, que seguía sabiamente desaparecido de la situación—, decidió dar el golpe definitivo.

Y nunca mejor dicho.

Le ordenó al verdugo que acabara inmediatamente con aquella amenaza de muerte por ahogamiento cortándole la cabeza a la niña.

Alicia, que hasta hacía apenas unos segundos estaba a punto de romper a llorar, cambió de idea con admirable rapidez y optó por algo mucho más práctico: poner tierra de por medio. Echó a correr aterrorizada mientras detrás de ella los naipes soldados, envalentonados por los gritos de su Reina y por la enorme espada del verdugo balanceándose amenazadora sobre sus cabezas, se lanzaban a perseguirla entre el barro.

La huida de Alicia resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. El barro se adhería a sus zapatos con una fuerza desesperante, obligándola a arrancar los pies del suelo a cada paso como si caminara sobre pegamento. A aquello se sumaban unos mosquitos monstruosos, los más grandes y agresivos que había visto jamás, que revoloteaban furiosos a su alrededor zumbando junto a sus oídos y lanzándose contra ella con auténtica ferocidad. Todo aquel conjunto de molestias, incomodidades y pequeños tormentos convertía la carrera en un auténtico suplicio.

Aun así, los naipes tampoco podían presumir de ser perseguidores especialmente eficaces. Sus piernas cortas y rígidas apenas les permitían avanzar con soltura, y sus cuerpos cuadrados ofrecían tal resistencia al aire que más parecían torpes cometas intentando correr que soldados dispuestos a capturar a una fugitiva. Gracias a ello, Alicia consiguió ganar cierta ventaja. Daba largas zancadas impropias de una niña de su edad, favorecida por aquellas piernas largas que le proporcionaba su desmesurado tamaño. Ser tan grande tenía sus ventajas… aunque también sus inconvenientes. Cuanto más pesaba, más se hundía en el barro pegajoso que ella misma había provocado con su interminable llanto.

Y precisamente ahí estuvo su desgracia.

Poco a poco, el terreno fue atrapándola. Lo que al principio era solo una molestia terminó convirtiéndose en una auténtica ciénaga. El barro se cerraba sobre sus piernas como si tuviera vida propia, absorbiéndola lentamente. Alicia tiraba desesperadamente de un pie, pero al lograr liberarlo se hundía todavía más del otro. Su destino parecía sellado. Aquella inmensa masa de lodo, nacida de su propia tristeza, acabó por impedirle toda posibilidad de escapar.

No tardaron los naipes en alcanzarla.

La rodearon formando un amplio círculo mientras esperaban la llegada de su pesada soberana. El verdugo permanecía inmóvil junto a ellos, sosteniendo su enorme espada con gesto solemne y preparado para ejecutar cualquier orden que recibiera. En el centro de aquel macabro espectáculo, Alicia se debatía inútilmente en el fango, chapoteando de manera desesperada, igual que un pobre

gorrino atrapado en sus propias inmundicias. Cuanto más forcejeaba intentando liberarse, más se hundía, para enorme diversión de sus perseguidores.

Finalmente apareció la Reina de Oros, jadeante por el esfuerzo, aunque visiblemente satisfecha ante la escena que contemplaba.

—¡¡Está bien, que se ahogue en su propio barro!! —sentenció con cruel regocijo.

La soberana disfrutaba abiertamente contemplando el desgraciado final de Alicia, que agitaba los brazos frenéticamente intentando aferrarse a una cuerda inexistente que jamás aparecería para salvarla. Todos los naipes, con la Reina encabezando el grotesco espectáculo, comenzaron a darle falsos ánimos.

—¡¡Vamos, casi lo consigues!!

—¡¡Un poquito más!!

—¡¡No te rindas!!

La animaban entre risas y burlas, sabiendo perfectamente que la niña no tenía ninguna posibilidad de escapar. Aquella crueldad divertida parecía entusiasmar especialmente a la Reina, tanto que perdió todo interés por una ejecución rápida y ordenó al verdugo que permaneciera quieto por el momento.

—Deja la espada donde está —dijo divertida—. Esto resulta mucho más entretenido.

Y el enorme As de Espadas obedeció de inmediato, limitándose a contemplar junto al resto cómo la pequeña Alicia continuaba hundiéndose lentamente en el barro creado por sus propias lágrimas.

Una vez el barro terminó por engullirla por completo, Alicia intentó contener la respiración todo lo que pudo. Aguantó con desesperación, notando cómo el pecho comenzaba a arderle por la falta de aire, hasta que finalmente no tuvo más remedio que abrir la boca en busca de una bocanada salvadora. Sin embargo, no fue aire lo que penetró en sus pulmones.

Era fango.

El mismo barro que ella había creado con el desbordamiento de sus lágrimas.

Pero entonces ocurrió algo extraño.

Qué curioso… este barro sabe a cacao», pensó sorprendida.

La sensación de angustia desapareció casi de inmediato. Aquel supuesto lodo no era desagradable ni viscoso como debería haber sido, sino cálido, espeso y deliciosamente dulce. Alicia comenzó a desplazarse nadando y buceando por aquel inmenso mar de chocolate oscuro que le impedía ver absolutamente nada, aunque eso no parecía importarle demasiado. A cada brazada ingería grandes cantidades de aquella sustancia deliciosa. Tenía el sabor perfecto: intenso, ligeramente amargo y endulzado justo en la medida adecuada para no resultar empalagoso. Era, sencillamente, el mejor cacao que había probado jamás.

Y comió.

Comió y siguió comiendo con auténtico entusiasmo infantil, hasta tal punto que el inmenso océano de chocolate empezó a disminuir poco a poco. Alicia sorbía, tragaba y relamía cuanto podía mientras avanzaba por aquella oscuridad dulce y aromática. Finalmente, después de un buen rato de glotonería desenfrenada, no quedó ni una sola gota del gigantesco mar de cacao.

La niña se relamió satisfecha, todavía saboreando aquel exquisito festín, y fue entonces cuando algo comenzó a dibujarse ante sus ojos.

En lo alto de una colina apareció un castillo.

Era enorme y majestuoso, con altas torres coronadas por bellas almenas que se recortaban contra el cielo como si pertenecieran a un antiguo reino olvidado. No había rastro alguno de los naipes ni de la furiosa Reina de Oros. Aquel lugar era completamente distinto al mundo anterior. El suelo, aunque pedregoso e irregular, estaba seco y resultaba infinitamente más practicable que el insoportable barrizal del que acababa de escapar.

Alicia comenzó a acercarse lentamente hacia la fortaleza, fascinada por aquella construcción gigantesca que, sin embargo, parecía completamente abandonada. La vegetación se estaba adueñando del entorno de manera salvaje e imparable. Grandes enredaderas trepaban por las murallas abrazando las torres de piedra, raíces gruesas surgían entre las grietas y ramas cubiertas de hojas penetraban por cualquier abertura, rodeando almenas y ventanas como si la propia naturaleza quisiera reclamar el castillo para sí. Todo estaba cubierto por un inmenso manto verde que otorgaba al lugar un aspecto tan hermoso como inquietante.

Lo primero que encontró Alicia fue un profundo y estrecho foso rodeando las murallas exteriores. Protegiendo el acceso se alzaba una empalizada formada

por gruesos troncos puntiagudos. Más allá distinguió una sólida barbacana que defendía el camino hacia el puente levadizo. Este conducía hasta una enorme puerta fortificada situada entre dos torres redondas coronadas por un imponente matacán. El viejo rastrillo de hierro permanecía levantado, permitiendo el paso libremente, como si el castillo aguardara desde hacía mucho tiempo la llegada de algún visitante.

La niña cruzó la entrada no sin ciertas dificultades, pues el espeso follaje invadía parcialmente el acceso obligándola a apartar ramas y maleza a su paso. Finalmente logró atravesarlo y accedió al gran patio de armas interior.

Aquello parecía más un bosque salvaje que una fortaleza habitada.

La vegetación brotaba directamente del suelo, rompiendo el antiguo empedrado y levantando piedras enteras con la fuerza de las raíces. Hierbas altas, arbustos y pequeñas plantas crecían sin control por todas partes, otorgando al lugar una extraña mezcla de decadencia y vida exuberante. En el centro del patio se alzaba el núcleo principal del castillo: un enorme conjunto formado por cuatro grandes torres redondas unidas entre sí por altas y sólidas murallas interiores que todavía conservaban un aspecto imponente pese al abandono.

Una gigantesca puerta abierta de par en par daba acceso al interior del complejo principal.

Y parecía invitarla a entrar.

Una vez dentro del complejo principal, Alicia se encontró frente a una amplia escalinata de piedra que ascendía hacia los pisos superiores del castillo. El tiempo y el abandono habían convertido aquella escalera en parte de la propia naturaleza. Gruesas raíces emergían entre los escalones, agrietando la piedra y serpenteando hacia arriba igual que enormes reptiles petrificados. Algunas se enroscaban por la barandilla con tal fuerza que parecía que intentaran estrangularla lentamente. La poca luz que lograba atravesar las altas ventanas sin cristales apenas iluminaba el interior, creando un ambiente sombrío y verdoso donde las sombras parecían moverse con vida propia. Aun así, la claridad era suficiente para que Alicia pudiera avanzar con cierta seguridad sin tropezar a cada paso.

Subió lentamente, observando con mezcla de fascinación y desasosiego aquel silencioso castillo devorado por la vegetación. Todo estaba extrañamente quieto. No se escuchaban voces, ni pasos, ni siquiera el viento. Solo el leve crujido de las raíces y el eco de sus propios movimientos rompían aquel silencio casi sepulcral.

Cuando por fin alcanzó el piso superior, se encontró frente a una enorme puerta de doble hoja que bloqueaba el paso al corredor principal. La madera, oscurecida por la humedad y cubierta parcialmente de musgo, conservaba todavía restos de antiguos adornos tallados. Alicia dudó unos instantes, pero la curiosidad terminó imponiéndose una vez más. Respiró hondo y, reuniendo algo de valor, empujó ambas hojas con todas sus fuerzas.

Las puertas se abrieron lentamente emitiendo un largo y grave crujido.

Al otro lado descubrió una estancia gigantesca.

Era un dormitorio majestuoso, digno de la realeza. A pesar del abandono y de la espesa vegetación que había invadido el lugar, todavía podían apreciarse restos de su antiguo esplendor. En el centro de la habitación destacaba una enorme cama protegida por un magnífico dosel cuyos cortinajes, ya medio podridos, colgaban cubiertos de hojas y enredaderas. Las paredes estaban parcialmente ocultas bajo raíces que descendían desde el techo, y plantas salvajes crecían entre las grietas del suelo de piedra.

En un primer momento Alicia no percibió nada extraño, distraída por aquel escenario casi mágico y decadente. Sin embargo, conforme avanzó lentamente entre la maleza, empezó a distinguir una forma sobre la cama.

Era una mujer.

Una mujer enorme y corpulenta, vestida con ricos ropajes que, aunque deteriorados por el tiempo, aún conservaban cierta elegancia distinguida. Permanecía acostada boca arriba sobre el lecho, completamente inmóvil.

Alicia sintió un escalofrío.

Apartó como pudo varias ramas y hojas que dificultaban la visión. Poco a poco, la horrible realidad comenzó a revelarse ante sus ojos. La cabeza de aquella mujer estaba separada del cuerpo y colocada junto al cadáver.

Pero estaba boca abajo.

Durante unos segundos la niña permaneció completamente quieta, incapaz de decidir qué hacer. Una parte de ella deseaba salir corriendo de aquel maldito castillo y no volver jamás. Otra, mucho más poderosa, la empujaba a descubrir quién era aquella desgraciada.

Y, como tantas veces ocurre, la curiosidad —esa fuerza imposible de arrancar de la naturaleza humana— terminó imponiéndose sobre el miedo. Alicia desoyó aquella pequeña voz interior que le advertía prudentemente de las posi-

bles consecuencias de sus actos. Tragó saliva, reunió todo el valor que pudo encontrar dentro de sí y, con manos temblorosas, se acercó lentamente a la cabeza cercenada.

Después, armándose de coraje, le dio la vuelta…

—¡¡Quita tus sucias manos de encima, niña llorona!! —gritó de pronto la cabeza con una furia tan inesperada que Alicia soltó un chillido de espanto.

Del sobresalto, la niña dejó caer la cabeza cercenada de la Reina, que golpeó violentamente contra el frío suelo de piedra. La testa rebotó con un sonido seco y comenzó a rodar descontroladamente por la habitación igual que una pelota grotesca. Impulsada por la pendiente, llegó hasta la escalinata y empezó a descender dando tumbos de escalón en escalón. Cada rebote arrancaba nuevos gritos, lamentos e insultos de la furiosa soberana.

—¡¡Inútil!!

—¡¡Torpe!!

—¡¡Salvaje descerebrada!!

Alicia, horrorizada por lo que acababa de hacer, corrió tras ella presa del pánico. Intentaba atraparla antes de que siguiera cayendo, pero sus nervios la volvían todavía más torpe. Varias veces, justo cuando lograba alcanzarla, acababa golpeándola accidentalmente con el pie y enviándola todavía más lejos escaleras abajo. La situación era tan absurda como desesperante. Finalmente, dejando a un lado el asco, el miedo y todos sus prejuicios, consiguió sujetarla entre sus brazos antes de que continuara rebotando por el castillo.

Jadeando y completamente avergonzada, levantó la cabeza a la altura de su rostro.

—Lo siento muchísimo, señora. No fue mi intención… pero comprenderá que ha sido una sorpresa terrible para mí. ¿Quién podría imaginar que una cabeza sin cuerpo hablara por sí sola?

La Reina la observó con indignación mientras algunas hojas secas seguían colgando de su corona torcida.

—¡¡Niña estúpida! En este mundo tu imaginación no tiene límites. ¡¡Mira en qué me he convertido por tu culpa!! —vociferó llena de reproche.

Alicia frunció el ceño, empezando a molestarse también ella.

—Las cabezas no hablan… y mucho menos sin cuerpo —replicó—. Y además, ¿cómo que por mi culpa? ¿Qué tengo yo que ver en todo esto?

La Reina resopló con visible irritación antes de responder:

—Cuando mis súbditos vieron que desaparecías tragada por el barro y escapabas de tu castigo, aquel miserable del Rey aprovechó la situación para difamarme. Empezó a decir que yo era una gobernante débil y acabó convenciendo a todos los naipes para usurparme el trono. En cuanto consiguió destronarme, ordenó al verdugo que me cortara la cabeza. Por lo visto… me odiaba más de lo que yo le odiaba a él.

Alicia escuchó el relato con creciente asombro.

—Lo siento mucho, señora… pero entonces, ¿por qué no la enterraron? ¿Por qué la dejaron abandonada en este castillo?

—Muy sencillo —respondió la Reina con amargura—. No paraba de hablar. El Rey terminó hartándose y decidió que no pensaba soportar mis discursos ni siquiera bajo tierra. Así que ordenó que me dejaran aquí para toda la eternidad. Y como colofón de semejante infamia, mandó también que me colocaran boca abajo.

La niña abrió mucho los ojos.

—¿Va a permanecer así para siempre?

—¡¡Por supuesto que no!! —aseguró la Reina con total convencimiento.

Alicia arqueó una ceja.

—Entonces… ¿qué espera exactamente? ¿Que venga un príncipe y la bese? —preguntó con cierta ironía.

Era evidente que, si la Reina confiaba en que apareciera un apuesto y valeroso príncipe dispuesto a besar una cabeza parlante abandonada en un castillo cubierto de maleza, probablemente tendría que esperar muchísimo tiempo. Bueno… esperar tumbada.

—Todas las posibilidades siguen abiertas, pequeña incrédula —respondió la soberana con tono ofendido.

Alicia no pudo evitar mirar alrededor. Las raíces cubrían los muros, el polvo se acumulaba por todas partes y la naturaleza había invadido completamente el castillo.

—Pues qué quiere que le diga, Majestad… no me extraña que nadie haya venido todavía viendo el tiempo que parece haber pasado. ¿Se ha fijado? —comentó mientras movía ligeramente la cabeza de la Reina para mostrarle el estado ruinoso del lugar.

La soberana guardó unos segundos de silencio antes de responder con fingida dignidad:

—Bueno… admito que quizá haya transcurrido bastante tiempo.

—¿Bastante? ¡¡Pero si está usted ciega!! —exclamó Alicia escandalizada, incapaz de comprender cómo alguien podía aferrarse a unas esperanzas tan absurdas.

La Reina entrecerró los ojos llena de indignación.

—¡¡La ciega eres tú!!

Alicia la miró completamente desconcertada.

—¿Cómo dice usted? —preguntó sorprendida, empezando a sentir una creciente antipatía hacia aquella acosadora cabeza parlante.

—¡¡He dicho bien, Alicia, estás ciega! ¿No ves que el príncipe eres tú?

—¿Yo…? —preguntó la niña señalándose a sí misma con una expresión de absoluto desconcierto.

—¿Te lo repito otra vez o es que además de llorona eres tonta? —replicó la Reina con insufrible autosuficiencia.

Alicia permaneció unos segundos intentando ordenar semejante disparate dentro de su cabeza. Finalmente reaccionó como pudo y exclamó muy alterada:

—¡¡No pretenderá que yo la bese!!

La Reina abrió los ojos escandalizada.

—¡¡Por supuesto que no, pequeña estúpida!! ¿Te piensas que este cuento es de lesbianas? ¡¡A mí me gustan muchísimo los hombres!! ¿Qué clase de barbaridades imaginas? —respondió profundamente ofendida.

Alicia parpadeó varias veces, cada vez más confundida.

—Entonces… no entiendo qué tengo yo que ver en todo esto.

La soberana soltó un largo suspiro teatral.

—Hay que ver lo dura de mollera que eres. Y pensar que tienes fama de ser la protagonista del cuento más famoso de todos los tiempos… de verdad, no me lo explico. ¿Es que tengo que explicártelo absolutamente todo?

—Pues… señora… si no es mucha molestia… usted verá… —murmuró Alicia algo avergonzada mientras bajaba la cabeza.

—¡¡Está bien, pedazo de alcornoque, te lo explicaré!! —bufó la Reina.

Alicia guardó silencio resignadamente, convencida de que todo aquello desembocaría en otra de las absurdas locuras típicas de aquel mundo imposible. La soberana esperó unos segundos, disfrutando de la expectación que ella misma había generado, y finalmente continuó hablando con solemnidad exagerada:

—Es muy sencillo, pequeña. Solo tienes que ponerme la cabeza en su sitio. Nada más.

La Reina terminó de hablar como si estuviera pidiéndole que recolocara un cojín.

Alicia la observó horrorizada.

—Oiga… señora… ¿usted está completamente loca?

—Puede ser, niña, pero eso no cambia nada. Y deja ya de decir tonterías. Escúchame atentamente: ¿cuántas cabezas decapitadas has visto tú hablar?

Aquella pregunta dejó a Alicia sin respuesta. La lógica hacía rato que había abandonado aquel castillo.

—La verdad… tiene usted razón —admitió con resignación—. ¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

—¿Sabes coser? —preguntó la Reina.

Alicia alzó la barbilla con cierto orgullo.

—Por supuesto, señora. Mis padres me educaron muy bien.

—Entonces mira en ese cajón —indicó la Reina moviendo apenas los ojos hacia una mesita de noche medio cubierta por raíces—. Allí encontrarás todo lo necesario.

Alicia obedeció. Abrió lentamente el cajón y descubrió en su interior agujas, carretes de hilo, tijeras y varios utensilios de costura perfectamente ordenados, como si alguien los hubiera colocado allí hacía apenas unas horas. Tragó saliva. Después, armándose de valor, tomó aguja e hilo y comenzó la desagradable tarea.

Le costó muchísimo contener las náuseas.

Con manos temblorosas fue uniendo cuidadosamente la cabeza al cuello cercenado mientras la Reina no dejaba de quejarse y darle órdenes.

—¡¡Más arriba!!

—¡¡Tira bien del hilo!!

—¡¡No me dejes torcida, inútil!!

Finalmente, después de mucho esfuerzo, terminó la última puntada.

Y entonces ocurrió algo extraordinario.

En el mismo instante en que la Reina volvió a estar completa, todo el castillo pareció despertar de un larguísimo letargo. La podredumbre, el polvo y los signos de abandono comenzaron a desaparecer a gran velocidad. Las raíces retrocedieron deslizándose por los muros como serpientes asustadas. La maleza se marchitó en cuestión de segundos y las piedras agrietadas recuperaron su antiguo aspecto. Los tapices rasgados volvieron a colgar impecables, las antorchas se encendieron por sí solas y el aire dejó de oler a humedad y muerte.

En apenas unos instantes, el castillo entero había recuperado el esplendor que poseía antes de la ejecución de la Reina.

Alicia apenas tuvo tiempo de maravillarse.

—¡¡Guardias, apresadla!! —ordenó de repente la soberana con voz atronadora.

La niña abrió los ojos horrorizada.

—¡¡Pero oiga!! ¡¡Yo le he salvado la vida!! —protestó sintiéndose terriblemente traicionada.

La Reina se levantó majestuosamente de la cama mientras se acomodaba los vestidos y recolocaba orgullosamente su corona.

—¿Qué vida dices haberme salvado? Yo ya estaba viva. Lo único que ocurría es que no podía manejar mi cuerpo. Y no olvides jamás una cosa, Alicia: tú fuiste el origen de todos mis problemas. Todo esto ocurrió por tu culpa… y ahora pagarás por ello.

—Pero… señora… gracias a mí ha recuperado su reino —argumentó Alicia con desesperación mientras escuchaba pasos apresurados acercándose por los corredores del castillo.

—El reino siempre fue mío. Lo único que ocurría es que todos estaban dormidos —afirmó la Reina con absoluta convicción, como si nada de lo sucedido hubiese tenido realmente importancia.

Alicia comprendió enseguida que ninguna explicación ni súplica lograría ablandar el ennegrecido corazón de aquella soberana caprichosa. Aun así, debía intentarlo. Después de todo, tenía mucho que perder… concretamente la cabeza.

—Por favor, Su Majestad… soy solo una pobre niña que no sabe dónde está. Esta mañana salí de casa para ir a la escuela, como todos los días, y lo único que deseo es volver junto a mi mamá… —imploró con voz temblorosa.

Durante un brevísimo instante pareció que la Reina vacilaba. Incluso dio la impresión de que cierta compasión asomaba fugazmente en su mirada. Pero aquella sensación desapareció tan rápido como había llegado.

—¡¡Está bien, deja ya de llorarme delante, que me crispas los nervios!! No te cortaré la cabeza… pero irás a las cuadras y servirás de ganado —sentenció finalmente.

Después hizo un gesto autoritario a sus escoltas.

Las “Sotas de Espadas” obedecieron al instante y rodearon a Alicia. La niña rompió a llorar nuevamente mientras era conducida fuera de la estancia. Suplicaba clemencia a sus guardianes, pero aquellos soldados mantenían el rostro completamente inexpresivo. De vez en cuando la azuzaban con las puntas de sus afiladas espadas para obligarla a avanzar más deprisa por los interminables pasillos del castillo.

Finalmente llegaron a las cuadras.

Nada más entrar, el olor húmedo y enfermizo del lugar le revolvió el estómago. Sin darle tiempo siquiera a reaccionar, los soldados la encadenaron a una gruesa argolla incrustada en la pared de piedra y, sin pronunciar una sola palabra más, abandonaron el lugar.

Alicia permaneció llorando durante varios minutos, demasiado angustiada para fijarse en nada más. Por eso tardó un tiempo en darse cuenta de que no estaba sola.

A ambos lados del enorme establo, formando largas hileras junto a los muros, había numerosos individuos encadenados exactamente igual que ella. Hombres y mujeres de distintas edades y razas permanecían inmóviles, con aspecto agotado y enfermizo. Algunos parecían apenas conscientes de lo que ocurría a su alrededor.

Al observarlos con mayor atención, Alicia descubrió algo todavía más inquietante.

Todos tenían conectada una especie de sonda al antebrazo. Un fino tubo transparente recorría lentamente el camino desde sus cuerpos hasta varias botellas de cristal colocadas junto a ellos. Dentro de aquellas botellas se acumulaba un líquido rojo oscuro.

La niña sintió un escalofrío.

No tardó en comprender lo que estaba viendo: aquella gente estaba siendo utilizada para extraerles la sangre.

De momento, a ella solo la habían encadenado. Todavía no tenía ninguna sonda clavada en el brazo, y aquello le dio una pequeña esperanza dentro de su desesperada situación. Quizá aún estuviera a tiempo de escapar. Quizá no fuera demasiado tarde.

Sin embargo, su insaciable curiosidad volvió a imponerse sobre el miedo.

Intentó hablar con el prisionero que tenía más cerca, pero el hombre apenas reaccionó. Permanecía aturdido, con la mirada perdida y el cuerpo completamente abatido, como si estuviera drogado o sumido en una especie de sopor extraño que Alicia no lograba comprender. Aquello le molestó un poco. Para ella, la buena educación era fundamental y consideraba que, si alguien se dirigía a uno, lo mínimo era responder.

—No pierdas el tiempo con ese.

La voz provenía de una niña situada unas cadenas más allá.

Alicia giró inmediatamente la cabeza y quedó profundamente sorprendida. La muchacha tenía aproximadamente su misma edad, una estatura muy parecida e incluso vestía de forma similar. Había algo inquietantemente familiar en ella. Su rostro, sus gestos… hasta la voz le resultaban extrañamente conocidos, aunque no conseguía recordar de dónde.

—Por favor… ¿puedes explicarme qué hacemos aquí? —preguntó Alicia entre aterrorizada y curiosa.

La angustia por su incierto futuro era tan intensa que apenas pudo contenerse. Las posibilidades de escapar —o simplemente de sobrevivir— parecían mínimas. Antes siquiera de recibir respuesta, volvió a romper a llorar desconsoladamente.

Sus lágrimas comenzaron a brotar con tanta intensidad que los demás cautivos reaccionaron aterrados.

—¡¡Quieres dejar de gimotear!! ¡¡Nos vas a matar a todos!! —gritaron a coro llenos de pánico.

—Tranquilízate, amiga —intervino la otra niña con una voz sorprendentemente calmada y amable—. Ahora te lo explicaré todo. Ten paciencia.

Aquellas palabras produjeron un efecto inmediato en Alicia. La serenidad de aquella desconocida consiguió calmarla poco a poco hasta que dejó de llorar. La muchacha, viendo que había logrado tranquilizarla, se preparó para continuar hablando.

Pero justo en ese momento se escucharon pasos acercándose.

El personal encargado de atender las cuadras acababa de entrar en escena.

—Pero… si es el conejito blanco —dijo Alicia completamente sorprendida al ver entrar a uno de los cuidadores.

La criatura se detuvo lentamente y la observó con una sonrisa burlona.

—¿Conejito? —preguntó divertido.

—Sí —respondió la niña confundida—. Eres mi conejito. Yo pensaba que habías desaparecido.

Aquello provocó inmediatamente varias carcajadas a su alrededor.

—¿Estás segura, Alicia? —preguntaron varios de ellos al mismo tiempo—. ¿Cuántos conejitos ves?

La niña miró entonces con mayor atención y descubrió que había bastantes criaturas iguales moviéndose por las cuadras. Unos recogían los recipientes llenos de sangre; otros limpiaban los excrementos y los charcos de orina del suelo; varios más reponían la paja húmeda que servía de cama a los cautivos o rellenaban con agua y una especie de pienso los pesebres colocados frente a ellos. Todo funcionaba como una inquietante granja perfectamente organizada.

Alicia empezó a sentirse incómoda.

Cuanto más observaba a aquellos supuestos conejitos, más extraños le parecían.

—Ahora, Alicia, estate quietecita y colabora —dijo uno de ellos acercándose con una aguja y un pequeño instrumental preparado para sondarle el brazo.

La niña, agotada física y emocionalmente, apenas opuso resistencia. Se dejó hacer mansamente mientras el cuidador levantaba su brazo con evidente satisfacción. La vena azulada y palpitante destacó bajo la piel pálida de Alicia, provocando una sonrisa de auténtico placer en el extraño ser. Le ató una goma alrededor del brazo para tensar la vena y, acto seguido, introdujo la aguja con un movimiento rápido y calculado.

Alicia hizo una mueca de dolor.

La vía quedó conectada a una sonda transparente que terminaba en uno de los recipientes vacíos. Poco después, la sangre roja comenzó a deslizarse lentamente por el tubo hasta llenar el depósito.

La niña observó horrorizada cómo su propio líquido vital abandonaba su cuerpo.

Su nueva amiga le dedicó entonces una mirada tranquila y comprensiva.

—No te preocupes, Alicia. Terminarás acostumbrándote. Verás como no es tan horrible.

Alicia respondió únicamente con un gesto resignado mientras contemplaba cómo el recipiente seguía llenándose poco a poco.

Después levantó la vista hacia el cuidador.

—Dime, conejito… ¿por qué te portas tan mal conmigo si yo te quiero tanto? —preguntó con profunda decepción.

El supuesto conejo soltó una carcajada desagradable.

—¿De qué conejito hablas, niña tonta? Eres todavía más idiota e inocente de lo que imaginaba. Ves conejitos por todas partes porque tu mente intenta protegerte. Prefieres imaginar criaturas adorables antes que aceptar lo que realmente somos.

El cuidador se inclinó hacia ella lentamente.

Y entonces Alicia lo vio.

Bajo aquella apariencia amable comenzaron a asomar unos colmillos enormes y afilados, demasiado largos para pertenecer a ningún conejo. Sus ojos también parecían distintos ahora: fríos, hambrientos y crueles.

—Mírame bien —susurró la criatura—. ¿Ves estos dientes? Podría clavártelos con muchísimo gusto… pero preferimos sacaros la sangre poco a poco. Así duráis mucho más tiempo. Aunque, claro, llegará el día en que tu cuerpo se agote y entonces tendremos que vaciarte del todo.

Alicia sintió un escalofrío de terror.

El ser sonrió mostrando sus monstruosos colmillos.

—Las necesidades del reino son enormes. La Reina necesita imprimir constantemente nuevas cartas para engrandecer su imperio, y para ello necesitamos vuestra sangre.

La niña permaneció horrorizada, pero su nueva compañera volvió a intervenir intentando calmarla.

—Eso era precisamente lo que quería explicarte, Alicia —dijo con serenidad—. Aquí vivimos sin preocupaciones. Ya no tenemos deseos, ni ambiciones, ni sufrimientos. Nos alimentan, nos cuidan y no necesitamos esforzarnos por nada.

—Un auténtico chollo de vida —añadió otro cautivo con expresión ausente.

—El paraíso —murmuraron varios más desde el fondo de las cuadras.

—Hazles caso, Alicia —insistieron algunos de los cuidadores—. Hablan desde la experiencia.

Pero aquellas palabras provocaron justo el efecto contrario en la niña.

—¡¡Basta ya!! —gritó de repente.

Todos guardaron silencio.

Alicia, pese al miedo, miró indignada a los cautivos encadenados.

—¡¡Si tan felices sois, entonces por qué estáis sujetos con cadenas!!

Nadie respondió.

La niña, sintiendo crecer dentro de sí una rabia desconocida, continuó hablando cada vez con más pasión.

—¡¡No os dais cuenta de que, a cambio de cubrir vuestras necesidades, habéis entregado vuestra libertad!! ¡¡Os tienen encadenados para siempre!! —argumentó indignada mientras la sangre seguía descendiendo lentamente por el tubo transparente.

—¿Atados? —preguntaron algunos cautivos con evidente desconcierto.

—¿Qué quiere decir encadenados? —inquirieron otros desde la fila de enfrente.

Incluso los más aturdidos comenzaron a despertar lentamente de aquel extraño sopor al percibir la agitación que recorría las cuadras.

—¡¡Alicia dice que estamos encadenados!! —explicó la amiga de la niña dirigiéndose a un hombre que acababa de incorporarse lentamente mientras se restregaba los ojos con los puños cerrados.

Todavía confundido, el cautivo miró alrededor sin comprender del todo lo que ocurría. Después bajó la vista hacia sus muñecas.

Y vio las cadenas.

Durante unos segundos permaneció inmóvil observándolas como si las descubriera por primera vez. Entonces comenzó a tirar de ellas.

El hierro respondió tensándose con un ruido seco.

Por primera vez sintió realmente el peso de aquellas cadenas clavándose en su piel, limitando sus movimientos y haciéndole daño de verdad. Una expresión de horror apareció lentamente en su rostro.

—¡¡Es verdad… estamos encadenados!! —gritó lleno de incredulidad.

Aquellas palabras se propagaron por las cuadras como una chispa sobre un barril de pólvora.

Uno tras otro, todos los cautivos comenzaron a mirar sus propios grilletes con ojos completamente distintos. Las cadenas, que hasta entonces parecían formar parte natural de sus vidas, se transformaron súbitamente en lo que realmente eran: instrumentos de prisión.

El efecto fue inmediato.

Cientos de personas comenzaron a agitarse desesperadamente. El estruendo metálico inundó toda la estancia cuando los prisioneros empezaron a forcejear con furia, intentando arrancar las cadenas de las paredes. El sonido del hierro golpeando la piedra resonaba ensordecedoramente por todo el recinto. Algunos gritaban, otros lloraban y muchos tiraban con tal desesperación que acababan desgarrándose las muñecas.

Los cuidadores comprendieron enseguida el peligro.

Al ver que la situación estaba a punto de convertirse en una auténtica sublevación, reaccionaron rápidamente. Sacaron jeringuillas cargadas con potentes sedantes y comenzaron a recorrer las filas inyectando las sustancias a los presos más alterados. Poco a poco, los movimientos desesperados fueron debili-

tándose. Los gritos se transformaron en murmullos apagados y, finalmente, una pesada laxitud volvió a apoderarse de todos ellos.

Los cautivos regresaron lentamente a aquel estado de docilidad artificial.

Pero los cuidadores estaban furiosos.

Y todos sabían quién había provocado aquello.

Las criaturas dirigieron sus miradas hacia Alicia con evidente hostilidad. La niña, aterrorizada, se acurrucó contra la pared intentando hacerse pequeña, casi invisible, como si así pudiera evitar el castigo que intuía inevitable. Fue inútil.

La soltaron de las cadenas de mala manera y la arrastraron fuera de las cuadras mientras ella forcejeaba y suplicaba entre lágrimas.

La condujeron por interminables corredores del castillo, atravesando edificios, pasadizos y puertas sin fin. Alicia perdió enseguida cualquier sentido de orientación. Todo parecía formar parte de un gigantesco laberinto diseñado para que nadie pudiera encontrar jamás la salida.

Finalmente llegaron ante una gran entrada coronada por un enorme cartel luminoso.

“PURGATORIO”.

Las letras brillaban y destellaban de forma grotesca, igual que los anuncios de un viejo bar de carretera perdido en mitad de la noche.

Sin ninguna delicadeza, la arrojaron al suelo.

Alicia cayó de bruces sobre la piedra fría y permaneció allí unos segundos temblando de miedo. Estaba convencida de que algo terrible iba a sucederle.

—¿Qué lugar es este? ¿Por qué me han traído aquí? —preguntó aterrorizada.

Uno de los cuidadores se inclinó ligeramente hacia ella.

—Aquí te reformarás… o morirás. Tú eliges.

Después la empujaron con las puntas de sus espadas hacia el interior del laberinto.

—¡¡Quieta!! —ordenaron bruscamente.

Alicia apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que le ataran las manos a la espalda y le cubrieran completamente los ojos con una venda negra.

Alicia no podía ver absolutamente nada. Sin embargo, el eco de las pisadas alejándose y las risas crueles de sus cuidadores bastaron para hacerle comprender que la habían abandonado sola, dejándola a merced de un destino incierto dentro de aquel siniestro laberinto. El miedo comenzó a extenderse rápidamente por todo su cuerpo hasta apoderarse completamente de ella. Respiraba con tanta fuerza y tan atropelladamente que el sonido de su propia respiración retumbaba en sus oídos como si alguien caminara pegado a su espalda.

Además de ciega por la oscuridad y la venda que le cubría los ojos, tampoco podía ayudarse con las manos debido a las ligaduras que las mantenían atadas a la espalda. Obligada a avanzar a tientas, utilizaba el cuerpo entero para orientarse, restregándose torpemente contra las paredes mientras daba pequeños pasos inseguros por miedo a tropezar con alguna trampa o monstruosidad escondida en las sombras. Su imaginación, completamente desatada por el terror, agrandaba cualquier ruido o sensación hasta convertirlo en algo monstruoso, muy por encima de toda lógica y realidad.

Todo adquiría un aspecto grotesco dentro de su mente alterada por el pánico.

El aire era pesado y viciado. Un penetrante olor a humedad, encierro y podredumbre le taponaba las fosas nasales. Cada vez que arrastraba los pies levantaba pequeñas nubes de polvo que terminaban pegándose a su garganta seca. No tardó en comenzar a toser compulsivamente. La tos le desgarraba el pecho y le dificultaba todavía más respirar, aumentando la sensación de ahogo y desesperación.

De pronto tropezó con algo.

No tuvo tiempo siquiera de reaccionar.

Al llevar las manos atadas no pudo amortiguar la caída y se precipitó de bruces contra el duro suelo de piedra. El golpe fue brutal. Su cabeza impactó violentamente levantando una nube de polvo. Durante unos segundos quedó tendida boca abajo, completamente aturdida, tragando tierra y sintiendo un dolor punzante latiéndole dentro del cráneo.

Pero entonces la suerte —o quizá la torpeza de sus captores— acudió inesperadamente en su ayuda.

Los cuidadores no parecían especialmente expertos haciendo nudos. Las ligaduras habían quedado algo flojas y el fuerte movimiento de la caída terminó por aflojarlas todavía más. Alicia, aprovechando la oportunidad, comenzó a retorcer las muñecas con desesperación hasta que, tras varios intentos dolorosos, logró finalmente liberarse.

Jadeando, se arrancó enseguida la sucia venda de los ojos.

Aunque aquello apenas sirvió de nada.

La oscuridad dentro del laberinto era casi absoluta.

Aun así, su incurable curiosidad volvió a empujarla a descubrir con qué había tropezado. Se arrodilló lentamente y comenzó a retroceder a cuatro patas, palpando el suelo con las manos igual que un insecto tanteando el mundo con sus antenas. El tacto, amplificado por el miedo, hacía que cualquier objeto pareciera mucho mayor y más terrible de lo que probablemente era. Cada textura que percibía le provocaba nuevas oleadas de asco y angustia.

Entonces ocurrió.

Su mano se hundió repentinamente en una masa blanda, viscosa y maloliente.

Alicia lanzó un grito de horror y apartó la mano de inmediato.

Las arcadas llegaron violentamente desde lo más profundo de su estómago. Comenzó a vomitar entre espasmos incontrolables hasta quedarse prácticamente sin fuerzas. Bilis y jugos gástricos abrasaron su garganta mientras el dolor le martilleaba la cabeza con punzadas tan intensas que apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

Apenas podía respirar.

Fue entonces cuando escuchó las risas.

Carcajadas lejanas, deformadas por el eco del laberinto, comenzaron a recorrer los pasadizos acompañadas de insultos y burlas imposibles de identificar. Parecían provenir de todas partes al mismo tiempo.

El terror terminó de quebrarla.

Alicia echó a correr presa de un pánico completamente irracional. Pero cuanto más corría, peor resultaba todo. Tropezaba continuamente contra los muros

invisibles del laberinto, chocando contra las paredes y cayendo una y otra vez sobre el polvoriento suelo. Cada golpe aumentaba su agotamiento y su desesperación.

Finalmente, sin fuerzas para continuar, se dejó caer.

Se acurrucó en posición fetal sobre el suelo frío y sucio, abrazándose las piernas mientras temblaba descontroladamente.

Por primera vez desde que había llegado a aquel mundo absurdo, Alicia sintió la aterradora certeza de que quizá pudiera morir allí mismo.

Cuando menos lo esperamos, aparece algo completamente fuera de toda lógica, y este relato no iba a ser menos que cualquiera de esos cuentos extraños que todos ustedes, queridos lectores, leyeron alguna vez a lo largo de su vida. Nuestra heroína se encontraba muy por encima de sus posibilidades, o quizá sería más acertado decir muy por debajo de ellas. Tan desesperada era su situación que, de haber existido una casa de apuestas en aquel maldito laberinto, nadie habría arriesgado una miserable moneda por su supervivencia. Alicia estaba acabada. Más acabada que un pastel a las puertas de un colegio.

Y, sin embargo, la vida tiene la extraña costumbre de sonreír precisamente a quien menos ganas tiene de reírse.

Puedo asegurarles que Alicia, en esos momentos, no estaba para sonrisas ni optimismos. Acurrucada sobre aquel suelo frío y polvoriento, temblando de miedo y agotamiento, parecía haber llegado definitivamente al límite de sus fuerzas. Pero siempre existe una salida… o una entrada, según quiera mirarse. Todo depende del lado del laberinto en el que uno crea encontrarse.

Y hablando de laberintos…

Yo mismo, querido lector, comienzo a sospechar que también estoy atrapado dentro de este. No crean ustedes que resulta sencillo avanzar entre tantos disparates, reinas decapitadas, conejitos sanguinarios y niñas que provocan inundaciones llorando. Les confesaré algo: ni siquiera yo tengo muy claro hacia dónde demonios se dirige esta historia. Pero como soy el Creador de todo este embrollo —o al menos eso intento aparentar con cierta dignidad—, he decidido que Alicia debe continuar avanzando de una manera u otra, aunque ni yo mismo llegue a comprender del todo cómo será posible.

Tal vez esa sea precisamente la esencia de cualquier cuento: seguir adelante incluso cuando el sentido común ya abandonó la narración hace varias páginas.

Así pues, espero que ustedes, amables lectores, armados de esa paciencia y sabiduría propias de quien ha decidido no cerrar todavía este libro, sepan comprender mis desvaríos. Y quizá, apelando a la bondad que sin duda albergan en sus corazones, decidan ser magnánimos con los acontecimientos que están a punto de acontecer.

Alicia, completamente desesperada, continuó avanzando a tientas por el laberinto mientras palpaba las paredes en busca de cualquier posible salida. Las probabilidades de encontrar algo útil eran prácticamente inexistentes, pero a veces el azar tiene caprichos incomprensibles incluso para quienes escriben las historias. En uno de aquellos tanteos fortuitos, sus dedos presionaron accidentalmente una especie de resorte oculto en el muro. Inmediatamente se escuchó un sonido metálico seguido del lento desplazamiento de una puerta secreta.

La niña dio un pequeño salto hacia atrás sobresaltada.

Tras unos segundos de duda, terminó adentrándose por la abertura con enorme cautela, aunque también con un inmenso alivio al verse rescatada, de algún modo, de aquel infernal laberinto.

La estancia al otro lado era enorme y estaba inundada por una luz excesivamente intensa. El contraste con la oscuridad anterior fue tan brusco que Alicia quedó momentáneamente cegada. Apenas distinguía formas borrosas y sombras difusas mientras se cubría los ojos con las manos.

Poco a poco, su vista comenzó a acostumbrarse.

Entonces lo vio.

Sentado tranquilamente detrás de una mesa completamente vacía la esperaba un extraño individuo vestido con una larga bata blanca que le llegaba hasta los tobillos. Su aspecto recordaba vagamente al de un médico, aunque le faltaban todos esos detalles que Alicia asociaba con ellos: ni bolígrafos asomando del bolsillo, ni estetoscopio colgando del cuello, ni papeles, ni libros, ni absolutamente nada que hiciera pensar en un auténtico despacho.

Aquella ausencia total de objetos resultaba extrañamente inquietante.

El desconocido sonreía ampliamente mientras observaba a la niña con una calma desconcertante.

Alicia sintió un escalofrío.

Si no salió huyendo de inmediato fue únicamente por dos razones: la primera, aquella sonrisa aparentemente amable; la segunda, mucho más importante, el simple hecho de que regresar al laberinto le parecía todavía peor idea.

Así pues, reuniendo un valor que tuvo que rebuscar hasta el último rincón de sí misma, terminó preguntando:

—¿Quién es usted?

La sonrisa del hombre no desapareció.

—Las preguntas las hago yo, pequeña —respondió tranquilamente.

Alicia frunció el ceño.

—Usted dirá lo que quiera, señor, pero después de todo lo que he pasado creo que tengo derecho a preguntar.

La expresión del individuo se endureció levemente.

—¡¡Niña, aquí no tienes derechos!! —afirmó tajantemente—. Y dime una cosa: ¿no estás mejor aquí que perdida en ese laberinto?

La niña sabía perfectamente cuál era la respuesta, pero aun así las preguntas seguían acumulándose en su cabeza.

—No, señor, no estoy conforme. Y si no me responde, me marcharé aunque tenga que volver a ese horrible laberinto —declaró con inesperada firmeza.

Alicia había llegado al límite de su paciencia. Estaba cansada de criaturas absurdas, castigos incomprensibles y seres que parecían disfrutar jugando con ella.

El hombre guardó silencio unos segundos antes de suspirar resignadamente.

—Está bien —concedió de mala gana—. Este no es el procedimiento habitual, pero dada tu testarudez haré una excepción.

Se tomó su tiempo deliberadamente, disfrutando claramente de la expectación de la niña, que lo observaba con los ojos abiertos y llenos de ansiedad.

Finalmente comenzó a hablar.

—Soy tu enlace con el Creador. Digamos que, para que puedas entenderlo, soy un Ángel Serafín… o si lo prefieres, tu Ángel de la guarda.

Alicia parpadeó incrédula.

—¿Mi Ángel guardián? ¿Y dónde están sus alas?

El supuesto serafín soltó una pequeña carcajada burlona.

—¿Alas? ¿Y para qué las necesitaría?

—Pues porque los ángeles tienen alas —respondió Alicia muy convencida—. Y además visten de blanco brillante y son hermosos. Si yo tuviera un ángel, sería exactamente así.

Mientras hablaba extendió los brazos intentando imitar unas alas enormes.

El rostro del ser comenzó a tensarse.

—¡¡Nada de alas ni túnicas resplandecientes!! Yo soy pura energía y brillo por mí mismo —respondió visiblemente molesto.

Alicia, lejos de intimidarse, cruzó los brazos.

—Mi mamá siempre me dijo que no hablara con extraños… y usted no se parece en nada a un ángel.

Aquellas palabras parecieron afectar profundamente al supuesto serafín. Su rostro palideció primero y después adquirió lentamente un tono rojizo cercano al púrpura. Claramente estaba conteniendo un ataque de ira monumental. Sin embargo, respiró hondo varias veces y terminó tragándose su orgullo.

Después habló con tono mucho más suave.

—Mírame ahora, Alicia.

Y entonces ocurrió.

Ante los ojos atónitos de la niña, el extraño comenzó a transformarse. Una luz cálida y resplandeciente envolvió completamente su figura. Su ropa se volvió blanca e impecable, irradiando una luminosidad casi celestial. A su espalda surgieron unas enormes alas de plumas brillantes, tan grandes que parecían doblar la altura de su cuerpo. Toda la estancia se llenó de una sensación extraña de paz, amor y felicidad.

Alicia quedó completamente fascinada.

De haber dependido de ella, habría permanecido contemplándolo eternamente.

El serafín, satisfecho con el efecto causado, sonrió orgullosamente. Aunque por dentro maldecía a todos aquellos humanos responsables de haber llenado la cabeza de la niña de tópicos absurdos sobre los ángeles.

—¿Qué me ha ocurrido, Ángel mío? —preguntó Alicia con absoluta inocencia.

Pero el serafín respondió con otra pregunta.

—Alicia… ¿controlas tus emociones?

Sin esperar contestación, continuó hablando:

—Claro que no. Porque si las controlaras, serías dueña de ti misma.

La niña frunció el ceño.

—No entiendo nada.

—¿Has oído hablar del test de las golosinas?

Aquella expresión le sonó completamente extraña. Alicia no entendía muy bien qué significaba la palabra “test”, aunque sí sabía perfectamente lo que eran las golosinas.

El serafín interpretó correctamente su desconcierto.

—Es un experimento —aclaró—. Y ese experimento demuestra algo muy importante: el autocontrol predice mejor el éxito de una persona que su propia inteligencia. En otras palabras, Alicia, da igual lo lista que seas si no sabes dominar tus impulsos.

Aquellas palabras parecieron remover algo dentro de la niña.

Por primera vez se preguntó si muchas de sus desgracias habrían ocurrido precisamente por no haber sabido controlarse.

El serafín sonrió levemente.
—Exactamente eso es lo que estás pensando.

Alicia lo miró molesta.

—Es de muy mala educación leerle el pensamiento a los demás… y más aún siendo mi ángel.

—Alicia, soy un ángel, no un santo —replicó divertido—. Y para mí eres completamente transparente. Estás perdida en este mundo y no sé si todavía llegaré a tiempo de ayudarte a dominar tus impulsos.

—Entonces… ¿para qué sirve este experimento? —preguntó algo impaciente.

—Para enseñarte a fortalecer la parte racional de tu mente y aprender a controlar esa parte primitiva y emocional que te hace actuar impulsivamente.

La niña arrugó la nariz.

—Entonces dejaré de ser yo misma y me convertiré en una niña aburrida y sosa.

El serafín soltó un suspiro.

—No, niña tonta. No se trata de eliminar tus emociones, sino de aprender a gobernarlas.

Aquella explicación pareció convencerla un poco, aunque el tono excesivamente seguro del ángel seguía provocándole cierta desconfianza.

—Entonces… ¿qué debo hacer exactamente? —preguntó finalmente.

—La clave está en controlar la atención —respondió el serafín—. No mirar constantemente aquello que deseas o aquello que sabes que no deberías hacer.

Alicia abrió mucho los ojos, irritada.

—¿Y cómo se supone que alguien hace algo así? —preguntó pensando que, como siempre, todo sonaba muchísimo más fácil en boca del ángel que en la vida real.

—Muy fácil, Alicia, y voy a demostrártelo.

Apenas terminó de hablar, apareció sobre la mesa, como surgido de la nada, un enorme pastel de gelatina rosa coronado por varias fresas gigantescas de

aspecto tan apetitoso que parecían suplicar ser devoradas. El brillo del azúcar, el aroma dulce y la textura temblorosa del postre provocaron en la niña una reacción inmediata: los ojos se le abrieron desmesuradamente y empezó a salivar sin el menor disimulo.

El Serafín sonrió satisfecho al advertir el deseo reprimido de la pequeña.

—Lo notas, ¿verdad? —preguntó con evidente satisfacción antes de añadir—. Pues no puedes comértelo. Está prohibido… de momento.

Alicia apartó la vista del pastel con enorme esfuerzo.

—¿Cómo que “de momento”? —preguntó impaciente.

—Podrás comértelo más tarde —respondió el ángel burlonamente—. Dentro de un rato.

La niña frunció el ceño indignada.

—¿Y qué diferencia hay entre luego y ahora si es ahora cuando tengo hambre?

El Serafín adoptó un aire doctoral.

—Esa es precisamente la esencia del experimento. Si esperas, recibirás dos pasteles en lugar de uno. Pero si te lo comes ahora, solo tendrás uno y además no habrás aprendido absolutamente nada sobre controlar tus impulsos. En cambio, si consigues apartar tu atención del dulce y resistirte, fortalecerás tu autocontrol. Y cuando seas adulta, eso te convertirá en una persona de provecho.

El ángel terminó su explicación tan orgulloso de sí mismo que parecía haber resuelto todos los misterios del universo.

Alicia, sin embargo, lo observó con sospechosa lógica.

—Puede que tenga razón… pero si me lo como ahora, al menos estoy segura de que tendré uno. En cambio, si espero… ¿quién me garantiza que después me dará dos?

Aquella pregunta golpeó al Serafín con una fuerza completamente inesperada.

Su sonrisa vaciló.

Por primera vez desde el inicio de la conversación, el ángel pareció desconcertado.

«¿Quién puede garantizar semejante trato?», pensó.

«¿Por qué habría de confiar esta niña en mí si acaba de conocerme?»

Las dudas comenzaron a acumularse dentro de él como grietas invisibles.

Alicia lo miró alarmada.

—¿Qué le ocurre, mi ángel?

El serafín pestañeó nerviosamente.

—¿Ocurrirme a mí? ¿Qué tonterías estás diciendo, niña?

Pero Alicia levantó lentamente un dedo tembloroso.

—Está perdiendo las plumas…

El ángel abrió los ojos horrorizado.

Y era cierto.

Sus hermosas alas comenzaban a deshacerse lentamente. Plumas blancas caían al suelo mientras la luz que envolvía su cuerpo empezaba a apagarse.

—No… no puede ser… —balbuceó presa del pánico—. Está ocurriendo otra vez… ¡¡La duda, Alicia!! ¡¡La duda lo corrompe todo!!

La transformación se volvió espantosa.

Ante los aterrados ojos de la niña, el Serafín comenzó a desmoronarse entre gritos agónicos y violentas convulsiones. Su cuerpo luminoso se fragmentaba como cristal quebrado mientras las alas se ennegrecían y desaparecían consumidas por una oscuridad imposible.

Alicia observaba paralizada.

«La duda…», pensó.

¿Qué clase de poder destructivo podía tener algo tan pequeño como titubear? ¿Por qué un ángel no podía permitirse dudar?

Mientras intentaba comprender aquello, el propio mundo empezó también a deshacerse.

La incertidumbre parecía devorarlo todo con paciente ferocidad, igual que un ejército infinito de termitas consumiendo lentamente la realidad. La mesa desapareció primero. Después el suelo. Luego las paredes y finalmente cualquier rastro de aquella estancia luminosa.

Alicia quedó sola.

Completamente sola.

No había horizonte, ni cielo, ni tierra, ni límites. Nada en absoluto que pudiera servirle de referencia. El vacío absoluto la rodeaba. Solo existía un inmenso color blanco que su mente interpretaba como la representación más cercana posible de la nada.

Y entonces…

—¿Qué tal, Alicia? ¿Cómo va desarrollándose tu historia?

La voz del Sr. Martínez surgió repentinamente de aquel vacío.

Sonaba satisfecho. Demasiado satisfecho. Hablaba con el entusiasmo rítmico de alguien convencido de estar escribiendo una obra maestra.

—Bueno… algo disparatada sí que está resultando —admitió el espíritu de Alicia—, pero puede valer. De momento no observo nada especialmente injurioso ni pecaminoso. Aunque todavía se puede mejorar.

—¿Mejorar? —interrumpió bruscamente el Tiburón.

El monstruoso personaje apareció completamente rojo de ira, saliendo violentamente de aquella especie de prisión de carne y huesos que compartía con el Sr. Martínez. Venía tan alterado que parecía a punto de sufrir un ataque.

—¡¡¿Desde cuándo el barro se transforma en chocolate?!!

Alicia alzó los hombros con fingida inocencia.

—Bueno… tampoco es tan descabellado. Ambos tienen el mismo color, ¿no?

El Tiburón ignoró completamente la broma.

—¡¡Y después se lo bebe entero!! ¡¡Cualquier persona reventaría con semejante cantidad, y más siendo una niña!! ¿Pero ustedes son conscientes de lo que están escribiendo? Les recuerdo que la protagonista sigue siendo una niña.

Alicia lo observó con aplomo.

—¿Y acaso una niña no puede imaginar mundos absurdos e imposibles?

—¡¡Claro que puede!! —gruñó el Tiburón—. Pero ustedes están tomando a los lectores por idiotas. La historia se ha instalado completamente dentro de lo imposible. Incluso leyéndola con una mente abierta, resulta inverosímil… y se lo dice alguien que habla usando el cuerpo de otro.

Señaló entonces al vacío con creciente indignación.

—¡¡Y luego aparece este castillo salido de la mente de un trastornado!! ¡¡Y dentro del castillo… una cabeza decapitada que habla!! ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Soy el único loco o nadie más se da cuenta?

Nadie respondió.

Tomando el silencio por confirmación, continuó todavía más exaltado.

—¡¡Y por si fuera poco, vuelven a coserle la cabeza y todo sigue como si nada!! ¡¡Inaudito!! ¡¡Simplemente increíble!!

El Tiburón comenzó a agitar los brazos furiosamente mientras lanzaba patadas y puñetazos al aire. Parecía un demente atrapado en una rabieta monumental.

Pero aún no había terminado.

—¡¡Y luego resulta que los naipes se imprimen usando la sangre de unos pobres desgraciados que ni siquiera saben que están encadenados!! ¿Quién en su sano juicio va a creerse semejante disparate?

Alicia respondió con sorprendente tranquilidad.

—Está exagerando. Existe cierta similitud entre la sangre y la tinta. Hasta podría darle cierta lógica a la historia.

El Tiburón abrió mucho los ojos.

—Ahora sí sé que aquí hay más de un loco… y lo peor es que ninguno lo reconoce.

Alicia lo miró desafiante.

—¿Y qué me dice de la última parte?

El Tiburón soltó una carcajada cargada de veneno.

—Ah, sí. Claro. El ángel. Fantástica idea. ¿Para qué meter un ángel aquí? ¿Para desmontar el tópico del ángel bondadoso o simplemente para rellenar una historia que ya no tiene ni pies ni cabeza?

De pronto se interrumpió a sí mismo.

—Bueno… cabeza sí tiene. Y además desmontable. Je… je… je…

Su risa quedó suspendida en aquel vacío blanco, impregnada de un cinismo tan venenoso que incluso el silencio pareció sentirse incómodo.

—Tiene usted toda la razón, Sr. Tiburón.

La nueva voz pertenecía a la Soberbia, que había decidido intervenir por fin en aquella disparatada discusión. Su tono rezumaba elegancia fingida y superioridad natural, como si cada palabra pronunciada por ella descendiera desde un pedestal invisible reservado únicamente para seres excepcionales como su persona.

El Tiburón la observó con visible desprecio.

—Pues claro que tengo razón. No necesito que nadie me lance flores… y muchísimo menos usted.

—Calma, amigo mío… —respondió ella con un tono dulzón y peligrosamente falsete—. Quizá me necesite bastante más de lo que imagina.

—No lo creo —gruñó el Tiburón—. Lo único que deseo es que este cuerpo termine pudriéndose de una vez y por fin pueda escapar de este amasijo de carne y huesos.

La Soberbia sonrió misteriosamente.

—Todo llega a su debido tiempo, querido.

El monstruoso personaje abrió los ojos lleno de indignación.

—¿Tiempo? ¿Tiene usted la más remota idea de los años que llevo encarcelado?

—Muchísimos, supongo —respondió ella fingiendo inocencia.

—¡¡Señores, basta ya de sandeces!! —interrumpió de pronto el espíritu de Alicia visiblemente molesto—. No pienso tolerar más insinuaciones despectivas contra mi escritor.

El Sr. Martínez, emocionado por verse defendido, respondió casi conmovido:

—Muchísimas gracias, señorita.

La Soberbia soltó una pequeña risa teatral.

—¿Sandeces… o verdades como puños? —preguntó mirando a un público imaginario antes de continuar con pose de gran oradora—. El Sr. Tiburón tiene razón, y se lo dice alguien que entiende perfectamente de grandeza y superioridad. Estos escritos están impregnados de vanidad… y además están bastante mal redactados. Si usted, querida Alicia, hubiese confiado en mi talento natural, al menos la obra tendría algo más de estilo.

Alicia la miró con falsa amabilidad.

—Puede que tenga razón, amiga mía… —respondió con una condescendencia cargada de sutil veneno—. Pero hay algo que usted desconoce. Y es muy sencillo: todo esto es sincero. Sí, sí, tienen ustedes razón, estas letras desprenden un aroma a vanidad que tira de espaldas. Pero es la vanidad inocente de alguien que simplemente imagina y escribe sin segundas intenciones.

La Soberbia arqueó una ceja con visible desagrado.

—Bueno, pequeña… si eso es lo que desea, adelante. Pero luego no se sorprenda si nadie lee sus supuestas aventuras. Personalmente sigo prefiriendo la novela del matemático. Al menos aquel hombre tenía talento.

—¡¡Ni me nombre a ese ladrón!! —saltó inmediatamente Alicia llena de indignación.

La reacción provocó una sonrisa torcida en el Tiburón.

—Vaya… cuánto odio guarda usted dentro, querida dama. Sus palabras rezuman un veneno deliciosamente silencioso. Empieza usted a caerme bastante bien.

La Soberbia respondió con una reverencia apenas insinuada.

—Muchísimas gracias, Sr. Tiburón. La duda ofende. Soy lo mejor en cualquier aspecto que usted sea capaz de imaginar. No lo dude jamás, estimado amigo.

—¡¡Se acabó esta tertulia de besugos!! —tronó entonces Alicia de repente.

La niña había crecido desmesuradamente otra vez. Su figura dominaba el vacío blanco con una autoridad tan aplastante que incluso el aire parecía tensarse a su alrededor. Señaló amenazadoramente a ambos disidentes mientras hablaba:

—Aquí mando yo.

El Tiburón y la Soberbia guardaron silencio por primera vez.

—Usted, Sr. Tiburón, vuelva inmediatamente a sus carnes y huesos. Y usted… —dijo girándose hacia la Soberbia—, dama de baja cama, regrese a las cloacas de donde jamás debió salir. ¿He hablado suficientemente claro?

El miedo pareció adquirir forma propia en los rostros de ambos.

Y obedecieron.

Primero el Tiburón, no sin antes refunfuñar, lanzar amenazas incomprensibles y protestar indignadamente mientras desaparecía lentamente en aquella prisión orgánica que tanto detestaba. Después la Soberbia, que se marchó murmurando maldiciones refinadas y jurando que algún día la literatura acabaría vengándose de semejante vulgaridad narrativa.

Cuando ambos desaparecieron, el escenario comenzó lentamente a recuperar cierta normalidad. Alicia fue empequeñeciéndose poco a poco hasta volver a su tamaño habitual, mientras el inmenso vacío blanco adquiría una estabilidad más soportable.

El Sr. Martínez permanecía quieto y algo turbado.

Finalmente, Alicia se volvió hacia él.

—Sr. Martínez… continúe, por favor, con mi obra.

El escritor sonrió ampliamente, visiblemente halagado.

—Con muchísimo gusto, señorita.

Alicia suspiró pensativa.

—Veamos… acaba de desaparecer mi ángel…

CAPÍTULO XII

Fue un día especialmente duro para nuestro matemático que, como de costumbre, cenaba solo en el silencioso refectorio de la abadía. Ante sí tenía una frugal colación compuesta por una sopa de dudoso color parduzco, cuya superficie aceitosa parecía resistirse a cualquier definición culinaria conocida, y un postre basado en la siempre socorrida fruta de temporada, aunque aquella pobre manzana, cubierta de moratones y hundimientos en su castigada piel, más bien parecía haber sobrevivido a varias estaciones seguidas antes de acabar sobre su plato. Sin embargo, todo aquello le pareció un mal menor ante la perspectiva de la taza humeante de café negro que aguardaba pacientemente su turno para ser bebida. Aquella pequeña concesión al placer era, en realidad, uno de los escasos lujos que las monjas se permitían ofrecerle de vez en cuando, quizá movidas por la compasión que despertaba aquel anciano clérigo consumido por sus obsesiones. El diácono, luego de disfrutar lentamente de cada sorbo de aquel amargo néctar que parecía devolverle fugazmente algo de vida, logró a duras penas incorporarse de la mesa. Sus huesos protestaron con una rigidez casi dolorosa mientras se despedía de aquel comedor vacío y emprendía el camino hacia su celda. Arrastrando los pies, cabizbajo y vencido por el cansancio, avanzó por los corredores de piedra, donde el eco apagado de sus pasos se mezclaba con la lejana letanía de las oraciones nocturnas, que llegaban hasta él en oleadas difusas, como un murmullo procedente de otro mundo.

Una vez tendido sobre su miserable catre, el anciano fue repasando lentamente los acontecimientos del día. A decir verdad, se sentía satisfecho. Las absurdas fantasías de una niña poseedora de una imaginación desbordante y una mente claramente delirante estaban resultándole mucho más útiles de lo que jamás habría imaginado. Aquellas extravagancias alimentaban con sorprendente eficacia la novela que tanto ansiaba escribir y que durante años se le había resistido con obstinada crueldad. Nunca pensó que acabaría recurriendo a semejantes artimañas, manipulando de manera tan descarada la inocencia de una criatura para alimentar su inspiración, pero había encontrado la excusa perfecta para justificar ante sí mismo aquella conducta. Se convencía de que todo obedecía a una finalidad superior, casi artística, y de ese modo lograba silenciar parcialmente los reproches de su conciencia que, aunque de vez en cuando emergían para atormentarlo, no dejaban de ser una molestia menor comparada con el sufrimiento que le producía su esterilidad creativa. Así pues, abrazado por esa íntima satisfacción que concede el trabajo bien hecho y relegando sus escrúpulos a los rincones más oscuros de su mente, no tardó en abandonarse a un sueño reparador y acogedor que lo condujo hacia esos territorios desconocidos para todos nosotros, salvo quizá para aquellos que ya han atravesado definitivamente las fronteras de la muerte.

La noche continuaba avanzando con paso firme en dirección al momento en que el astro rey, oculto todavía al otro lado del mundo, disiparía las sombras y brumas nocturnas con su inevitable llegada. Aun faltaba mucho para ello y nuestro clérigo seguía profundamente sumido en el descanso, o más bien en esa forma de reposo que reemplaza al verdadero sueño cuando la edad comienza a cobrar sus inevitables tributos. A ciertas edades, y después de determinadas vivencias, más que dormir se descansa. Pudieran ser las tres de la madrugada o quizá alguna hora más avanzada; en cualquier caso, allí no existía reloj alguno que midiera el tiempo con precisión humana. Las monjas, ajenas a semejantes sofisticaciones, se guiaban desde hacía años por las aves de corral que criaban con esmero en una granja anexa a la abadía. El viejo gallo que custodiaba con feroz celo a su pequeño harén de gallinas resultaba ser más exacto que el mejor de los relojes. Cuando todavía faltaban unas horas para el alba, el animal lanzaba su primer canto, y después, a intervalos casi perfectos, repetía aquella sonora proclama hasta que finalmente el sol asomaba en el horizonte. Así ocurría día tras día, año tras año, hasta que las fuerzas abandonaban al veterano guardián emplumado y otro gallo más joven ocupaba su lugar para continuar perpetuando aquella sencilla pero inmutable liturgia del tiempo.

Al diácono jamás le había molestado semejante canto. Desde niño estaba acostumbrado al viejo reloj de su iglesia que, con solemnes campanadas, anunciaba una tras otra todas las horas nocturnas, quebrando el silencio de la madrugada con la monotonía propia de aquello que lleva siglos cumpliendo la misma función. Sin embargo, lo que aquella noche lo arrancó violentamente de sus plácidos sueños no fue el lejano anuncio del gallo ni recuerdo alguno de campanas familiares, sino el roce persistente de una mano helada que, con una lentitud casi enfermiza, le acariciaba el cuero cabelludo. Aquel contacto antinatural provocó en su cuerpo una sacudida electrizante que le recorrió la espalda de arriba abajo como si un rayo hubiese atravesado sus huesos. De golpe se incorporó sobre el catre, jadeando y desorientado. A los pies de la cama, inmóvil y bañado por la escasa claridad que la henchida luna derramaba a través de la austera ventana, se hallaba un niño de tez blanquecina y enfermiza. Permanecía completamente quieto, observándolo con una sonrisa fija dibujada en el rostro. No era una sonrisa tranquilizadora ni inocente; antes al contrario, había en ella una intención oscura que no dejaba lugar a dudas. Aquella mueca no sonreía al clérigo, sino a su miedo. Era una sonrisa macabra, tétrica, impropia de un niño y mucho más cercana a la de un depredador que por fin encuentra acorralada a su presa.

—¿Quién eres?, ¿qué haces aquí? —preguntó aterrado el canónigo, arropándose con su raída manta en un desesperado intento de procurarse calor, pues la temperatura de la estancia descendía de manera alarmante y un vaho helado escapaba de su boca con cada palabra pronunciada.

No obtuvo respuesta alguna. Los ojos del muchacho, inyectados en sangre, permanecieron clavados en él con una intensidad insoportable. Por todo movimiento, el pequeño alzó lentamente la mano y, señalándolo con un dedo índice largo y huesudo, lanzó un estremecedor grito que pareció congelarle la sangre en las venas. El pobre diácono sintió cómo el torrente vital abandonaba sus extremidades para agolparse alrededor de su maltrecho corazón, como si el propio cuerpo intentara proteger tan delicado órgano de aquella presencia monstruosa. El niño comenzó entonces a acercarse poco a poco. En un instante de lucidez dentro del horror que lo dominaba, el anciano reparó en un detalle que terminó de quebrar lo poco que quedaba de su cordura: el dichoso crío avanzaba deslizándose sobre el suelo sin llegar a tocarlo jamás.

En el momento más crítico del encuentro, cuando el corazón del desgraciado parecía dispuesto a reventarle el pecho, la puerta de la celda se abrió violentamente dando paso a una desesperada Madre Superiora que, sin vacilar, se interpuso entre el espectro infantil y el aterrorizado clérigo.

—¡¡Por favor, hijo mío, perdónalo!!

—¿Perdonarme de qué? —preguntó el matemático completamente fuera de sí mientras reculaba hasta aplastarse contra la húmeda pared de piedra.

La voz áspera del niño, mezclada con el rechinar de sus afilados dientes, trataba de articular unas palabras inteligibles que brotaban entre gruñidos y siseos.

—¡¡Por favor, te lo suplico!! —insistía la anciana religiosa sin dejar de anteponer su cuerpo como escudo protector.

—No, madre… —articuló por fin el chiquillo con una claridad espeluznante—. Tiene que pagar por lo que hizo.

La sentencia cayó sobre la estancia con el peso de una condena irrevocable mientras el infante continuaba avanzando lentamente hacia su presa.

—¿Este es el hijo del que me habló? —preguntó estupefacto el diácono, levantando inútilmente las manos como si aquel gesto pudiera detener los embistes de la criatura.

—¿Ya no te acuerdas? —preguntó el engendro mientras sus zarpas heladas rodeaban la cabeza del aterrado anciano.

—Claro que no se acuerda… nunca le dije nada… —remachó la madre con voz implorante.

El muchacho estaba ya tan cerca del desgraciado que su fétido aliento le provocó unas náuseas incontrolables. El vómito parecía inminente, pero el niño le tapó la boca con una mano huesuda y, en un tono que mezclaba ironía y una espantosa ternura, le susurró:

—Todavía no, papá…

—¿Cómo?… —consiguió balbucear el clérigo con la garganta completamente seca.

—Encima de mal padre tiene mala memoria —ironizó el pequeño mientras una larga lengua grisácea le relamía lentamente la cara.

Entonces, como si una descarga eléctrica hubiese estallado en el interior de su cerebro, algo se abrió paso entre la maraña de recuerdos enterrados en la mente del anciano matemático, un hombre para quien jamás hubo espacio para sentimientos banales y cuya existencia siempre estuvo regida únicamente por el raciocinio y la lógica. Imágenes olvidadas comenzaron a emerger desde los rincones más oscuros del desván de su memoria. Su mirada, deformada por el terror, se posó sobre la Madre Superiora que, con un silencioso gesto de complicidad y resignación, terminó de confirmar sus peores sospechas. La mente del clérigo comenzó entonces a trabajar frenéticamente, maldiciendo el día en que una debilidad de juventud, que creyó enterrada para siempre, regresaba ahora convertida en aquella espantosa pesadilla dispuesta a exigir cuentas.

La muerte siempre llega cuando uno menos se lo espera, y nuestro diácono no iba a ser una excepción a tan inexorable regla. Existe un instante, apenas un suspiro entre la vida y la nada, en el que el ser humano comprende con aterradora claridad el valor de aquello que está a punto de perder. Justo en ese preciso momento, cuando el clérigo sentía cómo su corazón desfallecía y la existencia se le escapaba entre los dedos como agua imposible de retener, apareció ante él el ángel de la muerte. Aquel ser, cuya sola mención había sembrado el terror en generaciones enteras, cargaba sin embargo con la pesada tristeza de la mala fama que lo precedía. Le dolía profundamente inspirar semejante espanto, aunque después de siglos desempeñando tan ingrata labor había terminado por resignarse. Incluso aquella noche había procurado mostrarse con un semblante amable y unos atuendos menos lúgubres de lo habitual, pero de nada servía: los mortales seguían recibiéndolo con idéntica mueca de horror. Cansado ya de luchar contra prejuicios imposibles de vencer y procurando, como siempre, actuar con rapidez y eficacia, el silencioso segador alzó su guadaña y, con un golpe limpio y certero, cortó el cordón de plata que unía el cuerpo y el espíritu del matemático. Libre ya de su prisión de carne, el alma del anciano abandonó velozmente aquel cuerpo marchito y emprendió el regreso hacia su anterior hogar.

La Madre Superiora lloraba desconsoladamente junto al cadáver del hombre que, muchos años atrás, había sido el gran amor prohibido de su juventud. Mientras las lágrimas resbalaban por sus envejecidas mejillas, mil y una preguntas se agolpaban en su mente atormentada. ¿Cómo había sido posible que alguien pudiera reconocerla después de tantos años? ¿Acaso aquel hábito religioso y su simbólico matrimonio con el hijo de Dios no eran suficiente disfraz para ocultar el pasado? ¿No había sido precisamente aquella vida monástica la coartada perfecta para sepultar definitivamente el recuerdo de sus antiguos pecados? No supo responderse. Tal vez, en el fondo, temía demasiado las respuestas.

Los acontecimientos que desembocaron en aquella tragedia habían comenzado a fraguarse apenas un par de semanas atrás, cuando la anciana religiosa acudió a visitar una congregación hermana. Allí oyó hablar insistentemente de un clérigo singular, un hombre de ideas modernas y extravagantes que incluso dentro de los sectores rivales de la Iglesia despertaba admiración y controversia a partes iguales. La curiosidad comenzó a roerla con tal intensidad que no descansó hasta remover cielo y tierra para conocerlo personalmente. El destino, cruel y caprichoso como tantas veces ocurre, quiso entonces volver a cruzar en su camino a aquel hombre que creía enterrado para siempre en lo más profundo de sus recuerdos. El día en que por fin logró hablar con él estuvo a punto de desmayarse. Sintió cómo las piernas amenazaban con ceder bajo el peso del espanto y tuvo incluso que santiguarse varias veces para no desplomarse allí mismo. Pero ya no había marcha atrás. Después de haber suplicado en innumerables instancias eclesiásticas para conseguir sus servicios, resultaba imposible echarse atrás sin levantar sospechas, y mucho menos confesando la verdadera razón de su turbación.

Agazapada en las sombras como una pantera paciente se encontraba la novicia de alta alcurnia. Sedienta de venganza y consumida por el odio, contemplaba la escena con una mezcla de fascinación y ambición desmedida. Todo aquello representaba para ella una oportunidad inesperada. La caída de la Madre Superiora parecía ahora más cercana que nunca y quizá, con un poco de fortuna, el caos le abriría el camino para ascender en aquella dura y sacrificada carrera monástica donde el poder se ocultaba bajo capas de humildad fingida y rezos hipócritas. Tan absorta estaba en sus fantasías de triunfo que ni siquiera la espantosa naturaleza sobrenatural de lo que estaba presenciando logró apartarla de su propósito vengador. Sin embargo, mientras se recreaba en su odio, no advirtió el peligro mortal que se cernía a su alrededor.

El chiquillo endemoniado, aprovechando el desconcierto general, salió disparado a ras del suelo con una velocidad imposible para cualquier criatura humana. La novicia apenas tuvo tiempo de reaccionar. De pronto se encontró cara a cara con aquella horrenda aparición infantil que, magnificada por el terror de su

imaginación, adquirió ante sus ojos las dimensiones del mismísimo diablo. Su corazón, acostumbrado durante años a la cómoda monotonía de la vida contemplativa y carente de emociones verdaderamente intensas, no soportó semejante impresión. Se detuvo en seco, fulminado por el espanto, dejando tras de sí un cadáver tan impecable como absurdo.

El niño quedó entonces inmóvil entre los cuerpos sin vida del clérigo y la novicia. Miró alternativamente ambos cadáveres con expresión desconcertada y hasta inocente, como si nada de aquello tuviera relación alguna con él. La Madre Superiora le dirigió una severa mirada cargada de reprimenda. El pequeño, cabizbajo y aparentemente afligido, acudió de inmediato a refugiarse entre las faldas de su madre mientras ella, completamente aturdida, intentaba asimilar el horror de lo sucedido. Aun así, comprendiendo que ya resultaba imposible redimir lo ocurrido, terminó acariciándole la cabeza en un torpe gesto de consuelo, pese a que en lo más profundo de su ser deseaba que aquella criatura desapareciera de una vez para siempre de su vida.

La realidad, sin embargo, no concedía treguas. Faltaba muy poco para el inicio de los rezos matinales y era necesario actuar con rapidez antes de que las demás religiosas descubrieran semejante carnicería. Entonces, como un relámpago iluminando la oscuridad, una idea cruzó la mente de la anciana. Pensó en Alicia, que seguramente continuaría tendida tal y como el diácono la había dejado.

—¡¡Venga, pequeño diablillo, me tienes que ayudar!! —ordenó apresuradamente a su hijo.

—Lo que tú digas, madre —respondió el muchacho con obediencia instantánea.

Alicia continuaba completamente ajena al mundo exterior. El espacio en el que se hallaba seguía resultándole tan placentero y acogedor que incluso la tristeza provocada por la pérdida de su Ángel Guardián había comenzado a difuminarse lentamente, diluyéndose entre recuerdos cada vez más borrosos que amenazaban con desaparecer para siempre. Aquel estado de paz absoluta la envolvía de tal manera que el tiempo parecía carecer de importancia y la realidad del convento se había convertido para ella en algo remoto y sin significado. Por eso, cuando una voz insistente comenzó a llamarla por su nombre, la niña sintió una profunda molestia al verse arrancada de aquella deliciosa vagancia espiritual. Sin embargo, la familiaridad de aquella voz consiguió despertar su curiosidad y terminó respondiendo de mala gana:

—¿Madre?, ¿qué quiere?... ¿Y el profesor dónde está?

—Tranquila, pequeña, no pasa nada. El matemático está indispuesto; yo te guiaré —respondió la Madre Superiora procurando impregnar sus palabras de una serenidad casi maternal.

Alicia sentía por aquella mujer una devoción especial. El trato que recibía de ella era lo más parecido a una madre que jamás había conocido, y precisamente por eso sus palabras lograron calmar parte de su desconcierto.

—Escúchame con mucha atención —prosiguió la religiosa con voz suave y melodiosa—. Ahora contaré de cero a diez. Despertarás y, como si todo hubiera sido un sueño, no recordarás absolutamente nada.

La anciana no era precisamente una experta en semejantes artes, pero tras escuchar durante tantas horas las técnicas empleadas por el diácono y gracias a una férrea voluntad, se consideraba capaz de sacar a la niña de aquel profundo letargo. Alicia, sin embargo, permaneció algo confusa. Se encontraba demasiado cómoda en aquel paraíso íntimo y no le agradaba en absoluto la idea de abandonarlo. La Madre Superiora, al percibir aquella resistencia silenciosa, reaccionó rápidamente recurriendo a una improvisada contra-sugestión.

—Si deseas permanecer o regresar algún día a este estado tan maravilloso, debes despertar ahora.

La estrategia surtió efecto. El tono dulce y envolvente de la monja terminó abriéndose paso entre la voluntad de la pequeña. Poco a poco, Alicia comenzó a emerger del trance y finalmente abrió los ojos, incorporándose aturdida mientras contemplaba el entorno con expresión desconcertada. La religiosa la ayudó a levantarse. Después de permanecer tanto tiempo inmóvil, sus primeras pisadas resultaron vacilantes e inseguras, aunque la juventud de la niña y el apoyo de la monja hicieron que pronto recuperase el equilibrio.

Sin embargo, apenas tuvo tiempo de orientarse antes de advertir la escena que se desplegaba ante sus ojos.

No, aquello no era ningún sueño.

Allí, encorvado sobre sí mismo, con las manos crispadas aferrándose el pecho y una espantosa mueca de terror congelada en el rostro, yacía el cadáver de su profesor. A pocos pasos descansaba también el cuerpo inmóvil de la novicia de alta alcurnia. Aunque Alicia jamás sintió simpatía alguna por aquella mujer, y más bien evitaba cruzarse con semejante alimaña, tampoco deseaba para ella el destino espantoso que parecía haber sufrido.

Los ojos de la niña se abrieron tanto que parecían dos enormes faros iluminados por el espanto. Inhaló una cantidad descomunal de aire, hinchando el abdomen mientras preparaba un grito tan desgarrador que habría provocado la envidia de cualquiera de esas damiselas indefensas perseguidas en noches tormentosas por asesinos armados con brillantes bisturíes dispuestos a destriparlas. Pero antes de que pudiera emitir sonido alguno, una mano firme y decidida le cubrió la boca.

Sus pupilas desorbitadas giraron desesperadamente en busca de quien la silenciaba. Cuando descubrió que era la propia Madre Superiora, cuyo rostro aparecía ahora deformado bajo una expresión cruel, casi de bruja malvada, el horror y la sensación de traición se mezclaron de tal manera en su interior que la sangre abandonó inmediatamente sus mejillas. El impacto emocional resultó demasiado brusco para la pobre niña y terminó desplomándose inconsciente.

—Hijo, ahora es tu turno —dijo la monja buscando la ayuda del pequeño espectro.

—Descuida, mamá, sé perfectamente lo que tengo que hacer —respondió el niño con un deleite difícil de ocultar.

—Date prisa, hijo mío, las demás están a punto de reanudar sus labores —rogó la anciana, cada vez más nerviosa.

—Ahora mismo, madre.

El muchacho comenzó entonces a golpear paredes, mover sillas, hacer caer cuadros y balancear crucifijos con una violencia sobrenatural. Las religiosas del convento, plenamente conscientes de la maldición que parecía pesar sobre aquella celda, evitaban acercarse a ella siempre que podían. Muchas se santiguaban al pasar por las inmediaciones y aceleraban el paso fingiendo no escuchar nada. Aquella supersticiosa prudencia concedió a la Madre Superiora un tiempo precioso y la privacidad necesaria para decidir qué hacer con los dos cadáveres y con la pequeña Alicia. De momento, optó por esconder los cuerpos bajo la cama a la espera de la llegada de la noche, convencida de que, con la ayuda de su hijo, podría deshacerse de ellos más adelante. Después tomó algo de agua fresca de la jofaina destinada a la higiene del diácono y la arrojó sobre el rostro de Alicia para despertarla.

La niña recobró la consciencia casi de inmediato y, con una rapidez vertiginosa, recordó todo cuanto había presenciado momentos antes. La Madre Superiora intentó tranquilizarla e incluso llegó a amenazarla en voz baja, pero Alicia tenía ya el grito atrapado en la garganta, dispuesto a estallar como una bocina capaz de escandalizar a todo el convento.

La solución que encontró la anciana fue tan sencilla como brutal.

Le sujetó el cuello con ambas manos y apretó con suficiente fuerza para impedirle respirar. La presión resultó tan intensa que la pequeña terminó desmayándose nuevamente.

No podía permitirse una segunda oportunidad.

Comprendiendo el peligro que corría, la religiosa rasgó varias sábanas y las utilizó como improvisadas ligaduras. Maniató y amordazó a la niña con tal firmeza que apenas podía mover un músculo. Después la introdujo dentro del enorme baúl donde se almacenaba la ropa de cama y desapareció por el estrecho pasillo en busca de sus hermanas, intentando aparentar una normalidad que hacía horas había dejado de existir.

El día transcurrió aparentemente por los cauces habituales dentro de la hermandad. Ninguna monja hacía alusión a los ruidos producidos por el engendro, pues todas sabían que insistir en aquellas historias equivalía a convertirse en objeto de burlas y cuchicheos. Oficialmente, ninguna percibía nada extraño. Si alguna se atrevía a insinuar lo contrario, enseguida aparecía quien atribuía los sonidos a un gato en celo rondando a las hembras del vecindario o a las enormes ratas que perforaban las paredes del ruinoso orfanato. Existía entre todas ellas una especie de pacto silencioso, un código no escrito que las obligaba a fingir normalidad y a jurar que jamás habían visto ni oído nada fuera de lo común.

Mientras tanto, la oscuridad reinaba dentro del baúl.

El intenso olor a ropa vieja impregnada de naftalina terminó despertando nuevamente a Alicia, que apenas pudo contener las ganas de vomitar. Gracias a la pequeña rendija que dejaba la tapa, apenas un par de milímetros de separación porque el cierre no encajaba herméticamente, lograba colarse una tenue línea de luz. Era poca cosa, pero suficiente para impedir que el pánico terminara apoderándose completamente de ella.

La niña estaba atada como un salchichón. Las ligaduras oprimían sus miembros con tal fuerza que la circulación sanguínea apenas alcanzaba adecuadamente su cerebro. Como consecuencia, sentía las piernas y brazos entumecidos, la mente embotada y el corazón destrozado en mil pedazos. Y por si semejante tormento no fuera suficiente, su imaginación comenzó a jugarle horribles malas pasadas. Cada ruido procedente del exterior adquiría dimensiones monstruosas y los olores cambiaban conforme avanzaba el día, volviéndose cada vez más insoportables.

Finalmente no pudo aguantar más.

El dolor acumulado en el bajo vientre alcanzó un punto insoportable. Dudó, sufrió y sollozó avergonzada ante la humillante decisión que se veía obligada a tomar. Tal vez la Madre Superiora la reprendería después, pero ¿qué otra cosa podía hacer en semejante situación? Así pues, terminó relajando la vejiga y la caliente orina empapó lentamente sus ropas. El alivio fue inmediato, aunque enseguida quedó reemplazado por un hedor insoportable que, amplificado dentro del reducido espacio del baúl, convirtió el ambiente en algo casi irrespirable.

Poco después, la disminución de la claridad que penetraba por la rendija le anunció la llegada de la noche.

Con ella regresó también la esperanza... o quizá la desgracia.

No tuvo que esperar demasiado. Cuando los últimos rayos agonizantes del sol terminaron de extinguirse bajo el manto de la oscuridad, unos pasos comenzaron a acercarse lentamente hacia el baúl.

—¡¡Niña!! ¿Qué haces ahí dentro? ¡¡Llevamos todo el día buscándote!!

La Madre Superiora apareció con los brazos en jarra y el rostro endurecido por una fingida indignación, como si aquella chiquilla no fuera más que otra fuente inagotable de problemas dentro del ya complicado funcionamiento del orfanato. Sin embargo, al contemplarla atada, sucia, empapada y con el rostro cubierto de lágrimas secas, mocos y mechones pegados a la frente por el sudor, suavizó inmediatamente la expresión y bajó el tono de voz con estudiada ternura.

—Pobre criatura… ya han vuelto tus compañeras a gastarte una de sus crueles bromas…

La religiosa, con una paciencia casi teatral, le retiró la mordaza y comenzó a desatar cuidadosamente las ligaduras que aprisionaban a la pequeña. Alicia, apenas sintió sus miembros libres, saltó fuera del baúl como un animal acorralado que consigue escapar de la trampa. Retrocedió atropelladamente hasta aplastarse contra la pared más cercana, encogiéndose sobre sí misma mientras observaba aterrada a la monja.

La Madre Superiora, manteniendo aquel disfraz de preocupación maternal, trató de aproximarse lentamente para consolarla, pero la niña reaccionaba como una criatura salvaje. Gruñía, bufaba y emitía palabras incoherentes entre jadeos nerviosos, preparada para abalanzarse sobre cualquiera que intentara tocarla.

—Ayúdeme a vestirla y limpiarla —ordenó finalmente la religiosa a la novicia de alta cuna que, alertada por el revuelo, acababa de acudir apresuradamente a la habitación.

Alicia, al descubrir la presencia de la novicia, se alteró todavía más. Sus ojos se abrieron desmesuradamente mientras el terror volvía a apoderarse de ella. No lograba comprender cómo aquella mujer seguía viva cuando pocas horas antes la había visto tendida como un cadáver. Para la pobre niña, aquello solo confirmaba que los muertos caminaban entre los vivos. Sin apartar la mirada de las dos mujeres, hacía todo lo posible por mantenerse alejada de ellas, evitando cualquier roce o acercamiento.

Tras largos minutos de forcejeos, arañazos, llantos y patadas, consiguieron finalmente imponerse a la resistencia de la pequeña. La lavaron, le cambiaron las ropas empapadas y, agotada ya física y emocionalmente, lograron calmarla lo suficiente como para acostarla en su cama.

Fue entonces cuando una nueva voz masculina irrumpió en la sombría habitación.

—¿Es esta la susodicha niña de la que tanto me ha hablado, reverenda Madre?

La pregunta provenía de un hombre de mediana estatura cuya figura parecía fundirse con las sombras del cuarto. Vestía una sencilla capa negra abotonada por el frente y cubría su cabeza con un rígido bonete eclesiástico. El predominio absoluto de tonos oscuros en su atuendo hacía que pareciera una prolongación natural de la penumbra que lo envolvía.

—Así es, Padre —respondió la Superiora.

Pero apenas Alicia alzó la vista y contempló al recién llegado, algo se quebró en su interior. Como una exhalación, la niña salió corriendo y se abrazó con desesperación a las pantorrillas del religioso.

—¡¡Papá… estás vivo!!

—¿Cómo?... ¿Qué dices, niña? —balbuceó el hombre completamente desconcertado.

Mientras intentaba mantener la compostura, dirigió una rápida mirada a la Madre Superiora, preguntándole silenciosamente qué clase de historias había contado a la pequeña. La religiosa, igualmente sorprendida, respondió con otro cruce de miradas que daba a entender que ella tampoco comprendía el origen

de semejante reacción. Aquel silencioso diálogo quedó interrumpido cuando la novicia, incapaz de contener su curiosidad, preguntó abiertamente cómo podía ser posible algo así.

Las miradas de los tres adultos se cruzaron entonces sobre la cabeza de la niña, que continuaba aferrada a la pernera del clérigo como si su vida dependiera de ello. Finalmente, comprendiendo que resultaba imposible hablar con privacidad mientras permanecieran todos allí, la Madre Superiora ordenó a la novicia que los dejara solos.

La joven obedeció no sin antes dedicarle a su superiora un sutil guiño de complicidad. Luego, antes de abandonar definitivamente la estancia, lanzó una mirada lenta y disimulada al diácono recién llegado. Este, turbado por aquel escrutinio, evitó devolverle la mirada.

—Discúlpela, reverendo —explicó la Madre Superiora retomando el control de la situación—. Además de poseer una imaginación desmedida, esta niña ha pasado el día entero escondida dentro de ese baúl. Deduzco que semejante experiencia no le ha sentado demasiado bien.

El clérigo comprendió de inmediato el papel que debía representar y decidió seguirle el juego.

—Por supuesto, reverenda Madre.

—Como ya le expliqué anteriormente, necesitamos urgentemente de su ayuda, Padre.

—Faltaría más, señora —respondió respetuosamente mientras Alicia continuaba empapándole la pernera con lágrimas y mocos.

El religioso, no sin cierta dificultad, consiguió finalmente desprenderse de las pequeñas manos de la niña. Entre él y la Superiora lograron conducirla hasta una mesa adaptada con correas de cuero donde la acostaron y sujetaron firmemente para impedir nuevos ataques de pánico.

Durante la operación se produjeron inevitables roces entre ambos adultos. Contactos breves, aparentemente accidentales, pero cargados de una tensión silenciosa. Con cada roce, con cada proximidad involuntaria, el recuerdo de un pasado enterrado regresaba a ambos con una intensidad incómoda, removido ahora por la inquietante presencia de aquella niña.

Cuando por fin dominaron la situación y Alicia quedó inmovilizada, el clérigo tomó aire lentamente y comenzó a entonar su conocida letanía hipnótica. Su

voz grave y pausada fue llenando poco a poco la estancia hasta envolver a la pequeña en aquel familiar estado de somnolencia inducida. Alicia, agotada física y emocionalmente, apenas pudo resistirse. En pocos minutos volvió a sucumbir por completo a la terapia.

Tan pronto como Alicia abandonó su cuerpo, advirtió con desconcierto que aquel maravilloso mundo imaginativo donde hasta hacía unos instantes se encontraba refugiada había desaparecido por completo. Ya no existían los paisajes imposibles ni la placidez de aquel lugar suspendido fuera de la realidad. Ahora flotaba desde lo alto observando una escena mucho más terrenal y extraña. Debajo de ella distinguió su propio cuerpo inerte tendido sobre la mesa, rodeado por el clérigo y la Madre Superiora. Al principio no entendió qué estaba ocurriendo. Sus movimientos parecían una especie de forcejeo entre ambos. El religioso se encontraba encima de la monja realizando bruscas embestidas propias de un animal. Alicia recordó entonces a los gatos callejeros que merodeaban por las inmediaciones del orfanato. Más de una vez había preguntado por qué aquellos animales se perseguían y gritaban de semejante manera, pero siempre obtenía la misma explicación vaga y molesta: era una pelea entre macho y hembra donde, inevitablemente, terminaba perdiendo la mujer. La niña observó la escena con creciente inquietud y terminó apiadándose de la Superiora. Estaba convencida de que, dada la fuerza del clérigo, la pobre mujer debía de estar sufriendo muchísimo. Sin embargo, había algo profundamente extraño en todo aquello, porque la expresión del rostro de la religiosa no parecía precisamente de dolor; más bien transmitía algo completamente opuesto. Alicia, incapaz de comprender los misterios del mundo adulto, terminó resignándose con una conclusión que llevaba años repitiéndose a sí misma: jamás entendería a los mayores.

Todo cambió en apenas un segundo.

Sin transición alguna, el convento desapareció. Ya no estaba allí.

Alicia se encontró de pronto en medio de una enorme estación repleta de gente. Desde todos los rincones del falso techo metálico resonaba una voz impersonal que parecía provenir de todas partes a la vez, anunciando salidas y llegadas de supuestos viajes hacia lugares desconocidos para ella. El bullicio resultaba insoportable. Personas caminaban apresuradamente de un lado a otro cargando maletas, paquetes o simplemente sus miserias cotidianas. Alicia empezó a preguntar a cuantos se cruzaban en su camino qué era aquel lugar y dónde se encontraba, pero nadie parecía verla ni escucharla. La ignoraban por completo, como si fuese invisible.

Cuando ya comenzaba a pensar que realmente se había vuelto loca, distinguió a un niño sentado en el suelo, apartado del gentío. Permanecía cabizbajo

y lloroso. Movida por la compasión, aunque todavía con cierto temor a ser nuevamente ignorada, se acercó lentamente hasta él. En cuanto el muchacho percibió su presencia, dejó de llorar de inmediato. Levantó la cabeza con una seriedad impropia de su edad y le dijo:

—Supongo que tú también buscas respuestas.

Alicia se quedó paralizada por la sorpresa. No esperaba que nadie pudiera verla y mucho menos responderle. Pero había algo todavía más inquietante: aquel niño le resultaba extrañamente familiar.

—¿Sr. Martínez… es usted? —preguntó espantada, sospechando ya cuál sería la respuesta.

El muchacho ignoró deliberadamente la pregunta y continuó hablando con una tranquilidad casi perturbadora.

—Alicia, ¿tienes la sensación de que no formas parte de la Tierra? ¿No te sientes identificada con nada ni con nadie de este planeta? ¿Sientes que estás atrapada dentro de una ilusión? ¿Tienes la necesidad de escapar de esta realidad pero algo te lo impide? ¿Notas que existe una fuerza invisible sujetándote para que jamás puedas marcharte?

La niña, irritada por aquel interrogatorio, respondió airadamente sin contestar realmente a nada.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Se supone que debería seguir escribiendo mi novela!

—Estoy aquí para ayudarte —respondió el niño con calma.

—¿Ayudarme a qué?

—No me has respondido a las preguntas, Alicia —replicó él con insistencia.

La pequeña resopló molesta, pero finalmente terminó cediendo.

—Está bien… Tiene razón. Lo he pensado muchas veces. Mis verdaderos orígenes tienen que estar muy lejos de aquí.

—Aclara lo de “aquí”, Alicia.

Ahora el muchacho ya no le parecía un escritor mediocre ni un simple loco. Había algo en él que imponía una incómoda sensación de superioridad.

—Está claro… de este universo —contestó la niña como si estuviera hablando con alguien incapaz de entender algo evidente.

—Fíjate bien en el mundo donde estás.

El supuesto Sr. Martínez abrió los brazos señalando todo cuanto los rodeaba.

Alicia obedeció. Cuanto más observaba, más extraño le parecía todo. Para cualquiera de nosotros aquella escena habría resultado completamente normal: el tráfico infernal, la gente corriendo sin rumbo aparente, la algarabía constante de miles de voces superpuestas, los cláxones, el humo de los vehículos, el aire cargado de malos olores y el sofocante caos urbano componían la clásica estampa de cualquier gran ciudad moderna. Pero ahora, contemplado desde aquella perspectiva, todo adquiría un aspecto grotesco e irreal.

El muchacho advirtió que finalmente tenía toda la atención de la niña y continuó hablando:

—¿Qué te sugiere todo esto? Si dices que no perteneces aquí… entonces, ¿de dónde eres realmente, pequeña?

Alicia quedó pensativa. Repasó mentalmente todo cuanto había vivido hasta entonces y, poco a poco, una espantosa deducción comenzó a abrirse paso en su mente.

—Entonces… ¿estoy muerta? —preguntó aterrorizada.

—Tú no. Pero tu creador sí… y desde hace mucho tiempo —respondió el niño con una falsa expresión de tristeza.

—¿Entonces qué soy? —preguntó ella completamente confundida.

—Es complicado de explicar —respondió él con aplomo adulto mientras la niña lo observaba con creciente desconcierto—. Tú eres energía nacida de la mente de un escritor y, como tal, nunca morirás del todo. Puede que cambies, que evoluciones o te deformes, pero jamás desaparecerás.

—¡¡Mentira!! —gritó Alicia furiosa—. ¡Todo esto es una farsa! ¡Intenta confundirme! ¡Fui yo quien escribió la novela! ¡Por lo tanto el Sr. Carroll está en mi mente y no al contrario!

—No entiendes nada, pequeña —replicó el niño con una paciencia casi cruel—. Eres un pensamiento. Una idea creada por otro. Y para tu desgracia,

perteneces al proyecto inconcluso de un muerto. Por eso estás atrapada. Por eso no puedes avanzar realmente. Vives encerrada dentro de un bucle sin fin intentando evolucionar, creyéndote la autora de la historia para otorgarte una identidad propia. Pero no eres más que energía nacida de la imaginación de tu creador. Una creación que sobrevivió a la muerte de quien la inventó, igual que sobreviven los libros, los personajes y las palabras cuando el escritor desaparece.

—¡¡Noooooooooo!! —gritó Alicia nuevamente mientras el eco de su desesperación parecía extenderse por toda la inmensa estación infinita.

—¿Qué le parece este capítulo, Srta. Alicia? —preguntó el Sr. Martínez con ese aire satisfecho propio de quien cree haber realizado una obra maestra.

—¡¡La niña ya no está, imbécil!! —bramó el Tiburón con una furia capaz de hacer temblar las paredes de la estancia.

—¿Cómo? —balbuceó el demente completamente desconcertado.

—¿Qué pretendía que hiciera después del sermón existencialista que le soltó? —continuó rugiendo su alter ego.

—Pero… si yo solo he redactado lo escrito… —respondió el Sr. Martínez cada vez más confuso.

—¿Está usted seguro, mentecato? —preguntó el Tiburón con un tono venenoso.

—¡¡No puede ser!!… ¡¡Inaudito!!… ¡¡Imposible!! —aullaba el pobre hombre mientras comenzaba a caminar en círculos llevándose las manos a la cabeza—. ¡¡No puede ser!! —seguía repitiendo una y otra vez como un loco auténtico y no de los simpáticos precisamente.

—¡¡En ningún momento escribió usted novela alguna!! —sentenció el Tiburón recalcando cada palabra como si estuviera clavando un ataúd.

—Entonces… ¿qué demonios ha pasado aquí? —preguntó el Sr. Martínez escandalizado.

—Yo se lo explicaré, estimado señor.

La nueva voz apareció con una solemnidad pomposa que parecía salida de un viejo teatro londinense.

—¿Quién? —preguntó inocentemente el demente mirando a todas partes.

—Soy el Sr. Carroll, por supuesto —respondió el recién llegado con una teatral reverencia invisible.

—Ya veo… —repuso lentamente el Sr. Martínez mientras intentaba recomponer su maltrecho raciocinio—. Creo entender, estimado caballero, que a usted lo despedimos en los primeros capítulos. ¿Me equivoco? —preguntó muy redicho y con fingida cortesía.

—Está usted en lo cierto, estimado amigo —contestó el escritor con impecable flema británica.

—Entonces, ¿a qué se debe su inoportuna visita, señor mío? —insistió el demente cada vez más intrigado.

—Una pregunta fuera de lugar, estimado caballero.

—Usted verá… yo no lo he llamado —repuso el Sr. Martínez encogiéndose de hombros.

—Puede que sí… o puede que no. Lo importante es que usted me necesita y todavía no lo sabe —remachó el escritor con tono misterioso.

—¿Y qué puedo yo esperar de un muerto? —preguntó el demente con absoluta sinceridad.

—Por ejemplo… encontrar a mi musa, señor mío.

—¿Su musa? —repitió el Sr. Martínez completamente atónito.

—No sea hipócrita, amigo mío. Sabe perfectamente de quién hablo.

El Sr. Martínez estaba loco, sí, pero no era idiota del todo. Sabía perfectamente lo que era una musa. Otra cosa muy distinta era aceptar que un muerto necesitara encontrar la suya, asunto que sobrepasaba con mucho los límites de su intelecto. Sin embargo, no estaba dispuesto a que aquello se notara demasiado, así que decidió guardar silencio y permitir que hablara el Tiburón, quien llevaba rato deseando intervenir.

—¡¡Imbécil!! —rugió el alter ego—. ¡¡Está clarísimo!! ¡¡Este señor necesita encontrar a la niña para que esta novela tenga algo parecido a coherencia!!

—Pero hace apenas un momento me dijiste que yo no estaba escribiendo ninguna novela… ¿En qué quedamos? —protestó el Sr. Martínez cada vez más irritado.

—Aquí el único que escribe soy yo. Para eso soy escritor, está claro —intervino el Sr. Carroll con cierta arrogancia literaria.

—¡¡Vamos a ver, que me estoy haciendo un lío monumental!! —gritó el pobre demente llevándose nuevamente las manos a la cabeza.

—Nada de embrollos —intervino el Tiburón con impaciencia—. Yo lo veo clarísimo. Nosotros somos creaciones de la mente de algún cachondo mental que, por algún motivo, nos hemos colado dentro de la novela de este señor y, de paso, hemos espantado a su protagonista.

—Muy agudo, señor Tiburón —respondió el escritor visiblemente complacido—. Veo que sobrepasa usted en inteligencia a su dueño.

—Muchas gracias, señor, pero no necesito adulaciones. Soy perfectamente consciente del valor de mi inteligencia —contestó el Tiburón hinchándose de orgullo.

—Entonces búsquela usted mismo, señor mío —replicó el Sr. Martínez muy ofendido mientras cruzaba los brazos.

—¡¡No entiendes absolutamente nada, mentecato!! —vociferó el Tiburón—. ¡¡Este señor nos necesita y nosotros también lo necesitamos a él!!

—¿Nosotros?… ¿Para qué exactamente? —preguntó el demente desconfiado.

Viendo que los argumentos de su alter ego no terminaban de convencerlo, el propio Sr. Carroll decidió intervenir nuevamente.

—Usted fue quien la espantó. Ahora deberá encontrarla y convencerla para que vuelva a protagonizar mi novela. Eso, claro está, cuando consiga hallarla.

—¿Y por qué no la convence usted directamente? A fin de cuentas es creación suya, ¿no?

—Va a tener razón su alter ego: no entiende usted nada —respondió el escritor suspirando con resignación—. Alicia forma parte de mí mismo. Me resulta imposible interactuar con ella de forma real. Sería como intentar mantener una conversación con mi propio reflejo en un espejo: únicamente obtendría mi mis-

ma imagen de vuelta. Sin embargo, usted se introdujo dentro de mi novela y, aunque permanezca atrapado en ella, no forma parte de mi mente. Por eso sí puede relacionarse con Alicia. Usted puede convencerla de regresar.

Después de semejante explicación, que sinceramente, querido lector, por mucho esfuerzo intelectual que uno haga tampoco resulta demasiado clara, algo pareció germinar lentamente dentro de la obtusa cabeza del Sr. Martínez. Aunque seguía siendo terco y rebelde por naturaleza.

—¿Y si no quiero?… ¿O si no puedo? —preguntó desafiante.

—Usted verá… pero no olvide que continúa dentro de mi mente —replicó el escritor con altanería.

El demente miró entonces al Tiburón buscando apoyo.

—¿Es verdad eso?

—Parece que sí, imbécil. Y si queremos salir de aquí, más vale que colaboremos —gruñó el alter ego.

El Sr. Martínez puso una expresión de pocos amigos. Evidentemente no le hacía ninguna gracia verse obligado a cooperar con un muerto británico, un tiburón parlante y una niña desaparecida dentro de una novela inexistente. Permaneció unos segundos dudando, o quizá simplemente fingiendo que pensaba profundamente, que tratándose de él probablemente fuera lo segundo. Dentro de su cerebro de mosquito se libraba una feroz batalla entre su escasa razón y sus impulsos salvajes. Y cuando semejantes guerras se producen dentro de mentes tan primitivas, cualquier desenlace resulta posible.

Finalmente, alzó el dedo índice con solemnidad parlamentaria y exclamó:

—¡¡Está bien, señor! ¡Lo ayudaré!

—Muchas gracias. Aunque no olvide que el favor es mutuo, estimado amigo —respondió el Sr. Carroll con esa elegancia británica que parecía sobrevivir incluso a la muerte.

—¡¡Y nosotras también!!

La nueva voz resonó de pronto a espaldas de ambos.

—¿Quiénes? —preguntaron al unísono el escritor y el demente.

Frente a ellos aparecieron entonces los siete Pecados Capitales alineados como un auténtico pelotón de fusilamiento.

—Nosotras tenemos una deuda pendiente con Alicia —respondió la Soberbia, adjudicándose automáticamente el papel de portavoz.

—¡¡Alto ahí, arpías!! —tronó inmediatamente el Sr. Carroll—. ¡¡No toleraré daño alguno hacia mi musa!!

A un lado, el Sr. Martínez soltó una risita miserable entre dientes, semejante al gruñido de un perro sarnoso.

—Ni mucho menos, señor mío —respondió la Soberbia con una cortesía sorprendentemente contenida.

—Explíquense, señoras —dijo el escritor con prudencia.

—Mis hermanas y yo estamos, en cierta manera, agradecidas por el trato recibido de parte de Alicia. Sus lecciones, aunque dolorosas, nos hicieron comprender cuán equivocadas estábamos.

Las demás pecadoras asintieron con gestos lastimosos apoyando las palabras de su portavoz.

—Esto me huele a chamusquina, Sr. Carroll… —murmuró el demente inclinándose discretamente hacia el escritor.

—No lo sé, Sr. Martínez… quizá digan la verdad. ¿Quién sabe? —respondió el británico dubitativo.

—¡¡Vaya par de imbéciles tengo a mi lado!! —rugió el Tiburón sin preocuparse lo más mínimo porque las aludidas lo escucharan—. ¿¡Es que no ven la artimaña!?

—Se equivocan, señores… hemos cambiado —afirmó la Soberbia casi suplicante, mientras el resto de los pecados asentían con expresiones compungidas impropias de semejantes criaturas.

CAPÍTULO XIII

Alicia, después de las cuatro verdades que de sopetón le había soltado el Sr. Martínez, permanecía sumida en un mundo gobernado por la negrura, la desolación y el abatimiento más absoluto. El lugar inhóspito en el que malvivía, donde el viento helado se colaba sin impedimento alguno por las desvencijadas ventanas y silbaba como un lamento entre las paredes agrietadas, distaba enormemente de aquel universo idílico e imaginario en el que tantas veces había deseado refugiarse. La compasión que sentía por sí misma parecía impregnar cada rincón de la estancia, una habitación miserable adornada con muebles rotos, paredes desconchadas y ennegrecidas por la humedad, montones de inmundicias desperdigadas por el suelo y asquerosas ratas que campaban a sus anchas entre la basura como si fueran las legítimas dueñas del lugar. El hedor a podredumbre y abandono resultaba tan intenso que hasta el aire parecía enfermo, demasiado pesado para respirarlo sin sentir angustia.

En un rincón apartado, sobre un destartalado sofá que hacía muchísimo tiempo había perdido su color rojo original para transformarse en un tono oscuro y mugriento, cubierto además de manchas de dudosa procedencia que era mejor no tratar de identificar, permanecía Alicia encogida sobre sí misma, tiritando de frío mientras se lamía las heridas físicas y emocionales con lágrimas desconsoladas resbalando por sus mejillas. En aquel instante deseaba morir allí mismo, abandonarse lentamente en mitad de aquella miseria con la esperanza infantil y desesperada de causarle un inmenso disgusto al demente del Sr. Martínez. Imaginaba que, cuando él descubriera su cadáver, la culpa acabaría devorándole la conciencia hasta consumirlo por dentro, obligándolo a reconocer el daño irreparable que le había causado. O al menos eso pensaba ella, atrapada en una mente turbada por el dolor, el orgullo herido y la humillación que todavía le abrasaba el alma. Lo que Alicia ignoraba era que semejante sacrificio habría resultado completamente inútil, pues el Sr. Martínez carecía por entero de conciencia. Una ventaja que los locos, en determinadas ocasiones, parecían poseer sobre las personas cuerdas y de la que aquel perturbado individuo se aprovechaba con descaro, explotándola siempre en beneficio propio sin experimentar el menor remordimiento.

El Sr. Carroll, después de debatir consigo mismo durante unos instantes, terminó admitiendo que para una misión de semejante envergadura toda ayuda resultaba poca, aunque aceptar la colaboración de aquel tropel de hienas disfrazadas de cordero pudiera convertirse en un riesgo tan grande como el problema que pretendían resolver. Aun así, la situación parecía lo bastante desesperada como para permitirse ciertos peligros calculados. El escritor suspiró resignado y finalmente tomó una decisión.

—Está bien, señoras, tomaré en consideración su ofrecimiento de ayuda —afirmó con rotundidad, procurando mantener la compostura pese a las miradas cargadas de segundas intenciones que recibió al instante.

—¿Sabe usted a lo que se arriesga, muy señor mío? —preguntó escandalizado el Sr. Martínez, llevándose las manos a la cabeza como si acabaran de anunciarle su propia ejecución.

—El que se va a exponer es usted, estimado amigo —contestó burlón el escritor, dibujándosele una sonrisa maliciosa en el rostro.

—¿Cómo dice? —preguntó el demente, ahora todavía más alterado, sin saber si había escuchado mal o si el escritor acababa de condenarlo deliberadamente.

—Lo que usted ha oído, estimado Sr. Martínez —replicó el Sr. Carroll con una tranquilidad que rozaba lo ofensivo—. Será usted quien vaya. Como ya he explicado anteriormente, mi presencia allí resultaría completamente inútil y, además, me expondría a un riesgo innecesario. Usted, en cambio, posee ciertas… peculiaridades mentales que podrían convertirlo en el candidato ideal para semejante empresa.

—¡¡Ni pensarlo, con estas no voy yo a ningún sitio!! —aulló el Tiburón fuera de sí, señalando con absoluto desprecio al grupo de pecados capitales, que respondieron dedicándole miradas cargadas de veneno.

—¡¡Está bien, lo pillo!! —replicó a regañadientes el demente, ignorando las protestas de su alter ego antes de que acabara perdiendo por completo la paciencia—. Pero ¿para qué ir todos? —preguntó al escritor con la esperanza de reducir, al menos, el número de individuos que podrían traicionarlo o, peor todavía, disfrutar haciéndole sufrir durante el trayecto.

—Señores, un poco de calma —dijo pensativo el Sr. Carroll mientras acariciaba distraídamente su barbilla. Luego, dirigiéndose hacia las hienas con un tono sorprendentemente conciliador, continuó hablando—. Señoras, ahora que lo pienso, tampoco es necesario que vayan todas juntas. Muy al contrario, sospecho que acabarían estorbándose unas a otras y convirtiendo la misión en un auténtico desastre. Además, teniendo en cuenta que entre ustedes hay una que posee poder suficiente para afrontar semejante desafío, considero que con una sola representante será más que suficiente.

Aquel razonamiento, pronunciado con un calculado carácter adulador, dejó momentáneamente sin argumentos a los pecados capitales. Sin embargo, quien verdaderamente se sintió satisfecha fue la Soberbia, cuyo ego comenzó

a inflarse como un pavo real contemplando su propio reflejo. Deseosa de adelantarse al resto antes de que alguna de sus compañeras pudiera reclamar protagonismo, se apresuró a intervenir, molesta todavía porque todas habían tenido ya su momento de gloria a lo largo de aquellos escritos mientras ella, relegada por mero capricho de Alicia, apenas había tenido oportunidad de aparecer mostrando su natural y altivo talante.

El singular grupo formado por el Sr. Martínez, su alter ego y la Soberbia emprendió su particular viaje en busca de la dichosa niña. A medida que se adentraban en las profundidades del submundo, el paisaje comenzó a transformarse en algo cada vez más desagradable y enfermizo. El suelo estaba cubierto de barro espeso y negruzco, mezclado con hierbajos marchitos y árboles muertos cuyas ramas retorcidas parecían implorar clemencia al cielo. El lodazal era tan extenso que había terminado formando una especie de pantanal pestilente donde enormes mosquitos revoloteaban sin descanso. Aquellos insectos, semejantes a diminutos cazas kamikazes, se lanzaban una y otra vez contra el Sr. Martínez, que no dejaba de palmotear desesperadamente alrededor de su cuerpo como si estuviera sufriendo un ataque de convulsiones.

—¿Quién demonios querría vivir aquí? —se quejaba el demente mientras se rascaba furiosamente el cuello y los brazos.

—¡¡Quejica amanerado!! —se burlaba erre que erre el Tiburón, disfrutando enormemente de su sufrimiento.

—¡¡Sr. Martínez, cualquier cosa que vea aquí no es más que el reflejo del pensamiento atormentado de Alicia!! —advirtió la Soberbia con inusual seriedad—. El aspecto de este paisaje es la suma de sus imágenes mentales. Todo cuanto nos rodea nace de su desesperación. ¡¡Señores, esto es mucho más grave de lo que parece!!

Aquellas palabras bastaron para apaciguar momentáneamente los ánimos. Tras unos segundos de incómodo silencio, reanudaron la penosa marcha. Conforme avanzaban, la escasa luz del lugar comenzó a adquirir unos tonos cada vez más tristes y apagados, otorgándole al supuesto cielo un matiz lúgubre y enfermizo, como si incluso el firmamento hubiese perdido toda esperanza. Después de una caminata interminable y de que la piel del Sr. Martínez terminara prácticamente en carne viva de tanto rascarse, llegaron finalmente al final del sendero.

Allí, alzadas a modo de macabra advertencia, encontraron dos cruces hincadas en el suelo fangoso. Sobre ellas permanecían clavados sendos esqueletos ennegrecidos por el tiempo y la humedad, mientras varios cuervos posados en los travesaños los observaban con inquietante curiosidad. El aire parecía más

frío en aquel lugar, más pesado, casi irrespirable. La Soberbia advirtió la expresión de desconcierto que había aparecido en el rostro del Sr. Martínez y, con un tono extrañamente conciliador, le habló sin apartar la vista de las cruces.

—Estamos cerca del Inframundo —murmuró lentamente—. A partir de aquí conviene medir bien cada paso.

Un extraño ser aguardaba inmóvil al pie de las cruces. Permanecía allí como una estatua, silencioso e impasible, envuelto en sombras que impedían distinguir claramente sus facciones. Cuando el grupo llegó a su altura, el desconocido dirigió inmediatamente su atención hacia la Soberbia, ignorando deliberadamente al resto.

—¿Qué pasa, amiga? ¿Cómo te va? —preguntó con excesiva confianza.

—Pues ya ves… de excursión —contestó ella con fingida ligereza.

—Dime, Soberbia, ¿qué te trae por estos lugares? —preguntó de nuevo, sin dignarse siquiera a mirar al Sr. Martínez ni al Tiburón.

—Estamos buscando a una niña —respondió ella elevando la voz solo lo imprescindible.

—¿Y para qué, si puede saberse? —preguntó el extraño con una sonrisa burlona apenas perceptible.

—¿Desde cuándo te interesan los problemas de los demás? —replicó ella devolviéndole la pregunta.

—Desde que esos problemas nos afectan a todos, querida —respondió con tono irónico.

—¿Y eso? ¿Qué ha sucedido? —preguntó la Soberbia, ahora verdaderamente extrañada.

—Si la niña que andáis buscando es la misma que pasó por aquí lloriqueando y estuvo a punto de ahogarnos a todos con sus penas, entonces sí, me interesa a mí y a todos los que moramos en el Inframundo —contestó con exagerada solemnidad.

—Es esa misma. Y descuida, nos la llevaremos de vuelta. Precisamente por eso la estamos buscando —respondió la Soberbia con visible fastidio.

—Espero que sepas lo que haces. Ya conoces este lugar… no es precisamente adecuado para dar un paseo.

—Es por fuerza mayor, amigo —contestó ella con desgana.

—Tú sabrás… aunque espero que este caballero también sea consciente de dónde se está metiendo. —Señaló lentamente al Sr. Martínez.

—¿Y tú de qué vas? ¿De espantapájaros? —preguntó el Tiburón con actitud desafiante—. ¡¡A este y a mí nos sobran agallas!!

—Vaya, veo que sois tres… —respondió el desconocido soltando una breve carcajada seca—. Bueno, cuantos más seáis, mejor. Os harán falta todas vuestras fuerzas, amigos.

Luego volvió la cabeza hacia la Soberbia y, esta vez con un tono mucho más serio, añadió:

—Tened cuidado… y permaneced atentos.

La Soberbia se despidió de aquel extraño ser como si lo conociera de toda la vida, intercambiando con él una última mirada cargada de complicidad antes de continuar la marcha. Apenas habían recorrido unos pocos centenares de metros tras cruzar las macabras cruces cuando un hedor insoportable comenzó a impregnar el aire. No se trataba de un simple mal olor, sino de una peste tan espesa y nauseabunda que parecía adherirse a la piel y penetrar directamente en el estómago. Aquello solo podía proceder de un estercolero… o de algo mucho peor.

Guiados involuntariamente por semejante tufo, terminaron descubriendo el origen de aquella pestilencia: una gigantesca pila de cadáveres en avanzado estado de descomposición. Brazos ennegrecidos sobresalían entre montones de carne putrefacta, mientras enjambres de insectos revoloteaban felices alrededor de los cuerpos. Algunos restos humanos aún parecían conservar expresiones de angustia congeladas en sus rostros medio devorados. El Sr. Martínez caminaba con enormes dificultades, manteniendo una mano pegada a las narices en un intento desesperado e inútil de protegerse del hedor, ya que la peste era tan persistente que terminaba filtrándose entre sus propios dedos.

—¡Puaj… esto es insoportable! —gemía el demente entre arcadas cada vez más violentas.

La Soberbia, acostumbrada aparentemente a toda clase de inmundicias, avanzaba sin inmutarse demasiado. De vez en cuando observaba al Sr. Martí-

nez de reojo y sonreía entre dientes, divertida por el lamentable estado en el que se encontraba. El Tiburón, por su parte, procuraba aparentar dureza, aunque incluso él comenzaba a mostrar signos de incomodidad.

Finalmente dejaron atrás el espantoso cementerio improvisado y alcanzaron una zona en la que se extendía un conjunto de chamizos miserables, semejantes a una aldea abandonada surgida en mitad de una pesadilla. Las chozas, construidas con maderas podridas y telas ennegrecidas, parecían sostenerse únicamente por capricho de aquel mundo enfermizo. Apenas llegaron a su altura, comenzaron a salir de ellas numerosos seres andrajosos y demacrados. Hombres, mujeres y niños avanzaban sin rumbo fijo, moviéndose de un lado a otro haciendo eses, tropezando entre ellos como si estuvieran ebrios o privados de toda razón. Entre lamentos desgarradores alzaban los brazos hacia los recién llegados, implorando ayuda con voces rotas por la desesperación.

—¿Qué coño es esto? —preguntó el Tiburón con visible irritación.

—Un lugar habitado por seres de su misma categoría —respondió la Soberbia sin molestarse siquiera en ocultar el desprecio de sus palabras.

—¿Y usted piensa que Alicia podría encontrarse en un sitio parecido? —preguntó el Sr. Martínez con aquella voz melindrosa que tan fácilmente despertaba las burlas de su alter ego.

Sin darse cuenta, el demente comenzaba a otorgarle a la Soberbia cierta autoridad en todo lo relacionado con aquel submundo, algo que ella percibió al instante y que alimentó enormemente su ego.

—Puede que sí… o puede que no, estimado amigo —contestó con tono redicho.

Desconfiado, el Sr. Martínez se acercó algo más a aquellos miserables. El grupo estaba compuesto por toda clase de personas: ancianos consumidos, mujeres famélicas y niños de aspecto enfermizo que no dejaban de gritar e implorar ayuda. Aunque la Soberbia había insinuado que Alicia probablemente no estuviera allí, el demente decidió comprobarlo personalmente, observando uno por uno los rostros infantiles mientras aquellos desgraciados continuaban extendiendo las manos hacia él.

—¿Qué le ocurre a esta gente? —preguntó finalmente, incapaz de apartar la vista de semejante espectáculo.

—Están consumidos por su propia ira —respondió la Soberbia con absoluta tranquilidad.

—¿Quiere decir que están pasando una especie de infierno? ¿Deben purgar sus pecados o algo parecido? ¿Y por qué parece que estén ciegos? —preguntó el demente, ahora dominado más por la curiosidad que por el miedo.

—Calma, señor, calma… son demasiadas preguntas de golpe —respondió ella con evidente satisfacción. La Soberbia estaba completamente en su salsa; pocas cosas alimentaban tanto su ego como un ignorante formulándole cuestiones cuyas respuestas consideraba triviales—. El infierno no existe, estimado amigo. Son ellos mismos quienes construyen este estado miserable. Sus problemas, frustraciones y carencias terminan modelando el mundo que los rodea hasta convertirlo en un reflejo exacto de su tormento interior. No están ciegos… simplemente nosotros no existimos para ellos.

El demente no quedó del todo satisfecho con las respuestas de la Soberbia. Algo en aquellas explicaciones le producía una inquietud difícil de describir, como si detrás de cada palabra existiera una verdad todavía más desagradable que ella evitaba mencionar. Movido por aquella incómoda sensación, volvió a acercarse a los miserables habitantes de la aldea y observó con más detenimiento a las mujeres que vagaban entre los chamizos. Sus rasgos resultaban grotescos y exagerados; algunas tenían las facciones deformadas hasta el extremo de parecer meras caricaturas de sí mismas. Sus ojos apagados, las bocas torcidas y los movimientos torpes les daban un aspecto profundamente perturbador. Aquellas desgraciadas criaturas parecían haber perdido no solo su humanidad, sino también el recuerdo de lo que alguna vez fueron.

—¿Por qué están tan desfigurados? —preguntó el Sr. Martínez con inesperada tristeza mientras contemplaba a aquella muchedumbre de seres rotos.

La pregunta resultaba extraña viniendo de él. Sin embargo, los acontecimientos que estaban viviendo escapaban por completo a los parámetros habituales del demente, y hasta alguien como él comenzaba a sentirse afectado por la atmósfera enfermiza de aquel lugar.

—Su aspecto está ligado directamente a su mente —respondió la Soberbia con calma—. Están prisioneros de sí mismos, encadenados a sus problemas y obsesiones. Lo que usted ve no es más que el reflejo físico de la miseria que llevan dentro.

El Sr. Martínez apenas tuvo tiempo de asimilar aquellas palabras, pues su atención quedó atrapada por otro grupo de individuos que se agitaban violentamente no muy lejos de allí. Varias figuras forcejeaban entre gruñidos y aullidos alrededor de algo que el demente no alcanzaba a distinguir debido a que todos estaban de espaldas. La curiosidad pudo más que la prudencia y, haciendo caso omiso a las advertencias de la Soberbia, decidió acercarse.

Cuando finalmente consiguió abrirse paso entre ellos, descubrió horrorizado que aquellas criaturas peleaban salvajemente por puñados de barro que se llevaban desesperadamente a la boca. Lo engullían con ansiedad animal, gruñendo y empujándose unos a otros como bestias hambrientas. Lo más desconcertante era que todos estaban grotescamente hinchados, inflamados hasta el punto de parecer a punto de reventar. Nadie habría dicho que necesitaran alimento.

La Soberbia, adivinando los pensamientos del demente, habló antes incluso de que este formulara su siguiente pregunta.

—Estos desgraciados no comen… engullen. Y jamás quedarán satisfechos. Creen que así alivian su hambre, pero su propia mente los engaña, condenándolos a repetir eternamente la misma necesidad compulsiva de alimentarse.

—¡¡Que les den, a nosotros qué demonios nos importan las desgracias de los demás!! —gritó el Tiburón con visible irritación.

—Calma, señor mío… claro que nos importan, y mucho —respondió la Soberbia esta vez con una seriedad impropia en ella—. Cuanto más tiempo permanezcamos en estos lares, más espesa y débil se volverá nuestra mente.

—Entonces… ¡¡pongamos tierra de por medio cuanto antes!! —bufó el Tiburón—. ¡¡Porque para mentes espesas ya tengo bastante con este imbécil!!

A medida que el trío dejaba atrás la miserable aldea, el Sr. Martínez comenzó a mostrar cambios preocupantes. Poco a poco empezó a caminar encorvado, murmurando para sí mismo frases inconexas mientras el mareo le obligaba a tambalearse de vez en cuando. Aquella conducta habría resultado perfectamente normal dentro de los habituales parámetros del demente, pero la Soberbia comprendió enseguida que aquello era diferente. El Inframundo comenzaba a infiltrarse lentamente en su mente.

—No deje que este ambiente lo domine o jamás encontrará a la niña —le advirtió con firmeza.

De manera inesperada, aquellas palabras actuaron sobre el Sr. Martínez como un auténtico revulsivo. Que la Soberbia pareciera preocuparse por él, aunque fuera mínimamente, alimentó de golpe su autoestima. El demente se irguió cuanto pudo, respiró hondo y, animado por aquel pequeño chute de confianza, reanudó la marcha con renovadas fuerzas.

Tras alejarse definitivamente de los desgraciados comedores de barro, el grupo se fue internando cada vez más en las profundidades del Inframundo. El

paisaje se volvía progresivamente más opresivo, como si el propio mundo tratara de aplastar cualquier esperanza. Finalmente llegaron frente a una enorme estructura semejante a un cobertizo gigantesco y deteriorado. Sus paredes ennegrecidas parecían levantadas con restos de madera podrida y metal oxidado. El edificio transmitía una sensación enfermiza, como si ocultara algo demasiado terrible incluso para aquel lugar.

El Sr. Martínez se acercó con la esperanza absurda de encontrar allí a la niña. La Soberbia le hizo un gesto de reprobación, advirtiéndole silenciosamente del peligro, pero el demente decidió ignorarla.

Las enormes puertas del edificio permanecían abiertas, mostrando parcialmente su interior. Desde dentro llegaban lamentos, gemidos y desgarradores aullidos que se mezclaban formando un murmullo insoportable. Una espesa niebla cubría el lugar dificultando la visión, aunque conforme avanzaban las figuras comenzaron a hacerse cada vez más visibles.

Centenares de personas vagaban por el interior como si fueran cadáveres vivientes. Sus ropas colgaban flojas sobre cuerpos consumidos, las caras pálidas y enfermizas parecían privadas de toda sangre, y los rostros alargados transmitían una desesperanza absoluta. Caminaban lentamente con la cabeza hundida, chocando unos contra otros sin siquiera reaccionar, indiferentes a las continuas pugnas y empujones que se producían entre ellos. Sus ojos apagados y vacíos, completamente desprovistos de ilusión, parecían gritar silenciosamente que habían aceptado permanecer allí para toda la eternidad.

—¡¡Esto no puede ser!! —gritó el Sr. Martínez completamente sobrepasado por cuanto estaba viendo—. Si la niña se encuentra en un sitio como este… puede que jamás logremos encontrarla.

La desesperación en su voz resonó extrañamente entre la niebla y los lamentos de las almas errantes. Incluso el Tiburón permaneció callado durante unos segundos, incómodo ante aquel espectáculo de absoluta desolación.

—Aquí todo existe tal y como estos desgraciados lo perciben —explicó la Soberbia observando con frialdad a las figuras que vagaban sin rumbo—. Y mientras continúen creyendo en esta realidad deformada, seguirá siendo real para ellos.

—¡¡Entonces esto tiene que ser el infierno…!! —exclamó el demente llevándose las manos al rostro.

Como si aquel gesto infantil pudiera protegerlo de lo que acababa de descubrir, el Sr. Martínez se tapó los ojos intentando negar la realidad que lo rodea-

ba. Sin embargo, el hedor, los lamentos y aquella insoportable atmósfera de desesperanza seguían allí, envolviéndolo por completo. El impacto emocional de todo cuanto había presenciado comenzaba a hacer mella en él de manera evidente. Sus piernas flaquearon nuevamente, su espalda volvió a encorvarse y el mareo regresó con más fuerza que antes. Por un instante pareció a punto de derrumbarse.

Entonces ocurrió algo inesperado.

La Soberbia, en un gesto completamente impropio de ella, lo sujetó con firmeza del brazo antes de que cayera. Sus dedos se clavaron con fuerza suficiente para obligarlo a reaccionar. El Sr. Martínez levantó lentamente la cabeza y la miró a los ojos. Durante un breve instante, algo parecido a una energía reparadora atravesó su cuerpo. El mareo desapareció, su respiración volvió a estabilizarse y la pesada opresión que comenzaba a nublarle la mente se disipó parcialmente. Era como si la propia voluntad arrogante e indomable de la Soberbia hubiese conseguido contagiarle parte de su fuerza.

—Tiene que ser fuerte, amigo mío —le advirtió ella con inusual seriedad—. Todo esto le afecta demasiado. Si permite que este lugar entre en su cabeza, acabará perdiéndose igual que ellos.

El demente tragó saliva y, todavía confundido por aquella inesperada ayuda, terminó asintiendo en silencio. Luego se incorporó por completo y reanudó la marcha con pasos más firmes.

El trío continuó avanzando lentamente a través de la espesa niebla, dejando atrás el siniestro edificio repleto de almas errantes. A medida que se alejaban, los lamentos de aquellas criaturas comenzaron a apagarse poco a poco, aunque la sensación de angustia seguía adherida a ellos como una sombra imposible de abandonar.

CAPÍTULO XIV

Luego de las andanzas anteriores, llegaron a un determinado sitio que derivó en un absoluto desengaño. El Sr. Martínez se las prometía muy felices y estaba convencido de que su peregrinar por el inframundo se acercaba, por fin, a su desenlace. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues en aquellos lugares nada tenía que ver con la lógica pura a la que ustedes están acostumbrados. ¿O pensaban acaso, estimados lectores, que en el inframundo todo funcionaba con el mismo orden racional que en el submundo? Allí las normas eran distintas, maleables y caprichosas, gobernadas más por las emociones, las creencias y los impulsos que por cualquier principio coherente. Aclarado este punto, continuaré relatando las andanzas de este peculiar trío, que en realidad seguía siendo un dúo, aunque muchos de ustedes se estarán preguntando qué ha sido de la alegría de la huerta, alias el "Tiburón". Tranquilos, que no cunda el pánico; lo tengo reservado en la nevera narrativa debido a la transformación que está experimentando el demente, quien poco a poco empieza a desarrollar sentimientos acompasados al ritmo de su propio corazón, eclipsando así la brutal presencia de su antiguo compañero.

El lugar al que habían llegado era asquerosamente estridente. Mucho antes de alcanzarlo por completo, comenzaron a escuchar un estruendo semejante al de una feria gigantesca y descontrolada. Gente que gritaba sin descanso, voces que se superponían unas a otras, discusiones feroces nacidas de una ira desmedida y enfermiza. Lo más irónico de todo, si es que allí podía hablarse todavía de ironía, era que nadie llegaba jamás a tocarse. Ninguno se aproximaba lo suficiente como para rozar siquiera al otro; toda aquella violencia se limitaba a un intercambio interminable de insultos, amenazas y alaridos. El odio flotaba en el ambiente como una niebla espesa y contaminante. Al percibir la evidente expresión de disgusto del demente, la Soberbia decidió explicarle dónde se encontraban.

—Estamos en el mundo de los violentos.

—Usted ha estado aquí antes, ¿verdad? —preguntó el Sr. Martínez, elevando la voz para hacerse oír entre el infernal griterío.

—¿Usted qué cree? —contestó la Soberbia con otra pregunta, esbozando una sonrisa cargada de suficiencia.

—Ya me hago cargo; resulta una obviedad viniendo de un ser tan superior a cualquier humano —respondió el demente, más por evitar parecer ignorante que por verdadera convicción.

Mientras avanzaban, el Sr. Martínez comenzó a experimentar una desagradable sensación. Aquel odio constante parecía introducirse lentamente en su interior, como si tratara de despertar algo oscuro y dormido en él.

—¿Pueden hacerme algún daño? —preguntó entonces, visiblemente inquieto.

La Soberbia adoptó una expresión inusualmente seria antes de responderle:

—No, siempre que se niegue a aceptar su ira. Estos entes solo pueden dañar a quienes ignoran su existencia o se abandonan a ella. Debe comprender que son reales, pero bajo ningún concepto permita que su violencia arraigue en usted. Se alimentan del fanatismo de los vivos, de los pensamientos oscuros, del resentimiento y de la maldad que los hombres cultivan día tras día.

—¿Y permanecerán así para siempre? —preguntó el demente con una inocencia casi infantil.

—A estos elementos no se les puede ayudar en absoluto —respondió la Soberbia con frialdad—, porque, en realidad, jamás desaparecen. Existen mientras existan seres vivos que los alimenten con sus actos, sus odios y sus pensamientos más miserables. Son la sombra perpetua de la violencia humana.

Cuanto más caminaba el Sr. Martínez por las profundidades del inframundo, más irritable se volvía. Una congoja persistente y sofocante comenzaba a dominarlo lentamente, como si aquel lugar quisiera infiltrarse en cada rincón de su mente. Se sentía asediado por el ambiente que lo rodeaba; el aire que penetraba en sus pulmones tenía sabor a excrementos y maldad, una mezcla nauseabunda tan espesa como el pegamento. Respirar allí suponía un esfuerzo constante, y cada bocanada parecía contaminarlo un poco más por dentro.

—Cuidado, amigo, ajuste su mente a las circunstancias o acabará usted prisionero de su propia imaginación —le advirtió la Soberbia con inusual seriedad.

El demente obedeció de inmediato e inspiró profundamente varias veces, tratando de serenarse. Sin embargo, el efecto fue contraproducente. Arrugó el rostro con visible asco al sentir nuevamente aquel aire viciado y pútrido invadiéndole la garganta.

—¿Todas estas calamidades servirán realmente de algo? —preguntó el Sr. Martínez, incapaz de ocultar cierto nerviosismo.

—¿Usted qué cree, señor mío? ¿Piensa acaso que disfruto pasando por estos trances? ¿Cree que soy masoquista? —respondió la Soberbia con su habitual altivez.

El demente guardó silencio unos instantes y recapacitó. Comprendió que debía contener la ira que comenzaba a crecer en su interior. Llegó a la conclusión de que, si perdía la calma, tal vez jamás encontrarían a la pequeña Alicia. Aquello bastó para obligarlo a dominarse.

—¿Nos estamos acercando? —preguntó entonces con toda la humildad que fue capaz de reunir, intentando reparar su desafortunada actitud anterior.

—Puede que sí… y puede que no —contestó la Soberbia de manera enigmática.

—¿Qué quiere usted decir exactamente? —preguntó el Sr. Martínez, conteniendo a duras penas la irritación que amenazaba con desbordarse.

—Que vamos por buen camino, pero todavía no sabemos dónde está. Tenga paciencia; es lo que hay —respondió ella con un tono sorprendentemente afable.

El demente aceptó la explicación a regañadientes, aunque su postura rígida y su mirada endurecida delataban el esfuerzo que hacía por mantenerse sereno. La Soberbia, que no perdía detalle, percibió enseguida aquella tensión contenida.

—Existe una salida… aunque no sea demasiado honrosa. Pero tranquilo, quedará entre usted y yo.

—Usted dirá —respondió el Sr. Martínez, intrigado.

—Nos damos la vuelta y que le den morcillas al Sr. Carroll.

—¿Volver? ¡Ni hablar! He empeñado mi palabra, y eso para mí es ley —contestó el demente con inesperada firmeza.

La Soberbia soltó una leve carcajada cargada de desprecio.

—¿Desde cuándo su palabra tiene algún valor?

—¡¡Desde ahora mismo, señor mío!! —estalló el Sr. Martínez, clavándole una mirada cargada de esa demencia tan característica que parecía desprender un instinto endiablado capaz de hacer retroceder al más valiente.

Y lo cierto era que el Sr. Martínez siempre había sido un cobarde. Sin embargo, también era un hombre que reunía en sí mismo casi todos los vicios imaginables. Frente a aquello, la Soberbia se encontraba en clara desventaja: ella solo representaba un pecado capital; él, en cambio, era un compendio completo de imperfecciones humanas alimentadas además por la locura.

—Está bien, compañero. La encontraremos cuanto antes. No se apure —dijo finalmente la Soberbia con un tono extrañamente sumiso.

—¡¡Quiero encontrarla y cuanto antes mejor!! ¿Entendido? —rugió el demente completamente enfurecido.

Ni siquiera él mismo comprendió del todo aquella explosión de ferocidad. Era cierto que nunca había destacado por su paciencia, pero aquella ira descontrolada no le pertenecía por completo. Normalmente reservaba esa parte de sí mismo al Tiburón. Sin embargo, el ambiente del mundo de los violentos lo estaba afectando de tal manera que, por primera vez, empezaba a no necesitarlo.

La luminosidad disminuía conforme avanzaban. Cada paso parecía alejarlos un poco más de cualquier rastro de claridad, como si el propio inframundo se negara a permitir la existencia de la luz en aquellas profundidades. El aire se volvía más denso a cada instante, pesado y sofocante, aumentando una extraña presión que daba la sensación de arrastrar un lastre invisible atado al cuerpo. Caminar resultaba agotador. El páramo que los rodeaba estaba completamente desolado; no había ni un alma en pena a la vista, ni gritos, ni lamentos, ni rastro alguno de vida o condenación. Tan solo un terreno árido cubierto de piedras y enormes rocas desperdigadas de manera caótica, como si algún dios furioso hubiera destruido el paisaje siglos atrás.

El accidentado sendero terminaba abruptamente al borde de un gigantesco agujero abierto en la tierra. Movido por la curiosidad, el Sr. Martínez se aproximó lentamente y se asomó al abismo. La negrura era tan profunda que resultaba imposible distinguir su final. Aquello no parecía un simple hoyo, sino una herida abierta en la realidad. De pronto, el demente dio un violento salto hacia atrás, apartándose del borde con visible espanto.

La Soberbia, divertida por la reacción, arqueó una ceja.

—¿Qué fue lo que le ocurrió, estimado amigo?

—¡¡He sentido como una fuerza diabólica y asquerosa me atravesaba por completo!! —respondió el Sr. Martínez con el rostro desencajado, mientras daba arcadas e intentaba quitarse desesperadamente de encima algo inexistente adherido a sus ropas.

La expresión burlona de la Soberbia desapareció casi de inmediato.

—Si existe un lugar al que realmente pueda llamar infierno… es este —respondió con cautela, dejando escapar por primera vez un leve temor en su voz.

Aquella actitud alarmó todavía más al demente. Hasta ese momento había pensado que su miedo era producto de su imaginación o de su debilidad natural, pero si incluso un pecado capital mostraba reparos ante aquel lugar, entonces la situación era mucho peor de lo que había supuesto.

“Si antes el asustado era yo, ahora ya somos dos”, pensó horrorizado.

—Este es el camino correcto. Tenemos que descender si queremos encontrar a la niña —añadió finalmente la Soberbia con resignación.

Al Sr. Martínez comenzaron a flojearle las piernas. La simple idea de bajar allí le revolvía el estómago. Por primera vez desde que comenzó aquella absurda misión, dudó seriamente entre continuar o echar a correr y que le dieran morcillas al Sr. Carroll.

—¿Está usted seguro de que Alicia se encuentra en el infierno? —preguntó aferrándose desesperadamente a la posibilidad de obtener una respuesta que les permitiera una retirada digna.

La Soberbia guardó silencio unos segundos antes de contestar.

—Pues la verdad, estimado amigo… no lo sé.

Aquella sinceridad hizo que al demente le entraran las auténticas cagaleras de la muerte. Sin embargo, al contemplar la firme determinación del pecado capital, comprendió al instante que cualquier posibilidad de retirada honorable acababa de desvanecerse.

—Amigo, solo sé una cosa: tenemos que bajar si queremos dar con la niña —sentenció la Soberbia.

El Sr. Martínez hizo de tripas corazón y volvió a asomarse lentamente al inmenso y oscuro cráter. Tras unos instantes, sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad y logró distinguir algo en el fondo. Lo único visible era una gigantesca formación rocosa horadada por infinidad de agujeros, semejantes a un complejo de viviendas excavadas toscamente en la piedra. Aquello parecía una ciudad miserable construida directamente en las entrañas del abismo.

“¿Quién podría vivir en un lugar semejante?”, se preguntó el demente con creciente inquietud.

—¿Tenemos que ir por aquí? —preguntó finalmente, aunque en el fondo ya temía la respuesta.

—Está bien, váyase usted si quiere. Ya me encargaré yo solo de la misión —respondió la Soberbia con tono glorioso.

Durante un instante, el Sr. Martínez sintió un enorme alivio. La posibilidad de escapar de aquel lugar resultaba tentadora. Sin embargo, casi de inmediato comenzaron a atormentarlo varias preguntas. ¿Qué significaba aquello de que se encargaría él solo? ¿Pretendía ese engendro quedarse con todo el mérito? ¿Acaso iba a convertirse él en el verdadero héroe de la historia?

El ego pudo más que el miedo.

Renaciendo como un Ave Fénix surgida de sus propias cenizas, el demente irguió el cuerpo y desplegó toda su falsa nobleza.

—¡Ni hablar, señor mío! No lo dejaré solo en una misión tan difícil. Aquí me tiene, dispuesto a todo con tal de encontrar a la chiquilla.

—Muy bien, señor —respondió la Soberbia con grandilocuencia—. Aclarado este punto, le ruego que continuemos con la búsqueda.

CAPÍTULO XV

Descendieron por una especie de toscos peldaños labrados en la misma roca. La visibilidad era escasa y traicionera, de manera que, de vez en cuando, el demente no tenía más remedio que palpar las paredes para orientarse, pringándose las manos con una sustancia gelatinosa y repugnante que, al intentar limpiarse, no hacía más que extender el hedor y la inmundicia por toda su indumentaria. Aquel contacto viscoso parecía adherirse a la piel como una maldición imposible de quitar. El Sr. Martínez apretó los dientes con fuerza y logró contener las arcadas que le subían por la garganta, aferrándose obstinadamente a una sola idea: encontrar a la chiquilla costara lo que costase.

Mientras se internaban cada vez más en las profundidades del cráter, el aire viciado comenzó a resultarle insoportable. Era denso, pegajoso y nauseabundo, como si la misma atmósfera estuviera podrida desde hacía siglos. El demente percibía cómo aquella fetidez envolvía su cuerpo y se introducía lentamente en sus pulmones, contaminándolo todo a su paso, mientras la Soberbia avanzaba impasible, como si aquel infierno no tuviera efecto alguno sobre ella. El Sr. Martínez, movido por una mezcla de curiosidad y de mala leche —porque, para qué negarlo, empezaba a estar bastante fastidiado de que semejantes penurias solo recayeran sobre él— terminó preguntándole:

—Usted ha estado aquí, ¿verdad?

—Por supuesto, amigo mío, varias veces. Y supongo que ahora se preguntará por qué usted sufre y yo no. ¿Me equivoco?

—¿Es que usted me lee la mente?

—¿Lo duda usted?

—Ahora ya no, desde luego, pero entonces… ¿para qué me deja hablar?

—Porque su mente y su lengua actúan de manera muy distinta, señor mío.

El Sr. Martínez continuó sin entender absolutamente nada, aunque decidió que, a esas alturas, pensar demasiado tampoco le serviría de mucho. Optó por reservar las pocas fuerzas que le quedaban únicamente para ordenar a su cuerpo el imprescindible movimiento necesario para seguir avanzando por aquel mundo infernal.

La Soberbia, respetando su decisión o quizá simplemente aburrida de seguir jugando con él, no añadió nada más. Ambos continuaron caminando por aquel pedregal desértico y apenas iluminado, donde la oscuridad y la negrura lo envolvían todo hasta convertirlo en una noche eterna. El olor malsano y corrupto jamás remitía; permanecía suspendido en el ambiente como un castigo perpetuo, dando como resultado un clima capaz de enfermar al más resistente de los héroes jamás idolatrados. El Sr. Martínez apenas conseguía soportar la caminata, pero, revestido con una especie de aureola quijotesca y delirante, seguía decidido a culminar su misión, como si hubiese sido el mismísimo Dios quien se la hubiera encomendado. La Soberbia, divertida y burlona, lo observaba de reojo mientras avanzaban, prometiéndose momentos muy entretenidos al recordar, no sin satisfacción, el instante en que decidió acompañar a semejante elemento.

La oscuridad era tan absoluta que el demente ni siquiera alcanzaba a verse las manos. Trabajar en una mina de carbón debía de parecerse bastante a aquello, pensó con amargura. ¿No sería incluso preferible carecer totalmente de luz? Al menos así no tendría que contemplar todas aquellas calamidades. Apenas formuló aquella idea cuando la voz de la Soberbia resonó a su lado:

—Claro, amigo mío, como dice el refrán: ojos que no ven, corazón que no llora.

—Es de muy mala educación leer la mente de los demás —se quejó el demente, visiblemente irritado.

—No si se le ha advertido antes —contestó ella con condescendencia.

—Entonces usted juega con dos barajas, señor mío.

—Soy la Soberbia, ¿lo recuerda? Un pecado capital… y de los mejores, se lo aseguro.

Después de aquellas respectivas aclaraciones, continuaron descendiendo por la oscura y pestilente fosa. Desde las profundidades brotaba un griterío ensordecedor compuesto por gemidos de angustia, risotadas febriles y gruñidos paranoicos que parecían surgir de todas partes al mismo tiempo.

—¿Qué es esto? —preguntó el demente, esforzándose inútilmente por disimular el pánico.

—Ya se lo advertí antes, estamos entrando por la boca del infierno —sentenció la Soberbia con absoluta tranquilidad.

Por fin alcanzaron el fondo del pozo. El aire, espeso y putrefacto, parecía formado por los mismos sonidos que saturaban aquel lugar: alaridos, ladridos, juramentos, carcajadas de trastornados, protestas interminables y rezongos de bestias que gruñían con amarga furia. Por encima de aquel caos se elevaban expresiones desgarradoras de dolor mezcladas con rugidos salvajes, chillidos, bramidos, sollozos y toda clase de lamentaciones procedentes de incontables almas perturbadas. La sensación era la de hallarse en mitad de un motín eterno donde la locura y el sufrimiento se habían fusionado hasta resultar indistinguibles.

La Soberbia, adoptando una actitud poco habitual en ella, le habló con cierta premura:

—Por lo que pueda pasar, procure mantenerse bien pegado a mí.

—Por supuesto —contestó el Sr. Martínez, viendo en aquella sugerencia una salida digna a una situación que estaba a punto de desbordarlo, pues llevaba rato conteniendo las ganas de echar a correr como alma que lleva el diablo… nunca mejor dicho.

Comenzaron entonces a avanzar por el fondo del abismo. Un atronador zumbido, unido a una espesa niebla que cubría el suelo, impedía distinguir lo que había a ras de la superficie. El Sr. Martínez caminaba con extremo cuidado mientras su calenturienta imaginación le prevenía constantemente de peligros inexistentes. De pronto, un grito lo sobresaltó.

—¡¡Cuidado dónde pisa!! —le advirtió la Soberbia.

El demente bajó la mirada y distinguió, desperdigadas por todas partes, varias formas humanoides tiradas sobre el suelo. Algunas se retorcían convulsivamente; otras reptaban como enormes lagartos enfermos y la mayoría permanecía inmóvil, igual que cadáveres abandonados. Sin embargo, todas compartían un rasgo inquietante: los observaban con unos grandes ojos brillantes incrustados en rostros desprovistos de cualquier rastro de inteligencia o humanidad.

Después de avanzar procurando no pisar a aquellos desgraciados, llegaron hasta una colina rocosa. Había individuos encaramados en lo alto de las piedras, mientras otros permanecían apostados a los pies de las mismas. Los que ocupaban las alturas los seguían con la mirada como guardianes apostados en una atalaya, acompañando su vigilancia con carcajadas y gritos histéricos. Más abajo, algunos copulaban frenéticamente entre ellos, mientras otros se golpeaban y lanzaban toda clase de maldiciones. La mayor parte de aquella masa de piltrafas humanas ocupaba el fondo del lugar, agitándose como una marabunta

de cucarachas infectas que se desplazaba lentamente igual que las dunas del desierto al capricho del viento.

Cuando por fin la vista consiguió acostumbrarse parcialmente a la espesa niebla, el Sr. Martínez distinguió a un grupo de figuras enormes y simiescas que recordaban vagamente a gorilas. Iban de un lado a otro tan desorientados como pollos sin cabeza, buscando pelea constantemente, gritándose, retándose y empujándose entre sí con una agresividad enfermiza.

El molesto zumbido persistía sin descanso. Sonaba como la letanía interminable de un millón de monjes recitando cánticos al unísono. El Sr. Martínez intentó averiguar de dónde procedía aquel rumor insoportable, pero le resultó imposible, pues parecía brotar simultáneamente de todos los rincones del infierno. Sin embargo, lo que sí alcanzó a distinguir fueron varios pozos repletos de un líquido negro y viscoso, semejante al crudo del petróleo. De aquellas simas emanaban vapores aún más pestilentes que los efluvios que ya infestaban el ambiente. El horror del demente todavía no había alcanzado su límite, pues descubrió con espanto que de aquellos agujeros también emergían los lamentos de una multitud de desgraciados que luchaban desesperadamente por salir de ellos. Intentaban trepar por las paredes impregnadas de aquella sustancia aceitosa, pero resbalaban una y otra vez, precipitándose de nuevo al fondo para repetir eternamente el mismo intento inútil, atrapados en un bucle infinito de desesperación.

El zumbido continuaba creciendo en intensidad, imponiéndose incluso por encima de los alaridos y del caos circundante.

—Me duele la cabeza… parece como si me fuera a estallar —se quejó el Sr. Martínez, sujetándose las sienes con ambas manos.

—¡¡Cuidado, amigo!! —le advirtió la Soberbia—. ¡¡Mire detrás de usted!!

El demente obedeció sobresaltado. Alrededor de los pozos infectos había un grupo de individuos de rostro congestionado por la ira y ojos cargados de odio. Permanecían unidos de las manos formando una especie de círculo energético. De sus cabezas brotaban extrañas ondas invisibles que parecían impregnar el ambiente hasta alcanzar directamente la mente del Sr. Martínez.

—¿Quiénes son estos… y por qué me duele tanto la cabeza? —preguntó agobiado.

—Estamos en la zona de los “Negativos”. Son seres dotados de un poder extraordinario. Pueden volverlo loco hasta el punto de conseguir que usted mismo

desee arrojarse dentro de esos pozos llenos de ponzoña… y, créame, si cae allí, jamás volverá a salir.

El Sr. Martínez no necesitó escuchar nada más. Obedeció de inmediato y puso tierra de por medio con toda la rapidez que le permitían sus maltrechas piernas. Cuando finalmente estuvieron lo bastante lejos para escapar de la influencia de los “Negativos”, el demente recuperó poco a poco su habitual compostura, que desde luego ya era bastante discutible de por sí, aunque todavía muy alejada del impulso suicida que había comenzado a invadirlo.

Continuaron avanzando hasta llegar a una zona donde multitud de seres permanecían cubiertos de moscas. Los insectos se les introducían por todos los orificios del cuerpo mientras enormes enjambres revoloteaban sobre ellos formando densas nubes negras compuestas por millones de criaturas. El batir de sus alas generaba precisamente aquel zumbido insoportable que los había perseguido desde el inicio del descenso a los infiernos.

Junto a aquellos desgraciados se encontraban otros seres de piel pálida y expresión extrañamente sonriente. Poseían unas bocas descomunales que abrían hasta límites imposibles para engullir las moscas a puñados. Al contemplar la expresión de absoluto desconcierto del demente, la Soberbia comentó con naturalidad:

—En el infierno también debe existir cierto equilibrio. Demasiadas moscas no son buenas… igual que tampoco lo son demasiadas almas.

Apenas terminó de hablar, surgieron de entre las tinieblas unos seres alados que descendieron velozmente sobre los devoradores de moscas. Se aferraron a sus gargantas con desesperación y comenzaron a sorberles la sangre que aquellos habían logrado acumular alimentándose de los insectos.

El Sr. Martínez estaba agotado de tanto odio, podredumbre y desesperación. Sentía que aquel lugar lo consumía poco a poco, infiltrándose en sus pensamientos igual que una enfermedad incurable. De pura rabia, asqueado e impotente, terminó soltando un grito desgarrado.

—¡¡Resista a sus pensamientos, no permita que lo debiliten!! —le gritó la Soberbia con una preocupación poco habitual en ella.

—Estoy tratando de aguantar… lo intento con todas mis fuerzas, pero es imposible que esta niña estuviera en un abismo como este…

La desesperanza y el dolor más brutales pugnaban por apoderarse completamente del demente. Alicia no está aquí. Aquel pensamiento se hundió profun-

damente en su mente y se convirtió en la única defensa que le quedaba para no derrumbarse del todo.

—¡¡No decaiga, no se abandone!! —insistió la Soberbia elevando aún más la voz.

Mientras ella trataba de sostener moralmente al Sr. Martínez, una figura apareció avanzando con paso vacilante entre la niebla y la inmundicia. Era un hombre vestido con andrajos que colgaban miserablemente de su cuerpo. Tenía tan poca carne adherida a los huesos que recordaba a los prisioneros famélicos de un campo de exterminio. Se aproximó directamente hacia el demente. Resultaba imposible distinguir con claridad los rasgos de su rostro, pero sí podían verse unos pequeños ojos rojos brillando en la penumbra y una boca asquerosa repleta de dientes podridos. La carne de su cara se desprendía en jirones, dejando partes del hueso amarillento completamente al descubierto. Todo aquel conjunto componía una visión sencillamente terrorífica.

El Sr. Martínez quedó paralizado ante semejante aparición. La piltrafa, aprovechando su estupor, le aferró el brazo con unas manos huesudas y heladas mientras gritaba desesperadamente:

—¡¡En aquel lugar!!

Instintivamente, el demente miró hacia la dirección señalada por el despojo y, horrorizado, contempló a un hombre que arrastraba violentamente a una chiquilla. La niña gritaba, pataleaba y trataba inútilmente de aferrarse al suelo con uñas y dientes.

—¡¡Alicia!! —vociferó el Sr. Martínez fuera de sí.

—¡¡No, amigo, no es ella!! —advirtió la Soberbia sujetándolo con fuerza del brazo.

Pero el demente poseía la fuerza irracional de alguien completamente trastornado. Se soltó violentamente y echó a correr detrás de la supuesta niña.

Nunca habría imaginado el verdadero significado de la palabra “Infierno” hasta el instante en que, llevado por su propia insensatez, se separó de la Soberbia.

De pronto, una multitud de piltrafas humanas se abalanzó sobre él desde todas partes. El Sr. Martínez logró esquivarlas en una maniobra desesperada y continuó corriendo tras la chiquilla. Sin embargo, cuando finalmente consiguió alcanzarla, descubrió horrorizado que ya no había niña alguna. Ante sus ojos,

aquella figura se transformó en una mujer enorme y repugnante, tan monstruosa como el resto de criaturas que poblaban aquel lugar.

El demente lanzó un grito aterrorizado al comprender el engaño.

Intentó retroceder y darse la vuelta, pero ya era demasiado tarde. Una horda de despojos lo alcanzó de inmediato. Dio un traspié y cayó pesadamente sobre el duro y polvoriento suelo. Entonces las criaturas se arrojaron sobre él como animales hambrientos, arañándole el cuerpo y la cara mientras le desgarraban la ropa y la piel con uñas ennegrecidas y dientes podridos.

Tendido en el suelo, el Sr. Martínez vio desfilar ante sus ojos multitud de rostros deformes. Algunos aparecían completamente quemados; otros tenían la piel roja y marcada por innumerables cicatrices. Muchos carecían de ojos o de boca; había auténticas calaveras calvas y otras cubiertas apenas por asquerosos mechones de pelo húmedo y apelmazado. Las maldiciones, las carcajadas histéricas y el hedor nauseabundo que escapaba de aquellas bocas monstruosas componían una experiencia imposible de describir.

Y, sin embargo, lo más extraño de todo fue que, en mitad de aquel horror, el Sr. Martínez comenzó a gritar pidiendo ayuda precisamente a la Soberbia, mientras el enjambre de moscas y las piltrafas continuaban abalanzándose sobre él sin descanso.

Su impotencia había atraído a las moscas. Los insectos se le introducían por la boca, las orejas y las fosas nasales, cubriéndole incluso los ojos hasta dejarlo prácticamente ciego. El demente sentía cómo aquellas criaturas diminutas le succionaban la sangre con una avidez enfermiza. Preso del pánico, comenzó a sacudirse con movimientos desesperados y enloquecidos, logrando apartar momentáneamente parte del enjambre. Sin embargo, las moscas, aunque pequeñas e insignificantes por separado, actuaban como un ejército perfectamente organizado y aceitado, regresando al ataque una y otra vez sin concederle tregua alguna.

El Sr. Martínez intentó llamar de nuevo a la Soberbia, pero lo único que logró emitir fue un gorgoteo apagado, pues tenía la garganta completamente infestada de insectos. Desesperado, trató de vomitar para expulsarlos de su cuerpo, aunque las piltrafas se lo impedían sujetándolo con fuerza de brazos y piernas.

La mente del demente comenzó poco a poco a desvanecerse. Todo cuanto percibía eran sombras deformes y figuras retorcidas que gritaban y reían con placer mientras lo arrastraban violentamente por las rocas, desgarrándole la ropa y arañándole la piel. El insoportable zumbido de las moscas asesinas parecía taladrarle directamente el cerebro.

Pero las piltrafas aún no habían terminado con él.

En medio de aquella orgía de violencia, las criaturas arrastraron al desgraciado hasta un pozo de agua helada y lo arrojaron en su interior. Varias de ellas se lanzaron encima de su cuerpo para hundirlo más rápidamente. El demente trató de contener la respiración todo lo que pudo, pero finalmente el aire se agotó en sus pulmones. Abrió involuntariamente la boca y un líquido frío, viscoso y nauseabundo descendió por su garganta. El sabor era el de la podredumbre más absoluta. Instantes después, aquella sustancia comenzó a inundarle los pulmones.

Durante el descenso hacia las profundidades del pozo, las piltrafas permanecían aferradas a su cuerpo como parásitos, empujándolo cada vez más abajo. El Sr. Martínez, presa de la desesperación, cerró los ojos con fuerza, aunque ni siquiera así conseguía dejar de verlas. Los rostros deformes de aquellas criaturas seguían apareciendo ante él, dedicándole miradas burlonas mientras continuaba hundiéndose sin final aparente.

—¡¡Alicia!! —gritó desesperadamente—. ¡¡Te he fallado!!

Entonces, de manera repentina, todo desapareció.

El demente se encontró de pie en medio de un paisaje desértico cubierto por un cielo gris y sucio. Un viento helado recorría aquel páramo desolador levantando pequeñas nubes de polvo. Aturdido y todavía tembloroso, el Sr. Martínez se incorporó lentamente. Jamás habría imaginado que llegaría a alegrarse tanto de ver a la Soberbia a su lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó todavía desorientado.

—Te lo advertí. Caíste bajo el control de las piltrafas, las dueñas de esta parte del Averno.

—Pero… si solo fueron unos momentos…

—Fueron suficientes. Tocaron tu mente. Yo permanecí cerca de ti todo el tiempo, pero estabas prisionero de ellas y hasta que no comprendiste tu error no pudiste escapar de sus garras.

El demente seguía temblando. Aún sentía en la garganta el recuerdo viscoso de aquel líquido inmundo. Finalmente, reuniendo fuerzas, murmuró con espanto:

—¡¡Esto debe de ser el infierno!!

La Soberbia lo miró con solemne seriedad antes de responder:

—Existen muchos peores que este.

—¿Más? —preguntó el Sr. Martínez escandalizado.

—Ignorante… igual que las muñecas rusas, hay un infierno dentro de otro… y así hasta el infinito.

CAPÍTULO XVI

Después de las explicaciones, nuestros protagonistas reanudaron la marcha mientras platicaban sobre asuntos infernales.

—No existe el infierno tal y como lo enseñan las distintas religiones —explicó la Soberbia—. Es el estado de las almas que, cuando desencarnan, quedan atrapadas en el mismo mundo que su mente construye a partir de sus remordimientos. Son incapaces de salir de él a menos que reconozcan sus malas acciones. Mientras su ego los domine, permanecerán presos de sí mismos.

—Entonces, ¿puede ser que Alicia habite este lugar? —preguntó descorazonado.

—Lo que sí puedo decirle es que todas las señales nos conducen hasta aquí.

—Entonces, ¿estamos en el buen camino?

—Desde luego… nos estamos acercando —respondió la Soberbia.

El Sr. Martínez miró en todas direcciones buscando algún punto de referencia, pero no había absolutamente nada, salvo el panorama desolador del desierto.

—¿Falta mucho? —preguntó impaciente.

Caminaron callados durante un rato, pero algo reconcomía al demente y acabó sacando el asunto a conversación:

—Aquel ser me traicionó.

—Yo de usted sentiría lástima por él. Durante toda su vida se limitó a abusar de sus semejantes, tanto física como mentalmente. Sus malas acciones se volvieron contra él, manteniéndolo prisionero en este lugar durante muchísimo tiempo. Lo peor de todo es que ni siquiera reconoce sus culpas y, por lo tanto, repite una y otra vez las acciones que lo condujeron a su propio infierno.

—¿Por qué dice que debería sentir lástima? —preguntó el demente recordando a la asquerosa piltrafa.

—Elemental, estimado amigo. Ni siquiera yo escaparía de semejante bucle infernal.

—¿Qué fue en vida? —preguntó curioso.

—¿Qué es lo peor que le puede suceder a un administrador de justicia? —Sin esperar respuesta, continuó—. Ahí tiene la respuesta.

—¿Acabar en la cárcel? —preguntó el demente, pensando que lo había entendido.

—Por supuesto… en su propia prisión…

El pecado capital dejó pasar algún tiempo para que el demente reflexionara. Se detuvo y miró a lo lejos. El Sr. Martínez siguió su mirada y observó en la distancia una barca que se deslizaba por el río cargada de niñas y, guiada por el escritor, llegó hasta la orilla de un frondoso y majestuoso árbol. Desembarcaron y se dispusieron a tomar el obligado té con pastas. Al término de la merienda, el Sr. Carroll comenzó a entretener a las niñas leyéndoles un cuento que tiempo atrás le rondaba la cabeza…

—Está allí —advirtió la Soberbia.

Al Sr. Martínez se le iluminó el rostro con una mezcla de sorpresa y alegría infantil. Miró a la Soberbia, pero el semblante del pecado capital expresaba todo lo contrario.

—Estimado amigo, yo no estaría tan contento. A partir de ahora comienza lo más peligroso.

El demente la observó confundido.

—¿Por qué hemos dado este rodeo si estamos en el principio?

—Lo que ocurrió en los diferentes infiernos solo sucedió en su mente —advirtió la Soberbia—, pero a partir de ahora será usted quien corra verdadero peligro. ¿Lo ha entendido? —recalcó con insistencia.

El demente intuía el peligro, pero se resistía a aceptarlo.

—Tengo que ir a por ella —insistió.

La Soberbia se resignó y le dedicó una triste mueca. No estaba acostumbrada a discutir con humanos, y mucho menos con un trastornado.

—Estimado amigo, tendrá que resistirse a la desesperanza que lo rodeará. Para que Alicia pueda verlo y oírlo deberá descender hasta su nivel. Al hacerlo, correrá un peligro tan grande que será vulnerable al hechizo del mundo en el que ella habita ahora.

—Correré el riesgo —respondió con aplomo el Sr. Martínez, incapaz de ver el peligro como cualquiera con dos dedos de frente. Su locura y su valentía caminaban de la mano.

—Si siente que su mundo comienza a arrastrarlo, oponga resistencia con todas sus fuerzas… Yo procuraré auxiliarlo, amigo mío… —Inaudito: a la Soberbia le temblaba la voz.

Aquella circunstancia inquietó al demente, que ahora comenzaba a comprender el verdadero peligro; pero “A lo hecho, pecho”, se repetía a sí mismo.

—¿Auxiliarme? —preguntó haciéndose el tonto.

—Estimado amigo, haré cuanto pueda para ayudarlo… —asintió muy serio.

Su expresión lo delató. El Sr. Martínez lo tenía muy claro.

—Si lo que está pensando es lo que me temo, le aconsejo que no lo haga —le advirtió la Soberbia.

—Se equivoca usted… Puede que fracase y puede que triunfe, pero tengo que ser yo, y solo yo —sentenció el demente, sin dejarlo responder—. Es algo muy particular… una prueba para mí mismo. Disculpe si no sé explicarlo mejor, pero así es.

La Soberbia lo observó de arriba abajo, buscando en qué rincón del cuerpo del demente había nacido de pronto semejante valentía. A los pocos segundos decidió que no valía la pena discutir, y menos con un loco valiente incapaz de admitir razonamiento alguno.

El pecado capital se tragó su orgullo y terminó adelantándose para abrazar despacio al demente, mientras se juraba a sí misma que pediría cita con su terapeuta en cuanto regresara al redil junto a sus compañeras.

—Recuerde, estimado señor, que no está solo y, aunque no lo crea, hay gente que se preocupa por usted.

Se apartó lentamente del abrazo… y desapareció.

El Sr. Martínez empezó a sopesar los pros y los contras de su descabellada misión. Al final, su mente trastornada le hizo comprender que no le quedaba más remedio que apechugar con las consecuencias y seguir adelante.

No sin antes despedirse de la Soberbia con la sonrisa forzada de un perfecto imbécil.

CAPÍTULO XVII

Cuando llegó a la altura de la merienda campestre, se dio cuenta de la primera dificultad. La estampa que se le presentó parecía una fotografía detenida en mitad de un recuerdo: todos sus componentes permanecían inmóviles, quietos como estatuas atrapadas en el espacio y el tiempo. Ni el viento agitaba la hierba ni una sola hoja se movía sobre los árboles. Alicia estaba sentada junto a sus primas, completamente congelada, con aquella expresión inocente clavada en el rostro como si alguien hubiera detenido el mundo en el instante exacto de su niñez. El demente recordó entonces las palabras de la Soberbia y trató de concentrarse únicamente en la pequeña. Clavó la vista en ella con todas sus fuerzas, intentando conectar de alguna manera con la chiquilla, como si pudiera atravesar aquella realidad petrificada mediante la voluntad. Pasaron largos minutos. El esfuerzo empezó a pasarle factura y un dolor insoportable comenzó a martillearle la cabeza. Primero fue una simple presión en las sienes, pero pronto se transformó en un sufrimiento agudo que le obligó a sujetarse el cráneo con ambas manos mientras soltaba pequeños gemidos de desesperación. Su mente trastornada empezó incluso a sugerirle soluciones todavía más idiotas, como golpearse contra una roca para liberar aquella presión infernal, aunque, por fortuna, la respuesta acabaría siendo mucho más sencilla. De repente, una pequeña lucecita pareció encenderse en su cerebro de mosquito.

—¡¡Quiero ser el conejo blanco!! —gritó a pleno pulmón.

La reacción fue inmediata.

—¡Huy, qué cosa más rara, un conejito blanco vestido de chaqué y llevando un reloj de bolsillo! —exclamó Alicia, desprendiéndose al instante de la escena inmóvil, como si acabara de despertar de un hechizo.

El Sr. Martínez no alcanzó a comprender qué acababa de ocurrir. Lo único que sintió fue un impulso irrefrenable de llevarse la mano al bolsillo, sacar un reloj y mirarlo con auténtico espanto. Un nerviosismo absurdo comenzó a recorrerle el cuerpo. De pronto estaba convencido de que llegaba terriblemente tarde a algún sitio importantísimo, aunque ignoraba a dónde demonios tenía que ir. Sin poder evitarlo, empezó a quejarse atropelladamente de su retraso mientras echaba a correr campo a través dando pequeños saltos ridículos. Alicia salió detrás de él escandalizada por aquella conducta tan extraña y por sus terribles modales, preguntándole insistentemente por qué tenía tanta prisa.

El Sr. Martínez poseía ahora la fuerza y la agilidad de una liebre, y no pensaba desaprovechar semejante ventaja. Corrió a toda velocidad dando brincos

descontrolados mientras el reloj de bolsillo saltaba absurdamente entre sus manos. En apenas unos segundos consiguió sacar una considerable distancia a Alicia, que trataba inútilmente de seguirlo entre protestas y preguntas. El falso conejo blanco continuó avanzando hasta que divisó una profunda oquedad en el terreno. Sin detenerse a pensar lo más mínimo, se lanzó hacia ella y, ágil como una anguila, se escurrió por el agujero desapareciendo en un visto y no visto.

Alicia llegó jadeando hasta el borde de la abertura y se quedó completamente desconcertada. Observó el agujero de arriba abajo preguntándose de qué manera aquel extraño animal había logrado introducirse allí. Ella era una niña delgada, sí, pero desde luego no tanto como para pasar por semejante rendija. Permaneció unos instantes pensativa, mordiéndose el labio inferior mientras calculaba absurdamente si cabría de lado o quizá metiendo primero un brazo.

Y entonces, de la nada —porque en aquel lugar las cosas parecían surgir cuando les daba la gana— apareció la Soberbia.

—¿Quién es usted? —preguntó Alicia con exquisita educación.

—Qué más da quién sea… —respondió la recién llegada con una sonrisa ladina—. Lo importante es que soy la solución a tus problemas, niñita.

—Señora, mi mamá siempre me ha dicho que no debo hablar con extraños —contestó la pequeña con gesto melindroso.

La Soberbia sonrió divertida. Aquella criatura era todavía más fácil de manejar de lo que había imaginado.

—Cuando te miras al espejo y te ves muy guapa… ¿en qué piensas, pequeña?

—En causar buena impresión, por supuesto, señora.

—Dime… ¿y a quién quieres impresionar exactamente?

Alicia se ruborizó de inmediato. Bajó la cabeza avergonzada y empezó a juguetear nerviosamente con los dedos antes de responder en voz baja:

—A Richard…

—Vaya, vaya… Así que al pequeño querubín de ojos azules y cabello rubio ensortijado —ironizó la Soberbia, comprendiendo que acababa de encontrar la puerta perfecta para entrar en la mente de la niña.

—Sí, señora… Es tan guapo… y yo quiero ser la más guapa también —admitió Alicia, escondiendo la sonrisa bajo aquella falsa vergüenza infantil.

La Soberbia casi tuvo que contener una carcajada.

—¿Lo ves, niña? Después de todo no soy una desconocida para ti.

Alicia levantó la cabeza, sorprendida.

—¿De veras, señora?

—Claro, tontina. Soy precisamente eso que te hace pensar así. Soy la Soberbia.

La pequeña abrió mucho los ojos.

—¡Vaya! Un placer, señora… —respondió finalmente mientras doblaba ligeramente la rodilla en un exagerado gesto de respeto impropio de una niña, aunque perfectamente acorde con aquella criatura tan rematadamente educadita.

Luego de darle unas pequeñas instrucciones para parecer todavía más guapa, la Soberbia sacó un diminuto frasquito y se lo ofreció a Alicia con la promesa de que adelgazaría lo suficiente para deslizarse por el agujero sin ninguna dificultad.

La niña bebió sin dudarlo, completamente convencida de que aquello la haría más bella y delicada. Y, para su sorpresa, así fue. Su cuerpo empezó a afinarse hasta volverse lo bastante delgado como para introducirse por la estrecha abertura. Animada por la confianza de creer que iba por el buen camino, Alicia se dejó caer dentro del túnel. Sin embargo, la ilusión inicial pronto dio paso a la decepción al descubrir que aquel conducto parecía no terminar nunca. Lo único que la mantenía avanzando era la visión lejana del conejo blanco, diminuto en la distancia, brincando entre las sombras. Aunque cada vez lo veía más lejos, la esperanza de alcanzarlo seguía empujándola hacia adelante con obstinación infantil.

Pero finalmente lo perdió de vista.

Alicia se detuvo confundida, preguntándose qué le habría ocurrido al conejo para desaparecer de aquella manera. Lo que la pequeña ignoraba —y pronto descubriría— era que el Sr. Martínez acababa de precipitarse por una abertura escondida en el traicionero túnel. Y, tal como indicaba la palabra “traicionero”, no existía señal alguna que advirtiera de semejante trampa.

El falso conejo blanco cayó en picado por un pozo interminable.

Y detrás de él, como una involuntaria muestra de simpatía narrativa, iba Alicia descendiendo a toda velocidad mientras gritaba desesperada, temiendo el inevitable aterrizaje.

Aunque, claro está, la palabra “interminable” en los cuentos rara vez significa lo que promete.

El primero en aterrizar fue el Sr. Martínez, que se estampó contra el duro y helado suelo del fondo con un golpe capaz de desencajarle hasta las ideas. El conejito quedó tendido unos segundos, completamente magullado y maldiciendo su suerte mientras intentaba recuperar el aliento. Trató de levantarse, pero entonces la ley de la gravedad decidió burlarse una vez más de él. Alicia, que venía cayendo detrás a una velocidad espantosa, terminó impactando directamente sobre el pobre conejo blanco, aplastándolo contra el suelo.

El demente quedó atontado por el golpe.

Y la niña aprovechó inmediatamente para atraparlo.

—¿Y ahora qué va a hacer, niñita tonta? —gruñó el conejito de muy malos modos.

—Pues… ahora que lo dice… —respondió Alicia completamente confundida.

—Claro. Estás tan acostumbrada a perseguir al conejito sin alcanzarlo que, ahora que lo has atrapado, ya no sabes qué hacer, ¿verdad, pequeña?

Alicia permaneció en silencio.

Algo no marchaba bien en aquel cuento.

—Entonces… ¿qué hago, conejito? —preguntó finalmente con expresión desolada.

—No te preocupes, todo tiene solución —respondió el falso conejo mientras asentía con una tranquilidad sospechosa—. Dime una cosa… ¿tú quieres que todo vuelva a la normalidad?

La pequeña dudó.

Se sentía aturdida por el violento devenir de los acontecimientos. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué su mundo parecía deshacerse delante de sus propias

narices? Las preguntas se agolpaban en su mente formando un atasco imposible de ordenar. Alicia había sido creada para entretener a miles de niños con aventuras cuidadosamente escritas, pero no estaba preparada para la improvisación, ni para que alguien alterase las reglas de su propia historia.

Al final, terminó cediendo al aplastante sentido común que el conejito parecía desprender.

Con los brazos caídos y la voz apagada, respondió:

—Sí, señor conejito… Quiero que todo vuelva a la normalidad…

—Entonces me acompañarás y me ayudarás a convencer a la verdadera Alicia.

La niña parpadeó, desconcertada.

—¿Cómo dice usted, señor? Si Alicia soy yo…

—¿Estás segura, pequeña? —preguntó el conejo sin esperar realmente una respuesta.

Aquella sencilla pregunta terminó de descolocarla.

La niña guardó silencio. En ese momento ya no sabía quién era realmente, y los extraños acontecimientos parecían darle la razón al conejito. Finalmente asintió con timidez y decidió acompañarlo.

Alicia y el Sr. Martínez caminaban tomados de la mano como si se conocieran de toda la vida. La niña había aceptado aquella nueva situación con una naturalidad impropia de alguien que acababa de descubrir que quizá ni siquiera era quien creía ser. Procuraba colaborar en todo y seguía al conejito blanco con una confianza cada vez más ciega.

Sin embargo, al aproximarse a los dominios de la verdadera Alicia, el falso conejo se detuvo de golpe.

No había nadie en los alrededores.

Ni una sola persona.

Ni siquiera el rastro de vida que suele quedar en los lugares olvidados.

La única vivienda visible era aquella casa solitaria que se alzaba a lo lejos, completamente aislada del mundo, como si hasta la realidad hubiese decidido apartarse de ella. La calzada por la que avanzaban estaba sucia y agrietada. Entre las rendijas del pavimento brotaban matas de hierbajos resecos que parecían alimentarse de la propia tristeza del lugar. Los árboles alineados a ambos lados del camino estaban muertos; sus ramas desnudas se extendían hacia el cielo gris formando hileras de esqueletos retorcidos por años de abandono. El suelo aparecía desnudo, agrietado aquí y allá por profundas fisuras irregulares, como si la tierra hubiese terminado cansándose de sostener aquel sitio maldito.

Toda la finca parecía cubierta por una capa de sombras permanentes.

Incluso el aire resultaba extraño.

Pesado.

Difícil de respirar.

Cuando llegaron a la altura de la vivienda, al Sr. Martínez le invadió una tristeza tan profunda que por un instante sintió cómo el pecho se le cerraba. Una angustia sofocante le atenazó la garganta hasta casi impedirle respirar. El ambiente estaba tan cargado de desolación que hasta la propia Alicia comenzaba a perder por momentos aquel carácter juvenil e inocente que la acompañaba constantemente.

El demente recordó entonces las palabras de la Soberbia.

Aquello no era más que otra trampa.

Hizo de tripas corazón y soportó como pudo aquella opresión que parecía querer aplastarle el alma.

—Conejito… ¿quién puede vivir en un sitio como este? —preguntó la niña con voz lastimera.

El Sr. Martínez no respondió. Se limitó a seguir adelante intentando no sucumbir a la atmósfera enfermiza de frío, silencio y cielo gris que envolvía el lugar, un paisaje tan deprimente que convertía cualquier mal recuerdo de su vida en un día soleado comparado con aquello.

La casa era todavía peor vista de cerca.

Sucia.

Desvencijada.

Moribunda.

Los viejos árboles que la rodeaban acentuaban aún más su aspecto de abandono. En el tejado, numerosas tejas rotas dejaban paso libre a las inclemencias del tiempo, como si la vivienda llevase años resignada a pudrirse lentamente bajo la lluvia y el viento. La pintura de las paredes, puertas y ventanas se desprendía en largas tiras ondulantes que el aire agitaba suavemente, formando una especie de lenguas reseca que parecían burlarse de la extraña pareja. Las fisuras recorrían las paredes igual que venas hinchadas sobre la piel de un anciano moribundo, amenazando constantemente con hacer estallar la estructura entera.

Junto a la casa se amontonaban varios contenedores rebosantes de basura.

El hedor era insoportable.

Una mezcla de podredumbre, humedad y desperdicios fermentados que obligaba a respirar con cautela para no vomitar. Las ratas, ajenas a toda miseria, correteaban felices entre la inmundicia como si aquel lugar fuese un auténtico paraíso para ellas. La vieja valla que delimitaba lo que antaño debió de ser una bonita parcela se balanceaba lentamente al capricho del viento, retorciéndose de tal forma que daba la impresión de ser una gigantesca serpiente rodeando la propiedad.

El Sr. Martínez y la niña procuraron no pensar demasiado y caminaron directamente hacia el portón de entrada. La vieja puerta de madera estaba carcomida por la humedad y los años. La cubierta acristalada del porche aparecía destrozada; los vidrios rotos se encontraban esparcidos por todas partes como si una pequeña batalla hubiese tenido lugar allí tiempo atrás. A cada paso, el demente sentía cómo la atmósfera opresiva del lugar volvía a caer sobre él igual que una losa invisible. Otra vez aquella pesadez. Otra vez aquella tristeza enfermiza intentando colarse en su interior. Luchó contra ella como pudo, aunque empezaba a notar que sus fuerzas disminuían peligrosamente.

Rebuscó dentro de sí mismo algún resto de energía.

Algún pequeño rescoldo de voluntad.

Y, aunque muy en el fondo, terminó encontrándolo.

Llamó a la puerta.

El gesto parecía absurdo teniendo en cuenta el estado de la vivienda, pero no quería asustar a la niña comportándose como un salvaje.

Nadie respondió.

—Puede que no haya nadie… —dijo Alicia con la esperanza evidente de que aquello fuese cierto.

—Lo dudo —contestó el conejito mientras observaba alrededor—. La tristeza y la decadencia de este lugar me dicen justamente lo contrario.

Permanecieron unos instantes esperando.

Silencio.

Nada más que silencio.

Finalmente, algo decepcionado, el Sr. Martínez empujó la puerta. Debido a que estaba desencajada, ofreció una resistencia áspera y desagradable antes de abrirse lentamente con un gemido de madera podrida.

El interior presentaba el mismo aspecto miserable que el exterior.

Quizá peor.

La temperatura allí dentro era mucho más baja que fuera. Tanto la niña como el demente sintieron de inmediato un frío húmedo y desagradable, semejante al de una cruel mañana de invierno. El aire olía a encierro, polvo mojado y podredumbre vieja. El Sr. Martínez apretó los dientes y avanzó decidido, prometiéndose a sí mismo que, pasara lo que pasara, pensaba llegar hasta el final.

Entraron en un enorme salón.

Incluso entre tanta ruina podía adivinarse que aquella casa había sido hermosa tiempo atrás. Las paredes conservaban restos de un elegante revestimiento de madera noble. Los muebles de caoba, ahora deteriorados y cubiertos de suciedad, todavía conservaban vestigios de una antigua dignidad. Una gran puerta corredera comunicaba el salón con la parte trasera de la vivienda y el jardín, aunque los cristales estaban tan cubiertos de mugre que apenas dejaban distinguir el exterior.

Todo se encontraba en un estado lamentable.

Las persianas permanecían a medio bajar, permitiendo que unos débiles haces de luz gris atravesaran la estancia como si fueran jirones enfermizos de claridad. En el suelo descansaba lo que antaño debió de ser una elegante alfombra, ahora reducida a pedazos deshilachados y cubiertos de manchas marrones tan sospechosas que era mejor no pensar demasiado en su origen. El sillón situado junto a la ventana estaba completamente descolorido, y los muelles sobresalían del tapizado igual que dedos metálicos emergiendo de unas entrañas destripadas.

Y, sin embargo, entre tanta decadencia había un piano.

Alicia, movida por la curiosidad infantil, corrió hacia él y comenzó a golpear las teclas sin ninguna delicadeza. Las notas que brotaron del instrumento resultaron espantosas: sonidos deformes, desafinados y chirriantes que parecían los lamentos agónicos de la propia casa.

El Sr. Martínez sintió un escalofrío de auténtico asco.

—¡¡Para!! —ordenó con brusquedad.

La niña protestó de inmediato, molesta por la interrupción, pero el demente reunió toda la energía que todavía le quedaba y consiguió imponerse. Finalmente, Alicia dejó de aporrear el piano, aunque a regañadientes.

El silencio regresó.

Un silencio todavía más desagradable que aquellas horribles notas.

No parecía haber nadie allí dentro.

O al menos eso aparentaba.

Pero aquello no amedrentó al Sr. Martínez.

Tomó aire y llamó a Alicia a pleno pulmón.

No obtuvo respuesta.

Lo intentó de nuevo ante el desconcierto de la falsa Alicia.

Otra vez, únicamente silencio.

El Sr. Martínez decidió que había llegado el momento de registrar la casa habitación por habitación. Avanzaron lentamente por el interior mientras cada nue-

va estancia repetía el mismo patrón de abandono, suciedad y decadencia. Todo parecía detenido en una lenta agonía que llevaba años desarrollándose entre aquellas paredes.

Finalmente llegaron a una pequeña salita.

En uno de los extremos había un modesto hogar donde ardían un par de leños consumidos. Las débiles llamas luchaban desesperadamente por mantenerse vivas dentro de aquella atmósfera cargada y casi sin oxígeno. Su apagado resplandor rojizo apenas conseguía elevar unos grados la temperatura, dejando que el frío siguiera reinando junto al silencio.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías antiguas.

El Sr. Martínez las observó apenas unos segundos antes de sentir un profundo rechazo.

En ellas aparecían niñas escasamente vestidas posando de formas extrañas junto a un hombre extremadamente delgado, vestido con ropa anticuada perteneciente a otra época. Sin embargo, lo más inquietante no eran las imágenes en sí, sino el hecho de que todos los rostros aparecían deformados, arañados o emborronados, como si alguien hubiese intentado destruir deliberadamente las caras de los retratados.

El demente apartó inmediatamente la mirada.

Estaba loco, sí.

Pero incluso dentro de su trastornada cabeza existían ciertos límites relacionados con la decencia, y aquello le producía una repulsión difícil de soportar.

Alicia, sin embargo, permaneció observando las fotografías con curiosidad infantil. No terminaba de comprender cómo aquellas niñas podían sentirse bonitas sin llevar sus preciadas prendas elegantes. Durante unos instantes intentó formular preguntas, pero al comprobar que el conejito evitaba siquiera mirar las imágenes, desistió prudentemente de su curiosidad y decidió guardar sus dudas para una ocasión mejor.

El Sr. Martínez abandonó la salita sin decir una palabra y continuó hasta la cocina.

El espectáculo que encontró allí era todavía peor.

La estancia parecía llevar décadas pudriéndose lentamente.

Los fogones apagados estaban cubiertos de viejas cacerolas llenas de agua ennegrecida donde flotaban trozos irreconocibles de carne putrefacta. El fregadero rebosaba de cubiertos, platos y ollas sucias apelmazadas unas sobre otras hasta formar una montaña grasienta y pestilente. Las ventanas permanecían desencajadas y cubiertas de mugre, dejando pasar apenas una claridad enfermiza. El suelo de azulejos descoloridos estaba parcialmente levantado, formando irregularidades que daban la impresión de que un pequeño terremoto hubiese sacudido la cocina tiempo atrás.

La puerta del horno permanecía abierta.

Sus entrañas negras estaban cubiertas de restos carbonizados de antiguas comidas imposibles de identificar.

En uno de los rincones descansaba una vieja fresquera de madera recubierta con una gastada malla verde destinada originalmente a impedir la entrada de insectos. Pero aquella protección hacía mucho tiempo que había dejado de servir para nada. La tela estaba perforada por numerosos agujeros por donde entraban libremente moscas y otros bichos que revoloteaban felices sobre los alimentos podridos del interior.

Quesos descompuestos.

Embutidos cubiertos de moho.

Restos irreconocibles de comida licuada por el paso del tiempo.

Las larvas se agitaban entre las viandas mientras los insectos aprovechaban para depositar nuevos huevos sobre aquella grotesca despensa.

El hedor era insoportable.

Una pestilencia tan intensa y nauseabunda que parecía capaz de adherirse a la garganta y al estómago. Incluso el mismísimo azufre del infierno habría tenido dificultades para competir con semejante olor a podredumbre.

CAPÍTULO XVIII

El Sr. Martínez se concentró en impedir que la decadencia de la casa terminara afectándole. Subió las escaleras con cautela y se adentró en el piso superior, aferrándose a la esperanza de encontrar allí a la niña. Fue entrando una por una en todas las habitaciones, pero el abandono era exactamente el mismo que en la planta inferior. El polvo cubría los muebles como un sudario grisáceo, la humedad ennegrecía las paredes y el aire viciado parecía adherirse a la piel, impregnándolo todo de una sensación descorazonadora e inquietante. A cada paso aumentaba la impresión de que aquella casa no estaba vacía, sino enferma, como si respirara lentamente alrededor de ellos. Aun así, el demente se negó a rendirse. Con la esperanza resistiéndose todavía a morir en su interior, decidió bajar al sótano.

Allí estaba la niña.

Sus ropas delataban un completo abandono de su higiene personal. La tela, sucia y ajada, colgaba sobre su pequeño cuerpo como si llevara semanas sin quitársela. Su piel presentaba una palidez enfermiza y reseca, y su cabello, enmarañado y grasiento, evidenciaba una urgente necesidad de cuidado. Alicia permanecía inmóvil en medio de aquella penumbra miserable, sosteniendo algo entre las manos, que mantenía unidas en forma de cuenco. La postura resultaba tan patética como perturbadora, despertando de inmediato la curiosidad del Sr. Martínez. Se acercó lentamente, intentando comprender qué protegía con tanto celo la niña, hasta que por fin pudo verlo.

Un puñado de negras cucarachas se retorcía desesperadamente entre sus dedos, intentando escapar inútilmente de aquella prisión de carne. Alicia se llevó las manos a la boca y comenzó a devorarlas con un deleite espantoso. Los chasquidos húmedos de los insectos al reventar entre sus dientes resonaron por el sótano con una claridad insoportable, mientras pequeñas salpicaduras de entrañas oscuras escapaban de entre sus labios. El Sr. Martínez sintió cómo el asco le revolvía el estómago, aunque, al mismo tiempo, una profunda lástima le oprimía el pecho al contemplar la escena. Las pobres criaturas ni siquiera tenían posibilidad de huir del voraz apetito de la niña.

—¿Qué clase de castigo es este, donde una niña angelical tiene que vivir entre la podredumbre y alimentarse de algo que haría vomitar hasta a una cabra? —gritó al infinito, aun sabiendo que nadie, salvo su propia mente, podía escucharlo.

Entonces recordó las palabras de la Soberbia. Nadie había impuesto aquel castigo. No existía verdugo alguno condenándola; era el propio infierno de Alicia el que la había arrastrado hasta aquel lugar. Comprendió que su ira no servía de nada, salvo para consumir inútilmente sus fuerzas. Solo podía ayudarla a entender, hacerla recordar quién era realmente y convencerla de regresar a su estado natural, a ese lugar al que pertenecía y que no era otro que el cuento. Por eso había descendido hasta allí. Y recordarlo le permitió no quedar atrapado también en aquel mundo de miseria y desesperación. Había llegado al infierno de la niña; ahora debía encontrar la manera de sacarla de él.

La falsa Alicia se asustó al verse reflejada en aquella desastrosa reproducción de sí misma. Aunque, en el fondo, una idea mucho más inquietante comenzó a abrirse paso lentamente en su cabeza: ¿y si la copia era ella? La confusión la golpeó con fuerza, pero decidió guardársela para sí misma. No entendía nada y, por primera vez desde que había aparecido en aquel mundo imposible, empezó a sospechar que quizá ni siquiera sabía quién era realmente.

Los dos quedaron sorprendidos al descubrir que Micha, la gata negra de Alicia, permanecía junto a la niña.

—Un lugar bastante raro para una gata —recalcó el demente, incapaz de ocultar su desconcierto.

—¡Pero si es mi gata! —protestó la falsa Alicia.

La niña se iluminó de felicidad al reconocer a su querida mascota y avanzó hacia ella con los brazos ligeramente abiertos, llamándola con cariño. Sin embargo, Micha respondió con un sonoro bufido, arqueando el lomo y mostrando las uñas de inmediato. El mensaje quedó dolorosamente claro: aquella no era su dueña. La falsa Alicia se detuvo en seco, herida y desconcertada. Tras hacer una mueca de profundo desagrado, retrocedió lentamente hasta refugiarse de nuevo junto al Sr. Martínez.

Alicia se giró al advertir finalmente su presencia. Micha reaccionó al instante, colocándose delante de ella en actitud defensiva, dispuesta a protegerla.

—No, Micha, estate quieta —ordenó Alicia con firmeza.

El demente sintió un enorme alivio al encontrar por fin a la niña y avanzó un paso hacia ella, pero la falsa Alicia se escondió rápidamente detrás de él, utilizando su cuerpo como parapeto frente a aquella desconocida mascota que, hasta hacía apenas unos instantes, creía suya.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Alicia con un tono dominante y desconfiado.

Aquellas palabras golpearon al Sr. Martínez con una dureza inesperada. La decepción le atravesó el ánimo al instante. La niña lo miraba como si jamás lo hubiera visto, como si fuera un extraño que hubiese irrumpido en su refugio. Micha continuaba en guardia; su lomo erizado y el rabo inflado hacían que el pequeño felino pareciera mucho más grande y amenazador de lo que realmente era.

—Le saltará encima si se acerca más —advirtió Alicia.

Aunque intentaba sonar intimidante, el miedo oculto tras su brusquedad resultaba demasiado evidente. Aquello terminó de hundir el ánimo del demente, que quedó paralizado por la incertidumbre. No sabía qué hacer. Él sí la reconocía perfectamente… pero ella no. La duda comenzó a abrirse paso en su mente de forma aterradora. ¿Y si no estaban compartiendo la misma realidad? ¿Y si cada uno veía algo completamente distinto? El Sr. Martínez sintió auténtico pánico ante aquella posibilidad. Tal vez su aspecto fuese diferente allí dentro. Tal vez Alicia no estuviera viendo ni al mismo hombre ni a la misma niña que él veía. Ni siquiera la falsa Alicia parecía comprender ya quién era realmente; seguía observando alternativamente a la niña y a la gata con una mezcla de fascinación y espanto.

La escena terminó adquiriendo el aire absurdo y tenso de aquellas situaciones en las que nadie sabe qué decir y todos esperan a que otro dé el primer paso. Alicia y Micha los observaban sin apartar la mirada. El Sr. Martínez y la falsa Alicia permanecían inmóviles, mudos, rígidos como dos estatuas atrapadas en medio de aquella penumbra miserable. La gata había dejado de gruñir, pero continuaba manteniendo una prudente distancia de seguridad, vigilándolos con unos ojos brillantes cargados de desconfianza.

El Sr. Martínez divagaba consigo mismo, intentando encontrar la mejor manera de presentarse sin meter la pata. En aquellos lugares, el tiempo parecía seguir unas pautas completamente distintas a las del mundo real. A veces transcurría con la lentitud agónica de una cámara lenta y, otras, daba la sensación contraria, como si los pensamientos se atropellaran unos a otros antes siquiera de haber terminado de formarse. El demente permanecía atrapado en aquellas cavilaciones absurdas cuando, de pronto, una pequeña lucecita pareció encenderse en algún rincón perdido de su estrecha mente.

—Soy nuevo en este barrio —dijo de golpe, casi como un autómata.

Nada más pronunciarlo comprendió lo ridículo que había sonado. Parecía un adolescente nervioso intentando iniciar conversación con la muchacha más guapa de la calle.

—Sí, ¿a qué casa se ha mudado usted? —preguntó la niña con aparente naturalidad.

—Somos vecinos, pequeña… —respondió el demente, aunque ni él mismo estaba seguro de hacia dónde pretendía conducir aquella conversación.

—¿A la del Sr. Carroll? —preguntó Alicia con la seguridad de quien considera imposible cualquier otra opción.

—Sí, esa misma. Me acabo de mudar —contestó rápidamente, agradeciendo en silencio el salvavidas que la propia niña acababa de lanzarle sin darse cuenta.

—Qué raro… No sabía que estaba a la venta —comentó ella, observándolo ahora con cierta desconfianza.

—Perdón, no está a la venta. Me la han alquilado por una temporada —rectificó el Sr. Martínez, esperando que la mentira resultara lo bastante convincente para que mordiera el anzuelo.

—Ha hecho usted bien. Aquí se vive muy tranquilo —respondió finalmente la niña.

Aquellas palabras relajaron un poco al demente. La conversación comenzaba a adquirir el tono trivial de dos vecinos charlando por primera vez, y el semblante desconfiado de Alicia empezaba poco a poco a suavizarse.

—Precisamente por eso me he mudado —continuó el Sr. Martínez, ya bastante más sereno—. Buscaba tranquilidad para escribir mi nueva novela.

—¡Qué bien! Otro escritor en el barrio —exclamó la niña, mostrando por primera vez un leve entusiasmo—. Bienvenido, Sr…

Dejó la frase suspendida durante unos segundos, esperando educadamente a que completara su nombre.

—Sr. Martínez, querida niña —respondió él con cierta petulancia, como si pronunciara el nombre de un autor célebre.

A Alicia aquel nombre no le dijo absolutamente nada. Para ella no era más que un supuesto amigo escritor del Sr. Carroll.

Entonces dirigió la mirada hacia la falsa Alicia, observándola con creciente curiosidad.

—¿Y esta niña que le acompaña, Sr. Martínez? —preguntó, aunque en su tono comenzaba a asomar cierta irritación difícil de disimular.

—¡Ah…! Casi me había olvidado. Permíteme presentarte a Alicia —exclamó el demente.

La niña y la gata se acercaron inmediatamente a la falsa Alicia, que permanecía refugiada detrás del Sr. Martínez. Micha empezó a rodearla lentamente, olisqueándola con cautela, mientras la verdadera Alicia la observaba de arriba abajo con una intensidad incómoda, como si intentara descubrir algo oculto bajo su apariencia. Aquel examen silencioso se prolongó durante varios segundos. Sin embargo, ni el olfato de la gata ni la mirada inquisitiva de la niña parecieron despertar sospecha alguna sobre la verdadera identidad de la impostora.

—¿Es su hija, señor? —preguntó finalmente Alicia con absoluta inocencia.

El Sr. Martínez estuvo tentado de responderle que aquella niña era en realidad otra versión de sí misma, una parte perdida de su propio ser. Pero abandonó la idea casi al instante. Si Alicia no era capaz de reconocerlo a él, ni siquiera de reconocerse a sí misma, ¿cómo iba a ayudarla revelándole una verdad tan imposible?

—Por supuesto que es mi hija —respondió tajantemente, cortando de raíz cualquier posibilidad de que el interrogatorio continuara por aquel peligroso camino.

Después de comprobar que Alicia vivía completamente sumida en su propio y peculiar mundo, el Sr. Martínez sintió aquello como una bofetada en plena cara. La misión comenzó a parecerle cada vez más imposible de llevar a cabo. ¿Cuántas veces tendría que luchar todavía contra aquel abatimiento que le robaba las fuerzas? La pregunta empezó a repetirse una y otra vez dentro de su cabeza. Poco a poco, el desánimo y la desesperanza iban adueñándose del demente, desgastándolo desde dentro con una lentitud insoportable. Sin embargo, recordó entonces las palabras de la Soberbia, aconsejándole que se opusiera con todas sus fuerzas a dejarse arrastrar por aquella oscuridad. Aquel recuerdo, al menos de momento, consiguió apartarlo de las garras de la desmoralización.

—Íbamos dando un paseo por el barrio y pensamos que podríamos pasar a saludar… y aquí estamos —argumentó el Sr. Martínez con una naturalidad casi convincente.

Al ver que Alicia seguía escuchándolo con atención, decidió continuar alimentando aquella improvisada comedia.

—No sé si pecaré de insolente y, si así fuera, le ruego que me perdone, pero no puedo resistirme a preguntárselo… —añadió con suma delicadeza, temiendo espantarla con una sola palabra equivocada.

—Usted dirá, señor mío. ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme? —respondió la niña, claramente mordida por la curiosidad.

—Me ha dado la impresión de que, al vernos, nos ha reconocido de alguna manera —dijo el demente con cautela—. ¿Nos parecemos quizá a alguien que usted conozca?

El Sr. Martínez pensó que, llegado aquel punto, ya no tenía nada que perder y decidió poner toda la carne en el asador. Sin embargo, la respuesta de Alicia consiguió descolocarlo más de lo esperado.

—Ahora que lo dice… usted se parece un poco a alguien que pertenece a un pasado muy lejano —contestó lentamente.

Después dirigió la mirada hacia la falsa Alicia.

—Y esta niña… tiene cosas que me ponen muy nerviosa.

Al demente se le erizó el vello de todo el cuerpo. Durante un instante sintió cómo una pequeña chispa de esperanza volvía a encenderse en su interior. ¿Era posible que aquella niña recordara algo? ¿Aunque solo fueran fragmentos enterrados en algún rincón olvidado de su mente?

—¿De veras? —preguntó incapaz de ocultar la ilusión en su voz.

—Sí… —afirmó Alicia con un leve titubeo, como si ni siquiera ella comprendiera del todo lo que estaba sintiendo.

—Entonces… dígame, ¿qué es lo que le pone nerviosa de esta niña? —preguntó el Sr. Martínez señalando cuidadosamente a la falsa Alicia.

La estancia volvió a quedar en silencio. Micha observó alternativamente a ambas niñas mientras movía lentamente la cola de un lado a otro, inquieta, co-

mo si incluso el animal pudiera percibir que algo imposible y perturbador estaba a punto de salir a la superficie.

Una alarma se encendió en la mente del Sr. Martínez. Nada más escuchar la pregunta, Alicia retrocedió lentamente un par de pasos y arrugó la frente con desconfianza. No hizo falta que pronunciara respuesta alguna; su reacción hablaba por sí sola. Micha también se puso inmediatamente en guardia, erizando el lomo y clavando la mirada en el demente.

—Y esa persona a la que usted dice que me parezco… ¿no se llamará, por casualidad, Sr. Martínez? —preguntó él, dejando caer el nombre con aparente naturalidad.

La expresión de Alicia se endureció de inmediato. El ambiente, ya de por sí incómodo, se volvió todavía más tenso. La niña seguía sin reconocerlo realmente y, cuanto más lo observaba, más parecía dudar de quién tenía delante.

—Si usted es quien dice ser… entonces está muerto —afirmó tajantemente.

Aquellas palabras golpearon al demente como una losa. Sintió cómo algo dentro de él comenzaba a desmoronarse poco a poco. ¿Era imposible que pudiera reconocerlo porque, para ella, él pertenecía al mundo de los muertos? La idea empezó a girar dentro de su cabeza como una espiral enfermiza, llenándolo de cavilaciones cada vez más perturbadoras. Durante unos instantes quedó completamente tocado, incapaz de reaccionar. Sin embargo, terminó armándose de valor y decidió afrontar la situación de frente.

—¿Cómo fue? —preguntó de improviso.

Ni él mismo sabía por qué había formulado aquella pregunta. No existía plan alguno detrás de sus palabras; simplemente había surgido de la desesperada necesidad de escapar del atolladero en el que él solo se había metido.

Pasaron unos segundos angustiosos. Alicia permaneció en silencio, observándolo fijamente, hasta que finalmente respondió:

—Murió asesinado.

—¿Y eso? —preguntó el Sr. Martínez, incapaz de contener la curiosidad ante el relato de su propia supuesta muerte.

—Tuvo una muerte horrible… —contestó la niña con una pena tan fingida que resultaba casi ofensiva.

El demente decidió no seguir profundizando en aquel asunto. Él estaba vivo, o al menos eso quería creer, pero si continuarle el juego servía para acercarse a Alicia y ganarse su confianza, estaba dispuesto a seguir interpretando aquel absurdo papel. Decidió entonces regresar cuidadosamente al punto inicial de la conversación.

—En definitiva… ¿me parezco mucho a él? —preguntó intentando desviar la atención de la niña y hacer que olvidara su propia afirmación.

—La verdad… ahora que lo miro con más detenimiento, no demasiado —respondió Alicia con una indiferencia cargada de dejadez, como si el asunto hubiese dejado de interesarle por completo.

A pesar del golpe emocional, el Sr. Martínez sintió cierto alivio. Al menos había conseguido cambiar el rumbo de la conversación y conducirla nuevamente hacia un terreno que podía controlar mejor.

Desvió entonces la mirada hacia el jardín que rodeaba la casa. Los árboles aparecían muertos, retorcidos como esqueletos ennegrecidos, y la vegetación que aún sobrevivía estaba cubierta por un tono grisáceo, sombrío y enfermizo que impregnaba todo el paisaje de una tristeza insoportable.

—¿Qué le ha pasado al entorno? —preguntó finalmente.

Alicia recorrió los alrededores con la mirada antes de responder. Luego alzó lentamente las manos, mostrando el paisaje desolado que la rodeaba.

—Todo se seca aquí… Nunca llueve —dijo con amargura—. No puedo hacer nada para remediarlo. Por mucho que busco agua, jamás consigo encontrarla.

Después señaló un enorme agujero abierto en el suelo.

—Ese pozo lo he cavado yo sola, con mis propias manos.

Extendió entonces los dedos hacia el demente. Tenía las uñas completamente arrancadas y la piel llena de heridas abiertas y costras recientes.

—¡¡Y nunca encuentro agua!! —gritó desesperada.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, aunque apenas tardaron unos segundos en transformarse nuevamente en rabia.

—¡¡Limpio, arranco los hierbajos, intento arreglarlo todo… pero al momento vuelve a crecer y tengo que empezar otra vez!! —sollozó fuera de sí—. ¡¡Es

desesperante!! ¡¡Pero hay una fuerza superior a mí que me obliga a hacerlo una y otra vez!!

El Sr. Martínez permaneció inmóvil observándola. Por primera vez desde que había llegado a aquel lugar, empezó a comprender que el verdadero infierno de Alicia no era la podredumbre que la rodeaba, sino la condena interminable de luchar inútilmente contra ella.

Todo aquello le dejó claro al Sr. Martínez que lo tenía muy difícil con aquella niña que todavía creía seguir viva. Precisamente ese había sido siempre su mayor temor. Su propósito era tan arduo como necesario: convencerla de que, al renunciar a ser la protagonista del cuento, se había condenado a sí misma; que, de alguna manera, había cometido un suicidio espiritual del que ahora ni siquiera era consciente. Solo si lograba hacerle comprender que estaba muerta podría despertar de aquel engaño y regresar al lugar que realmente le correspondía.

Intentando solidarizarse de algún modo con su desgracia, el demente decidió continuar la conversación por otro camino.

—Mi pozo sí tiene agua —comentó aparentemente despreocupado.

Alicia alzó la vista hacia él con irritación.

—¿Cómo es eso? —preguntó con evidente malestar.

—¿Y por qué no iba a tenerla? —respondió el Sr. Martínez, como si resultara de lo más normal disponer de agua en aquella clase de lugar.

—¿También tiene usted calefacción? —preguntó entonces la niña, con un tono en el que comenzaba a mezclarse la incredulidad con cierta envidia amarga.

—Por supuesto que sí. La casa del Sr. Carroll dispone de todas las comodidades —contestó tajantemente el demente.

Alicia bajó ligeramente la mirada.

—Pues tiene usted mucha suerte… En mi casa nada funciona —se quejó con resignación.

—No lo entiendo —continuó el Sr. Martínez, insistiendo deliberadamente en la extrañeza de la situación—. ¿Cómo es posible que mi casa esté en el mismo barrio que la suya y, aun así, usted carezca de todos los servicios?

La niña permaneció pensativa durante unos segundos. El demente la observó atentamente, esperando encontrar en su rostro alguna señal de comprensión, algún indicio de que comenzara a sospechar que algo en todo aquello no tenía sentido. Sin embargo, Alicia terminó encogiéndose de hombros.

—Será que mi casa es muy antigua… —respondió sin demasiada convicción.

—No tiene por qué ser ese el problema —replicó el Sr. Martínez.

—Entonces dígame usted cuál es —preguntó la niña con una malicia inesperada, como si quisiera ponerlo a prueba.

El demente la contempló en silencio. Sentía cómo la frustración iba creciendo lentamente en su interior. Durante un instante estuvo tentado de decirle toda la verdad: quién era realmente, por qué había ido hasta allí y cuál era el auténtico motivo de su visita. Pero una vocecilla en el fondo de su mente le advirtió que aquel no era el camino. No podía obligarla a despertar; tenía que conseguir que ella misma comenzara a cuestionar su realidad.

Mientras pensaba desesperadamente en otra forma de acercarse a ella, se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no viene usted a mi casa? Podría asearse, comer algo caliente y entrar un poco en calor —propuso con amabilidad.

La reacción de Alicia fue inmediata.

—Se lo agradezco… pero no puedo —respondió asustada.

—¿Por qué?

—No… es que… yo no salgo —titubeó la pequeña.

—¿Y por qué no sale? —insistió el Sr. Martínez con suavidad.

—No salgo… —repitió escondiéndose el rostro entre las manos, como si la simple idea le produjera vergüenza o terror.

El demente sintió una profunda lástima por ella. Sin pensárselo demasiado, dio un paso hacia delante con intención de consolarla. Micha reaccionó al instante, colocándose entre ambos mientras gruñía amenazadora, advirtiéndole de un posible ataque si se acercaba más. El Sr. Martínez vaciló. Durante un absurdo instante se sorprendió preguntándose qué daño real podría causarle aquel

animal. ¿Le dolería una herida en aquel lugar? ¿Llegaría siquiera a sangrar? La duda fue suficiente para hacerlo desistir. Prefirió mantenerse a distancia.

—Mi jardín tiene un aspecto espantoso… —murmuró entonces Alicia con desánimo.

En aquellas palabras el demente percibió toda la frialdad y la desolación de alguien obligado a vivir rodeado de podredumbre sin poder hacer nada para remediarlo.

—Era mi lugar favorito… —terminó confesando con una tristeza devastadora.

—Aun así, sigo insistiendo, señorita. En mi casa todo funciona —dijo el Sr. Martínez intentando ofrecerle, aunque solo fuera por unos instantes, la posibilidad de imaginar otro lugar distinto.

—Ya se lo he dicho, señor mío… Tiene usted mucha suerte —respondió Alicia melancólicamente.

Y aquella melancolía resultó mucho más dolorosa que cualquiera de sus gritos.

Alicia permaneció inmóvil, contemplando fijamente su añorado jardín muerto. Micha seguía junto a ella, sentada como un fiel guardaespaldas, vigilando cualquier posible amenaza que pudiera acercarse a su dueña. El Sr. Martínez comenzaba a sentir que, cuanto más tiempo pasaba allí, menos posibilidades tenía de convencerla. La niña parecía hundirse cada vez más en aquella realidad enferma, aferrándose a ella como quien se aferra a lo único que le queda. Comprendió entonces que ya no podía seguir avanzando con cautela. Debía intentarlo de una vez por todas. Era ahora o nunca.

Tomó aire, se dio valor a sí mismo y lanzó el último asalto.

—¿Y tus padres saben que estás aquí? —preguntó de golpe, sin importarle ya ni las amenazas de Micha ni la indiferencia de Alicia.

La pequeña reaccionó primero con sorpresa. Después se volvió lentamente hacia él y contestó con una frialdad que le heló la sangre.

—Yo no tengo padres.

Aquella respuesta, lejos de detenerlo, le dio fuerzas para continuar hurgando en la herida.

—Si no tienes padres… entonces ¿de dónde has salido? ¿De la nada? —insistió el demente.

La niña se enfadó inmediatamente. Apartó la cara mientras comenzaban a formarse pequeños pucheros de rabia y angustia. El Sr. Martínez comprendió que algo empezaba a resquebrajarse dentro de ella y decidió no desaprovechar la oportunidad.

—Dime una cosa… ¿cómo me llamo yo? ¿Y cómo se llama la niña que me acompaña? Vamos, contesta.

Alicia volvió a quedarse bloqueada. Sus ojos vacilaron durante unos segundos, perdidos en una confusión cada vez más evidente. Algo en su mirada le hizo comprender al demente que el final estaba cerca. La niña ya no conseguía sostener su propia mentira con la misma seguridad.

De pronto, renunció a seguir enfrentándose a aquellas dudas y huyó como alma que lleva el diablo hacia la casa. Entró corriendo y cerró la puerta de un violento portazo que terminó de hacer añicos los pocos cristales que aún permanecían adheridos al marco.

El Sr. Martínez no se echó atrás. La siguió inmediatamente y entró tras ella en la vivienda.

Allí la encontró, acurrucada sobre el destartalado sofá, abrazando a Micha con desesperación. La gata, atrapada entre sus brazos, gruñía y bufaba sin descanso, advirtiendo a cualquiera que se acercara del peligro que supondría tocar a su dueña.

Fue entonces cuando el demente reparó en las fotografías que prácticamente empapelaban las paredes de la estancia. Todas estaban cubiertas de polvo y humedad, pero una de ellas llamó especialmente su atención. La arrancó de la pared. En ella aparecía claramente retratado el Sr. Carroll.

Sujetando el marco con firmeza, avanzó decidido hacia Alicia. Ignoró por completo las amenazas de Micha y, colocándole la fotografía delante del rostro, gritó:

—¡¡¿Quién es este señor?!! ¡¡Dímelo!!

—¡¡Noooooooo…!! ¡¡No quiero…!! —gritó la niña horrorizada, encogiéndose sobre sí misma.

El Sr. Martínez, completamente desesperado, extendió entonces los brazos señalando toda aquella podredumbre que los rodeaba.

—¡¡Mira este lugar!! —exclamó con grandilocuencia—. ¡¡¿De verdad quieres quedarte aquí para siempre?!!

Sin darle tiempo siquiera a responder, continuó hablando atropelladamente, como si temiera perder aquella última oportunidad.

—¡¡Te llamas Alicia!! ¡¡Y esa niña eres tú!! ¡¡El Sr. Carroll fue quien te creó, y yo soy el escritor al que acudiste para reescribir lo que tú llamas tu novela!! ¡¡¿Lo comprendes?!!

La estancia pareció quedar suspendida en un silencio enfermizo después de aquellas palabras. Incluso Micha dejó de bufar durante un instante, como si el propio mundo hubiese contenido la respiración esperando la reacción de la niña.

El cuerpo etéreo de la falsa Alicia era poco más que una cáscara vacía, una existencia nacida de la desesperación y del castigo que la propia Alicia se había impuesto a sí misma. Al encerrarse voluntariamente en su particular infierno, había rechazado todo aquello que alguna vez representó la belleza y la maravilla dentro de la imaginación del Sr. Carroll. Sobre aquella pobre réplica pesaba una perpetua negatividad, una condena silenciosa donde jamás volvería a existir la luz y en la que únicamente las sombras tendrían cabida.

Mientras la verdadera Alicia meditaba las palabras del demente, su doble comenzó lentamente a desintegrarse. Primero fueron pequeñas partículas luminosas desprendiéndose de su piel; después, partes enteras de su cuerpo empezaron a difuminarse como humo arrastrado por el viento. El Sr. Martínez contempló la escena con una tristeza inesperada incluso para él mismo. En un gesto poco habitual en su carácter, despidió apenado a aquella carcasa vacía que desaparecía sin haber llegado jamás a comprender el motivo de su nacimiento ni el porqué de su muerte.

Alicia observó horrorizada cómo su doble se extinguía y, con voz quebradiza, comenzó finalmente a exponer la desgracia que llevaba demasiado tiempo ocultando.

—No consigo distinguir nada… Ningún ruido ni sonido alcanza a distraerme. Mi mente siempre va por delante de mí y nunca logro alcanzarla. Todo supera mi entendimiento. Me desespero porque no consigo comprender lo que me rodea. Yo no he perdido mis facultades, pero aquí todo es difuso, como si las cosas se alejaran constantemente de mi comprensión. Tengo la sospecha de que

alguien me engaña. Lo poco que veo… ni siquiera estoy segura de entenderlo. Hay algo que se me escapa, pero no sé qué es… —La niña levantó lentamente la mirada—. ¿Estaré soñando?

—¿Y cómo sabes que es un sueño? —preguntó el demente.

—Porque veo y siento cosas.

—No es un sueño —respondió él tajantemente.

—¿Cómo lo sabe?

—Los personajes de ficción no sueñan.

Alicia frunció el ceño, fastidiada.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque la verdad duele, pero es necesaria si quiero ayudarte.

—Me encantaría creerlo…

—¡¡Pues adelante, cree!! —la animó el demente con inesperada energía.

—Eso es estúpido… —murmuró ella con incredulidad.

—De eso nada. ¿Qué hay peor que el asesinato del protagonista?

La niña lo miró confundida.

—¿Qué es un protagonista?

—El personaje principal de una novela.

Alicia permaneció callada unos segundos antes de formular la pregunta que parecía aterrorizarla.

—Entonces… ¿mi Creador me ha eliminado y por eso estoy en este infierno?

—No, pequeña. Si él te hubiera eliminado, estarías en el mundo del olvido. Tú misma te apartaste de su historia en contra de su voluntad, y por eso has terminado aquí, atrapada en tu propio infierno.

—¿Por qué me cuenta usted todo esto?

El Sr. Martínez respiró hondo antes de responder:

—Porque eres un personaje de ficción. ¿Lo entiendes ahora?

Alicia intentó incorporarse del sofá, pero continuaba demasiado débil. Necesitó apoyarse en el Sr. Martínez, que observaba cómo, poco a poco, la niña comenzaba por fin a comprender.

—Creo… creo que empiezo a entender algo de lo que usted intenta decirme —murmuró indecisa.

Entonces levantó la vista hacia él y, por primera vez desde que habían llegado allí, sus ojos mostraron un auténtico destello de inteligencia y lucidez. Permaneció unos segundos en silencio antes de continuar.

—Creo entender que solo al autor le corresponde decidir si debo permanecer o desaparecer de su novela.

—Y tú, pequeña… ¿qué prefieres? —preguntó el demente con aplomo.

—¿Yo? Nada, señor. Los personajes nos debemos a nuestro Creador —respondió sumisamente.

En ese mismo instante, una intensa luminosidad lo bañó absolutamente todo, como si un gigantesco sol de verano hubiese nacido sobre ellos. Desde lo alto descendió lentamente una brillante escalera dorada. Bajando por ella, escoltado por una extravagante comitiva de Sotas de Bastos y espadas y avanzando con la teatralidad de una auténtica vedette, apareció el Sr. Carroll.

Su presencia resultaba tan resplandeciente que parecía rivalizar con la propia majestuosidad de aquel milagroso escenario. Su rostro irradiaba satisfacción y alegría. Con los brazos abiertos recibió a Alicia, que, temblorosa y gimoteando, terminó abandonándose a su abrazo. La niña no dejaba de disculparse entre sollozos mientras el novelista respondía con palabras cargadas de perdón, ternura y comprensión.

Finalmente, el escritor dirigió una mirada hacia el Sr. Martínez y, con un sencillo gesto de agradecimiento, se despidió de él.

Tomados de la mano, Alicia y el Sr. Carroll comenzaron a ascender lentamente por la luminosa escalera. A medida que desaparecían en lo alto, un ensordecedor estruendo festivo comenzó a llenar el aire. Provenía de una multitud

de charangas y músicos compuesta por todos los personajes de su célebre novela. Todos aguardaban impacientes el regreso de la niña para reanudar la historia justo en el instante en que esta quedó interrumpida. Aplaudían con entusiasmo desbordado, felices de reencontrarse por fin con su protagonista perdida.

Hace más de cien años, una pequeña barca se deslizaba lentamente por un río de aguas cristalinas cargando a varias niñas de vacaciones. Era un cálido día de verano repleto de colores vivos y tonos dorados. Alicia y sus amigas se dejaban mecer por la corriente mientras reían, se salpicaban y se aburrían deliciosamente entre bromas infantiles.

El Sr. Carroll escogió la sombra de un gran árbol y se acomodó dispuesto a comenzar su relato, mientras las pequeñas correteaban jugando unas tras otras. El escritor observó entonces a Alicia, que poco a poco comenzaba a sucumbir al sopor provocado por una abundante merienda de chocolate y deliciosos bollos.

—Alicia… —susurró acercándose a su oído.

Y con una sonrisa cargada de picardía añadió en voz baja:

—¿En qué mundo estás, pequeña?

—Bueno, camarada, parece que todo vuelve a su cauce… —dijo entonces el Sr. Martínez henchido de amor propio.

—¡¡Tonterías!! —gritó de inmediato su alter ego.

—¡Hombre! ¿Qué tal estás, Tiburón? —replicó el demente con guasa.

—Asqueado. Durante la mayor parte de esta aventura me has tenido amordazado —se quejó con la boca pequeña.

—Vamos, amigo, tampoco será para tanto… —objetó el Sr. Martínez con ironía.

El Tiburón, ignorando olímpicamente las palabras huecas del demente, preguntó con desgana:

—¿Y ahora qué hacemos?

El Sr. Martínez se encogió de hombros antes de responder con absoluta tranquilidad:

—Todo depende del imbécil que escribe…

Fin.